Clarisa Ligarde

Tu rostro en mí

Misterio, drama, romance,
una adictiva distopía «Noir»

TU ROSTRO EN MÍ

Clarisa Ligarde

Título: Tu rostro en mí

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 t sgtes. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2020

©Fotografía de portada de Velizar Ivanov, fuente Unplash

© Diseño de portada, Ana de Beraza Lavín

ISBN: 978-84-16688-32-6

SOBRE LA AUTORA

Clarisa Ligarde (1979). Licenciada en Comunicación Audiovisual y experta en Guionización de Cine, es novelista y poeta; a lo largo de su trayectoria profesional también ha ejercido de periodista y editora. Su carrera literaria comenzó con tan solo 16 años cuando recibió el Premio Literario La Vidriera de Camargo por su relato *Pompas de Fuego*. A partir de ahí, es ingente su producción literaria de poemas, relatos y novelas. Para la autora la literatura es una forma de profundizar en la realidad, ir más allá de las apariencias y acercarse a la belleza.

“En nuestros cerebros bulle un pueblo de demonios,

Y cuando respiramos, la muerte a los pulmones

desciende, río invisible, con sordas quejas”

Flores del Mal, de Charles Baudelaire

“La naturaleza aborrece el vacío”

René Descartes

Parte I:Flores y ardor

El velero: Cloe

El curso del río avanza plomizo. Una culebra de agua sale de los juncos en zigzag. Cloe despierta tumbada junto a Patricia sobre la cubierta del velero. La brisa acaricia su piel y enfría su sudor. *Piel de una sombra líquida*. Nota su torso y camisa empapados. Cierra los ojos. Aún le duelen. Se concentra en otras sensaciones del cuerpo. La madera bajo ella mantiene el calor que ha absorbido a lo largo del día. *Como el calor de un perro.* "Tiza" guardaba la misma temperatura. No volverá a escuchar los ladridos ni notará a la perra en la cama a primera hora de la mañana. Era lo único que le pertenecía dentro del Círculo. *Solo una posesión podréis conservar de vuestra vida anterior.* El telón negro. Ardiente. Anegando los orificios de vida. ¿Cuándo acarició por última vez a la perra? Poco recuerda de los últimos días, sin embargo, su vida antes de llegar a la isla aparece vívida y resplandeciente en su mente, como si la forma de encontrar el camino que la ha llevado hasta allí cambiara su destino. Aprieta su torso contra la espalda de Patricia. Nota su lenta respiración. No ha hablado mucho con ella aunque ha compartido la litera en el cobertizo de la plantación durante la última semana. Una recién llegada. Patricia sigue siendo alguien «carnal» después de la unción, es más bien callada y le gusta pasar horas a solas componiendo canciones con el sitar[1]. *Si ella sigue viva es posible que yo también lo esté*. El cuerpo de Patricia es cálido, también la energía de sus ojos. Al amanecer se da la vuelta y Patricia la mira, sonámbula. *Ella como yo bebió del «fermento»*. Se palpa el pecho, la llave cuelga de su cuello atada al cordón de mimbre. *¿Qué puertas abrirán a partir de este día?* Seca. Oxidada. Habría jurado que hace poco su tacto era pulcro y terso. Las piernas le pesan como el acero, desea moverse, por un momento cree que va a ser capaz. Apoyándose en el codo y concentrando todas sus fuerzas sobre la cadera izquierda logra ponerse en pie. Lo primero que ve son unas latas de cerveza vacías tiradas en cubierta junto a un mechero rojo, un paquete de tabaco de liar, algunas cartas del tarot y un envoltorio de papel de fumar. Distingue la silueta de Sebastián apoyado en la barandilla, en la proa del velero, de espaldas, junto a Víctor. En un acto reflejo Cloe se cubre los muslos con las manos. Sus mejillas enrojecen. ¿Por qué ese sentimiento tan intenso de vergüenza? *En lugar de cuerpos somos almas. Nada de lo que hagamos nos embrutece.* Son palabras que se agolpan en su cabeza, quieren salir, se pierden en su garganta. Fue Sebastián quien la subió en

brazos en el velero. Apenas reparó en quién era ella. *Me rechaza. Siempre ha sido así.* Le molesta ese pensamiento. Está acostumbrada a su frialdad, en la clínica ni siquiera la miraba cuando entraba en el despacho para entregarle el parte con los últimos ingresos. En realidad él nunca ha pertenecido al grupo. Tampoco ha participado en la vida del cobertizo. *Únicamente los «cosechadores» podíamos enlazarnos.*

Traga y percibe el sabor metálico y vegetal en su lengua. Cede ante la oleada plomiza, vuelve a ser una niña al borde de la sepultura.

Las ilusiones florecen en esta primavera como los temores, una naturaleza renovada y hostil cede su protagonismo a los transeúntes que han salido a caminar por las calles más allá de los Distritos 221 y 220. Nunca fue tan intensa la sensación del comienzo de la primavera.

21 de marzo de 2032. ARTÍCULO PERIODÍSTICO

El féretro descendía. Desde donde estaba Cloe podía oler las raíces y el frescor del subsuelo. Ella misma había agarrado un puñado del frescor y se disponía a arrojar la tierra sobre la tapa de nogal barnizado. Deseaba ver el rostro de su padre, aunque fuera demasiado doloroso, aunque fuera una imagen que enturbiara el resto de recuerdos. Saber que en un momento dado existió. Estuvo ahí. Entre las cuatros paredes del ataúd. Que fue verdad que había muerto.

Aún podía oírle:

—¡Cloe, no olvides encerrar al conejo dentro de la jaula o lo dejará todo perdido!

—¡No me gusta encerrarlo!

—Y a mí tampoco pero vivimos en un piso pequeño. Ya te he dicho que cuando quieras puedo ir contigo a la granja que hay en las afueras.

La flor de las ruinas tiene espinas, y sabe guardarse y no puede trasportarse[2]. Cloe había sopesado el ofrecimiento de su padre de aquellas semanas. En su infancia pasaba todo el tiempo que podía fuera de casa, correteando entre el pasto de vacas y el bosque agreste que resistía a la invasión del cemento en el pequeño pueblo costero que fue su primer lugar de residencia. Era como una delicada fuerza de la naturaleza, enfermiza y asustadiza, llena de curiosidad. Se pasaba las horas muertas en contacto con las plantas o los animalillos que correteaban por el bosque abandonado. Más de una vez sostuvo entre sus manos un gorrión o una musaraña. Su padre fue quien la inculcó aquel amor por la naturaleza en la infancia, según él la mejor forma de que un niño creciera feliz y sano era permitiéndole desarrollar sus cualidades sin tener miedo a la variabilidad del entorno. *Un privilegio. Una extrañeza.* Cloe apenas era un bebé cuando tuvo lugar el «contagio». Su padre sabía lo que era permanecer durante años encerrado en casa y salir solo a trabajar al hospital. “Vivíamos en el miedo˝. Por eso cuando tuvo lugar la APER ´321 decidió ir a vivir en los lugares más despoblados, donde los controles de los distritos eran menos persistentes. “Nada de cuerpos inmunes o reinfectados”. *Conocer las almas puras.* Cuando la sostenía entre las manos y la abrazaba, un brillo en los ojos del padre iba más allá. “No sabes lo frágiles que

somos". Se mudaron innumerables veces de vivienda; pese a que Dominique era celador y su trabajo era muy demandado, no permanecían mucho tiempo en ningún sitio. Solían alquilar una caravana a las afueras de las localidades donde, según su padre, el aire era "más limpio" y había menos posibilidad de que tropezaran con controles sanitarios. Consultaba los índices de contagio constantemente en el pequeño portátil que siempre llevaba encima. Cuando esos índices subían ligeramente arrancaba el motor de la caravana sin previo aviso. Podía ser de noche o de día. Un nuevo comienzo lleno de dudas y soledad se instalaba en la vida de Cloe. Los colegios estaban demasiado lejos de la caravana. Una y mil veces pidió a su padre que la matriculase en la escuela, quería conocer otros niños como ella, con las mismas inquietudes y necesidades, con la misma realidad heredada. "Aún eres un vector". Cloe no entendía lo que implicaban aquellas palabras pero sentía la gravedad en el rostro de su padre en su propio pecho como un arma afilada y pesada, intuía que un peligro se cernía sobre ellos; llevaba un exhaustivo diario que prohibió leer a Cloe. Algo siniestro y mutable allanaba la felicidad de su padre; el mundo se había convertido en distintas fuerzas, invisibles, hirientes, que impelían a los cuerpos a rechazarse, donde unos y otros se miraban como si miraran a través de un cristal empañado.

Dominique le enseñó hablar el español y el francés —su lengua nativa—, cuidó de que aprendiera a leer y a defenderse en las matemáticas, convencido de que esas dos habilidades conducirían a Cloe a los demás conocimientos. De la biblioteca que trasladaban de un sitio a otro en el viejo Seat, Cloe recordaba vívidamente los cuentos *La flor de las ruinas*[3] *o Las brujas*[4]. Parecía que su vida iba a ser un constante trasiego de muebles, libros y ropa, hasta que con la edad de trece años depararon en la pequeña ciudad industrial de celulosa conocida como Torquera. Un día su padre llegó a la caravana y la levantó con sus grandes brazos por los aires, su complexión estaba henchida de una energía renovada; Cloe no recuerda si fue el sol o el brillo en los ojos de él, se sintió cegada por una felicidad deslumbradora. Su padre giró sobre su cintura, fueron segundos que parecieron una eternidad, el desgastado vestido de algodón que Cloe llevaba puesto y había lavado una y otra vez en la pileta de la caravana a lo largo de aquel verano, se infló acariciando el aire. Era azul celeste. Cuando se detuvo y ella posó sus pies descalzos sobre la grava su padre pronunció tres palabras que clausurarían su vida ambulante. "Todo ha terminado". Pasaron meses hasta que las autoridades notificaron que ambos –

padre e hija- habían entrado en el calendario de vacunación. “No hay prisa” su padre sosegaba el ánimo de Cloe mientras fregaban juntos los platos. Fueron meses de espera donde una tenue dicha se instaló en ellos. Vivían la cuenta atrás de una intimidad que nunca volvería a ser la misma. Otras personas, nuevas costumbres y quehaceres comprometerían la lealtad y cautela que habían llenado las horas, los días, los meses, durante años. La emoción de retomar las costumbres de una vida pasada a Cloe le era desconocida. “No debes temer el aire estanco. Ya no”. Pero ese aire estanco les había unido durante años irremediablemente, les había obligado a crear una placenta invisible llena de rebeldía, fuera de las directrices, y les había provisto de un bienestar en la que ella particularmente se había sentido segura. A pesar de que había ansiado ese momento tanto como su padre, Cloe vivía entre la emoción y el temor, entre la ilusión de entablar relaciones con “otros” y caminar sin temor a encontrar la señal de peligro “Clase 7.0” pintada en la acera; entre la inseguridad de sentirse un bicho raro y las ganas de conocer otros jóvenes como ella. Se resistió a compartir tales inquietudes con su padre, por temor a romper aquella dicha que había aflorado en sus ojos. “Subiremos al teleférico, disfrutarás de una vista privilegiada de Los Picos”. Su padre consiguió una plaza fija como celador en el hospital de Torquera, en él cubrió largas horas de trabajo, los “recuperados” de la pandemia eran numerosos, y sus nuevas e inesperadas dolencias eran sometidas a un seguimiento exhaustivo. Fue en aquella época cuando, por fin, Dominique matriculó a Cloe en el Instituto.

Noa era un conejo cejijunto, blanco y gris, de cinco meses. Comía con apetito mirándola moviendo sus mofletes arriba y abajo. Sus fosas nasales se hinchaban de una forma que la hacían sonreír. Era raro que eso sucediera. Que sonriera. En el instituto sus amigas bromeaban acerca de la devoción que Cloe sentía hacia el conejo, ellas hablaban de conseguir el primer brillo de labios y convencer a sus padres para poder ir juntas a la gran superficie que las autoridades habían reabierto. Cloe prefería regresar a la caravana y dar de comer a Noa, concentrarse en los cambios del animal a medida que crecía que los cambios que ella experimentaba en su cuerpo, o en sus dificultades para comportarse igual que los demás. Todo sucedía demasiado deprisa. Sus caderas habían ensanchado en los últimos meses, percibía un ardor en los senos insoportable. Su pelo se había encrespado. Sentía las miradas aceradas de los chicos en su torso, cómo se sonrojaban si se detenía a hablar con ellos. Cuando por fin tenía la oportunidad de entablar lazos con

gente de su edad surgían barreras insospechadas. Cogió el conejo entre sus manos y lo encerró en la jaula. Era una intimidad a la que no estaba dispuesta a renunciar por nada del mundo.

—¡Venga Cloe!

—¡Ya voy!

La mochila pesaba demasiado, la noche anterior había olvidado sacar el libro de literatura de tapa dura y las playeras deportivas.

—¡Cloe! Tengo prisa. Estás haciendo que llegue tarde.

A primera hora de esa mañana la directora del colegio fue a buscarla al aula, acompañada de un agente de policía.

—Debemos hablar contigo.

El hombre, sentado frente a ella en un pupitre dentro de un aula vacía, con voz neutra le explicó que el coche de su padre se había salido de la carretera AT-79 tras dar un fuerte volantazo.

—Todavía es pronto para saber lo que ha sucedido, pero lo más probable es que haya sido sorprendido por un corzo. Se han encontrado las huellas y el rastro de sangre de una animal herido en el asfalto.

Había visto decenas de veces el cartel fosforescente de advertencia. Los drones controlaban el tráfico en aquel tramo de carretera aislado e intrincado en varias pendientes, entre una hilera de colinas. Deseó haber ido ese día con él en coche. Su padre únicamente la llevaba al hospital cuando iba a hacer algún trabajo fuera del horario habitual. Ella le esperaba en el parking dentro del vehículo. La colina de los corzos era el tramo del trayecto que más disfrutaba, hiciera frío o calor, bajaba la ventanilla y dejaba pasar el olor de los eucaliptos.

El vehículo había estallado en mitad de la carretera. El cuerpo de su padre había quedado carbonizado.

Sus abuelos desde París pagaron el sepelio y ordenaron la sepultura del hijo a pesar de que no era el deseo de este ser enterrado. Dominique era reacio a disfrutar de ese privilegio, de poseer un “lugar de encuentro”, pues muchos de los caídos en la pandemia habían sido incinerados en contra de la última voluntad del difunto y las familias. El ayuntamiento cedió un pequeño nicho en el cementerio como “gesto de gratitud a sus trabajos sanitarios en la comunidad”. Los periódicos locales, incluso del país, se hicieron eco del accidente. “El sanitario que deja huérfana a una hija”. Durante la celebración del entierro Cloe se preguntó qué habría sido del corzo herido, si habría muerto. Muchas noches soñó que estaba perdida en la colina de los corzos y buscaba el rastro de sangre del animal entre los eucaliptos; en el suelo emergía una

mortaja de nieve, olía el humo de un incendio a lo lejos.

La tapa de nogal descendió pulcra y fría, el cura perfiló el símbolo de la cruz mientras rezaba el Santo Rosario y pasaba la Liturgia de las Horas. Cloe no fue capaz de arrojar el ramo de lirios que había comprado a la entrada del cementerio. Eran las flores preferidas de su padre.

—Hay un bello silencio en los pasillos, puedo leer todo lo que quiera en los turnos de guardia.

—¿No tienes miedo en un edificio tan grade?

— Sé que piensas mucho en mí y me siento acompañado todo el tiempo. —La arropó en la cama—. Los pacientes agradecen mi presencia.

—¿Cómo son esos pacientes?

Dominique le acarició el pelo.

—Un hombre no se mide por sus vivencias —la besó en la mejilla—, sino por sus actos.

Fue la última vez que su padre se despidió de ella antes de acudir al trabajo. Todavía podía sentir los brazos de su padre aferrados a ella. Aquel olor… pastoso y escurridizo; mezcla de tinta y jabón amargo, de aliento matizado con el paladeo de pulpa de fruta, de afeite para el pelo y betún. *La psique…* solo algunos retazos quedarían de ella.

Después de la muerte de su padre empezó a hacerse las heridas, dentro del cuarto de baño, apretaba levemente la cuchilla de afeitar hasta que el hilo de sangre aparecía. El dolor físico la aliviaba. De qué manera. De su madre apenas sabía nada, solo que se llamaba Berta. De ella conservaba una fotografía en blanco y negro. Era una joven de ojos grandísimos y pelo negro rizado. Durante un tiempo había guardado con fervoroso celo aquella fotografía dentro de un sobre desgastado, hasta que quedó relegada al fondo del cajón de su pequeño escritorio, en la caravana. En la parte trasera había escrito: *El Muelle* y el número romano *X*. Su madre llevaba un delantal de faena que se elevaba ligeramente, tal vez, debido al viento que soplaba ese día con fuerza. Se percibía un ambiente marinero en las redes de pesca desperdigadas por el suelo. Cloe se había preguntado muchas veces si su padre y su madre ya se conocían en esa foto, si fue él quién tomó la instantánea. Era un gran aficionado a las imágenes analógicas en blanco y negro, nunca se desprendía de su cámara réflex. Hubo un tiempo en que a su padre le gustaba retratar a la gente. Trabajadores del campo y de las naves industriales que visitaban, camioneros de paso, vendedoras ambulantes… Guardaba una amplia colección en un álbum de

cartulinas negras. Muchos retratos quedaron sin clasificar entre las láminas. “Cuando no miran es cuando verdaderamente uno puede capturar la esencia de esa persona”. Cloe contemplaba los claroscuros de aquellos rostros intentando comprender lo que su padre le describía con tanto entusiasmo. No sabía por qué, pero desde pequeña había intuido que su madre en aquel retrato, miraba al objetivo desafiando aquel entusiasmo. Era un pensamiento doloroso, lleno de soledad y resentimiento y, al mismo tiempo, de una necesidad de amar y ser querida.

Poco se parecía físicamente Cloe a Berta. Su padre nunca le había hablado mucho de ella, una vez le contó que era mucho más joven que él cuando la conoció y que el embarazo la sumió en un estado de irrealidad del que no supo salir. “Era una persona demasiado débil. No estaba preparada para lo que estaba por venir”.

Después de la muerte de su padre Cloe dejó de asistir a clase. La sangre era cómo una flor seca entre sus muslos.

Asuntos Sociales recomendó que ingresara en una unidad psiquiátrica para adolescentes del Hospital El Cerro. La vida allí dentro fue más bien monótona. Se limitaba a salir al patio y a acudir a las sesiones de terapia. Los medicamentos la atontaban. Apenas pudo llevar alguna pertenencia consigo. Tampoco habría tenido fuerzas. Levemente recordaba que allí fue donde perdió el colgante con el retrato de su padre. Dejó caer el medallón de su cuello en las duchas comunitarias. Estaba enfadada con él, consigo misma, con el entorno y aquella euforia que les había dominado y había hecho que perdiesen la cautela. El medallón desapareció por el desagüe entre pelos y agua ennegrecida. En la unidad muchos eran los cuerpos adolescentes cuyos tobillos y rodillas estaban cubiertos de roña fruto de la languidez que domina un dolor indeterminado. Algunas de sus compañeras habían perdido a sus padres o a sus novios en “el último brote” antes de que APER ´321 tuviera lugar; a otras les había superado el aislamiento forzoso de los últimos años, o simplemente les resultaba insoportable llevar una vida plácida cuando antes su día a día era sombrío, monótono, repleto de restricciones, enfermedad y miedo. Ella había tenido suerte, había vivido el largo periodo de incertidumbre en el que el virus desafiaba a la ciencia en compañía de su padre, era él quien la había protegido y la había hecho creer que vivían una aventura. Ahora se sentía traicionada y huérfana. No deseaba ser víctima de una felicidad prestada.

Noa fue trasladado a una granja de recuperación. Ni siquiera le

echó en falta o preguntó por él. Al morir su padre había muerto una parte de sí misma.

Le asignaron una compañera de cuarto. Más mayor que ella. Una larga melena morena ocultaba gran parte de la espalda de la desconocida, dos tatuajes del ángel exterminador cubrían la superficie de sus manos; bellísimas se movían mágicamente. Muchas veces esas manos la empujaron fuera de la cama. “Venga, chica, levanta. No te vas a quedar todo el día ahí tirada”. Veía un rostro difuminado, una boca fruncida, un tacto cálido en el vértigo dando pasos en lugar de ella. Después de tres meses de internamiento Cloe reaccionó bien al tratamiento y le dieron el alta, le ofrecieron la oportunidad de vivir con sus abuelos paternos.

El velero: Despertar

Cloe se apoya en la barandilla de cubierta, abre los ojos. *Dadme enseguida de beber agua fresca de la fuente de Mnemósine*[5]. Mira la toalla extendida al lado de ella.

Vacía

La tela aún conserva la lámina de la helada de esa misma mañana, como si el tiempo se hubiera detenido. Es extraño que sea de esa manera cuando en los últimos días todo se ha precipitado. Como la tormenta inesperada. Como el latido.

Busca con la punta de sus dedos los extremos de su *short* vaquero. Tira de ellos. Las perneras son demasiado cortas. Cuando vivía en la residencia nunca había sentido vergüenza por las cicatrices que recorren sus ingles y se extienden por la cara anterior de sus muslos. *Todos de una forma u otra cargábamos con nuestras propias heridas.*

Mira a su alrededor y acumula imágenes fugaces. *Antonio*. Le viene a la mente uno de los nombres. Quema en su boca. Algo le inquieta sobre cubierta: la inmovilidad del aire o la gaviota que planea sobre las toallas. *¿Por qué vuelve a mí este vacío de forma tan intensa?* Siente que sus facciones se endurecen. Abre la mano, vuelve el agarrotamiento: la abre, la mira, la vuelve a cerrar… Un dolor punzante atenaza su brazo derecho. Se muerde los labios, desea ser un vacío en la memoria, una pieza del olvido segmentado. Rendida, sin una lágrima, se acurruca junto a Patricia.

No se atreve a mirarlos a plena luz del día, escucha sus peculiares murmullos acostumbrados a ser comparsa del silencio. La luz es lo suficientemente tenue como para proyectar una pesada sombra sobre el grupo de «cosechadores». Los saltos de agua bordean ambos márgenes del río. El viento silba en su oído como si fuera una serpiente. Percibe un olor a liendres. El cauce se estrecha. Una lata repleta de gachas cae en sus manos, pero Cloe ha perdido el apetito y cede la ración a Patricia. Un impulso que nace en las entrañas y que ni ella misma alcanza a explicar. Los cuerpos de uno y otro brillan en la negrura. El muérdago ahoga los árboles en las capas más altas. Aprieta las manos en un puño y las coloca bajo el coxis, tumbada boca abajo sobre la toalla. Patricia duerme de nuevo junto a ella. Cuando Cloe mira hacia proa, Sebastián ha desaparecido de los mandos del timón.

“Trabajé para que mi hijo lo tuviera todo y llegara a ser alguien en la vida”.

Beatriz Contreras, madre del Jefe del Distrito 221

La recibió en el aeropuerto la asistente social, Camile. Viviría en su casa una semana antes de establecerse con sus abuelo paternos de manera definitiva. Cloe hablaba muy poco francés, pero la asistente se empeñó en que cuanto antes practicara sería mejor para ella. De camino a su casa la joven no prestó atención a lo que Camile explicó sobre las calles o los monumentos. Las palabras sibilantes hicieron que se replegara. Las amplías avenidas provocaban un profundo temor en ella.

El piso en la sexta planta de la avenida Mac Mahon, lleno de objetos cotidianos y pequeños ruidos, por un momento recordó a Cloe a la caravana en la que había vivido con su padre.

—Ha sido un largo viaje. Debes estar exhausta.

Camile recogió un pato de goma y un Superman de Lego del fondo de la bañera.

—He comprado velas aromáticas. Puedes encender una si quieres.

Cloe giró el grifo en el cuarto de baño de estilo antiguo. De pronto se sentía muy cansada; se desnudó y se hundió en el agua sin pensar en nada. Despertó cuando Camile dio unos golpecitos en la puerta.

—Mis pequeños “monstruos” quieren conocerte.

Camile era madre soltera de dos niños pequeños. Jean Paul y Alizee. Tres y cinco años. Esa noche ayudó a Alizee a ponerse el pijama en la habitación que compartía con su hermano. Camile le propuso que al día siguiente despertara y llevara al colegio a la niña.

—Tienes buena mano con ella y a mí se me hace cuesta arriba, siempre ando con prisas.

Alize era una niña con mucha energía que padecía una limitación en la pierna derecha como consecuencia de un trombo. Según tenía entendido Cloe, había muchos niños con la misma secuela como consecuencia del «contagio». Los últimos estudios clínicos hablaban de que con el tratamiento adecuado dichas limitaciones eran totalmente recuperables; pero para Alizee, que veía a su hermano corretear por la casa, caer y levantarse del suelo sin ninguna dificultad, no dejaba de ser frustrante.

—Debe bajar las escaleras hasta la calle, acostumbrarse a hacer esa pierna suya.

La niña remoloneaba para despertarse. Cloe estaba segura de

que su fatiga no era física sino mental. *Sentirse distinto a los demás es agotador, ¿verdad?* Con miradas y con gestos ambas se entendieron a la perfección. Cloe dejaba que se atará los cordones después de que le colocara la férula[6] en la pierna, la ayudaba cuando se ponía en pie.

—Sin duda tienes un don. —Camile la había estado observando sin que ella se diese cuenta desde el umbral de la puerta—. Nunca la he visto tan dócil. Odia que la ponga la férula.

Cloe se sentaba en un banco del hermoso parque de Monceau. Era invierno pero un invierno luminoso en el que la helada perdía fuerza a medida que se aproximaba el mediodía; los árboles rompían el cielo grisáceo de una forma bella y sobrecogedora. Después de dejar a Alizee en la escuela cogía una bicicleta en una de las estaciones públicas y recorría los Campos Elíseos, la Marcha de Noel; podía asimilar la atmósfera mágica con miles de luces de la época navideña. El último día de su estancia en el piso cenaron patatas cortadas en rodajas finas y gratinadas en nata. Por un momento se imaginó formando parte de esa familia.

La casa de sus abuelos era un piso antiguo en pleno centro de la ciudad con los suelos de madera y los techos altísimos. Apenas había muebles. Solo las habitaciones de los ancianos y una antesala que parecía más un cuarto de medicinas que una salita, estaban convenientemente acondicionados. La cocina disponía del menaje justo. En el salón había un viejo sofá y una biblioteca vacía. En toda la casa Cloe no encontró un televisor o una radio. Por recomendación médica sus abuelos hacía años que habían dejado de estar al tanto de las noticias.

—¿Es aseada? Sí.

Para su abuelo la respuesta fue suficiente.

Su abuela postrada en la cama habló desde el cuarto marcando el acento en la “a” y en la “e” tan característico del idioma francés:

—Quiero verla.

El velero: Sebastián

Un tenue rayo de luz incide en el tragaluz. Sebastián despierta con dolor de espalda. En un acto reflejo se palpa el rostro. Ni siquiera sabe de dónde procede esa extrañeza. La misma que le despertó antes de que el humo lo invadiera todo. *El presente, no existe otro tiempo.* Retira la saliva que sin querer ha emborronado el mapa extendido sobre el escritorio. A un lado, el vaso vacío. El cansancio ha hecho que cometa ese desliz. De camino a cubierta pasa por la cocina y deja el vaso en el fregadero. Con los ojos aún brumosos mira hacia la cristalera del techo. El cielo resplandece. *Hoy el día cundirá.* Al subir tropieza con una muñeca de trapo en la escalerilla del tambucho[7]. Apenas son nueve, a lo sumo once a bordo del velero.

Víctor se acerca a él y le ofrece un cigarrillo.

—Aprovecha, es la última cajetilla —mueve los dedos de una forma delicada, casi femenina. Mira a Sebastián con una mirada que es ausente desde hace días—. Se pelearán por ella.

Sebastián acepta el cigarro. Lo enciende y se apoya en la barandilla. Los diecisiete metros de eslora se deslizan en el azul, las hélices cercenan el agua cristalina. La pulcritud es tal que siente un sobrecogimiento. Evita cualquier tipo de complicidad con Víctor, de esa forma aleja los sucesos de los últimos días. Debe aferrarse a lo que ve y a lo que siente.

Las chicas siguen durmiendo. Puede ver cómo sobresalen sus cuerpos de las toallas. Las piernas desnudas entrelazadas. Sonríe levemente. Queda algo de ingenuidad en aquella languidez suave y descarada que permanece tumbada y rompe las suaves líneas del velero. Se pregunta si alguna de las chicas será Cloe. También qué habrá sido de Antonio. *Él estaba dispuesto a «cumplir».*

—¿Por qué no duermen en las literas? Hay espacio suficiente —pregunta a Víctor.

—Hace demasiado calor ahí abajo.

Y el ardor no nos abandonará. El sol sangra sobre la línea del horizonte, el zumbido de las moscas es un velo invisible que acaricia la sensación de irrealidad. La variación del rumbo en el velero es perpendicular al pequeño islote que acaban de superar.

—¿Has bajado a la cocina?

Víctor niega con la cabeza:

—Procuro no entrar en las cabinas.

—En la despensa apenas quedan conservas y dos bidones de

agua potable—Sebastián da una calada al cigarro. Le molesta que Víctor sea tan parco en palabras cuando ha sido él quien se ha acercado a hablar.

—Sabes que no podemos seguir así. . . —continúa—. Dentro de poco nos quedaremos sin provisiones.

Víctor otea el horizonte mientras expulsa el humo del cigarrillo por la boca. La pequeña isla fluvial aparece y desaparece a lo lejos. La humedad riega el campo en los márgenes del río. El caudal es lo suficientemente profundo como para que “El Albur” no encalle. Descansan la mayor parte del día a bordo del velero y se adentran a pie en el terreno que se extiende a los dos lados del afluente cuando amanece. Sebastián decide bajar a la cabina y examinar el radar de rastreo. Debe procurar mantener la cabeza ocupada.

La sociedad ha cambiado, el individuo se ha convertido

en un pequeño dios en busca de su reino.

ANAIS LAVÍN

Sus facciones se ensombrecen. Antonio hinca las suelas en los pedales de la moto. Exhausto penetra por el camino polvoriento. Quedan por recorrer más de quinientos kilómetros hasta el almacén situado en la ribera septentrional de isla Haustela, no sin fatiga, por las montañas ásperas y cerradas. *Mi corazón sin latidos.* Dos hombres distintos en uno solo: el primero piensa y el segundo respira en la acritud. *La naturaleza fue cómplice.* Cuando está a punto de llegar al campamento frena la moto en seco: un zorro chilla y da bandazos con el lomo en mitad del camino. Se apea de la moto y se acerca. El pelaje cobrizo del animal brilla en la oscuridad proyectando la silueta de una fiera de mayores dimensiones. Al percibir la proximidad de Antonio se retuerce. *En cierta manera nos parecemos.* Ha caído en uno de los cepos. Tiene la pata delantera hecha trizas. Antonio envuelve su mano derecha en la cazadora y agarra al zorro por el cuello. El miedo del animal es más intenso que la vida que mana de la herida. Una tibieza que hacía tiempo no percibía atraviesa la tela vaquera hasta empapar la palma de su mano. Saca la navaja que lleva consigo del bolsillo del pantalón. El zorro da un último chillido. Seco. Impregnado en polvo. Tres incisiones en la barriga perfilan la silueta de un círculo. Antonio siente un alivio momentáneo.

Entra en la tienda de campaña. Es noche cerrada. Tumbado boca arriba se mira las manos: la piel, rugosa en la parte interna de los nudillos está salpicada de durezas a causa de las horas que ha pasado encima de la moto. *Alguien se debió de llevar los guantes.* Recuerda vívidamente el día que conoció a Laurenti: se acercó a él en la gasolinera de la avenida Las Azadas, le preguntó dónde había comprado la moto. A Antonio le pareció ridícula aquella pregunta, su vieja Derbi Senda color granate estaba en las últimas, además, por cómo iba vestido nadie hubiera dicho que la moto pudiera suscitarle algún tipo de interés.

—¿Ha visto el taller mecánico a la entrada del pueblo? Ahí, puede encontrar más como esta.

Terminaba de llenar el depósito de gasolina y se disponía a marcharse sin pagar antes de que el encargado regresara cuando Laurenti sacó de su cartera dinero suficiente para pagar el repostaje de aquel día y de las próximas semanas.

—Delante de mí no permitiré que te comportes así.

Vestía mocasines y un traje de franela. Al saludarle se había quitado el sombrero de lino que cubría su cabello, cuidadosamente peinado hacia atrás, y había apoyado una mochila de lona beis en el suelo. Era llamativamente rubio. Llevaba una estola de lino, y una OLYMPUS Trip 35 colgada al hombro. Su mirada, de un azul que no se veía por la isla era casi transparente. Sus pupilas querían decir más de lo que estaba dispuesto a revelar. En su presencia desde el primer momento Antonio se sintió anclado a lo insondable. ***La isla rodeada de océano***. Aún cerrando los ojos es el día de hoy en el que no puede olvidar aquella mirada. Un hombre dueño de una promesa.

—¿No es de por aquí?, ¿verdad?

—Podríamos decir que así es —Laurenti contemplaba la hilera de palmeras que bordeaban la extensión pedregosa al otro lado de la gasolinera con interés—. Este es un lugar especial.

Se arrodilló y cogió un puñado de tierra del arcén de la carretera. El viento arrastraba la arena de la playa hasta allí.

—No sabes lo afortunado que eres de vivir aquí.

Miró los gránulos rojizos que había depositado en su mano como si fuera algo preciado, después, molesto consigo mismo por haberse quedado abstraído de esa manera siguió hablando:

—Pese a todo y de estar muy lejos del que fuera mi hogar he conseguido crear mi propio Círculo… —se detuvo sopesando las palabras—. Te gustaría.

—¿Qué me gustaría?

—Ese Círculo.

Montaron juntos en la moto. Antonio no recuerda quién tomó la iniciativa. Desde que había conocido a Laurenti olvidaba los momentos claves que le habían llevado a ser quien era. Puede que él mismo se ofreciera a ayudarle a llegar al mirador por la carretera secundaria con el fin de que admirara la tierra que le había deslumbrado, o fue el propio Laurenti el que se lo pidió, no lo recordaba.

Al borde del barranco el corazón le latía deprisa, tal vez a causa de la última calada al canuto que había fumado. Una vez que culminaron el repecho, se sentaron a la sombra de una roca milenaria. El tiempo pareció detenerse. Antonio no podía apartar la vista de un cartel de madera clavado en el suelo en el que se leía «aunque hay momentos difíciles, tu vida es importante».

—¿Sueles subir mucho aquí?

—Cuando no hace mucho calor se puede estar. Pero no, no suelo subir, no es un lugar de paso…, como has visto la carretera está

cortada.

—Sí —musitó Laurenti pensativo mientras sacaba un cigarrillo de una pitillera dorada y lo encendía. —Hay demasiadas carreteras cortadas.

Le tendió la pitillera.

—¿Un cigarro?

—No suelo fumar tabaco solo.

Laurenti se arrodilló y sacó de la mochila un par de objetivos de largo alcance y un trípode, lo desplegó y colocó encima la OLYMPUS que llevaba al hombro. Sosteniendo entre los dientes el cigarrillo adaptó uno de los objetivos en la cámara, después, tomó varias fotografías del paisaje que se extendía ante él desde distintas perspectivas; se giró e hizo un gesto a Antonio para que se acercara.

—Isla Haustela además de tener conexiones culturales interesantes, sin duda, ofrece vistas impresionantes.

Antonio dudó en acercarse pero finalmente lo hizo. Le halagaba que alguien como Laurenti le hablara de tú a tú. Su forma de vestir, sus maneras de hombre cultivado. El mundo de Antonio era otro, solía despertar en habitaciones de pensiones sin recordar nada de lo que había sucedido la noche anterior junto a una chica distinta cada día. La mayoría prostitutas. Se sentía a gusto con ellas. Por eso era raro que se sintiera cómodo con aquel desconocido. Las prostitutas habían infiltrado la obscenidad en su mirada, despreciaba aquel aspecto de él pero resultaba útil a la hora de encontrar un sitio donde pasar la noche, hacía que todo tipo de mujeres vieran un misterio: la camarera del Bar Adarajas, la adolescente encargada de vigilar el quiosco del parque, la única prima lejana que sabía de él y vivía en la isla... Encontraba notas en los bolsillos de su pantalón de mujeres con las que apenas había cruzado dos palabras, o «Whatsapps» subidos de tono de números de teléfonos desconocidos en su móvil.

—Puedes tomar algunas fotos si quieres.

Antonio se pasó la tarde capturando los páramos remotos en la pantalla táctil de la cámara de fotos, escrutando la luz rojiza que emanaba su superficie, inmortalizando el azul cegador del cielo. Imaginó que la cámara era suya.

Laurenti inspiró profundamente, después se recostó en la roca

—Te sorprendería lo que Haustela puede ofrecer.

Antonio siempre había querido salir de la isla, no pudo más que sonreír, de súbito, dejó de hacerlo. El semblante de Laurenti se había endurecido. A lo largo de la tarde el joven no había entendido muchas de las palabras que había utilizado el forastero para

referirse a uno u otro elemento de la geografía. De pronto, temió que dejara de hablarle.

—¿Puedes ser más claro?

—En el suelo de la isla existen varias moléculas muy diferentes entre sí pero con un mismo componente beneficioso para la salud que muy pocos conocen —exhaló el humo de su boca plácidamente —. Entre otras cosas, dicho componente evita el deterioro del cuerpo humano, y lo más importante, disminuye el rechazo de los órganos trasplantados.

A Antonio no le sorprendió el cambio de giro en la conversación. Desde el «contagio» el discurso científico en las personas era una característica habitual. Muchos eran los que estaban al día de las últimas publicaciones sobre investigación. Él nunca se había dejado arrastrar por aquella corriente, sin embargo, no deseaba que Laurenti se diera cuenta de aquella pasividad que dominaba su interior.

Laurenti miró por los prismáticos escrutando la isla. Antonio se sentó a su lado y tomó entre sus manos la cantimplora de agua que él le había ofrecido en algún momento de aquel encuentro inesperado. Bebió y percibió la porosidad de su lengua. Cogió el mechero de la mochila de lona, después de prender la llama varias veces y contemplar su combustión, encendió un cigarro. Lejos del bullicio del puerto y, tal vez, embriagado por el poderoso bálsamo de la naturaleza que se extendía ante él, se abrió como nunca antes lo había hecho con nadie. Le contó sus recuerdos de la infancia en los que jamás percibió el calor de su madre; cómo su padre se había alejado de él cuando solo era un niño y durante “los años del «contagio»” había ido de un centro de menores a otro en los que le sometieron a permanentes pruebas; o su decisión de vivir fuera de las normas una vez que se inició APER’321. Laurenti le escuchó silenciosamente, después, le habló de la tierras del valle más allá de las colinas atravesadas por el Río Thalos, le explicó que eran codiciadas por su fertilidad y su aire limpio; que había más jóvenes como él viviendo en el paso estrecho; que venía de muy lejos convencido de que había otras formas más provechosas de vivir, que no le juzgaría y que, sobre todo, le hacía ese ofrecimiento porque necesitaba su ayuda.

Antonio ni siquiera preguntó para qué le necesitaba.

—Puedes llevar a quien tú quieras —Laurenti finalizó la conversación.

Muchas veces Antonio, a solas, como aquella noche creía que el joven que subió a la colina no era él, que nunca había existido.

Nuestro destino reside en la armonía del cuerpo y la naturaleza. Si damos la espalda a esa armonía ésta puede entrar en combustión.

CARTEL DE LA RESIDENCIA DUSHA

Antes de que sucediera ya había visto la imagen: los bomberos caminando entre los escombros, las cámaras de televisión retransmitiendo en directo. En cierta forma a Antonio le complacía. *Aunque Laurenti se resistiera a admitirlo.* No era una experiencia etérea, ni mucho menos, sino sólida y tan ligada a la tierra que a veces temía ser incapaz de dar un paso.

La casa residencial, la clínica, el cobertizo, los laboratorios, el enorme jardín que se extendía por delante y por detrás del pabellón de ingresados, la pista de tenis, la piscina…, todo había resultado calcinado. Los bomberos se afanaban en encontrar entre los escombros a algún superviviente. Habían tardado en llegar a la finca debido a su difícil acceso. Era un riesgo estar allí pero nadie reparó en Antonio: recogía la basura y los materiales que utilizaban en las labores de extinción entre los voluntarios. Había permanecido toda la noche despierto viendo cómo las llamas se arremolinaban alrededor del foco del fuego, desde el bosque aledaño. La actividad de primera hora de la mañana era frenética. *Están demasiado ocupados en calmar su culpa.* Nadie como Antonio conocía la geografía de la zona; sus idas y venidas por el camino privado desde la residencia hasta al embarcadero de La Laguna, montado en la moto o en la cosechadora, habían sido numerosas. El viento marino sonaba ese día especialmente por toda la isla. Era el rumor de un manantial invisible. Acercaba las voces de mares lejanos. El crepitar de las llamas en la noche del incendio acalló esas voces. *Las siluetas empequeñeciendo.* Antonio había visto con sus propios ojos cómo el fuego lo consumía todo. Ni siquiera los gritos de los que quedaron atrapados en las habitaciones pudieron sacarle del trance. *Miriam…* Casi no puede pronunciar su nombre. Él mismo hubiera podido terminar siendo aquella rojez similar a la sangre.

Mientras los bomberos rebuscaban entre las ruinas o bajo las vigas de madera calcinada, varios forenses trabajaban en la identificación de los cuerpos. Había tres sacos de plástico gris en el suelo, precintados, en los que habían introducido los cadáveres. A uno de ellos lo habían cubierto solamente con una manta. Un agente de policía aguantaba el vómito. Un forense palpó, giró la cabeza de lo que parecía el cuerpo de una mujer y llamó a uno de sus compañeros para que se acercara. Eran tres personas enfundadas en overoles[8]. El grupo de bomberos, encaramados sobre

las grúas retiraban los últimos escombros que obstaculizaban la entrada de la residencia. Los pilares de madera no eran los únicos elementos remolcados; a medida que avanzaba el trabajo, se confundían con más cuerpos. Se deshacían. Caían en las cenizas mientras los bomberos se echaban las manos a la cabeza. Para Antonio no dejaba de ser un desintegración armoniosa. *Algo bello.* Habían perecido tanto los que despertaron por instinto como los que sucumbieron a los somníferos. Nadie pudo salir por las ventanas de las plantas inferiores, tapiadas con tablas de madera. A grandes tramos, del páramo de cenizas surgían columnas y rejas, cadenas enmarañadas. *La cosechadora.* No quedaba nada del cobertizo, solo algunos arcos desangelados. Las llamas llegaron a superar los veinte metros de altura destruyendo los corredores de la clínica. Los muelles de las camas surgían agonizantes, partidos por la mitad o arqueados. Olía a napalm[9] con intensidad. Aquel aroma le acompañaba.

Sobre el saco de dormir se quita la ropa, la tira en un gurruño en el barro. Su desnudez en la oscuridad resulta insultante, para él es inconcebible su cuerpo desligado al de Miriam. Los senos encendidos, la mirada turbadora. Su alma desabastecida. Aún tiembla al recordar la excitación que sentía al escuchar la respiración de los vigilantes cuando avanzaba por la planta de arriba de la residencia y cómo esa excitación desaparecía cuando abría la puerta, al final del pasillo. La silueta de Miriam tumbada en la cama, esperándolo. Nunca nadie hasta ese momento había detenido el tiempo. Un tiempo preciado. Antonio volvía a sentirse un hombre. Un ser animal. Con alma. Entonces, no era consciente de ello. Ahora sí. Cuando todo se ha desintegrado. El vacío es abismal al recordar que en algún momento de su vida ha sido alguien.

Nada más ver a Miriam intuyó lo que sucedería. Había dejado la moto al pie de la colina y había entrado en la parte trasera del Mercedes Benz. Laurenti estaba sentado en el asiento del copiloto. Ella ni siquiera lo saludó. Pisó el acelerador y condujo a gran velocidad por la carretera privada durante más de una hora. Iba vestida de negro dentro de una falda de tubo y una camisa de encaje. Era un atuendo sencillo. Aunque hiciera esfuerzos por pasar desapercibida resplandecía en aquel lugar donde los rayos del sol eran hirientes.

Cuando aparcó el Mercedes Benz en la entrada de la residencia fue cuando ella se dignó a mirara Antonio. Su rostro era terriblemente bello. Pálida como si hubiera pasado tiempo

escondida dentro de una habitación. Laurenti bajó del coche y fue al encuentro de un grupo de jóvenes vestidos con pantalones y camisas de lino beis, en la entrada de la finca, por encima de ellos había un letrero en forma de arco que decía:

RIQUEZA Y SALUD

RESIDENCIA «DUSHA»

—¿Así que te has dejado convencer por él? —Miriam sacó un puro finísimo que olió antes de encender, de una pitillera. Sus ojos eran negros, brillaban en una oscuridad arenosa.

A Antonio le molestó la pregunta, la hizo sin esperar una respuesta.

—Me los traen cada mes de La Península, ¿sabes? —dio una calada al puro—. Algún día te daré a probar... No querrás otra cosa.

Miriam salió del coche y se unió al grupo de Laurenti y los jóvenes que hablaban animadamente mientras le miraban desde lejos vorazmente. Antonio permaneció al lado del coche. Le irritaba sentirse observado. Decidió dar una vuelta alrededor de la finca. La casa era inmensa, de estilo clásico francés, con muros almohadillados de aspecto macizo y vistosas molduras, techos de pizarra y un amplio porche de dos alturas. En la parte trasera había una piscina cubierta donde varias personas vestidas de pijama, junto con un porta sueros, paseaban acompañadas de un asistente. Dos parejas de jóvenes jugaban una partida en un pista de tenis aledaña. Era raro todo aquello pero Antonio no era quién para hacer preguntas. Un camarero se acercó y le ofreció una cerveza fría.

—Por gentileza del señor Laurenti —miró hacia arriba.

Asomado al balcón de la segunda planta de la residencia Laurenti le saludó. Miriam estaba agarrada a su brazo.

—Esta noche se celebra una fiesta de gala para recaudar fondos para la clínica —prosiguió hablando el camarero—, si no tiene objeción —le acercó un traje de *smoking*— puede cambiarse en los baños de la piscina.

Cuando quiso darse cuenta tenía el *smoking* entre las manos y estaba en calzoncillos delante de una baza. Introdujo la pierna en la pernera derecha del pantalón. Al ir a meter la otra pierna la furia que afloraba en él cuando intuía que alguien le obligaba a hacer algo que no quería hizo que diera un tirón. La costura del pantalón cedió. Tiró la chaqueta y la camisa al cubo de la basura.

Anduvo por el sendero que conducía al exterior de la finca, el

sol, paulatinamente, iba perdiendo fuerza oprimido por la penumbra del final del día. Una antigua cosechadora pintada de rojo le sobrepasó a gran velocidad; después, frenó a varios metros de distancia. Del contenedor salían risas y música. Un chico de mirada salvaje y pelo revuelto se asomó por la ventanilla de la cabina:

—¿Necesitas que te llevemos a alguna parte?

Daba golpes con la mano en la puerta metálica. Iba vestido con el mismo atuendo color beis que había visto a los chicos en la entrada de la finca.

—¿A dónde vais? —preguntó Antonio.

—Al puerto.

—Con eso me vale —se acercó dispuesto a subir a la cabina.

El chico negó con la cabeza y señaló con el dedo pulgar la parte de atrás de la cosechadora.

—Ahí estarás más cómodo.

Alguien había abierto la parte trasera del contenedor.

El techo del depósito estaba cubierto con toldos de lino negro. El sol del atardecer sobrevivía en el interior, un aroma a trigo y a incienso aumentaba a medida que avanzaba.

Hablaban entre ellos mientras escuchaban música *Chill out.*

«I brought you some something close to me

left with something new

see through your head

Give haunt my dreams

But theres nothing to do but believe»[10]*,*

Era el *revival* de moda que Antonio escuchaba todas las noches en las discotecas del puerto a última hora. Para los demás era fácil encajar; él, sin embargo, siempre encontraba a alguien con ganas de pelea. Pero sorprendentemente se sintió bien, dentro de la cosechadora aquellos chicos y chicas destilaban un halo de indiferencia, una mezcla de autosuficiencia y camaradería que hizo que se relajara enseguida. Cuando estuvo cerca de ellos le miraron de la misma forma que Laurenti. *Insondables. Fatigados.* Con aquel peculiar brillo en los ojos.

—¿Te volveremos a ver?—le preguntó el chico desde la puerta del copiloto.

—Es posible —Antonio jugaba con una brizna de trigo que había encontrado en el suelo del contenedor. Había centenares de ellas.

Alguien volvió a cerrar la parte trasera del contenedor y la cosechadora siguió su camino por la carretera.

***

En el puerto, encontró a Víctor dormido en la acera, junto a la cabina de teléfono. Le dio una patada en la pierna.

—¡Eh!, ¡despierta!

Víctor se quitó la camiseta que había empapado con el agua de una botella de agua mineral y había colocado encima de su cabeza.

—¿Dónde has estado?

—Ya te contaré.

Entraron en el bar de apuestas. Las carreras de caballo ya habían tenido lugar y tuvieron que conformarse con los partidos de *rugby*. Volvieron a hablar de sus años de reformatorio, compararon sus navajas y brindaron por los viejos tiempos con el whisky que habían robado en la licorería. Antonio salió a fumar un cigarrillo, Víctor había empezado a hablar con un grupo de chicas en el local, y no le apetecía seguir el juego. Era demasiado fácil. *Solo tienes que sostener la mirada a una chica más de un minuto y cree que te tiene en el bote.* Era apuesto, de espaldas anchas y aspecto vigoroso. Sabía cómo divertir a las chicas. Desde pequeño se había hecho un experto en lo que él llamaba "hacer gansadas". Mientras riesen sus bromas no irían más allá. Sus ojos verdes y su tez morena apenas dejaban ver lo que habitaba en su interior. Una parte de sí mismo en algún momento se había perdido.

Antonio esa tarde se sintió molesto consigo mismo. Mientras los demás se divertían se preguntaba cómo sería la cena de gala a la que había rehuido acudir; qué diría Laurenti, cómo iría vestida Miriam, qué comería, qué vino bebería, en qué tipo de conversaciones participaría. Se vio a sí mismo solo en la piscina nadando junto a ella después de la cena. Los dos desnudos. En la madrugada. Mirándose más de un minuto. Chascó la lengua. De súbito vino a su cabeza el traqueteo dentro de la cosechadora. El olor a intimidad desangelada. Allí dentro la gravedad era similar a la sensación que experimentaba cuando buceaba en el mar que rodeaba la isla. "Te necesito", le había dicho Laurenti. La mirada insondable. "Te necesito". Antonio tiró el cigarrillo a la calzada y pisó la colilla. No sabía por qué daba tantas vueltas al asunto.

Aquellos chicos eran demasiado parecidos a él. Más tarde fantaseó que no era Laurenti quien decía esas dos palabras, sino Miriam. *Mañana recogeré la moto al pie de la montaña y volveré a mi vida de siempre*. Olvidaba a las personas que se encontraba en su camino fácilmente. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con Laurenti y Miriam? Volvió a pisar la colilla del suelo. Fue entonces cuando vio a Cloe por primera vez. Ataba una perra blanca a una farola. Todavía revoloteaba la imagen de Miriam en la cabeza de Antonio, agarrada del brazo de Laurenti y asomada al balcón. Quizá fue por eso por lo que encontró en Cloe cierta similitud con Miriam. Aunque era más joven sus andares eran parecidos, su mirada terriblemente bonita hacía pensar que escondía un misterio. Por su forma de vestir no era de la isla. La debilidad de sus pies, prácticamente desnudos en unas sandalias nuevas. Llevaba un vestido corto de flores fruncido en la cintura con pequeños botones de nácar. Su palidez era igual de llamativa que la de Miriam. Era rubia, tenía los ojos castaños, ligeramente bizcos. ¿O era la belleza que contenían lo que causaba ese ligero defecto? La debilidad de sus movimientos escondía cierta determinación.

Habían preparado una de las dos camas en la habitación de servicio para Cloe. Era un cuarto pequeño. Daba a la salida de humos de un restaurante oriental. Olía a comida a todas horas. Desde la ventana Cloe veía el letrero de un callejón:

CALLE HONDURAS

SIN SALIDA

Disfrutaba de poco espacio para sus cosas. Se dijo que aquello era una señal de que no viviría mucho en la casa. Guardó la poca ropa que había traído en dos cajones de una cómoda y colocó el calzado debajo de la cama. Más de una vez espantó a alguna cucaracha que subía por la repisa de la ventana. Sus abuelos, José y Laura, eran muy mayores, ambos inmigrantes españoles; Leslie era la chica colombiana que se ocupaba de ellos.

—Con treinta y siete años tu abuela tuvo a Dominique, ¿así se llamaba tu padre, verdad?, lo sé porque Laura está venga a hablar una y otra vez de que todos sus achaques vienen del parto … … Un chico encantador tu padre…, vino una vez, se notaba que era un hombre atento. Me regaló una cajita de taracea. La guardo como oro en paño.

Cloe envidiaba esa caja. Alguna vez curioseó en las pertenencias de Leslie con el deseo íntimo de encontrarla con sus formas de rombo y su minuciosa artesanía de tonos rojos y blancos. ¡Tantas veces se había arrepentido de dejar caer el medallón con la fotografía de su padre por el desagüe de las duchas!; aquel abandono de sí misma. Después de salir del centro psiquiátrico aún se sentía demasiado débil, no tuvo el ánimo suficiente para rebuscar entre sus pertenencias y coger algo que guardara algún significado. *Llevarlo siempre conmigo.*

—Enciende la luz a la hora de las comidas y que sea muy muy tenue —le pedía su abuela.

La candidez diluida. Cloe abría los ojos sorprendida por la nitidez de las formas cuando entraba un rayo de sol en la habitación que compartían sus abuelos. En aquella casa se acostumbró a vislumbrar en la oscuridad, a discernir la necesidad no satisfecha, a buscar el espejismo en los destellos de los cristales del aparador nunca abierto.

—Querida, léame algo de la biblioteca sin que se entere mi

marido, le da rabia que disfrute de las cosas… a mí también me da rabia que él pueda hacer más vida que yo, no creas, pero no está en mi voluntad ni en mi destino evitar tales cosas.

La joven era tenaz en la dedicación alejada de lo humano, en ofrecer un esfuerzo que nunca sería compensado. Por las mañanas se respiraba un aire viciado en el cuarto que compartía con la interna. En cuanto podía, después de desayunar, iba a la habitación de las medicinas. Era la estancia más sombría de la casa pero la más tranquila.

Prolongaba la tarea de colocar las vendas en las estanterías o cerciorarse de la fecha de caducidad de las medicinas. Leslie le enseñó a limpiar las sondas, los porta algodones, ordenar por tamaño y textura las toallas que usaban para secar los cuerpos de sus abuelos. Debía ser escrupulosa con el armario donde guardaban las vías y las jeringuillas y el contenedor de esterilización. Desconocía los nombres de los distintos tipos de tijeras, pinzas, pero sentía una extraña fascinación por sus formas. Disfrutaba de aquella tarea repetitiva y silenciosa, sus pensamientos se nutrían de la asepsia y la luz que emanaban los objetos.

Cuando Leslie iba a hacer las compras de la semana Cloe encontraba un momento para pensar a solas en el cuarto qué es lo que quería hacer con su vida. Le entristecía darse cuenta de que le había faltado tiempo para conocer a su padre.

El velero: El «fermento»

—Sentémonos en la terraza de popa —sugiere Víctor.

Cloe busca a Patricia, ya no se encuentra tumbada a su lado. *¿Dónde se ha metido?, ¿por qué me deja sola?* Víctor se arrodilla y enciende un pequeño hornillo. De la mochila extrae flores de azahar y melisa, y una botella con lo que queda del «fermento». Pone la mezcla en ebullición.

—Bebe, te hará bien.

Da un trago. La curvatura de su cuerpo se perfila en los ojos de Víctor. *La muerte es rauda y el deseo también*. A punto de perderse en la luz. La humedad hace languidecer la rabia, empapa la culpa. *La quietud.* Pinzones grises agitan las ramas de los árboles en lo alto. Víctor apaga el hornillo y arroja el sobrante de la tisana en el agua del río.

Cuando comenzó el curso escolar sus abuelos había olvidado matricularla en el Liceo.

—Tu obligación es quedarte en esta casa y cuidarnos.

A partir de entonces Cloe aprendió a hacer las curas. Limpiaba con solución salina el tejido muerto, después, cubría las heridas con un vendaje.

Junto a Leslie lavaba con agua tibia y jabón neutro los cuerpos cansados, hidrataba una y otra vez la piel. Por las noches las dos mujeres se turnaban para estar de guardia. El cuerpo anciano cuya mente codiciaba la vida, la mezcla de fingimiento y orgullo en la desesperación, eran un tercer rostro.

Cloe hacía la colada y cambiaba las sábanas cada dos días, limpiaba los suelos, desinfectaba la bañera y el lavabo. Llevaba bien las tareas pero algo en su interior le decía que no estaba haciendo lo correcto. Una tarde, tras volver de la compra, Leslie la esperaba llorando en el cuarto.

—Me marcho.

—No puedes dejarme sola.

—Ay, cariño, no me queda otro remedio. Ya no me quieren aquí … Dicen que soy cara —cogió el rostro de Cloe entre sus manos—. Niña, ¿qué va a ser de ti?

Cloe salió de la habitación. Cada vez que empezaba a tener cierta complicidad con alguien esa persona desaparecía de su vida. Esa misma noche durmió sin Leslie. Había ansiado un momento de intimidad desde que había llegado a la casa, pero cuando pudo disfrutar de ello fue terrible. Corrió a la salita de medicinas y cogió la cuchilla que solía emplear para cortar las vendas. Si no hubiera estado tan cansada entonces hubiera empezado a autolesionarse otra vez. *Manchar de sangre la pulcritud.* Los días se sucedían. En contadas ocasiones salía de casa. Dormía muy pocas horas, pues Laura y José se despertaban numerosas veces por la noche.

Cloe aprendió a estar sola entre la tibieza de los gestos. A menudo esa tibieza se convertía en hostilidad en el rostro de Laura y José. Su ingenuidad poco podía atenuar la angustia de la pareja. Estaban débiles pero se resistían a ir a una residencia. Muchos de sus familiares había fenecido solos, fuera de su país y sin asistencia durante los meses más duros del «contagio» y, aunque las condiciones habían cambiado de manera ostensible en los centros,

ellos rehuían aquella nueva realidad. Incluso eran reacios a que Cloe llamara al médico. De aquellas semanas nació el gusto de Cloe por lo invisible y soterrado, por las realidades implícitas. Entre dolor mudo y cansancio reconstruyó los retazos de sus pensamientos. O eso creyó entonces.

En una ocasión se quedó dormida, cuando despertó y acudió a la habitación, Laura aguardaba en la cama muy rígida. El cuarto olía solo a su aliento. Su abuelo José se había caído de la cama y yacía en el suelo. Cloe intentó levantarle pero pesaba demasiado. Cuando se acercó al teléfono que había encima de la mesilla para llamar a la ambulancia su abuela la detuvo.

—No lo hagas. No soportará que le separen de mí.

—Su vida corre peligro.

—Eso es lo que harán —la mujer se mecía en la cama mientras hablaba mirando a un punto fijo—, eso es lo que harán.

De súbito, volvió los ojos hacia Cloe. En ellos asomaban hormigas.

—Antes que morir a él le aterrará no saber de mí.

La joven dudó y en esa duda la anciana llenó su alma de odio.

—Niña estúpida —dijo su abuela haciendo un esfuerzo por marcar el acento castellano.

Cloe deseó que se atragantara. Tener aquel pensamiento le heló la sangre. De un instante a otro estaba harta de escuchar las reprobaciones de Laura. Sus manías. Cuando llegaron los sanitarios a la casa y sacaron a su abuelo en la camilla comprendió que había sido un error ser cómplice de aquel aislamiento. El estado de sus abuelos era demasiado delicado. José murió de camino al hospital y Laura apenas resistió unos días más a la muerte de su esposo. Cloe acudió sola al entierro. Mandó incinerar los dos cuerpos, fue una venganza inconsciente, una forma de resarcirse de lo que ellos le habían obligado hacer con el cuerpo de su padre. Se dijo que hacía lo correcto, que en esos días en los que cualquier porción de “tierra propicia” era codiciada, era una manera de que sus abuelos dejaran un legado; quizá un legado anónimo, demasiado volátil, pero al fin y al cabo lleno de solemnidad. Arrojó las cenizas asomada a la ventana de la habitación donde sus abuelos habían compartido amor y odio. Daba a un palomar. Las cenizas empañaron el cielo mientras las palomas extendieron sus alas. Ese mismo día habló por teléfono con Camile rogándole que la sacara del piso.

—No soporto seguir aquí. Nada me pertenece.

—Debo serte franca. Puedes venir a vivir conmigo pero será solo por unos días. Hasta que se arregle lo del testamento. Luego, irás a

una casa de acogida.

Ingresó en un "hogar para adolescentes". Sus abuelos habían donado todos sus ahorros, incluso el viejo piso, a una organización que se dedicaba a la Protección de los Ancianos. No se lo reprochó, incluso lo comprendió. Se habían conocido en un momento de la vida en la que el afecto de cada uno había acabado doblegado por el miedo y la desconfianza mutuos.

Disfrutó de cierta independencia en un estudio con cocina en la planta baja de un edificio de nueva construcción en los suburbios de Pantin. Entró en el "Programa de Aceptación" para conseguir el pasaporte sanitario que la llevaría a la libertad total y a una nueva vida. Consiguió un trabajo como reponedora en un supermercado. Cumplía un horario muy estricto de entradas y salidas. Pasaba sus días libres en el parque cercano al centro. Veía a los niños de la mano de sus padres en el paseo y un dolor afloraba en ella, era un dolor conocido al que no podía mirar de frente; sentía un desprecio por sí misma y al mismo tiempo quería límites que debilitaran esa asfixia que se ceñía a su cuello. Volvía a ella aquella languidez olvidada. Por suerte, hizo buenas migas con su vecina, Babette.

Babette vestía chilabas de llamativos colores. Su rasgos eran francos y serenos. Cloe todavía tenía algunas dificultades para desenvolverse en francés y ella fue paciente en ayudarla a practicar el idioma. La primera noche que se conocieron compartieron confidencias como si fueran amigas de toda la vida. La familia de Babette procedía de Marruecos; su madre estaba ingresada debido al "síndrome de confinamiento", no se veía capaz de salir de casa y someterse a los controles clínicos periódicos, estaba convencida de que sufriría una reinfección. Su padre estaba en paradero desconocido. Cloe y Babette compartían ausencias y, sobre todo, las ganas de empezar una nueva vida. Los fines de semana, a media tarde, se reunían en la rampa para pista de skate del parque, soñaban con ser algún día alguna de las chicas que se deslizaban sobre los patinetes enfundadas en ropa de sport. Probaron por primera vez juntas el alcohol; entre trago y trago de ron con Cocacola se confesaron sus primeros amores. Activaban el altavoz externo del móvil con la lista de música que habían confeccionado cada una y se pasaban las horas escuchando los *hits* del momento sin tener la necesidad de hablar o mirarse. Babette contagió a Cloe su pasión por el *trap* francés y las sudaderas masculinas. Fumaron el primer cigarro de su vida; ninguna de la dos lo acabó, entre risas y aquella ráfaga áspera que raspó el interior de sus fosas nasales acabaron tiradas en el suelo.

Todo se torció entre ellas cuando apareció Antoine en la vida de Babette. Era más mayor; alto, fornido, con el pelo ensortijado. El campeón de "Skate Agora" de Pantin. Se pasaba horas en la pista. Cuando Cloe le veía realizar cabriolas en la complicada rampa, nunca se le pasó por la cabeza que pudiera atraerle su amiga. Babette era de una belleza exótica, muy atractiva, sin embargo, destilaba una discreción que no tenía nada que ver con la forma de ser de Antoine. Al joven le gustaba ser admirado, iba vestido a la última y acompañado de una chica rubia y exuberante distinta cada día. Babette era propicia a los pequeños gestos, de una hermosura racial que intimidaba.

Cuando Cloe llamaba al estudio de Babette abría la puerta Antoine y Cloe sentía que este la miraba con odio. Había algo extraño y atrayente en él. Los encuentros con su amiga en torno a la rampa que tantos buenos ratos habían propiciado entre ellas fueron menos frecuentes hasta casi ser inexistentes. Una noche, cuando ya apenas se veían, Cloe al abrir la puerta de su estudio, después de regresar del trabajo, encontró a Antoine metido en su cama. Había forzado la la cerradura. Cuando la vio se quitó los cascos de los auriculares que llevaba encima y la sonrió.

—Te pasas las tardes escuchando esta música. —Golpeó el tabique que daba al cabecero de la cama—. Ya sabes… Aquí las paredes son de papel.

A Cloe le sobrevino una náusea. Antoine manoseaba su móvil y sus cascos entre las manos. Esa misma mañana los había echado en falta en la mochila, de camino al supermercado. Se preguntó cuándo se los había quitado. La joven cuidaba de escuchar la música en un volumen bajo, los coordinadores del centro eran muy insistentes en que se respetara el descanso de los demás. Antonie sin duda la había estado espiando. Intentó por todos los medios que él no viera la debilidad que nacía en sus entrañas. La náusea subió desde el coxis y se encaramó a su garganta. Fue incapaz de decir algo. Él había pegado a la pared que daba al cabecero de su cama aquella oreja, grande y rosada que ahora asomaba entre los mechones de su pelo rizado, con la intención de usurpar su intimidad.

—No sé cómo te puede gustar tanto. Te pasas horas…

Seguía hablando como si nada. Se reincorporó y se sentó en la cama dejando al descubierto sus piernas. No llevaba ninguna ropa.

Cloe salió por la ventana corredera que daba al patio interior. Hizo tiempo en los columpios del parque. Llovía de manera insistente. No supo cuántas horas estuvo allí mirando el hoyo que

había bajos sus pies, cómo se llenaba de agua. Quizá cuatro, tres. Le fue indiferente. Su ropa quedó empapada. Las gotas de lluvia eran sus lágrimas, sus ojos desde la muerte de su padre se habían secado. Una presión oprimió su corazón. Aquello cambiaría su vida.

Cuando regresó al estudio Antoine se había marchado. El móvil y los cascos yacían sobre las sábanas revueltas. Cloe pensó en hablar con Babette esa misma noche, sentía la necesidad de advertirla de que Antoine no era quien creía, que escondía un lado oscuro que más tarde o más temprano la haría daño.

¿Cuántas notas se habían pasado Babette y ella a escondidas en las reuniones con los coordinadores? Mientras repasaban las normas de "las buenas conductas de higienización", jugaban a escribir pequeños poemas con los olores que les sugerían uno u otro chico del centro. "No dejes que tu olor a pegatina se adhiera a mi piel" , "Hueles a sopa pero da igual, te besaré y compartiré el sabor de piruleta de mi lengua", "No aguanto tu olor a sudor, estropea el romanticismo de mis labios". Eran composiciones que adolecían de cierta ingenuidad. Babette y ella, así como la mayoría de sus compañeros en el centro todavía no estaban acostumbrados a la proximidad de los cuerpos.

La situación en el centro empeoró. Antoine usó como nombre de usuario "Deepfakes" y se dedicó a poner la cara de Cloe en cuerpos de actrices porno; no contento con eso, creó varios vídeos muy convincentes utilizando un algoritmo automático y los puso a disposición del público por tiempo ilimitado en una página de citas. Las manchas en la piel de Cloe aparecieron entonces. *Rojizas*. Se convirtieron en pequeñas costras. Se desprendían de su piel. Detrás de las orejas, en los codos, cerca de la nariz. Era como si la vergüenza de ver su rostro prisionero en un cuerpo obsceno, humillado, escrutado por todos, y que no le pertenecía, se sublevara contra ella. Sus uñas mordidas, mal limadas. Por la noche aliviaba el picor rascándose. La rojez se transformaba en sangre. Cualquier risa que oía creía que pertenecía a Babette y Antoine. Desconocía que ambos se habían marchado el mismo día que había aparecido la palabra "Salope[11]" en la puerta de su estudio.

Cloe dejó de acudir a su puesto en el supermercado y de cumplir el "Programa de Aceptación". Sabía que podía suponer una marcha atrás en su vida, pero le superaba la situación. Pensaba que todos los que se cruzaban con ella por los pasillos del centro, el supermercado o la calle, habían visto los vídeo y la reconocían. Era consciente del poder hipnótico de las imágenes. En los dispositivos móviles compartía anonimato y humillación con el rostro de otras

chicas. La catarata de imágenes, las noticias de fuentes oficiales y no oficiales en las redes sociales, eran una distracción; no era tan importante si no entrañaban ninguna realidad, o si al consumir aquellos contenidos digitales no se estaba de acuerdo con lo que se veía o leía, lo importante era “compartir algo”, confluir dentro del mundo global de distracciones. Aquella costumbre era un virus tan contagioso y dañino como el biológico. Un mes después de los hechos, Cloe volvió a llamar a Camile; como un vino espeso y agrio su boca vertió la pregunta:

—Y mi…. mi madre, ¿dónde puedo encontrar a mi madre?

El velero: Historia de un amor

El calor es insoportable dentro de la cabina. Vuelve la atención sobre el mapa. Al estudiar el recorrido fluvial recuerda la piscina, la lámina de agua plomiza agitándose sobre la superficie, el líquido y la oscuridad fluyendo unidos. A Sebastián le cuesta respirar de la misma forma que si estuviera todavía dentro de la humareda. Visualiza la esquizofrenia arrastrándose entre raíces aéreas negras, las algas y los lirios del agua enrollándose en las llamas, mordiendo el arroz silvestre y los gladios, sin dejar con vida ninguna planta flotante ni sumergida. Mira hacia el tragaluz en busca de un rayo de sol. No existe un solo momento en que la imagen perturbadora no interfiera en su memoria, aunque sea durante unos segundos. Vive en secreto –por no encontrar explicación y por miedo- con ese sentimiento desconcertante que se revuelve por dentro. Una tirantez en la memoria, un pequeño arpón prendido a su ser, navega en sincronía. En ese día de calor la profundidad del río se asemeja demasiado a la inconsciencia. La tez pálida, los ojos enmarcados en ojeras, el mentón más protuberante. La oquedad se esconde en las sombras que proyectan sus facciones. Mantiene la mirada fija. La brisa ha despeinado su cabello, anudado en una coleta. Ha pasado la noche a la intemperie abrigado con una manta sobre los hombros. Pretende perfilar el viaje de huida en su cabeza, cree que así encontrará razón a lo sucedido; sin embargo, tropieza con más preguntas que respuestas. Esa sensación de desvarío, ese plomo punzante en el corazón. Los pelícanos inundan con su graznido el cielo salvaje.

Víctor pasa por el pasillo que da a la cabina bebiendo una lata de cerveza. Se detiene unos segundos en la puerta. Da un trago alzando las cejas, divertido, y se vuelve a marchar. *Me vigila.* Sebastián se palpa la frente, piensa que es víctima de algún tipo de fiebre. Sufre fatiga fría. Su pensamiento transita lejos de allí: un pinchazo metálico, un imán que no hace efecto por lo remoto. Lamenta haber dejado los documentos en la clínica. Ansía examinarlos, re-leerlos, analizarlos para desentrañar el porqué de ese ánimo incomprensible. De súbito, un ardor se encarama a su pecho.

Cuando conoció a Marta era dos críos, ella, una estudiante de biología y él de geología. En el pub “La Mandrágora” acababa de terminar la reunión en la que se había decidido reactivar las manifestaciones contra la búsqueda «de tierras raras[12]». Una orden

ministerial había decretado que en cualquier momento se podían poner en práctica las explotaciones en el sur de la región, donde se situaban dos concesiones y ambos habían nacido.

—Así que me quieres conocer.

Marta se bamboleaba de un lado a otro frente a Sebastián, vestida con una minifalda vaquera y una camisa de tirantes blanca. Sostenía un vaso de calimocho aderezado con esencia de moras.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie —prosiguió ella resuelta, él apenas la oía, la música del local estaba altísima—, desde que he entrado con mis amigas no has dejado de mirarme.

Sus labios y la punta de su lengua se movían amoratados bajo los restos del colorante del licor de moras. Hacía atrayente su boca más si cabe. Sebastián se esforzaba en no fijar su atención en sus labios. *Lo notará*. Nunca la había visto antes en aquel local demasiado oscuro y siniestro para una chica como ella. Se contuvo en decir nada. Intuyó que ella se enfurecería.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Su voz era ronca y suave. Así sería la forma de acariciarle, de aproximarse, de reprocharle.

De besarle.

—¿Qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres?

—¿No pensarás quedarte ahí parado?... Mirándome.

Sebastián se sonrojó. Estaba poco acostumbrado a que una chica como aquella se acercara a hablarle. Agradeció para sus adentros la oscuridad del garito. Sus amigos cuchicheaban y le miraban aguantándose la risa sentados en una mesa del local, a unos pocos metros. Conocían de sobra la timidez de su amigo. Sebastián tomó de la mano a Marta y la sacó de allí; era extrañamente áspera y de una carnalidad que le sorprendió. En la calle ella respiró profundamente, su busto rozó la camisa perfilando la redondez de sus pezones. Un aro de sudor empapaba la zona de sus axilas.

—Así está mejor. Sí —suspiró—, así está mejor.

Después le miró fijamente. Sus grandes ojos color azabache, tan elocuentes y profundos entonces. Los pómulos sobresalían en su cara ovalada cuando sonreía de una forma conmovedora. Fue un sombrío destello del sufrimiento que el futuro depararía.

Marta le soltó la mano sin ningún motivo; salieron corriendo por la cuesta que conducía a la plaza. Ella marcaba el ritmo dos metros

por delante de él. Las bailarinas[13] en sus pies no suponían ninguna desventaja. Sebastián la perdió de vista en el callejón. Cuando se quiso dar cuenta estaba detrás de él.

La tomó por la cintura y apretó sus caderas contra las suyas, detrás de un coche. Ella le miró sorprendida, después de unos segundos, sonrió.

La lengua de Marta sabía a moras. La acidez de la cerveza que había tomado impregnó aquella dulzura.

Se aferró a él como si temiera que escapara de un momento a otro.

—Dime que sientes lo mismo que yo. Él la besó.

Los senos de Marta marcaban una respiración entrecortada. Jamás olvidaría aquella respiración.

Después de esa noche Marta se fue a vivir con él a la buhardilla que alquilaba a una joven viuda, junto con su perro Jimmy. Un piso de cincuenta metros cuadrados ruidoso y con las cañerías en malas condiciones. Ella se pasaba la mayor parte del día elaborando su tesis sobre la "Resistencia del centeno al aluminio" y los fines de semana trabajaba como camarera en el pub "Muchedumbre". Pub al que Sebastián rehuía ir pues los celos le corroían por dentro cuando los clientes querían ligar con ella, era una faceta hasta ese momento desconocida para él que ocultaba. Le avergonzaba sentirse terriblemente vulnerable y que aquellos sentimientos estuvieran ligados a una persona que apenas había empezado a conocer. Se repetía que su inseguridad era fruto de la intensidad que le despertaba Marta, que en cierta manera era normal, pues todavía no había dado nombre al frenesí de complicidad en la que se veía inmerso. Entre las clases de universidad y las reuniones con el colectivo «anti-sondeos»[14] procuraban coincidir en las manifestaciones. Era un placer perderse entre la multitud. Durante parte de su infancia y toda su adolescencia sus movimientos, sus actos, habían estado «restringidos». Sentir el calor comunitario inyectaba una energía en su organismo fuera de lo común. Respirar e incluso percibir otros alientos que nunca volverían a estar próximos rebatía todo lo aprendido. Regresaban al piso por separado y comían juntos, compartían aquella emoción que les embargaba al sentirse integrados, insignificantes, entre la masa de la gente. Una sed de ideales y de indolencia habitaba en su interior. Como si todo lo vivido desde el APER ´321 fuera inasumible. Bromeaban con el hecho de que sus encuentros o conversaciones siempre fueran en torno a las riquezas de la tierra o a algún aliciente gastronómico. Eran jóvenes y demasiado orgullosos como

para reconocer el hambre que sentían el uno por el otro.

En la mayoría de las ocasiones él cocinaba para ella. El plato preferido de Marta era la coliflor gratinada con bechamel, y el vino, el Verdejo Antiguo. Sebastián compraba por encargo en la tienda china que había debajo de la vieja urbanización toda clase de *delicatessem* difíciles de encontrar en los mercados oficiales. Shaoran, el dueño del local que habría las veinticuatro horas al día, se las arreglaba para encontrar los productos más insospechados en el mercado negro. Ella y Sebastián terminaban las veladas saciados de comida y de los resquicios del cuerpo del uno y el otro. Al sol sobre la cama empapaban los efluvios del clímax en la diminuta habitación que daba al ayuntamiento.

Se casaron un mediodía en la parroquia del pueblo de su madre, Cesto, una pequeña población cerca de la costa de tan solo treinta habitantes. Fue un acto osado el suyo. El número de uniones conyugales había disminuido de forma drástica en los últimos años. El gobierno cobraba una altísima tasa a aquellos contrayentes cuya edad estaba por debajo de los veintitrés años; según las estadísticas oficiales, los contrayentes de esas edades eran proclives al divorcio en menos de medio año y a concebir un nonato en el primer trimestre, con los costes administrativos y ecológicos que eso suponía.

Sebastián abría la puerta de casa y sentía que aquel era su refugio. Escuchaba los pasos de Marta en el viejo entarimado y los reconocía como ruidos de vida. Su desenvoltura elocuente, sus labios acostumbrados a la sonrisa, el contoneo de caderas suave, bien aprovechado, sus vestidos de marca, el cabello peinado con ligereza sobre su espalda. En la existencia y los latidos de Marta latían su felicidad y sus temores.

Marta era joven y fuerte. Nadie se esperaba lo que sucedería.

Una mañana, Sebastián regresó de la última ronda de movilizaciones por el litoral. Se sentía realmente agotado, la gira «anti-sondeos» había sido dura, apenas había tenido tiempo para dormir entre un sitio y otro; había comido de mala manera en garitos sucios y aislados, y dormido más de una noche en el coche al no encontrar hostales de camino y disponer de un presupuesto ajustado. Tenía las piernas y los brazos helados. Esa sensación de frío se prolongó en el cuerpo de Marta cuando la tomó entre sus brazos al encontrarla inconsciente en la bañera. Ella despertó inmóvil, sin fuerzas. Respiraba con dificultad, aún así, le sonrió y susurró: “ha debido ser un bajón de azúcar, últimamente me pasa… debo de tener algo de anemia”. Él la abrazó para que entrara en

calor. Su cuerpo siguió entumecido.

Los días posteriores en su mente son una pintura de una sola tonalidad.

El blanco de las paredes del hospital, el color del cielo acristalado, las batas de los médicos difuminados en saludos autómatas, las margaritas que arrancó de un jardín salvaje y colocó en el jarrón de la pequeña mesa que había en la habitación de Marta.

—Dime que te han dicho.

Marta detestaba verbalizar su debilidad. Sebastián se dijo que padeciera lo que padeciera permanecería a su lado, que esperaría hasta que ella estuviera preparada para contárselo. Pero no lo hizo. Una vez que encontró la hora de la cita con el neumólogo en el cubo de la basura de la cocina, le fue fácil indagar sobre su estado.

Su esposa volvía a padecer una afección pulmonar de "nuevo espectro", la misma que había cercenado la vida de la mayoría de las mujeres de una zona muy localizada de Río Agitado, durante el primer brote del «contagio». Un pueblo turístico del Sur donde sus padres y ella habían veraneado cuando era muy pequeña. Tras la cuarentena el pueblo quedó despoblado. Marta era muy pequeña para recordarlo. Guardaba la leve imagen de una playa de arena blanca. Un caldero y una pala amarilla entre sus manos. Después, días enteros en un cuarto húmedo sin resquicio ni ventana donde poder asomarse.

No siempre sucedía pero había pacientes que sufrían reinfecciones. *Casos raros*. Sebastián había escuchado hablar de ellos, sobre todo a las autoridades; pasado el tiempo se llegó a extender por las redes sociales y los periódicos la idea de que en realidad esas reinfecciones no existían y que solo eran otra excusa para prolongar el confinamiento. APER ´321 fue posible en 2032 gracias al descubrimiento de una "vacuna auto actualizable". En el caso de los que habían enfermado en los primeros años, donde el virus fue más mutable, pudiera ser que este hibernase, que no despertara nunca, o que, de repente, debilitase imperceptiblemente la función pulmonar de los contagiados. Era el caso de Marta.

En la reactivación de su enfermedad su curso podía ser muy variable, su supervivencia media era inferior a cuatro años. Durante tres meses Marta fue de hospital en hospital, de clínica privada en clínica privada buscando otros diagnósticos. Después de una pequeña cirugía y de cumplir un tratamiento con un medicamento experimental sometieron a Marta al trasplante del pulmón derecho.

Él se repetía que ella tenía derecho a comportarse de esa manera. “Es su decisión. No hay más que hablar. Lleva su enfermedad con discreción porque sabe lo doloroso que puede llegar a ser para los que la rodean”. Seguía sintiendo un deseo carnal por ella como nunca lo había sentido por ninguna otra mujer. A medida que se acercaba la fecha de la operación y el estado de Marta empeoraba su desasosiego aumentó. Estaba cansado de ser un malhechor en su propia casa, registrando cada pertenencia de Marta, espiando sus llamadas, el historial de sus visitas al médico, sus emails. Temía tocarla y hacerla daño.

Se vio incapaz de llevar hasta el final aquello en secreto. Buscó en la agenda y contactó con la familia de su esposa. Cuando la madre apareció en la puerta del piso, Marta no se lo perdonó.

—Pensamos que te habías curado, así nos lo habían garantizado. Tú no te acuerdas porque eras muy pequeña, pero tu padre y yo consentimos el tratamiento. Pensamos que todo había pasado, que lo habían cogido a tiempo.

—¿No tenía derecho a saberlo? Igual hubiera tomado otras decisiones, me hubiera cuidado más… hubiera hecho otras cosas…

Hablaba sin mirarla.

—Creímos que vivirías más libre.

“La enfermedad es mía”. Marta se aferraba a la intimidad de su padecimiento. Tomaba regularmente la medicación. Después de que superara el trasplante Sebastián se volcó en conseguir una plaza como profesor adjunto en el Departamento del catedrático Javier León, especialista en geología. Trabajaría en la formulación de un documento de alegaciones contra la explotación de las “tierras raras” en el interior de la provincia. El sueldo serviría para reformar el piso y pagar las consultas privadas de los médicos.

Marta parecía que respondía bien al trasplante. Después de meses de arduo trabajo Javier León y él concluyeron en el estudio que estaban llevando a cabo que la explotación era «poco recomendable», pues aumentaría el desequilibrio en la biosfera. El documento supuso un freno en las intenciones del gobierno, la opinión pública no estaba dispuesta a asumir ningún riesgo. Fue curioso aquel éxito en su vida, había conseguido detener los sondeos en la tierra en la que Marta había nacido y que tanto veneraba, sin embargo, en la intimidad entre él y ella se había abierto una grieta, imperceptible, dolorosa, donde él la buscaba desesperadamente. Ella había sido la principal impulsora del movimiento ecológico «anti-sondeos», sin embargo, evitó hacer cualquier comentario sobre aquel importante avance, era como si su

mente dosificara sus fuerzas, no solo físicas sino espirituales; cualquier realidad ajena a su cuerpo era una distracción fútil. Sebastián se sintió cruel al pensar que por unas horas podían dejar a una lado las preocupaciones y celebrar aquel logro que tanto esfuerzo había costado. Volver a las viejas costumbres. Cocinar para ella. Besarla. Acariciarla sin sentir un miedo descarnado. Sus amigos hacía meses que habían dejado de ir a visitarles. Marta se mostraba huraña y apenas hablaba. Todas las ilusiones de Sebastián, sus aspiraciones quedaron anuladas. Sus investigaciones como geólogo dejaron de tener sentido para él. ¿De qué servían si sentía que le alejaban de Marta? ¿si no debilitaban el hermetismo que se había instaurado entre ellos? En su desesperación se matriculó en el portal UDIA[15] en Psicología Social e Integrativa; ansiaba adquirir los conocimientos necesarios para interpretar, analizar y explicar el comportamiento de su esposa. Sus gestos. Aquella frialdad que le atormentaba. El rostro de Marta era cada vez más inescrutable para él. Muchas veces la observaba sin que se diera cuenta y tenía la sensación de que su esposa era un jarrón de porcelana en cuya cara interna la mano de un desconocido palpaba un resquebrajamiento en la base que se prolongaba por el cuerpo, la parte superior, hasta la boca. Aquel pensamiento era recurrente y le perturbaba. Más tarde interpretó aquello como una premonición.

Antes de cumplir el año Marta sufrió el rechazo del pulmón trasplantado.

Él dejó de dar clases en la universidad con la intención de cuidarla. Javier León le prometió que conservaría su plaza hasta que la vida de su esposa y la de él mismo volviera a la normalidad. “Si se puede llamar así”, le dijo. “nunca seréis los mismos”. Sebastián sentía un nudo en la garganta que hacía imposible que pudiera seguir la conversación, ni si quiera confesó a su amigo que el doctorado había dejado de tener sentido para él, que el único enigma y la única lucha que existía en su vida era Marta. Los médicos habían hecho todo lo que estaba en su mano para retrasar el desgaste en el organismo de su esposa, pero la desconfianza tomó hueco dentro de Sebastián, silenciosa, pesada, hacía los días irrespirables.

Había ahorrado algo de dinero y la madre de Marta estaba dispuesta a sufragar los gastos de su hija durante su convalecencia. Sebastián siempre pensó que aquella ayuda económica fue una forma de calmar su mala conciencia.

—Qué hago yo en un piso tan pequeño, entre una pareja de enamorados… nunca nos hemos llevado bien mi hija y yo, y esta

enfermedad para ella es una derrota ante su madre.

Durante las noches Sebastián se sentaba al ordenador y estudiaba las asignaturas de Psicología Social Integrativa. Se había matriculado de dos semestres. Se repetía como un mantra que los nuevos avances en la medicina pronto hallarían un remedio a la dolencia de su esposa. Pasaban los meses y no había ninguna mejora, sentía que Marta cada vez estaba más débil y él se sumía en un aislamiento cada vez más turbador. Llegó a desear que hubiera más casos como el de su esposa, más víctimas del virus en hibernación. Aquella reflexión era vil, lo sabía, no era propio de él, pero era la única forma de que las autoridades invirtieran más dinero en el descubrimiento de un medicamento eficaz para la dolencia pulmonar de "nuevo espectro". Cuando aumentaron enfermos con las misma afección que su esposa, Sebastián se dio de morros con la realidad. Las investigaciones médicas que se desarrollaron fueron enfocadas a la celeridad de nuevos trasplantes, en ningún caso, a mejorar el estado de aquellos que habían sufrido o sufrían un rechazo. Se encontraba solo frente a una impotencia perdurable, paralizadora para ambos. Entraba en el cuarto que compartían con la intención de preguntar cómo se encontraba y recibía la misma respuesta: "Déjame sola… … … No lo entiendes... … Es a mí a quien se le escapa la vida". Echado en el sofá del salón se reía de sí mismo cuando pensaba que horas antes había soñado con acostarse con su esposa. Era aquel piso una marea de silencio donde se ahogaba.

La ira en sus ojos. El amor que había sentido hacia él se convirtió poco a poco en odio. Sebastián nunca se lo reprochó, incluso sintió añoranza por ese oscuro sentimiento cuando Marta empezó a mostrarse impasible. Con el paso del tiempo habían construido una cotidianidad ahuecada donde la angustia clamaba por salir a la superficie. Mientras él comenzaba las prácticas de las terapias de grupo en el portal Mentavio, Marta pasaba horas en la habitación de invitados, frente al ordenador, con la puerta cerrada, unida a la bombona de oxígeno. Cuando él abría para preguntar si necesitaba algo ni siquiera se giraba. Su rostro, antes lleno de ternura, se había vuelto tenaz y áspero. Cuando él traía las bolsas de la compra, cuando él la cedía el paso en el ascensor o la servía el desayuno en la cama percibía su hastío.

El velero: El círculo de vida

El velero se adentra en un segundo afluente. Las latinas respiran la placidez y plenitud de los vientos de poniente. Una nueva extensión, entre el verde y la niebla. La bruma vela el horizonte, una de las chicas asomada en la proa se bambolea. *¿Por qué no hacen nada y la dejan ahí en su estado?* Sebastián busca a Víctor. Advierte un escollo que emerge a pocas brazas de la eslora. *Debe quitarse de allí.*

—¡La vela azota el palo! —advierte pero la joven no escucha. Se ríe con una risa siniestra. Su mirada es inexpresiva.

El velero topa levemente con el peñasco a flor de agua.

Lo suficiente.

El quiebro es inesperado. La joven no tiene tiempo a agarrarse al pasamanos, se pierde en la bruma que sotierra el curso del río.

El grito de su compañera se alza en el silencio, turbador. Una bandada de pelícanos rompe la uniformidad del cielo azul. Sebastián se acerca a la parte de proa donde ha caído la joven. La chica que ha gritado está desfallecida en el suelo. Fuera de la borda, alcanza a ver el reguero de sangre y la mano agarrotada, sobre una roca. Desaparecen bajo la quilla del velero. En la lejanía brilla un leve resplandor. Sebastián echa a correr a lo largo de cubierta. *Debemos levar las velas, detener "El Albur".* Se cruza en su camino Víctor:

—Déjalo —le intercepta el tórax con el codo.

—¿Pero… qué dices?

—Te he dicho que lo dejes. Habrá quedado destrozada.

—No lo permitiré. Debemos ir a ver si podemos hacer algo por ella.

—Solo causarás más problemas.

A Sebastián le enfurece que Víctor tenga razón. *La presión del casco la habrá partido por la mitad.* Siente las miradas aceradas de los demás, a su espalda. Nunca hasta ahora ha reparado en *Ellos*. Sabe que no es bienvenido. Se ha quitado el reloj y la corbata y ha guardado los gemelos de oro en una caja debajo de la cama con las demás pertenencias. Debe controlarse o nada tendrá sentido. Desde donde está es imposible ver a Cloe.

—Está bien… solo quiero saber por qué la chica estaba en la barandilla en ese estado. Quedamos en que dejaríais de tomar el «fermento».

—No lo puedo controlar todo —Víctor sonríe dejando ver la

oscuridad entre sus incisivos. La punta de la lengua desprende la misma negrura.

—Tampoco creo que esté bien este desorden —dice Sebastián mientras señala las mudas colgadas en las barandillas y los vasos con los restos de alcohol que han dejado por las esquinas de cubierta.

—¿Lo oís, chicos?... El señor quiere ver esto limpio.

Ríen y se agachan a recoger los vasos de cristal. Sebastián evita mirarlos, su indolencia es devastadora.

“El peligro hoy estriba en acaparar el bienestar, en que alguien crea que ese bienestar es un bien maleable”

ARTÍCULO PERIODÍSTICO

Laurenti le esperaba en el que iba a ser su despacho. Era una luminosa estancia que daba al jardín. Nada más entrar el sol deslumbró a Sebastián. Amusgó los ojos con el fin de centrar la mirada. Las persianas estaban subidas del todo. Laurenti aparecía ante él, pletórico; le sobrecogió pensar el efecto que habría producido aquel hombre en Marta. *Apenas tenía fuerzas para sí misma.* En el asiento del escritorio Laurenti ojeaba unos papeles, Sebastián supuso que era su currículum. Las copias digitalizadas del título de Psicología y las distintas especialidades estaban en las hojas finales.

—Mmm… Postgrado en Psicología Organizacional.

Laurenti saboreaba la boquilla de una pipa mientras expulsaba el humo por la nariz. Su voz era acariciadora.

—Mmm…. Experto en el tratamiento de ansiedad post-trasplante.

Movía pausadamente las manos cuando pasaba un folio sobre el otro.

—Máster en ciencias de las religiones… —alzó su mirada azulada. En su transparencia uno podía perderse—. ¿Le interesa la religión?

—Más que la religión —Sebastián tuvo que hacer esfuerzos para disimular su nerviosismo —… me interesa la filosofía, como a muchos desde el APER ´321.

—Hace años los científicos fuimos relegados a los laboratorios o a las investigaciones a puerta cerrada, los avances eran lentos y secretos, pero ahora, los ciudadanos necesitan saber, sus aspiraciones les hace estar hambrientos de nuestros descubrimientos. La ciencia en sus diferentes vertientes será una nueva religión en poco tiempo.

A Sebastián le sorprendió y le dio miedo esa reflexión, se fijó entonces que en la mesa del despacho había un ejemplar de la Biblia. Era una edición antigua. Al lado, había otro libro de iguales dimensiones, en cuya portada blanca y moderna, con letras grandes sin remates había escrito “PROTOCOLO DUSHA”. Sebastián continuó hablando con el fin de que no percibiera la inquietud que empezaba a endurecer su espalda, desde que había puesto los pies en la clínica todo le parecía demasiado neutral, demasiado ajeno, algo muy diferente a lo que esperaba; pero no debía dejarse llevar

por una primera impresión o sacar conclusiones precipitadas. Empezaron a conservar sobre los naturalistas y su visión de la naturaleza; con el tiempo, se daría cuenta de que aquellos giros en la conversación eran una característica habitual en Laurenti, era su forma de no dejarse atrapar y hacer que su interlocutor deambulara en vaguedades, y al mismo tiempo de invadirlo todo con su mente.

—El principio único de todo aquello que es real —Sebastián concluyó.

—Así que la idea de que el ser humano es un ser plenamente radicado en sí mismo es de su gusto —por un momento Laurenti se quedó pensativo, luego continuó hablando—. Los naturalistas siempre me han parecido demasiado simplistas, son tan proclives a profundizar en la ciencia positiva, la biología, la física, nada más; aquí, en la clínica, somos «más astutos», más «dualistas»[16] digamos, tenemos una perspectiva más amplia de la razón humana.

Acto seguido se levantó del asiento y se acercó a él. Sebastián veía su silueta a contraluz. Percibió cómo le miraba de arriba abajo.

—En todo caso…, aquí dejará de buscar.

Al despedirse le apretó la mano. Su tacto pareció absorber toda su energía. Sebastián se dijo que aquella sensación era solo producto del cansancio y del largo viaje que había realizado hasta isla Haustela. Antes de cruzar la puerta, Laurenti se detuvo en el umbral y le dirigió las últimas palabras, de espaldas a él.

—No voy a engañarle, no soy muy partidario de contratar un psicólogo externo, pero la ratio del convenio suscrito con el consistorio nos obliga. Así que el puesto es suyo… Por otra parte… … —se dignó a mirarle, de soslayo—. Mario me ha hablado maravillas de usted… Ayudó mucho a su mujer. —Sonrió de una manera bella y espeluznante. Su dentadura era blanca y extrañamente pacífica.

Cuando Sebastián se quedó a solas la presencia de Laurenti seguía allí, abismal, una sombra oculta bajo los rayos del sol. Sebastián se sentó frente al escritorio y se frotó los ojos. Su asesoramiento como psicólogo había sido determinante a la hora de convencer a la esposa de Mario, Adriana, para que ingresara en la clínica. La había conocido en uno de sus periplos por las asociaciones de personas afectadas por el rechazo de un órgano. Faltaba Marta y buscaba en un dolor parecido y ajeno el destello de su esposa. Lo encontró en Adriana. Su cuerpo deteriorado, temeroso de no vivir lo suficiente hasta que le fuera concedido otro trasplante. La ONRT[17] era una de las organizaciones a las que Laurenti acudía para ofrecer sus servicios, la última de las clínicas

donde la pista de su mujer se perdía, por eso no le importó persuadir a Adriana como psicólogo adjunto de la ONRT.

El folleto de la prestigiosa clínica quemó en sus manos entre las pertenencias que Marta había dejado en el piso. Ahora no lo cree así pero entonces pensó que aquel papel arrugado y desgastado fue la forma que encontró su mujer de procurarle una esperanza y hacer que el vacío que se abría en su vida fuera menos devastador para él. Recuerda perfectamente aquella tarde, el cielo se había teñido de la rojez del viento sur, todo a su alrededor vibraba, incluso cuando entró en casa, los rayos parecían atravesar las ventanas inoculando el color púrpura. Meses después, cuando deparó en Haustela reconoció ese color en el cielo de la isla. Al abrir la puerta del departamento detectó un silencio inmenso; no encontró a su esposa en la alcoba a su vuelta de la farmacia, iba cargado con la nueva remesa de medicinas. Cada noche tumbado en la cama donde había dejado de descansar Marta repasaba hasta la extenuación cada detalle de los últimos días de su esposa: las personas con las que ella había hablado en la escalera de la urbanización, cuándo se había mostrado reacia a que él la acompañara a una de sus consultas, sus movimientos bancarios –esa misma tarde había imprimido los recibos en la pequeña impresora y los había esparcido sobre la mesa de la habitación—, la lista de llamadas o videoconferencias del teléfono móvil, hasta se fijó en qué cookies de publicidad saltaban cuando entraba en la red informática. Ni rastro.

"El círculo de Vida. Rebélate contra la muerte" así versaba el título del tríptico donde se describían las virtudes de la exclusiva clínica de la que era propietario Laurenti, situada en el corazón del Parque Natural de isla Haustela. El diseño del folleto era elegante. De papel reciclado. "*Aire limpio", "Tierra propicia", "Cuerpo y Mente Matriz"*, eran algunos de los encabezados. Sebastián lo consideró un panfleto más de las ofertas que proliferaban de un tiempo a esa parte en la entrada de los centros de salud públicos. Eran una promesa de un trocito del Edén que los humanos habían descuidado, combinado con las mejores instalaciones y los últimos tratamientos en la recuperación del organismo humano. ¿Cuántas veces Marta y él habían censurado la apropiación y explotación de ese tipo de parajes "inocuos"? Incluso Marta como bióloga se había visto perjudicada por «las restricciones» a la hora de acudir a las zonas de estudio y llevar a cabo la tesis sobre las plantaciones de centeno que realizaba.

Mario y Adriana era un matrimonio bien avenido, perteneciente a una familia de banqueros muy conocida del país. Sebastián había

tenido el honor de ser un invitado especial en su casa. Sin duda, la aportación monetaria del matrimonio a la clínica había sido decisiva para que Laurenti lo contratara.

Sebastián todavía guardaba en el forro interior de su maleta una recopilación de artículos. La mayoría publicaciones científicas. En ellas Laurenti aparecía vestido de ejecutivo o en bata de médico, una apariencia muy distinta a la que solía mostrar en la finca de la residencia o embarcado sobre el velero, donde nunca se desprendía del traje de lino y el calzado de piel sin curtir. Sebastián había memorizado casi de manera inconsciente el primer artículo que había encontrado y hacía referencia a la clínica.

Isla Haustela, 27 de mayo de 2033

Revista Genoma

"FÁRMACOS COMO LA HAUSPICINA AYUDARÁN A VIVIR MÁS DE CIEN AÑOS"

El científico ruso Ilias Laurenti Dusha investiga la molécula que promete alargar la vida de los seres humanos trasplantados.

Cuenta el cirujano que cuando aterrizó en isla Hautela junto con su esposa le pareció "un lugar único". En la isla, precisamente, se ha sabido rodear de un amplio grupo de expertos del ámbito sanitario, molecular y biológico. La "Residencia Dusha" es un enclave exclusivo en el que los pacientes disponen de todas la comodidades, especializado en el tratamiento de trasplantes al pulmón, que ha dado sorprendentes resultados clínicos.

Laurenti aboga por recuperar del aislamiento las zonas rurales en beneficio de la salud de los enfermos. "Las personas se han ido alejando de la naturaleza, deben volver a ella, entonces, solo entonces, conquistarán lo que nos ha sido ofrecido. En isla Hasutela, sin ir más lejos, donde se sitúa nuestro centro de investigación, sacamos provecho de la tierra de manera respetuosa, hemos descubierto una bacteria del suelo, la molécula haustacina, sin ir más lejos, cuyas propiedades y características pueden evitar mucho sufrimiento".

Aunque trata todo tipo de dolencias, el centro es pionero en las técnicas del trasplante de pulmón; recordemos, que en los últimos dos años ha habido un aumento de un 30% en los casos de los enfermos pulmonares, casos derivados del Virus "Agitado" Cosack X2, en los que el pulmón se ha visto debilitado, sobre todo en el caso de la población femenina.

Desde el primer día sorprendentemente Laurenti hizo que Sebastián se implicara en el proyecto. Mantenían largas conversaciones en el velero. Laurenti le ponía al día de los últimos avances, cómo habían conseguido mandar las moléculas de haustacina a tejidos concretos del pulmón de una paciente, cómo había replicado genéticamente las células que el virus dañaba, cómo había localizado una proteína coadyuvante de las terminaciones degenerativas. A Sebastián le satisfacía conocer detalles importantes de la investigación, sin embargo, presentía que aquellas conversaciones le alejaban más y más de Marta. Nunca se atrevió a preguntar por ella directamente a Laurenti. Algo le decía que si se decidía a hacerlo todo acabaría. "Se deben contener las

interferencias, el contacto con la naturaleza debe fluir", era una frase que Laurenti repetía. En la Residencia los distintos departamentos estaban compartimentados, cumplían un protocolo de higienización y aislamiento riguroso, el contacto con los pacientes era restringido. Desde que había entrado a trabajar solo había visto a Marta una vez, y apenas conocía los avances de su estado. "A los pacientes no les gusta ir al hospital convencional porque lo vinculan a estar enfermos, someterse a tratamientos incómodos o incluso cirugías. Aquí, por lo menos su estancia se hace más cómoda, es segura clínicamente hablando, pues viven en un entorno con muy bajo riesgo de infección; observan lo que la tierra puede ofrecerles, *beben de su belleza*, y para los profesionales sanitarios todo es más llevadero".

Sebastián sentía una extraña fatiga después de aquellas veladas en el velero. Solían alargarse hasta la madrugada. Laurenti era espléndido con él. Nicanor, el mayordomo de la Residencia, abría la botella del vino más exquisito, cocinaba las langostas que Laurenti había capturado durante la madrugada en La Laguna. *Era un excelente cazador*. Sebastián llegaba a sentirse mal consigo mismo, pues el médico hacía todo lo posible por mejorar las vidas de los pacientes —entre ellos la de su esposa—, así como su estancia en la clínica; se decía a sí mismo que su hastío era fruto de las horas de trabajo (debía de asistir a las reuniones vespertinas, organizar la lista de visitas, cumplirlas bajo un agotador protocolo de esterilización, acudir a las habitaciones si el paciente así lo demandaba). Cada noche se sentía tembloroso, mal, culpable, a la espera de que uno de los pacientes sufriera una crisis con el siniestro deseo de que fuera su esposa. Transcurridos los meses no dejó de tener la sensación de que en cada encuentro con Laurenti este le engatusaba con esperanzas que nada tenían que ver con el sueño de recuperar a Marta.

Parte II: Buda Dreams

—¿Qué será entonces?, —preguntó la azafata—. ¿Macarrones salados con queso, o bonito asado con salsa de piña y piñones?… Puede elegir lo que quiera.

Al ver que Cloe no se decidía:

—O bien puedo enseñarle el menú *business*. Viene incluido en el billete.

—¿Puedo elegir?

O Vaya. Camile había sido realmente generosa con ella.

—Los macarrones salados están bien.

Una isla a miles de millas de distancia. Con playas. Y algunas palmeras. Cloe rompió el envoltorio que recubría los cubiertos de plástico. Desde hacía tiempo no se sentía tan ilusionada. *Todo vuelve a empezar, todo está por presentarse*. En lo más hondo de su interior, aunque se resistiera admitirlo, siempre había querido ir en busca de su madre. Aquel viaje era uno de sus sueños cumplidos.

—Es una buena elección. —La azafata colocó el plato de los macarrones salados sobre la mesa desplegable. Siguió su camino por el estrecho pasillo.

En el asiento de la derecha viajaba una mujer con mascarilla. Apenas se había movido desde que el avión había despegado. Cloe se preguntó si estaba enferma o si cumplía alguna medida preventiva. Cómo olería el aire de isla Haustela. ¿A una mezcla de protector solar con esencia de coco y granos de arena? ¿A tierra condensada en clorofila? Había leído todos los artículos que habían caído en sus manos antes de embarcar tapando cada fotografía en su empeño de imaginar antes que darse de bruces con la realidad. No deseaba que nada estropeara aquella posibilidad inesperada y endeble. Era como si aún no se viera en la isla, como si su cuerpo se resistiera a imbuirse en el nuevo paisaje. Su mente iba más deprisa que su parte física. Vaya si lo hacía. Después pensó que en un atolón había más posibilidades de encontrar a alguien. Se repetía que si no lograba dar con su madre habría vivido una aventura. *Dicen que la isla es igual que un planeta lunar*. Relataría la aventura a sus nietos, anotaría todas sus experiencia en el cuaderno de viaje que había comprado en una de las papelerías del aeropuerto. Sostenía entre sus manos el retrato en la que aparecía su madre. *Berta*… Musitó aquel nombre corto que parecía contener tantos desvelos. ¿A quién pertenecían? Hacía varios años que aquel rostro había permanecido dentro del sobre. Como si el hecho de

contemplar el retrato fuera una traición a su padre. Él nunca había hablado mal de su madre, en torno a su figura había escasez y pérdida, algo innombrable; la soledad y las dudas de una vida por vivir habían hecho que Cloe repudiara todo lo implícitamente aprendido. Tocó el dorso del sobre, se había pegado al interior a causa de la humedad. *Ella no lo debe saber nunca.* Acarició la superficie para retirar la leve mancha oxidada en las facciones en blanco y negro. Los ojos de su madre parecieron mirar al objetivo con mayor nitidez. Aquello la asustó. Volvió a guardar la foto en el sobre.

El avión aterrizaba. Haustela era mucho más hermosa de cómo la había imaginado, poseía el color del bronce y del paso del tiempo. Era tal su belleza que Cloe miró con miedo por la ventana "Te prometo que si no encuentro a mi madre estaré de vuelta", le había dicho a Camile. De pronto sintió que no iba a ser capaz de cumplir esa promesa.

El velero: Extrañeza

Bajo el agua de la piscina la carne de uno y otro rivaliza. Ninguno de los dos siente ahogo o debilidad, bucean palpando carne ajena en busca de territorio donde asestar el golpe. Impulsados por los envites se liberan de las estrecheces, mayor es la virulencia. Chocan contra la escalera. Empapados en sudor, miran a la oscuridad. Las gotas de agua perladas se confunden con la sangre. Un brillo prende en lo recóndito de la piscina.

—En verdad me dijiste que no morirías.

—¿Cuándo?

—No lo recuerdo.

—Entonces así será.

Cloe despierta y se encuentra con los ojos de Víctor, la observa de pie al lado de su cabeza. Sus ojos son de color miel. Nunca los había visto tan de cerca cuando eran «Uno Solo». Parecen decir: "Conozco tu alma". Pero Cloe carece de alma. Últimamente en sus sueños aparecen desconocidos —hombre o mujer, es indiferente el sexo—, ve a través de sus ojos, siente por el ritmo de sus latidos, habla y lleva a cabo botines silenciosos.

—¿Qué haces?

Víctor la cubre con una toalla:

—Por si te quedas fría.

—¿Desde cuando te preocupas tanto por mí? —mira a su alrededor, bostezando—, ¿y Patricia?

—No lo sé.

—Estaba junto a mí hace un rato, no la veo.

En los ojos de Víctor puede ver aquella extrañeza... *¿Por qué me quiere ver sola?*, se pregunta. No sabe si está despierta o es otro sueño. La humedad se extiende como un espíritu a su alrededor. *Demasiado silencio,* demasiada quietud. Anhela retroceder en la travesía, lejos del páramo, oler la asepsia que envolvía a la clínica. Cada vez que se asoma a la barandilla se siente presa en el reflejo de las aguas del río. Han transcurrido tres días desde que han embarcado.

Se vuelve a recostar, esta vez nada tiene que ver el cansancio. *Desde que fui «considerada» la relación con los chicos no es la misma*. La «cosecha» era una forma de separar lo material de lo humano, de no ensuciar el camino a la «purificación». Ser asistente era el primer paso. Le preocupa Patricia. *No se alejaría de mí, así, sin decirme nada.* Habían establecido una alianza tácita, cuerpo contra cuerpo, eran

dos seres carnales expulsados de la madriguera. Tumbada en el suelo ve cómo los pies de Víctor se alejan. Le repugnan. Víctor sufre de una pequeña deformación en los dedos que hace que los arrastre al andar. Cuando le conoció también andaba descalzo, fue un detalle que llamó su atención, no solo por el hecho de poseer una peculiar morfología sino porque caminaba por la carretera y la temperatura de la isla superaba los treinta y dos grados en pleno verano. Andaba unos metros por delante de Antonio y ella, mientras rodeaba a otra chica por los hombros con el brazo tras salir del bar de apuestas.

Con total nitidez recuerda lo que sintió cuando Antonio siguió sus pasos dentro del bar. Miedo y placer. Un terror repleto de belleza. Le había visto mientras ataba la perra a la farola. Aún no había puesto nombre a Tiza. La perra se había pasado dos tardes seguidas persiguiéndola a la salida del hostal; era sumamente dócil, se había mostrado feliz cuando vio la correa que traía para ella y que había comprado en un Cadena Cien cercano. *Un espíritu noble*. Antonio miraba a la carretera mientras expulsaba el humo de un canuto, su piel morena desprendía una especie de fuego minúsculo. Llevaba una camisa de tirantes ajustada y unos vaqueros. Cloe nunca había visto un chico como él. *Sudor y arena. Olor a napalm. Distancias equidistantes*. El dueño del hostal donde había dormido desde que había llegado a la isla le había dado las referencias de su madre, se suponía que trabajaba en el bar de apuestas como camarera. "Se la conoce como La Cuca". Cuando preguntó al encargado de la barra por ella este fue reacio a contestar. Fue entonces cuando Antonio se acercó y le dijo:

—Yo puedo ayudarte.

Conocía el motel de las afueras donde solían ir las chicas que trabajaban en el bar esporádicamente. *Buda Dreams*, un edificio de tres plantas con la fachada rosa y, en el lateral que daba a la carretera comarcal, el mural de un pelícano.

—Es un motel para los transportistas que desembarcan de los grandes navíos que atracan en el puerto de Los Centenos[18] y deben cumplir la cuarentena. Paran unos días aquí, se lo pasan bien, y vuelven a embarcar… Es un lugar propicio para la gente de paso.

Cloe se angustió al oír aquello. Pero no quiso parecer nerviosa. Además, Antonio había sido muy amable con ella y apenas se había fijado en la dermatitis que sobresalía debajo de sus codos. Cloe se los acaricia embarcada en el velero. Comienzan a salir vestigios de esa rugosidad. *Estamos lejos de la finca*. Recuerda que el primer día que llegó Haustela, a medida que el autobús se aproximaba al

pueblo, las extensas plantaciones de trigo eran más numerosas. Los aspersores pulverizaban las hojas reverdecidas. *El olor a tierra y a fertilizante.* La mirada de Antonio esbozaba cada una de las debilidades de su cuerpo. Cloe se sintió cómoda a pesar de ello. Algo que la sorprendió. Le agradaba, a ella, que hasta ese día rechazaba cada pequeño cambio en su fisonomía. Su pecho demasiado abultado, sus piernas demasiado largas y delgadas, la curvatura de su mentón. Sus párpados se habían afilado, era lo que más le disgustaba; delataba algo que había nacido dentro de ella y que era irremediable.

Sino hubiera sido por Antonio, por Víctor y la otra chica no se hubiera atrevido a hacer autostop hasta el motel. La perra nada más sentir el motor del coche en marcha se durmió en el regazo de Cloe. Era un Land Rover Defender del año 2000 color verde aceituna. Antonio hizo buenas migas con el conductor, un avicultor de setenta años ya jubilado que, según les contó, recogía a todo los autoestopistas que encontraba en el camino hasta llegar a sus preciados panales. "Y eso que me puedo ganar una buena multa, como si eso me fuera a disuadir de algo; ¿qué es eso de dejar a la gente tirada por la carretera y todas esas memeces de la salubridad vial? ¿A dónde vamos a parar? O lo paramos nosotros o nos convertiremos en otra cosa, no sé en que cosa, desde luego en algo distinto a los humanos". Tal fue la sintonía con el grupo que acabó parando en un burguer y pagando un menú completo *premium* a cada uno.

Engulleron las hamburguesas. Cloe no probó bocado. Partió un trozo y se lo dio a la perra. Retomaron el trayecto por la carretera de asfalto hasta que esta desapareció y se convirtió en un camino de piedras rojizas. Pararon en la gasolinera. Dos enormes trailers de mercancías peligrosas estaban repostando. Resplandecían. Habían limpiado las alargadas cisternas a conciencia, reflectaban los rayos del sol en la arena en suspensión. Una inverosímil belleza surgió en contraste con las lomas cónicas y áridas que emergían a lo lejos.

—No sé que se os ha perdido por aquí.

Los jóvenes bajaron del Land Rover. El avicultor arrancó el motor. El vehículo pronto despareció tras la cortina de calima.

Tacto desapercibido que endulza la amargura del sonámbulo

y enmudece el tiempo,

resucita el olor de la primera primavera.

ANNA RIVAS

—*¡Voilá!*, aquí tienes

Desde que se había enterado de que Cloe había vivido un tiempo en París, Antonio no cesaba de decir palabras sueltas en francés.

Le entregó un panfleto de propaganda del motel. En una esquina aparecía escrito: "Habitación 64. No llamar a la puerta antes de las 21:00".

—Por lo visto tiene mal despertar —dijo rascándose la cabeza.

—¿A las nueve de la noche? —bromeó la chica que acompañaba a Víctor.

En las últimas semanas Cloe se había sentido muy sola. Para ella, la figura de su madre era alguien que la conduciría de nuevo a la normalidad. *Me aconsejará aunque solo sea porque soy su hija.*

Esperaron a que dieran las nueve de la noche en una pista de baloncesto abandonada, a pocos metros del motel. El sonido de los aspersores de una plantación aledaña rompía el canto de las chicharras. Cloe cedió su hamburguesa y el resto de las patatas fritas. Se bebió la *Coca Cola*.

—Dadle una patata a la perra.

—Pero, ¿qué dices? —la chica que acompañaba a Víctor paró de tararear la misma canción, en mitad de la acera. —A los perros se les da las sobras. Además, tengo hambre.

Terminó la última patata del envoltorio. La perra se hizo un ovillo a los pies de Cloe.

Víctor ofreció una calada de un cigarrillo con furtiva parsimonia. Olía a lo mismo que fumaban los chicos del parque, en Pantin. Antonio había fumado del cigarrillo. Cloe hubiera rehusado acercar los labios si no hubiera estado él presente. El aroma a hierba se mezcló de un golpe seco en la garganta. Al expulsar el humo hizo esfuerzos por no toser. Alguien golpeó su espalda. Deseó con todas sus fuerzas que no fuera Antonio. Sus párpados pesaron de súbito, sus labios estaban hambrientos de otros labios, una languidez en los pómulos y en las extremidades diluía el calor que había absorbido su cuerpo al llegar a la isla.

—Venga chica, son las nueve.

La acompañante de Víctor tiró de ella y avanzaron hacia la verja que rodeaba la pista de baloncesto. La perra corrió tras ellos. Por primera vez Cloe pidió algo:

—Prefiero ir yo sola… Tú también —se arrodilló y acarició el lomo de la perra—, debes quedarte un momento aquí.

—Vaya, vaya… tu chica ha despertado, después de todo —Víctor daba una calada a otro canuto.

—No es mi chica —contestó Antonio.

El parking del motel estaba repleto de coches con matrículas extranjeras.

—No tardaré mucho.

Antonio se quedó mirando a Cloe mientras esta se alejaba hacia el corredor que daba a las habitaciones.

La habitación 64 era la última puerta del pasillo. Antes de acercarse y llamar, echó un vistazo al aparcamiento desde el balcón que daba al patio interior: la perra ladraba alrededor de Antonio. Víctor y la otra chica habían desaparecido. Golpeó la puerta dos veces.

—¿Quién es?

En algún momento de su vida aquella voz había sido familiar, sin embargo, ahora le era completamente desconocida.

El velero: La tormenta eléctrica

—Deja la puerta abierta —Sebastián permanece inclinado sobre los apuntes, sentado frente al estrecho escritorio.

—La tormenta eléctrica no tardará en amainar.

Él mira a Cloe. La desnudez de sus brazos y de sus piernas es hiriente. *Se comporta como si no recordara nada. Y es probable que así sea…* Viste un *short* vaquero y una camisa de manga corta grisácea con un pequeño estampado de una corazón y un puñal. Anda arrastrando las chanclas. "¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen?[19]". Él odia recordar aquella citas, de una manera automática aparecen en su cabeza: "Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; más bien temed a aquel que puede perecer tanto el alma como el cuerpo en el infierno[20]".

—… ¿Y bien? —se cruza de brazos.

Un remordimiento sin palabras, de pensamiento, donde nadie la escucha… El miedo es demasiado fuerte. *Después… está el asco*. Cloe deposita la bolsa sobre la mesa, luego, oculta las manos detrás de la espalda. El eccema continúa extendiéndose.

—Son las únicas pilas que he encontrado. Son siete paquetes.

—Nos vendrán bien —Sebastián coge dos de ellos.

Cloe mira de soslayo a su alrededor. La cama sin hacer, un jergón tirado en el suelo sin sábanas, más de una docena de *dossiers* desperdigados sin orden ni concierto, una cazadora salpicada de sopa en una de las mangas… A pesar de la anarquía, la cabina desprende cierta pulcritud, una cuidadosa labor de lanas de vistosos colores reviste el suelo, bien lustrada, crea triángulos encerrados en cuadrados.

—Como ves, soy algo desordenado —se excusa mientras agrupa los papeles con la última ruta.

El resplandor de un relámpago deslumbra a Cloe. Sebastián la mira a los ojos. En sus pupilas habita el fantasma de todas las dudas.

—Parece que vamos a tener un día complicado —enciende la lámpara portátil de la mesilla.

Desde que han embarcado, Cloe nunca ha estado a solas con Sebastián tanto tiempo.

—Está bien —él se apoya en el respaldo de la silla, entrelazando las manos sobre la mesa—, serás mi contacto con los demás. Después de todo, es lo más conveniente, dadas las circunstancias.

… *¿Por qué lo he hecho?* Es consciente de que su ofrecimiento es interesado. Cloe no sabe qué decir, además, se siente demasiado fatigada. Un portazo suena tras ella. Las llamas de una vela sucumben a una segunda corriente de aire. *La desaparición de Patricia… El río…* Han encontrado partes desmembradas de un cuerpo de mujer a orillas del afluente al amanecer. Aguanta la respiración, tiene el impulso de gritar. *Fue un accidente. Solo eso*. Cierra los ojos y cuenta hasta diez. Los abre. Sebastián continúa sentado en el escritorio. A su espalda varios rayos resplandecen solapando el velo fibroso de las nubes. Apenas se oye un estruendo lejano y continuo.Víctor se asoma por la puerta; abre como acostumbra una lata de cerveza.

—Pronto llegaremos al siguiente pueblo.

—Como acordamos —contesta Sebastián—, nada más desembarcar iremos a la nave y recogeremos lo indispensable. Cloe se encargará de decir a los demás lo que hay que disponer para los preparativos.

—Aja —Víctor bebe de la cerveza, después, ofrece un trago.

A Sebastián no le apetece pero da un sorbo. De pronto, se imagina en el puerto. La franja del horizonte el precipicio, el cielo sin órbita. Nunca pudo imaginar que, una vez que hubiera llevado a cabo la huida, fuera esa la emoción que reprimiera su entendimiento. *Nada ha terminado.* Desde hace días una especie de zumbido suena en sus oídos. Todo su cuerpo está en alerta. Devuelve la lata a Víctor. Cloe se aproxima a la puerta. Antes de atravesar el umbral le dirige una mirada. Se atusa el moño con el que ha recogido su melena rubia. Su nuca es de una fragilidad turbadora. La misma fragilidad halló Sebastián en la mirada de su esposa en la habitación del pabellón de ingresados. *Aquel vacío en sus ojos.* Yacía lánguida con el tórax cubierto de vendas. Una enorme mancha de *Betadine* nacía y se esparcía por debajo de su seno izquierdo, rompiendo la blancura de las sábanas. El pijama hecho un gurruño encima de la almohada fue el único gesto que reconoció de ella. Estaba seguro de que era capaz de haberse quitado la prenda a pesar de su penoso estado. Una de sus manías era dormir sin ropa. Sebastián sintió un escalofrío al recordar que esa desnudez había estado entre sus manos de una forma cálida. Marta parecía una persona ausente. La muerte asomaba en sus ojos.

Le miró recostándose sobre las dos almohadas que habían colocado a su espalda sin decir nada, acto seguido, se cubrió el torso con las sábanas. Pulsó el botón situado en la parte interior de la mesilla.

Una enfermera entró en la habitación. De un metro ochenta de altura. Las extremidades robustas. La tez áspera y porosa. Era la enfermera jefe. Su nombre era Beatriz. La única que llevaba el uniforme magenta.

Beatriz prescindía del calzado protocolario. Una llave colgaba de su cuello. Rudimentaria. De bronce.

—Me dijeron que no vería a nadie, excepto a mi «asistente» y al cirujano.

Él se resistió a que todo acabase ahí, que se despachara toda su desesperación en apenas dos frases:

—El protocolo requiere que un psicólogo acompañe a la paciente en los primeros días —insistió.

Beatriz tomó por los hombros a Sebastián, le empujó levemente hacia la puerta.

—Usted no es indispensable.

—El protocolo es claro, el primer día debo pasar por la habitación de la paciente una vez que ha subido a planta.

—Repito, no es indispensable aquí dentro.

Las deportivas asomaban grises y desgastadas bajo la pernera del pantalón de la enfermera. Movía la boca al hablar como si necesitara tomar aire por dos personas. *Todos la misma languidez, la misma incisión.*

Permaneció frente a la puerta en el pasillo mirando a través de la pequeña ventana. La enfermera se inclinó hacia Marta, luego, se dio la vuelta; al darse cuenta de que él estaba asomado cerró la cortina del box21. Sebastián buscó desesperadamente en la superposición de blancuras una explicación. Marta le había tratado como un extraño. Aún hoy, años después, no puede entenderlo.

A solas en la cabina percibe las ondas del río. El curso del afluente sugiere el fluir de sangre —para él, mezquina pulsión, líquido escurridizo—. *Haz que mi conciencia vuelva a ser la que era.*

—Me recuerdas mucho a Dominique —Berta apoyó los pies en la mesilla de la salita—. Tan cándida y rubia como él… Se creía muy libre, ¿sabes?, pero, qué quieres que te diga, nada de eso.

A Cloe le molestó que hablara así de su padre. También le molestó que aquel hombre estuviera sentado junto a su madre y hubiera dado dos palmaditas en el muslo a Berta. *Cree que es de su propiedad.* Robusto, con la piel curtida por el sol, sus manos se perdían en una vaguedad escalofriante. Cloe apenas abrió la boca. Una parte de ella se había quedado fuera de la habitación. El aire flotaba enrarecido, como si ambos hubieran pasado varios días sin salir de allí.

—¡Puf! ¡Apestas! —Berta se retiró del regazo del hombre—, te he dicho que te cambies de ropa. —Cogió una barrita de incienso que había tirada en la mesilla y la encendió sobre un pequeño plato de cerámica.

—Ese olor —hizo una mueca de disgusto—, está por todas partes.

—¿Qué quieres que haga? Estamos con el nitrógeno en la plantación.

Así que eso era. Los aspersores rociando el aire de pequeñas partículas. El hombre se quitó la camisa y el pensamiento que había tenido Cloe se diluyó en el olor a nitrógeno y a incienso. La joven retiró la vista. La abundancia de vello en el pecho del hombre le resultaba insultante. Su madre se puso en pie y agitó con la mano la pequeña humareda que brotaba de la barrita de incienso. Era una persona muy distinta a la fotografía que había guardado Cloe durante años: se había alisado el pelo y se había teñido de rubio platino; mucho más delgada, sus enormes ojos resaltaban en aquella nueva fisonomía como si desearan huir del rostro.

—¿Ves lo que tengo que hacer cada vez que viene este hombre? —se inclinó sobre la mesilla—. ¿Quieres?

Ofreció un cubo de cartón a Cloe en el que quedaban tres alitas de pollo. Encima de la mesilla había todo tipo de envoltorios, entre ellos, un tubo de crema solar y un par de almohadillas de auriculares. Después, Berta siguió mirando la televisión.

—Puedes sentarte si quieres.

Cloe se obstinaba en pensar que su madre existía en alguna parte dentro de aquella mujer inquieta que iba de un lado a otro.

—Antes, tengo que avisar a alguien.

Salió de la habitación. Antonio aguardaba con la perra en brazos en el aparcamiento.

—Ya me iba.

—A eso venía, a decirte que me voy a quedar esta noche aquí con mi madre.

Tomó la perra entre sus manos.

—¿Te volveré a ver?

Se sonrojó. Apenas le conocía, además, estaba poco acostumbrada a que alguien mostrara interés por ella.

—No lo sé. Todo depende de cómo vayan las cosas…

—Pero seguirás en el pueblo, ¿no?

Ella asintió.

—… Mañana pasaré a la misma hora —se alejó—. Espero que a eso de las nueve estés despierta.

La broma hizo que Cloe sonriera. La sombra que asomaba en los ojos de Antonio se mitigó por un momento.

Al final soy como los demás, una fuerza extraña que no deja de caminar descalzo sobre esta tierra árida, como si el calor que emana fuera el calor de mi sangre.

ROBERTO RODRÍGUEZ. Cosechador.

—Tú y yo…, sabes que no basta.

—Te he sido leal, a Laurenti también. Sobre todas las cosas.

—No me mires así. Lo que he hecho yo no es tan diferente a lo que has hecho a Cloe.

Antonio despierta en la tienda de campaña. Los brazos en alto. Es un ave rapaz sin alas ni graznido. Aquella conversación… ¿en realidad había existido? Quizá no, es posible que nada haya sido real. Esconde las manos bajo la camisa, mira a todos lados, nadie puede ser testigo de tal actitud. Sus manos… ¿Qué han cometido? Hace tiempo que no se hace preguntas. La ira vuelve a él. Y ese sentimiento se mezcla con el anhelo de la inocencia que nunca le ha pertenecido. *Cloe*. Él mismo la eligió de entre las demás chicas. Cloe y Miriam compartían una fuerza interior que, aún estando ahora ausentes, le intimida.

Al incorporarse el barro cae en la esterilla. Ha evitado ducharse para no despertar a nadie en mitad de la noche. *Estoy cansado de sus preguntas.* El traje de motocross yace enlodado en una esquina de la tienda de campaña. Ha cometido una imprudencia. *Otra vez.* Chasquea la lengua. Al caer la tarde se ha acercado al cobertizo junto al segundo grupo de voluntarios que ha subido a la finca, ha sido un error; peor ya nada puede hacer para remediarlo. *Pronto seré un «desvanecido»*. Hubiera preferido encontrar el bosque abrasado. El sendero que conducía a la parte trasera y los jardines aledaños aún estaba cubierto por un velo de ceniza humeante. El cerco de hierba calcinada rodeaba el tronco donde Miriam y él no hacía tanto habían compartido aliento. Por un momento, Antonio recordó la sensación de tumbarse sobre la hierba. Esa imagen le proveyó de cierta calma. A pesar de que el incendio había asediado la zona, el tronco conservaba el olor a sudor y yodo, a puré de cebada y café molido. El alma de Miriam se había encaramado a las llamas. Escuchó el rumor del viento que agitaba las ramas: la misma inconsistencia en la piel, la misma ingravidez que le empujó a tomar raíces.

—¿Es de la zona?...

Una reportera acercó el micrófono a su boca. Antonio apenas la oía, solo veía las uñas rojas y brillantes que agarraban la base del micrófono, cómo sus labios se movían.

—¿Vio cómo comenzó el incendio?

Antonio no respondió.

—¿Vio cómo comenzó el incendio?

Antonio dio la espalda al objetivo.

—Déjale —escuchó decir a la asistente de cámara—. Llega el alcalde del pueblo.

Echaron a correr arrastrando la ceniza con los cables del equipo de televisión. A Antonio le irritó pensar que habían arrancado alguna de las buganvillas[22] que él mismo había plantado en el borde del sendero, aunque ya estuvieran ahogadas bajo la ceniza. Le gustaba el trabajo de la tierra. Mano a mano con los demás al atardecer desbrozaba las malas hierbas, hollaba el suelo terroso, lo suficientemente fructífero como para cubrir los gastos. En la plantación estaba prohibido usar fertilizantes artificiales. La extenuación adormecía la inquietud. Comían en silencio bajo los árboles y volvían a retomar la faena hasta que llegaba el amanecer. En plena recolecta trabajaban de noche. “Concentraos en el fruto, en la raíz oscurecida que arrancáis con vuestras manos”. Las antorchas brillaban en distintos puntos de la plantación, extendiéndose hacia la parte trasera que daba a la clínica. El fuego era entonces un guardián y no una fuerza destructora. Algunos de los ingresados en la clínica se pasaban horas a oscuras en su cuarto, viendo el avance del trabajo. Antonio imaginaba a Miriam en la habitación más apartada, buscándole entre las sombras.

Tendrían que suceder muchas cosas hasta llegar a la intimidad que se desbordó entre ellos. Durante los primeros días en la finca Antonio se dio cuenta enseguida de que su atracción hacia Miriam era algo habitual entre el resto de los chicos que vivían en el cobertizo. Miriam era una presencia anhelada incluso para las chicas, un deseo tácito que salía a relucir en los comentarios más insospechados; dependiendo de quien viniera podían ser del tipo: “viste como si fuera de otra época”, “desprende una energía particular que pocas veces he visto en alguien”, “estaba en el lavadero cuando se acercó a mí y comenzó a hablarme, no tenía porqué hacerlo pero lo hizo”. A veces, alguien sin ser consciente de ello soltaba por la boca algún destello de aquel resplandor inamovible que la acompañaba: “con ella se puede hablar del amor y la muerte”. Había comentarios que molestaban especialmente a Antonio, de los que se desprendía cierto acecho, comunes en los chicos: “ha cambiado de perfume”, “la vi sola caminando hacia las cuadras”, “es una mujer apropiada para Laurenti”. Pensar que había visto algo especial en un sentimiento tan cotidiano le era desagradable. Sin embargo, era inevitable guardar en secreto

aquella inquietud.

En el porche de la residencia aquel día Miriam le llamó por su nombre.

—Antonio, necesito que me ayudes a trasladar algunos muebles que llegan esta tarde al embarcadero—le entregó un fajo de billetes —. Al final del trabajo te daré el resto… Os vendrá bien a ti, a Cloe… quiero decir, al grupo. —Se retiró un mechón de pelo que cubría su mejilla izquierda—. El cocinero te prestará la furgoneta que suele utilizar para subir la compra mensual.

Antonio subió y bajó la cuesta que daba a la finca varias veces antes de depositar frente a la casa el aparador, los dos armarios, el piano, la alcoba, los muebles del comedor, las butacas orejeras forradas de cuero, los dos chaise longue, los tres armarios de viaje, los jarrones de porcelana.

—¿Te importa?

Ella negó con la cabeza mientras fumaba uno de aquellos puros de vainilla, Antonio iba depositando los muebles desordenadamente en la entrada de la casa. La residencia era de planta ovalada con una gran chimenea de mármol, poseía un hogareño salón con puertas francesas y una amplia terraza de piedra caliza. En uno de los viajes a la segunda planta, pidió permiso para ir al baño.

—Puedes ir al de abajo.

—No mancharé nada, si es eso lo que te preocupa.

Miriam le miró.

—Está bien. Sígueme.

Se dio la vuelta. Vestía de negro como acostumbraba; la camisa vaporosa, de corte francés, permitía vislumbrar la curvatura que iba del coxis a la cadera y hacía que su silueta avanzara de forma sinuosa. Apagó el puro en uno de los ceniceros que había distribuidos en el pasillo mientras Antonio entraba en el baño. Su actitud era muy distinta a la familiaridad del primer día dentro del coche. O quizá fuera aquel edificio, cuya grandiosidad minimizaba cualquier gesto. Al mirar hacia el techo dentro del baño Antonio descubrió una bóveda. En ella había representado un fresco que giraba en torno al cuerpo desnudo de una mujer, cuyo rostro permanecía oculto detrás de una nube sobre la que dormitaba un querubín. Aquel ser alado había sucumbido al cansancio y velaba cualquier visión del mundo a la mujer. Se preguntó si la anatomía femenina correspondía al cuerpo de Miriam. Cuando volvió del baño tropezó con ella en la puerta de la alcoba que estaba redecorando. En sus ojos intuyó una malicia sosegada. La sorprendió varias veces asomada a la ventana de la habitación,

mirándole tras las cortinas. La tirantez entre ambos. La brutalidad «fermentada». Antonio engullía el puchero a media mañana bajo la sombra que proyectaba la camioneta, mientras hacía tiempo para retomar el trabajo. La proximidad con Miriam había provocado en él tal deleite que su saliva se había vuelto más espesa. Cerraba los ojos en la cama del cobertizo y se imaginaba que Cloe era Miriam; elevaba la barbilla de Cloe y la besaba tragando su saliva e imaginando en esa saliva el deseo de Miriam. La piel de Cloe era un lienzo donde proyectar la imagen de aquella mujer inaccesible.

Arrastró los muebles por la escalera sobre una sábana. Apenas cruzaron palabras entre ellos. Miriam le aproximaba a la hondura que Laurenti desprendía. “Deja el aparador aquí”, “Esta colección de figuras es especialmente delicada”. Sus pisadas sobre el entarimado se hendían invisiblemente en sus glúteos y senos. Durante horas su aroma de perfume caro quedaba impregnado en la estancia donde Antonio iba depositando los objetos.

Dejó caer uno de los jarrones de porcelana. Miriam le había advertido que tuviera especial cuidado con esa pieza. Era una porcelana de un azul casi negro. La base rojiza. De la cara delantera sobresalía una pincelada de color amarillo y anaranjado, muy gruesa; si uno se aproximaba percibía que el esmalte era completamente liso. Cuando Miriam vio los trozos de cerámica desperdigados por el suelo, dijo “vaya” con voz neutra. Se dio la vuelta y se marchó. Antonio se resistió a recoger los fragmentos. Buscaba en Miriam una reacción que no encontraba. Algo le decía que la mujer que había conocido en el coche aún habitaba en ella, que una casa no podía cambiar tanto a una persona. A la mañana siguiente, habían trasladado los muebles que faltaban de la entrada y habían recogido el estropicio. Encontró un sobre con el dinero acordado debajo de la almohada, en la cama que compartía con Cloe.

¿Cómo sirves tú al día que se desvanece?

CARTEL DE LA RESIDENCIA DUSHA

La caja de nogal con el dibujo de un reloj en la esquina superior derecha es lo único que ha logrado conservar del incendio. Antonio acaricia el relieve. *Tacto incorruptible.* Abre la cubierta. Palpa los billetes. Tan solo son diez los «desvanecidos». Los desprecia y se desprecia a sí mismo. Odia los murmullos que a todas horas escucha; apenas duerme, los perros aúllan danzando alrededor de la hoguera con los colmillos fuera. El crepitar del fuego le enloquece, sufre pesadillas en las que, enajenado, se abalanza sobre el fuego para poco después huir como un enorme fantasma.

Fuera de la tienda de campaña la humedad eleva la calima a la altura de las pantorrillas y asciende por las piernas. El verde se ha instaurado en las retinas. Ninguna vereda más humedecida de lo habitual, ningún rastro de lodo ennegrecido. Tampoco huellas. Deja el bidón de gasolina vacío apoyado en un tronco.

El calor revitaliza la poca energía que conserva en el cuerpo. Los demás pasan de mano en mano el «fermento» en cuencos, son almas que murmuran en desvarío, creen divisar la silueta del otro al final de un pasadizo instantes antes desvanecido, miran a todos lados jurando escuchar los espíritus de los que han perecido. Antonio evita fijarse en sus rostros, todavía es pronto para saber quién ha muerto o ha huido. Se siente igualmente traicionado. *Morir o huir es la misma forma de cobardía.* Los últimos rayos del sol del día desfallecen. El montón de ramas prenden. Crepitan humedecidas. Una llovizna empapa el aire de la colina. La luz del atardecer disminuye la ceguera. Antonio mira a su alrededor. Le asquea la madera y los excrementos de vaca. A la luz de la hoguera anhela la inconsciencia; suspira, pues la angustia le hace ser consciente, después de mucho tiempo, del corazón en el pecho.

Antes de regresar al campamento para en la tasca de «Tolín». La comida es rica y quién sabe cuándo tendrá otra oportunidad de comer caliente. La camarera se acerca con desgana.

—¿Qué desea tomar?

—Unas carrilleras de la casa y una ración de totopos.

Es una comida pesada en un día de tanto bochorno como ese. Prefiere que sea así. Le tranquiliza pensar que aún conserva la parte animal: la humana hace días que se ha desligado de él.

—Ahí tiene —la camarera desliza los dos platos sobre la mesa.

El aroma de la carne humeante activa sus papilas gustativas. Nadie a su alrededor se fija en él, están atentos a la pantalla del

televisor donde retransmiten las imágenes de las tareas de extinción de los incendios que se han propagado en isla Haustela.

Antonio da el primer mordisco. El trozo de carne pasa lentamente por su garganta. Le es difícil dar otro bocado. La inyección de energía ha hecho que sea alguien ajeno en su propio cuerpo. Puede ver a Miriam sentada frente a él nítidamente. En esa misma mesa. Se dice que está despierto, que no puede ser otro sueño. Un sueño a plena luz del día. *Deslumbrador*. Recuerda cada palabra, cada gesto, cada silencio contenido. El aliento de Miriam a un metro de él. Pesado, pulcro, prisionero de una sensualidad menoscabada.

—Debemos dejar de hacer esto —Miriam golpeaba el cigarrillo de vainilla Handelsgold en el cenicero.

—¿A qué te refieres?... No hacemos nada diferente al resto.

—Sabes que no es así.

Él se había acostumbrado a la oscuridad de sus latidos, su mirada risueña y su frente perlada de sudor. A ella le costaba sonreír. Llevaba la falda y la camisa negra del primer día. Al saludarle y darle un beso en la mejilla una pizca de sudor había quedado impregnado en la punta de su nariz; emanaba un olor ingenuo. *A clínica.* El plato de chipirones que la camarera había depositado frente a ella permanecía intacto.

—Deja de hacer eso —Antonio aproximó su mano a la suya y retiró el cigarrillo de entre sus dedos—. No te hace ningún bien.

—¿Vas a tener esas hoy? Creía que no te importaba en absoluto.

—Te equivocas.

—¿Ah, sí?

Antonio prefirió cambiar de tema para que dejara de estar a la defensiva.

—A los demás les preocupa lo que pueda suceder después de la reunión de hoy.

— Todo será como siempre. Los rastrojos serán quemados y la tierra revuelta. La plantación debe ser sanada suceda lo que suceda —Miriam suspiró y su cuello se inflamó en la base. Al contestar había dejado caer todo el peso de su cuerpo a la izquierda. El tirante de la camisa se había deslizado por su hombro—. Aquí hasta el calor inverna.

—¿Y la nueva Ley?

—Nosotros jamás utilizaremos fertilizantes. La clínica está al margen de todo eso.

—Los intermediarios rechazarán la mercancía.

—Diles que Laurenti se ocupará. Que nuestra aire es limpio —con el dedo índice y pulgar buscó en la punta de la lengua una brizna de la

hoja de tabaco. Fue cuando Antonio se fijó que entre los incisivos asomaba la mancha negra.

—¿Cuándo regresará Laurenti?

Miriam le miró. Un velo gelatinoso afloraba de las máculas.

Llevaban meses viéndose a escondidas. Ella se sentía terriblemente sola cuando Laurenti se ausentaba de la finca. Era entonces cuando buscaba a Antonio. Le tomaba de la mano y se tumbaba junto a él en la misma alcoba que este había ayudado a amueblar.

—Háblame de cualquier cosa, de cualquier cosa que me haga olvidar este malestar que me oprime el pecho.

Antonio sabía que daba un paso en falso pero algo le decía que podía confiar en ella. Miriam desprendía un halo impávido.

Hablaban durante horas. Sus labios y su mente eran compartimentos mudos. Cuando él le preguntaba por su vida anterior, recibía la misma respuesta.

—Volví a nacer cuando conocí a mi esposo —un débil resentimiento brillaba en sus pupilas.

Miriam compartía con Laurenti aquella inaccesibilidad que irritaba tanto a Antonio y que este consideraba un desafío. Durante aquellos encuentros él no se dio cuenta de que la mente de Miriam era una mente tan desecha como la suya. Nunca podrían alejarse de Laurenti y de lo que él representaba.

El velero: Los retiros

El grupo de «cosechadores» ha insistido en pasar el día fuera del velero. Han recolectado apio silvestre y una especie de hierba muy ramificada con pequeñas flores blancas. Sebastián los acompaña a regañadientes. El viento asurado debilita sus intenciones. Pisan el barro. Víctor y él se adentran en el bosque mientras los demás se refrescan en una pequeña laguna. El rocío de la mañana desprende brillos rosados sobre sus cuerpos. Ni un triste pájaro vuela sobre la densidad cristalina. Por esa zona proliferan los cazadores furtivos. Una cierva yace degollada en una hendidura. Sebastián llama a Víctor. Remolcan lo que queda del cadáver hasta una concentración de helechos. Bajo la sombra que proyectan las hojas, Víctor emplea un pequeño estilete para cortar el lomo del animal; después, arranca las vísceras y desmiembra las partes del cuerpo más gruesas. Sebastián agradece contar con alguien con conocimientos de anatomía en el grupo. Introducen los pedazos de carne que pueden en un saco y regresan a la orilla del río. Encuentran a los demás de pie sobre toquillas, vestidos con los trajes de lino color beis. Forman un círculo con las palmas abiertas y los ojos cerrados. Es más de mediodía. El mismo ritual invariablemente. Decenas de veces Sebastián ha visto aquella búsqueda en el vacío. El desconsuelo meciendo el dolor.

Él evitaba acudir a los retiros en el ocaso de las estaciones. «Al igual que la naturaleza, emprendemos la renovación», era uno de los lemas. Cada vez había más ingresos clínicos y Laurenti se resistía a contratar otro psicólogo en la plantilla. “Con uno tenemos suficiente”. *Las sesiones herméticas.* Sebastián y el paciente en el despacho. Hora tras hora, días tras día, sentado frente a personas paralizadas por el miedo a sufrir otro rechazo. En ese miedo Sebastián se reconocía. Era el miedo que había visto en los ojos de Marta. “Un cuerpo extraño en mi propio cuerpo”. Después de los retiros los pacientes venían convertidos en otra persona. Su mirada desbordaba esperanza. Estaban llenos de proyectos y veían todo desde otra perspectiva. Los dilemas no eran tales. El trabajo de Sebastián con los pacientes era inútil en comparación con el poder de Laurenti, cualquier ansiedad que hubieran sufrido había desaparecido: las fantasías sobre el donante, la insatisfacción por su imagen corporal, la culpa porque alguien había tenido que morir para que ellos siguieran vivos, los cuadros de ansiedad y los trastornos sexuales por temor a dañar el órgano trasplantado.

¿Cómo era posible? Sebastián ponía todo su esfuerzo para que se abrieran a él y hablarán de sus decepciones; a pesar de que se sentía mal consigo mismo, escarbaba en su dolor, pues en ese dolor hallaba cierta certeza. El trasplante no significaba poseer una vida como la de antes de descubrir su enfermedad, entre otras razones, porque debían de continuar sometidos a revisiones y tratamientos el resto de su vida. Se resistía a pensar que podían vivir pasando todo eso por alto, que, de alguna forma, era inhumano y peligroso obviar los riesgos. *Aquella inconsciencia desmedida.* Temía por Marta. Muchos acababan saltándose los controles clínicos y las prescripciones médicas. En incontables ocasiones, asomado a la ventana de su despacho, se encontró solo ante su frustración. El hospital era un edificio imponente con las últimas novedades en maquinaria quirúrgica, así como en modalidades neurológicas, una garantía en los tiempos que corrían después de el ÁPER ´321; todo se enmascaraba en un ambiente naturalista, aséptico, donde se abogaba por la implementación de técnicas no intrusivas. Sebastián se sintió en la obligación de evaluar y recoger la extraña sintomatología; esa dualidad de miedo e indolencia, cuyo mecanismo Laurenti activaba en la mente de los pacientes a su antojo.

La carga de trabajo. Llegó a pensar que era la forma que tenía Laurenti de doblegarlo. Agotarlo hasta hacerle sentir que había perdido el control de su vida, su propia existencia, y que todo su desempeño en la clínica carecía de sentido. Terminó reflejándose en aquellos a los que ayudaba, sometidos a un miedo invisible. *Marta…* En muchas ocasiones se preguntó cómo había podido permanecer tantos años en la clínica sin apenas cruzar dos frases con ella. *La humillación.* Después de las horas de trabajo extenuante se conformaba con ver a Marta de lejos, mientras esta cortaba alguno de los geranios del parterre y volvía al interior del pabellón, o cuando acompañaba a otro paciente por el recinto de la clínica, que ese día recibía la visita de algún familiar. Pasaba largos periodos de tiempo sin verla. En las escasas oportunidades que se encontró con ella por los pasillos de la clínica le miraba como si fuera un completo desconocido. Casi siempre iba escoltada por Cloe. Alguna vez llegó a pensar que era otra persona.

Poco a poco el grupo de «cosechadores» va rompiendo el círculo. Cloe no se encuentra entre ellos. Se palpan unos a otros, con los ojos cerrados, hasta que se sientan en parejas y por fin abren los ojos. Su rostro está terriblemente relajado. Su respiración ahonda en el aire. Ni siquiera ven a Sebastián y Víctor cuando se acercan.

Sebastián cava el hoyo a unos metros de la orilla del río. Coloca varios cantos rodados alrededor de la fogata. Dos troncos de leña equilibran la pila de astillas. Con cuidado de que prenda de forma controlada vierte un pequeño chorro de gasolina. La rama al contacto con la cerilla encendida crepita. La arroja al centro de la hoguera. El líquido inflama el aire. El olor contaminante alcanza el punto de ignición. Escucha risas a lo lejos y el compás de un sitar. Vuelven en sí. Le ponen enfermo los estados de ausencia. Prefiere ser víctima de sus miradas frías.

—Debemos darnos prisa en ahumar la pieza —dice Víctor— o se hará de noche fuera del velero.

Temen el anochecer. *El Sol, La Cosecha, El Otro.*

***

Un sudor a oscuras durante un día entero. Luego la luz, la luz deslumbrándola.

El viento… Las hojas de junco abren fina herida en la mejilla izquierda. Cloe cree soplar un último aliento… Ha grabado en su memoria la imagen de aquella sombra que le es tan familiar pero que no reconoce. Una sed de vida oprime su pecho. Propia y ajena. No sabría definirla. Cloe envuelve el cartapacio de tapas rojas en un trapo y lo introduce dentro de la pequeña mochila que lleva consigo, donde, habitualmente, guarda los frutos que recolecta. Más pronto o más temprano entenderá y entonces, aquel rostro que por terrible se ha convertido en fantasma en su cabeza, será solo un recuerdo.

El agua ansía llenarlo todo. Da tumbos fuera de la laguna. A unos veinte metros de la orilla descubre la pequeña ribera que conduce al velero. Camina hacia esa dirección. Víctor hace gestos desde la orilla. Desconoce cuánto tiempo lleva esperándola. *Somos uno solo.* La luz de la hoguera en el atardecer es seductora. Cuando se acerca al grupo las rodillas le tiemblan. Ha pasado demasiado tiempo sumergida en el agua del río.

El velero: Privación

Se mueven despacio, sin mostrar ápice de nerviosismo. Depositan a Cloe en la cama de la litera. Sebastián pide espacio en el grupo.

—Que alguien vaya a por ropa seca. Tiene que entrar en calor cuanto antes.

Envuelve a Cloe en una tela isotérmica. Hubiera preferido mantenerla cerca del fuego, sin embargo, han decidido regresar al velero. Sus labios amoratados resaltan en la tez pálida y fría. Sus dedos están repletos de un sarpullido rojizo. *Los labios inflamados.* Poco tiene que ver aquella Cloe con la joven que Sebastián vio por primera vez en la residencia. Era una de las chicas de la plantación. Un cuerpo fibroso y asustado, embadurnado en protector solar biodegradable. Cloe entró en la cena de gala con una perra blanca en brazos. En ese momento Sebastián explicaba en el atril las novedades del Departamento de Psicología en el Pabellón de los Pacientes de Largo Ingreso, de reciente construcción en el viejo casco de la hacienda. Llevaba un vestido de flores. Descalza. Había algo feroz en ella y al mismo tiempo una privación orgánica. Un hilo invisible estaba anudado a su espalda y sus muñecas, y alguien tiraba de ella.

—Perdón, me habían dicho que por este pasillo se iba a la Granja Escuela.

Sebastián prosiguió la charla como si no la hubiera visto:

—El psicólogo servirá al enfermo en el manejo de sus emociones. No es mi propósito entrar en el terreno de la especulación filosófica, sino señalar la importancia de la interacción de la psicología y la neuropsiquiatría en los beneficios del paciente. Es imposible comprobar el "cómo" entran en acción los mecanismos emocionales para que la mente exprese y el ser humano ejerza sus funciones superiores, sin conocer al menos el sentido de relación entre la arquitectura y el funcionamiento.

Laurenti se acercó a Cloe y le dirigió unos palabras. Nadie escuchó lo que le dijo. Cloe se sonrojó y se marchó. Los que estaban cenando rieron condescendientes. En Marta, sentada en la mesa presidencial, Sebastián percibió cierta inquietud. Su cuerpo rígido en la silla. Sus facciones queriendo ocultar el latido. En su habitual pasividad detectó una leve tensión. Qué es lo que había provocado la presencia de Cloe en su esposa.

Meses después vio a Cloe en la clínica. Trabajaba con Beatriz.

Muy pocos llegaban a ser “considerados”. Dos, a los sumo tres en toda la clínica. Cloe parecía diminuta en comparación con el muro de carne calzado con deportivas de mirada impenetrable que la supervisaba.

Los que realizaban labores en la plantación nunca confraternizaban con los pacientes ni trabajaban en la clínica. Algunos de aquellos jóvenes ahora se ocultan de la oscuridad a bordo del velero, en el cuarto de literas.

Los «cosechadores» han tapiado la ventana con un cartón y para conseguir algo de luz artificial han encendido la única linterna que aún conserva energía. El sueño se diluye en sus mentes, pacifica el instinto. Huele a cuero. A un último sudor. Más espeso. La noche aguarda igual que un verdugo sin soga al otro lado del entramado. Se acarician como gatos sin garras ni lengua.

Sebastián aplica compresas tibias en el cuello de Cloe. De súbito, una aversión invade su faringe y sus fosas nasales. Deja el trapo en el borde del barreño y sube a cubierta.

El velero: El «suceso»

Cloe percibe las sienes frías. Más la izquierda que la derecha. Siente un vacío sin recordar el motivo. Roza la cara con la doblez de los dedos. Meñique y medio. Algunos trocitos de la helada nocturna se desprenden de sus pómulos. Entrecierra los ojos. Mira a su alrededor: cuerpos semidesnudos, echados sobre toallas húmedas, entre restos de trigo y barro. Hasta ella llegan sus alientos. Pestañea. Un fogonazo en la médula. Una salpicadura en el corazón. *Una vez más... el dolor posee vida propia. Mueve las piernas sumergiéndose en la penumbra. El recuerdo, metal de muerte.* La osamenta presta espacio, prende frágil carnosidad. Olores agrios, tiernos… viejos, pudorosos y sabios. Ninguno a jazmín de seda. *La sombra carnal…* Escala mentalmente el amasijo. Se hunde en carne y lodo, flota en densidades. "Me quedaré está noche". En otra oscuridad flaquearon sus fuerzas: su madre, Berta, la miraba de arriba a abajo desde el umbral de una puerta. Ella regresaba después de despedirse de Antonio en el parking del motel.

—¿Qué haces con esa perra? Aquí no permiten chuchos.

—Es algo temporal, hasta que encuentre otra familia donde se pueda quedar.

—Ya he tenido bastante problemas con el gerente del motel. No quiero más encontronazos con el tipo.

—Venga, mujer, déjala pasar —dijo el hombre desde dentro de la habitación; después, silbó a la perra.

La perra se revolvió en los brazos de Cloe y fue al encuentro del hombre.

—Está bien —su madre accedió.

Cloe se dijo que aquella reticencia era algo natural. *Nunca se imaginó que me volvería a ver. Y además vengo sin avisar.* La perra jugueteaba con las manos del hombre, mientras este mostraba un trozo de salami reseco.

—¿Cómo se llama? —preguntó el hombre.

—Se llama Tiza…, es tan blanca como las tizas que solía utilizar en el colegio.

— ¿Y a ti... ¿qué te pasa? —la madre se dirigió al hombre empujando a la perra a un lado con la pierna—, ¿desde cuándo te gustan los chuchos?

Tiza movía la colita alrededor de la mesa, jadeando, con la esperanza de conseguir otro trozo de salami. Cloe se la llevó de la salita. Su madre y el hombre se habían comenzado a besar.

Sentada al borde de la cama sin hacer se abrazó a la perra. Había ropa tirada en el suelo. Un cenicero con colillas. Olía a tabaco y a algo ácido que Cloe no fue capaz de distinguir. Después de un rato su madre apareció por la puerta.

—Está bien… la perra puede quedarse —dio una calada al cigarro. Estaba despeinada y el lápiz labial se había esparcido fuera de las comisuras.

Cloe dejó de hipar.

—¿De verdad?

—Ya lo arreglaremos.

—¡Oh, gracias, gracias! La perra no te molestará para nada, te lo prometo.

Se abalanzó sobre el regazo de su madre.

—Está bien, está bien —Berta se zafó de ella y se acercó al espejo que había colgado en la pared, encima de la cómoda—. Edu y yo vamos a salir…

—Así que se llama Edu… ¿Es tu novio?

—Psst… se podría decir que sí.

—¿Puedo ir con vosotros?

—Cariño, no es un sitio para una chica tan cándida como tú.

Cloe volvió a sentarse al borde de la cama. Apretaba el edredón con la mano sin darse cuenta.

—No me mires así —Berta comenzó a desvestirse.

La puerta estaba entreabierta. El cuerpo de la madre poco o nada tenía que ver con el de Cloe: la tez morena, las curvas de la cadera y los senos suaves, el pubis sin ápice de vello. Cloe se avergonzó de la turgencia de su propio cuerpo —casi dolorosa-; sus senos habían crecido generosamente y la parte interior de sus muslos compartía un ardor indescriptible con el bajo vientre. La vergüenza la empujó a replegarse.

—¿Qué te pasa? —preguntó su madre.

Cloe se sintió desbordada ante la proximidad de aquel cuerpo resbaladizo. Manos extrañas habían acariciado su desnudez arrebatando parte de su pureza.

—Nada.

Desprendía un olor potente a perfume. Berta le acarició la barbilla. Su mano cálida y nerviosa. Tenía las uñas largas, pintadas de rosa eléctrico. De súbito, enderezó la espalda frente a Cloe.

—Más pronto de lo que crees serás una mujer y tendrás que dejar la vergüenza a un lado —despeinó su melena suavemente.

Se giró y comenzó a colocarse un tanga. Era del mismo rosa eléctrico que las uñas. De espaldas a Cloe su voz recuperaba cierta

inocencia.

—Edu no me deja leer los periódicos, me dice que soy tonta, ¿sabes?, yo… nada de eso… Me enteré de lo que pasó. Tu padre, Dominique... yo lo llamo Dominique, lo siento, no me sale otra cosa, siempre fue un elemento en la carretera… Para todo lo demás, un santo. No bebía, no fumaba, era de los que se retiraba a casa un sábado a las doce de la noche como muy tarde. Muy aburrido, muy aburrido… Poner el coche *a fuego*, eso decía él.

Se giró y la miró. *A fuego.* Aquella palabra.

—Llevas la culpa en los ojos —se colocó un top sin mangas que dejaba ver la parte inferior de los senos—. Su muerte me afectó, no creas —guardó unos segundos silencio—. La vida es dura, ¿qué le vamos a hacer?, chica.

Cloe se recostó sin dejar de mirar cómo se maquillaba. El rostro de su madre era algo hipnótico, tal vez porque su deseo más íntimo era guardar alguna similitud con aquellas facciones morenas y descaradas. Sentía los ojos pesados. Las últimas palabras de Berta habían liberado, extrañamente, un peso en su interior. Su madre delineaba la línea del agua de su ojo izquierdo con un lápiz negro, para luego esparcir la sombra del mismo color en el párpado fijo. "Mañana desayunaremos juntas y hablaremos de nuestras cosas. Vas a ver...", creyó oír Cloe de boca de su madre. Algo la alejaba de aquel cuarto. Su deseo era permanecer despierta pero estaba demasiado cansada. De pronto, le vino a la cabeza la imagen de los aspersores en las extensas plantaciones de trigo que había contemplado de camino al motel, cómo giraban y rociaban el campo. Tal vez ella misma también había acabado impregnada de aquellas gotas minúsculas que se deshacían en el aire. Alguien cerró la puerta. Cloe cayó rendida entre las sábanas usadas.

"¿Sabes que eres preciosa". Las manos, lánguidas. "No te muevas, no digas nada". "Preciosa. Me has hechizado nada más verte, me has vuelto loco". Tiza ladraba al otro lado de la puerta. "¿Por qué sino te ibas a quedar dormida aquí? Tanto como yo, querías esto".

—Por favor...

El hombre complacido ante el miedo acariciaba los senos. *A fuego.* Su padre la sonreía. *A fuego.* Todo estallaba en pedazos. "Ahí, gatita, gatita, ¿te rebelas ahora?… Ahora no".

***

Percibe sus latidos adormecidos en cubierta. No recuerda cómo ha subido hasta allí. Mira al cielo, la perpendicularidad de la luna

indica que el albor está cerca. Alguien ha encendido una lámpara. Atenúa la oscuridad del páramo. *Seguro que ha sido Sebastián.* Cloe conoce de sobra aquella espalda, desde que han iniciado la travesía el psicólogo se pasa las noches en vela oteando el horizonte. En cierta manera la silueta la tranquiliza de la misma forma que cuando pasaba por la puerta de su despacho y le veía asomado al ventanal. *Todo el rato observándonos*. Sebastián se gira como si intuyera que ella está mirando. Ella no retira la mirada como suele hacer. *"Fue bello bailar en la oscuridad".*

—Sí, fue bello… —ella musita.

El rostro de Sebastián es el de Laurenti.

—*Sucumbimos al abismo.*

—Sí, nuestro abismo, de ninguno otro —Cloe se restriega con el brazo los ojos, luego, la boca; desea retirar las manchas que ha dejado el «fermento».

Recuerda vagamente que fue Víctor quien posó el vaso en sus labios. *Lo mental contra lo corpóreo.* Siente otra vez la sensación insondable. De nuevo se ve a sí misma en la habitación del motel de las afueras.

—Chica, ¿dónde estás?

Berta hablaba más alto de lo normal. Su rostro estaba ojeroso y pálido. El rímel esparcía la oscuridad de su mirada más allá de las cuencas de los ojos. Cloe salía de la ducha cubierta con una toalla.

—... ¿Qué es todo esto? —preguntó su madre.

Escrutaba el cuarto de arriba a abajo.

—Ven, Tiza… —Cloe se agachó.

La perra evitaba acercarse a ella, reacia a que la cogiera en brazos. Cloe había retirado el juego de sábanas y había pedido a la camarera de la habitación otro nuevo.

—¿Qué es todo esto? —volvió a preguntar su madre.

Tiza ladró. Berta se sentó al borde de la cama, sacó una pitillera del bolso y del interior, un cigarrillo.

—El muy cabrón… me dejó tirada… … … ¡Haz callar a la perra!, por lo que más quieras. —Las manos le temblaban—. Lo sabía… lo sabía... el muy cabrón —dio una calada al cigarro—. Me he tenido que buscar la vida… si es por él duermo en la calle o terminó haciendo cola en los controles.

Su ropa era distinta a la de la noche anterior. Llevaba una minifalda más corta, color púrpura, y una camisa semitransparente que mostraba su hombro izquierdo.

—¿Qué voy hacer ahora?, ¿qué voy a hacer ahora? —repetía mirando a la alfombrilla morada que había a los pies de la cama.

—¿Y tú, qué piensas hacer tú? —volvió la atención sobre Cloe. En sus ojos había un cristal impenetrable carente de luz.

—Después de lo que ha pasado esta noche, ¿no pensarás quedarte? —continuó.

Cloe cogió a Tiza en brazos. No paraba de dar tirones. Su madre torció la boca en un gesto.

—Vístete, ¿quieres?

Por las sacudidas de la perra la toalla se movió y dejó al descubierto uno de los senos.

—¿No te da vergüenza estar así, delante de tu madre? —se puso en pie. El humo del cigarrillo creaba una nube de la que emergía un segundo rostro—. Ya eres una mujer.

Madre… La palabra salía de la boca, *hueca*.

Berta se marchó del cuarto cerrando la puerta tras de sí. Cloe escuchó cómo abría el minibar en la salita y abría una lata. Cuando salió de la habitación ya vestida encontró a su madre dormida en el sofá. La boca abierta. Un hilillo de saliva caída de la comisura de sus labios.

El encendedor seguía encima de la mesilla flanqueado por varias latas de cerveza. *Metálico*. De gasolina. Acabado en cuero. Cloe nunca olvidaría su chispa en la penumbra. El dedo meñique insistiendo en la dureza. Después de retirarse de encima de Cloe, Edu se había sentado frente a ella en una banqueta y había encendido un cigarrillo. Tras dar la última calada abrió la puerta y se marchó. Ella se encogió sobre la cama. El dolor que buscaba espacio entre sus muslos se había transformado en sangre. Algo en su interior decía que debía ponerse en pie. Marcharse. Pero el miedo y el deseo de volver a ver a su madre fue más fuerte. Detestó aquel olor a sudor y a fertilizante.

El rostro de Berta dormida en el sofá era un rostro de dolor. Cloe comprendió enseguida que, aunque sintiese su cuerpo herido, el de su madre lo estaba en mayor medida. Evitó acercarse a Berta para no despertarla. Cogió la mochila que había dejado encima del sofá y salió de la habitación.

***

Sebastián sigue de espaldas, asomado a la barandilla de cubierta. Cloe no puede ver su rostro, pero sabe a ciencia cierta que su mirada sigue abstraída en el horizonte teñido de negrura. En los últimos días es así. Lo prefiere, de ese modo, el espejismo de Laurenti se difumina. Regresa al cuarto de literas. El olor dentro le es familiar: a árbol, a luz, sudor y cerveza. Siente el mismo sosiego

del cobertizo. Recuerda el primer día a su llegada a la finca.

Antonio la había esperado hasta que anocheció en la pista de baloncesto. Cuando vio su silueta en el parking del motel ella había salido a su encuentro.

—Llévame de aquí.

—He venido preparado —le dio el casco de la moto.

Apenas hablaron de camino a la finca. Recorrieron la colina que desembocaba en la autopista a través del viejo circuito de motocross. Tiza asomaba la cabeza en la mochila que Cloe cargaba a su espalda. La sensación de velocidad y de separación con el suelo hicieron olvidar por un momento a Cloe lo que había sucedido en la habitación 64. Cómo podía haber sido tan ingenua. Dos mujeres mirándose a los ojos sin ningún afecto. Ella y Berta. Podía soportar todo excepto aquellos celos en la mirada de su madre. Jamás se lo diría a nadie. Por eso se sentía cómoda con Antonio. Su rebeldía lo era todo. Se aferró a la cintura de él apoyando la mejilla contra su espalda. Cerró los ojos concentrándose en el ruido de la moto.

Antonio la ayudó a bajar de la moto en la entrada de la finca. Varias bayas cayeron al suelo. Un carnero balaba entre amapolas recientemente florecidas, a unos metros, se abrigaba a la sombra de una higuera. Cloe miró a su alrededor. La luz del sol parecía incidir más deslumbradora en esa parte de la explanada. Aquella inquietud inesperada de la que se resistía a recordar su origen... Cuando asomó la silueta de Laurenti y Miriam en aquel campo de amapolas volvió en sí. *Hacen una hermosa pareja*. Había algo especial en ellos. Una manera indescriptible de comportarse. *Pequeñas llamas que no queman al tocarlas.* Su presencia rompía la uniformidad rojiza. Ambos, vestidos de negro; ambos, portadores de un halo de seguridad que intimidó a Cloe desde el primer momento. Iban agarrados del brazo. Miriam vestía una falda y una camisa con discretos encajes, su tez era de una palidez turbadora en aquella tierra abrasadora; hablaba con confianza a los chicos, una cierta pulcritud acompañaba cada uno sus gestos. Era lo que más llamó la atención a Cloe. Aquella pulcritud.

Antonio agarró a Cloe por la cintura cuando Laurenti y Miriam pasaron a su lado. Su cuerpo emanaba un calor muy agradable. Cloe se aferró a ese calor. Dejarse llevar por el chico que la había cautivado. El atardecer asomaba por la vereda. Las tierras lucían rojizas.

Víctor y su acompañante les habían estado esperando en la entrada de la finca, se adelantaron hacia el merendero que había situado a la sombra de un tejo, donde otro chico y otra chica

repartían bocadillos y bebidas a un grupo de jóvenes. Eran alrededor de doce. De edades comprendidas entre los quince y veintidós años. Cloe contaba con dieciséis por aquel entonces. Todos iban descalzos. Le gustaron, así como cada uno de sus rostros. Ahuecados, con ese poso de camaradería que les hacía terriblemente vulnerables. Aunque hicieran esfuerzos por transmitir una sensación de seguridad en sí mismos, no eran tan distintos a ella. Tiza jugueteaba entre sus piernas buscando su atención. Una chica pecosa se acercó a ella y le ofreció una limonada.

—Ya vamos muy avanzados. Pronto podremos dormir aquí y no tendremos que ir y venir de "Los Centenos".

Cloe bebió de la limonada. El frescor era embriagador o eso le pareció; la repugnancia que había germinado el día anterior dentro de ella pareció diluirse en su sangre. Un chico de mirada salvaje y pelo revuelto se dirigió a Antonio, de pie, a su lado.

—Vaya, vaya, así que te has decidido a venir.

Cloe permaneció callada. No lo conocía. Antonio se quitó la camisa.

—¿En qué puedo ayudar?

Tomó un hacha entre sus manos.

Durante una semana talaron los árboles del bosque para construir el cobertizo. Maderas largas para los pilares, el fresno y el haya —dúctiles al calor- para la curvatura del tejado, el abeto rojo para las paredes altas, la teca –resistente a la deformación- para las zonas más expuestas a la humedad. Piedra local y madera de Urunday. Contra la fijación de moho, pintura de cobre.

—Quedan por construir la carpintería y algunos barracones —la chica pecosa se abrazaba al chico de la mirada salvaje mientras hablaba a Cloe.

Cloe se sintió intimidada por aquella naturalidad. *Es artificial*. Enseguida se dijo que estaba a la defensiva y que era injusta con ella. *Ha sido muy amable conmigo*. Miró a Antonio que había terminado de apilar las tablas de madera. El sudor resplandecía en su pecho.

Parte III: El rey anónimo

“Y beberemos de la naturaleza y su pureza será curativa”

FANZINE “LA COSECHA”.

Paulo se dirige a Antonio, sentado frente a él en una mesa que rebosa billetes, cucuruchos de papel embadurnados de aceite, latas de cerveza y un plato de cerámica con restos de comida:

—¿A dónde ha ido tu mente esta vez?

Una cucaracha asciende por la lona de la tienda de campaña, a su espalda.

—¿Qué ves?... —insiste Paulo mientras toma, resignado, el último sorbo de «fermento».

Poco queda del chico de mirada salvaje que conoció Antonio en la cosechadora.

—Parece reconfortarte más que la realidad que nos rodea.

Antonio coge el vaso con el poso negruzco. Da otro trago. Arde la garganta. Brinda por la aparición: *Allí está otra vez…* Miriam sobre sus piernas, interminable; el olor de su pubis abriéndose... Se estremece de placer. Paulo gira el vaso de cerámica, de izquierda a derecha, agitando el líquido rojo y ennegrecido. Antonio aprieta las manos. Solo conservan el ritual del «fermento» del pasado. El paladar recuerda el beso: húmedo, descorchado... *Tanto perdido. Tanto…* Se incorpora en la silla. Sangra por la lengua. *La memoria muerde por dentro.*

Paulo le alcanza un paño mientras ríe entre dientes:

—¿Cuál es nuestro próxima operación?

—Nada que aún debas conocer —se limpia la sangre.

Aún conserva varios somníferos. Se ha acostumbrado a su efecto hipnótico. Ordena sofocar la hoguera.

La última imagen que guarda de Miriam es entrando en el despacho de Sebastián. Ella le miró desde lejos. Él se dirigía una planta más arriba. Laurenti le había instado a que entrara por la escalera principal de la clínica. “Me urge verte”. Hacía semanas que Miriam le rehuía. En su último encuentro a solas cierta parálisis dominaba cada uno de sus gestos.

—Me tratas como a un extraño —dijo molesto.

—No puedo ofrecer más de lo que te doy.

El sudor frío bajo las sábanas, el pulso del corazón desacompasado. Una Miriam asustada, temerosa de su propio ser.

—¿Te sorprende?

Durante su ingreso la letanía había allanado la voluntad de Miriam.

—Sabes que no.

—Tú y yo… Si lo descubriera…

Al dejarla sola en la cama Antonio se sentía corrupto. Era esa misma corrupción la que le hacía regresar al cuerpo de Miriam. Su desesperación era de una belleza extrema.

—¿Crees que no lo sabe?

Cerca de la muerte la sensualidad de Miriam era frenética. Una sensualidad entumecida.

Miriam le miró perpleja. Sus peores temores salían de la boca de Antonio.

—No creía que me fueras a hacer esto —dejó el cigarro *Handelsgold* en el cenicero y tomó el bolso entre sus manos, dispuesta a levantarse.

—¿Por qué no lo quieres oír?… Le da igual y es eso lo que más te molesta.

El líquido goteando en su mano. Había visto cómo Miriam extraía el frasco de la mesilla, situada junto a la camilla, y esparcía en su frente el elixir mientras recitaba: "Y fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua que se llama el diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él[23]". Su cara abstraída. Su cuello rígido. Tuvo que zarandearla para que volviera en sí. Asomada a la ventana, contemplaba impertérrita a los chicos mientras subían a la cosechadora.

En eso residía la diferencia entre Cloe y Miriam. Cuando Antonio estaba presente y se acercaba a Cloe percibía cómo esta se anclaba a la tierra y perdía ligereza; en cambio, al estar próxima a él Miriam temía dar un paso en falso y ese mismo temor era el que los separaba. Nada más ver los andares de Cloe en el bar de apuestas Antonio percibió esa cualidad en la joven. Habló al barman con una ingenuidad intimidante, el optimismo relucía en su rostro. Se mostró relajada al beber la primera copa a la que le invitó. *Dispuesta a probar la vida.*

Cloe prefirió pasar la noche en el cuarto de aquel motel de mala muerte con su madre y Antonio sintió una pequeña decepción, pero se dijo que por la juventud de ella merecía la pena esperar. Pasó el resto de la noche con Víctor y su acompañante en una fiesta privada de una amiga. Los acordes melancólicos de Blue in Green[24] retumbaban en las paredes del salón. Bebió aprisa el cóctel que preparó la camarera. Sintió envidia al ver cómo Víctor y su acompañante se besaban.

—La chica prometía, ¿eh? —susurró Víctor en un momento de la noche refiriéndose a Cloe.

Todo podía haber sido más fácil. Una chica rubia con poco pecho se acercó a Antonio en la fila del baño. Pero él estaba cansado de fingir. El efecto de la bebida delineaba las facciones de Miriam de una manera punzante en su mente. A ratos esa facciones se intercalaban con las facciones de Cloe. Se dijo que esa repentina predilección por las dos mujeres era una forma de huir de la profunda impresión que se había llevado de Laurenti. Una parte de él había quedado prisionero en una luz cegadora.

Había prometido a Víctor llevarle de vuelta al pueblo en la moto pero se lo pensó mejor. Apenas había amanecido. En la calle la humedad era pegajosa. De camino a la playa debía pasar por el puerto. Era el primer turno del día. Se cruzó con dos parejas de hombres. Muchos como ellos poblaban las chabolas y los espacios al otro lado del puente que conducía al campo de refugiados de cabo Venial. Antonio conocía de sobra aquellos andares: rudos, pálidos en la sombra, que escondían extraordinaria crudeza en su empeño en poner pie en tierra firme. Su mirada balcánica y su musculación medieval. En más de una ocasión había andado entre los barracones. Un intenso aroma a cebada llamó su atención. Hacía años que no olía aquella densidad. *Los nuevos fertilizantes proliferan.* Instintivamente se dejó guiar por aquel rastro.

En la zona de cabotaje vio la cosechadora. A los pies de esta el chico de mirada salvaje pasaba un fardo a otro chico, y este se lo entregaba a su vez a otro subido en la parte trasera del transporte. Antonio aguardó detrás de un contenedor hasta que terminaron de cargar tres fardos más. El chico de mirada salvaje dio la señal. Cerraron la puerta trasera de la cosechadora y el camión arrancó. El chico de mirada salvaje no subió a la cabina como había supuesto en un principio sino que se camufló en las sombras y cruzó la pasarela de embarque hasta llegar al semáforo, mientras la cosechadora daba un rodeo a la rotonda que desembocaba en el paseo marítimo. *Van hacia la grúa.* Antonio alcanzó al chico de mirada salvaje cuando se disponía a subir a la cabina del camión.

—¡Chist!

El chico de mirada salvaje se giró y sonrió.

—¿Qué haces tú por aquí? —le preguntó.

—Eso mismo me pregunto yo.

—Vamos de regreso a la finca… … … ¿Te vienes?

Otra vez aquella mirada. Sebastián dudó. Si entraba en la cosechadora descubriría los fardos. ¿O ya los habían ocultado bajo los granos de trigo?

—Me iba a dar un chapuzón en la playa —contestó Antonio—. A

ti también te sentaría bien.

Ambos habían corrido hasta alcanzar la grúa de piedra. Jadeaban.

—Es cuando más se disfruta del mar. Cuando no hay nadie.

El chico de mirada salvaje le miró.

—Nosotros preferimos refrescarnos en las «unciones».

Alguien dijo algo desde dentro de la cabina. El chico de mirada salvaje subió la escalerilla y cerró la puerta. La cosechadora arrancó. Antonio se quedó mirando hasta que el vehículo desapareció dirección a Las Colonias, el barrio marginal donde él había nacido. "Unciones..." susurró; le hizo gracia la palabra. Después de tomar aire corrió hasta las escaleras del puerto que conducían a la playa.

Pasó todo el día en la arena, algo inusual en él, pues solía acercarse a la tasca de «Tolín» antes del mediodía. Era amigo del encargado de las hamacas. Con una pequeña propina dejaría que durmiera toda la mañana bajo una sombrilla. Supuso bien. Incluso fue amable y le trajo una caipiriña. "Un cliente dice que está demasiado cargada". Bebió rápido. Antonio agradeció aquella pesadez en su consciencia. Era raro el día que perdía el apetito. Con una lata de sardinas y una botella de agua mineral en el estómago, pasadas las siete de la tarde, se dirigió a la salida del puerto y cogió la moto. Al pisar el asfalto regresaron a él las impresiones de la última noche.

Cuando llegó al piso donde había tenido lugar la fiesta Víctor ya se había marchado. *Habrá vuelto al bar de apuestas.* Mientras iba de camino se dio cuenta de que se había pasado los tres últimos años de su vida del bar de apuestas a una fiesta o a un motel, después a la playa donde dormía unas horas a la intemperie, y volvía a empezar la misma rutina. En invierno, las cosas cambiaban un poco, las restricciones en los vuelos aéreos convertían la isla en un territorio más aislado; realizaba algún que otro hurto en chalets vacíos de gente adinerada que veraneaba en Los Centenos, de vez en cuando también participaba en carreras de motocross ilegales. Ganaba lo suficiente para vivir bien la primera quincena del mes. Después era Víctor quien sufragaba sus gastos. "Si no fuera por mí, ¿qué sería de ti?", repetía su amigo mientras hurgaba con el dedo índice dentro del bolsillo pequeño del pantalón vaquero. Antonio pensaba que Víctor no encontraría nada allí dentro, pero este se las arreglaba y deslizaba un billete de cien euros minuciosamente doblado. Si a la semana siguiente volvía a pedirle prestado, Víctor sacaba otro billete realizando la misma maniobra. Una mezcla de

suciedad y resquemor contenía el tacto del papel moneda. “Ya me lo devolverás”. La mirada vidriosa de su amigo supuraba cierta ligereza. Antonio cuidaba de devolver todo el dinero que le había prestado al principio del mes, pues tendía a administrarse mal y a gastarlo todo en poco tiempo. Víctor era escrupuloso en los intereses y jamás permitía postergar dos veces una misma deuda. En La Sabina, el centro de menores donde se conocieron, era Víctor el único que disponía de dinero; Antonio nunca preguntó quién se lo daba, estaba claro que aún le quedaba un familiar que miraba por él y que intentaba que no se metiera en líos. Con la ayuda de esos adelantos Antonio y los demás jóvenes del centro podían comprar tabaco, suscripciones a canales de enretenimieto y chuches, recargar el saldo de los móviles. Víctor conseguía la hierba que se fumaba en La Sabina. Si para los caprichos ordinarios bastaba con devolver lo adelantado y un pequeño beneficio, en el caso de las drogas la contraprestación era otra. Víctor sufría una deformación en los pies que había hecho que buscara estrategias para satisfacer su necesidad de estar cerca de mujeres bonitas. Atesoraba debajo del colchón de la cama una curiosa colección de fotografías de mujeres, de todas las edades y razas —aunque eran más numerosas las de muchachas orientales—, desnudas o con poca ropa; muchas de ellas poseían una característica peculiar que rompía la armonía de su cuerpo; pudiera ser que alguna padeciera una leve cojera o le faltara una de las manos, estuviera postrada en una silla, o en su rostro apareciera una labio leporino. Antonio supo que Víctor le consideraba su amigo cuando compartió con él aquella colección de fotografías. Tuvo que disimular su repulsión aunque al mismo tiempo sintió curiosidad; especialmente le sobrecogió una en la que aparecía una joven de piel morena con los pechos extremadamente grandes que estrangulaban la belleza de su rostro. Había algo violento en aquellas fotografías, tan violento como la deformación en los pies de Víctor. Una necesidad dolorosa de ser deseable, de desear sin sentirse atemorizado. En La Sabina Víctor decidió dejar de ser un simple *voyeur*. En la oscuridad palpaba los senos o el pubis de las novias o las hermanas de quienes disfrutaban de la droga que él introducía en el centro. “Placer con placer se paga” decía a las puertas de la habitación durante la hora de visita, mientras pasaba el cogollo de marihuana en la mano del susodicho. Cuando salió del centro Víctor encontró en las prostitutas de la isla la misma herida que en las jóvenes de las fotografías; solían coquetear con la cocaína, lo cual facilitaba las cosas. *Dejarse llevar a oscuras en un camino inhóspito pero certero*. Recorrían de arriba a

abajo las extensas carreteras comarcales. Haustela era una isla de más de doscientos kilómetros cuadrados y una elevación de trece metros sobre el nivel del mar, el destino predilecto para los ecologistas y los contrabandistas, con extensísimos bosques donde uno podía perderse fácilmente; un paisaje de tierra y cielo para explorar que parecía infinito.

Antonio sintió una pequeña satisfacción al ver a Cloe en el parking del motel. Ella apenas le contó algo de lo que había sucedido con su madre en la habitación. Apreció algo nuevo en ella. Sus gestos habían perdido jovialidad. Cloe se agarró a su cintura sobre la moto y él imprimió potencia al motor. Su respiración huidiza, el peso de su cuerpo volátil.

Desde que se instalaron en el cobertizo Cloe esperaba su regreso todas las noches. A él le complacía ver la preocupación en sus ojos color avellana. Pese a todo lo que sucedió después —sus ausencias, su distanciamiento—, esa reacción en ella nunca desapareció. Ella arrastraba en su torpeza a Antonio y eso le distraía. Aunque estaba llena de vida era reacia a mezclarse con los otros. Si aquella actitud era vista con cierto recelo por los demás, especialmente por los chicos, a él le hacía gracia. Incluso admiraba su terquedad. Cloe vivía al margen. Sin ápice de amargura. Silenciosamente. A la espera.

La primera noche que durmieron en el cobertizo la encontró tumbada en la parte más oscura de la litera. Había amontonado las sábanas encima de ella. Él se acercó y se sentó en el borde.

—¿Qué tienes ahí?

Cloe agrupó aún más las mantas. Sobresalía una de las cartulinas amarillas que empleaban en el taller para elaborar las portadillas.

—Sabes que no está permitido.

—Nadie se dará cuenta, además, ¿no eres tú el que dice que las reglas no tienen sentido sino es para incumplirlas?

—Además de verdad.

Rieron siendo conscientes de que estaban demasiado fatigados para mantener una conversación sensata. Se habían pasado las últimas semanas yendo y viniendo del pueblo a la finca en la cosechadora. Cloe arrastró el cuaderno bajo las sábanas y levantó unas tablillas sueltas de la pared, debajo de la repisa de la ventana. Introdujo el cuaderno y volvió a colocar la tabla.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

—¿Crees que soy un chivato?

—Me desharé de él. Te lo prometo.

Cloe, entre los retales de luz. Sus ojos titilaban una vida pasada.

Antonio vio el miedo hacia el hombre en ellos. Durante el día trabajaban en la finca incansablemente. Antonio supuso que se las arreglaría para escaquearse de las faenas como hacía siempre. Sorprendentemente el trabajo en contacto con la tierra le reconcilió con una parte de sí mismo.

—Dame la mano.

—Hace demasiado calor.

—Durante el día, delante de los demás, no me rehúyes, ¿por qué lo haces ahora?

—No estoy preparada… sucede eso. La luz del sol.

El velero: La lista de provisiones

El grupo guarda silencio en el camarote del final del pasillo. Su languidez es tácita, su cerebro un vidrio dilatado. Llevan horas respirando la misma ausencia. Cloe no tiene fuerzas para levantarse. Las náuseas ascienden por su vientre y sus senos. Víctor se aproxima. El amargor se introduce por la faringe y se asienta dentro de ella. La negrura se desdibuja. Respira un aire hostil que inmediatamente es aplacado por caricias. “A ti te hará caso”. “Está bien que te considere de su lado”. “Debemos ir en busca de Antonio”. “Lo vi con mis propios ojos”. “La confianza lo es todo”. “Él no ha sido ungido”. “Viste como nosotros el cuerpo de Laurenti”. “¿Cómo sabemos qué dice la verdad?”. Uno de los chicos introduce una hoja de papel reciclado en el bolsillo de su pantalón vaquero. Cuando a media tarde Cloe repara en él y lee lo que hay escrito, las letras bailan.

PARA LAS PROVISIONES

12 latas de melocotón en almíbar

12 latas de alubias

7 rollos papel higiénico

4 bolsas de semillas de trigo

3 botes de bicarbonato

1 botella de aceite de árbol de té

PARA EL EQUIPAJE Y LLEVAR PUESTO

10 cuerdas de escalada

10 pares de botas

6 mochilas de lona

7 navajas

1 ordenador portátil

3 carabinas *Smith*

5 espráis de defensa

7 cartuchos metálico *GECO* cal 38 SPI Plomo

8 cartuchos *Sellier & Bellot* cal 38 SPL LRN 158 grs.

PARA LLEVAR EN LA MANO

5 linternas

5 *walkies*

4 pistolas *Colt*

Callan tumbados en cubierta, sonriendo, como si no hubiera sucedido nada. Sus ojos pestañean dentro de la mente. Pensar por un momento que ella también pestañea de esa manera le produce escalofríos. Esa mañana están especialmente bellos. Su piel resplandece. Para Cloe esa visión es dolorosa. *Cuerpos perecederos sin un rasguño.* Debe evitar cualquier resentimiento. Ellos no han sido «asistentes», no han visto lo que ella.

Se han esmerado en poner orden en cubierta: han recogido las hojas de los árboles que se han ido acumulando a lo largo de la travesía, incluso uno de ellos ha escurrido una bayeta en el agua del río y se ha dedicado a limpiar la parte baja de las lonas, dejando una zona blanca y otra más oscura; los mosquitos y las libélulas muertas han desaparecido del mástil. Unos junto a otros se tumban sobre los almohadones que han subido a cubierta. Su palidez es un desafío al sol.

Sebastián toma entre sus manos el papel que le entrega Cloe.

—¿Qué es esto?

Ella inclina la cabeza hacia el suelo, durante los segundos que transcurren parece repasar mentalmente cada uno de los elementos escritos en la lista. Luego dice:

—He pensado que serían cosas que necesitaríamos cuando desembarquemos de forma definitiva.

Sebastián echa un vistazo a la hoja, cuando lee el final de la lista frunce el ceño.

—No sabía que eras experta en armas.

Cloe enrojece. No entiende por qué se muestra a la defensiva con ella. Al fin al cabo, solo se adapta como puede a las circunstancias.

—¿Por qué habrías de saberlo?, no me conoces.

Al ver que se siente dolida, Sebastián se muestra más indulgente y dice:

—Está bien —se guarda la hoja en el bolsillo—, haré lo que pueda. —Se esfuerza en terminar la conversación de la mejor manera posible—. Has hecho bien en hacer la lista, hay cosas que son realmente necesarias.

Aunque no compre todo, al menos ella lo ha intentado. Al dirigir su atención al grupo de «cosechadores» Cloe piensa que ellos no se habrían avergonzado de lo que había escrito en el papel.

La quilla parte el río en dos, el ancla prende en las areniscas. Las constantes vitales se aceleran; por un momento, Sebastián desea ser un pelícano, sobrevolar el curso del río sin que nadie sepa de su presencia, otear desde los cielos, analizar las alteraciones de la geografía, la muerte o la vida en ella. Se pregunta si, después de cinco años, el mundo habrá cambiado otra vez; si habrá un nuevo «contagio» en algún lugar fuera de isla. Siempre han vivido con ese miedo. Unos y otros. Pese a que silenciaran los temores que despertaba su cuerpo o miraran hacia adelante como si nada hubiera sucedido, pese a que reconstruyeran su vida sin reparar en la rendición que les perseguía, o retomaran una visión del mundo más esquivo y atrayente, ahora se da cuenta: la vida dentro de la residencia no ha sido tan distinta a lo que ya conocían; el impresionante entorno, la falsa sensación de seguridad había sido más indulgente, eso había sido todo. Se pregunta qué hará Cloe después de la travesía, la presencia de la joven en el barco mantiene vivo el recuerdo de su esposa, aunque ese recuerdo sea demasiado doloroso, su rostro se confunde en la amalgama de impresiones. Lo que nunca antes ha experimentado: un impulso titubeante, un temblor en la conciencia. Cree que tales síntomas tienen que ver con la idea supersticiosa de un mal presagio y se censura por ello. *Otra afección*. El viento ha dejado de existir. Antes de que el velero se adentre en el afluente que conduce al próximo pueblo, le tienta la idea de persuadir a Víctor para tomar una nueva ruta. *Retrasar el*

momento decisivo. Hace años que viven en el ostracismo. Los primeros días el grupo de «cosechadores» no quiso bajar al cuarto de literas a descansar, ahora apenas salen de allí. Han quitado la pequeña cortina de la ventana y han cambiado el cartón que habían puesto. Esa misma mañana un violento silencio se ha cernido sobre él cuando han subido a cubierta. Tal vez sea solo una sensación y siempre han estado en silencio a bordo del velero. Estruja el papel que le ha entregado Cloe dentro del bolsillo del pantalón. Los imagina dentro del cuarto de literas tumbados unos contra otros. *Se alimentan de su propio calor.* Apenas hablan. Su aroma flota en la escalerilla del tambucho. Sebastián se agacha en la barandilla de popa y recoge agua del río con la cuenca de su mano. Empapa su nuca. No se atreve a mirarse en el reflejo que baila en el agua ¿Qué diferencia hay entre él y ellos?

El sueño vigila el despertar,

en el encierro detalla el cuadro antiguo La Peste

DANIEL PARACUELLO (Del "Cuaderno de Poetas")

Debían vivir en pareja. Todavía Antonio se pregunta cómo acabó en la finca. *El lujo…* La imagen del chico de mirada salvaje corriendo subrepticiamente por el puerto hasta la cosechadora, el edificio imponente y afrancesado en el que vivía el matrimonio "Dusha", la ingravidez de Cloe, aquellos pabellones acristalados que rodeaban la clínica y que al atardecer desprendían destellos sobre la bruma que se elevaba en forma de vapor de la tierra, el impacto que le causó la conversación con Laurenti, apoyados ambos en la roca milenaria, la corriente cálida que recorrió su espalda cuando llegó por primera vez. *Los ojos de Miriam…* Para Antonio fue una suerte haber conocido a Cloe días antes. Un sesgo de su propio destino se desprendió rápidamente de ella. Estaba seguro de que se entenderían. Había algo opaco en la mirada de Cloe. Algunas tardes la veía vagabundear por el camino que conducía a la carretera interestatal, iba descalza. La larga melena que llevaba recogida en un moño hecho con prisas, caía sobre sus hombros, se levantaba con la brisa del viento. Antonio podía percibir su endeble agitación. La llevaba de vuelta a la finca en la moto. Cuando llegaba al cobertizo Cloe se echaba en la cama enseguida, parecía aguardar la noche para abandonarse al sueño. A su belleza se sumaba un misterio doloroso.

Nunca fueron muchos en el cobertizo. A lo sumo catorce, quince. A veces los veteranos organizaban talleres sobre la «conexión». La intimidad era algo obligado, otra herramienta para ahondar en el «Otro». Un deber después de «los años de confinamiento». Debían sucumbir a otras pieles, hacerlas suyas. Cumplir la serie de etapas hasta experimentar los «intercambios». Las chicas solían formar lazos frecuentemente entre ellas. Hacían esperar a los chicos. Fueran cuales fueran el tipo de relaciones debían ser precavidos. "Optimizar la energía". Los embarazos estaban mal vistos, sobre todo si aspirabas a ser «asistente». La natalidad debía ser controlada. Solían hablar del caso de María, una de los miembros más adelantados; había tardado solo un mes en ser «designada». Nadie dio crédito la mañana en que encontraron en la piscina su cuerpo flotando en el agua, con los ojos completamente abiertos, y los brazos en cruz de los cuales manaban hilillos de sangre. Juncos y un pequeño cangrejo batían alrededor de sus tobillos, una y otra vez, como si arañaran el tiempo de aquella vida desvanecida. Sino

fuera por el brote de la sangre a la altura del coxis, Antonio hubiera jurado que el cadáver era una escultura de mármol. Él fue uno de los encargados en zambullirse en el agua y arrastrar el cuerpo de María fuera de la piscina. La tocó. Sí. Era de carne. "Carne de su carne". No se trataba de ninguna escultura. Cuando vieron la protuberancia del vientre a través del camisón empapado y adherido a la piel sin vida se dieron cuenta de lo que María celosamente había ocultado.

En la vida del cobertizo el espíritu de un «asistente» debía poseer un bagaje propio que nada tuviera que ver con la vida fuera de la residencia. Solo se hablaba del pasado de los «rechazados», no del que a uno le pertenecía. Tampoco del presente o el futuro. El tiempo inmediato marcaba el fluir de las estaciones. Las caricias y la proximidad tenían que ser ejercitadas. Cuando hablabas a una persona debías mirarla a los ojos porque de no hacerlo no existías. «Vives en la mirada del «Otro». En el silencio del cobertizo los objetos parecían tomar vida. Los cepillos de pelo en las repisas, los calcetines hechos un ovillo, las barajas de cartas esotéricas, las cuchillas de afeitar con restos de vello entre los filos, los estropajos para retirar la piel muerta. Las mudas del día se guardaban bajo la almohada hasta la mañana siguiente. Cuando las chicas coincidían en la menstruación, las cajas de *Tampax* avasallaban las repisas de las ventanas y una esencia de sangre recorría los cabeceros de las camas. Los chicos eran más austeros, cuidaban de no importunar el ambiente femenino y devastador, por miedo a que desapareciera. Por aquel entonces, Antonio aún no había besado a Cloe, sin embargo, podía percibir el aliento de las demás chicas. Cálido, apesadumbrado en la inconsciencia. Le gustaba aquella sensación. A veces, estaba tentado de coger una de las mudas de Cloe o de otra chica. En el reformatorio había compartido habitación solo con chicos. Aquella camaradería sutil y temerosa le reconfortaba. El sudor emanaba de los cuerpos que respiraban y se acariciaban bajo el velo de la noche, próximos a Antonio, como una arma química. Las mismas prendas, pantalones y camisas de lino, tanto para los hombres como para las mujeres, fuera invierno o verano; esperaban a ducharse al amanecer, pues era «la hora propicia». Fabricaban desodorantes naturales con arcilla blanca. También protectores solares veganos. Cubrían su piel con una especie de linimento que hacía que parecieran anfibios. Algo impúdico nacía de la mezcla entre la humedad absorbida por el mejunje y las axilas. *Suaves y viscosas.* Cuando llegaba la noche eran cuerpos exhaustos. Celebraban las «jornadas del fermento» y el cansancio penetraba en

el amargor del día. El «fermento» era una especie de absenta. A las chicas les encantaba, les hacía sentirse poderosas respecto a los chicos.

En su descanso semanal Cloe solía recostarse en el banco del porche y recorría la silueta del paisaje que lindaba con la finca con el dedo índice, a lo largo de la falda suroeste, allí donde la niebla no deseaba abandonar la depresión. Los «cosechadores» preparaban el regreso de las cabras al establo, andaban desperdigados, a golpe de riñón, subían a los promontorios más altos para azuzar a las ovejas. Diminutos se prodigaban en la parcela inferior. Las viñas iban perdiendo cuerpo, su color cobrizo se desvanecía.

Una tarde Antonio dirigía la yunta de vacas que arrastraba los horcones de madera sobre la paja colmada de semillas. Era un trabajo agotador que lo apaciguaba.

—¿Cómo va el despajo[25]? —Cloe preguntó, distraída.

—Dentro de un rato vendrá Víctor con la pala para trabajar el heno más corto. Pronto tendremos pan que hornear.

—La tierra fructifica al tiempo que los cuerpos se marchitan.

Cloe ni siquiera le miró cuando dijo aquello, se arrodilló y recogió algunos de los granos caídos en la vereda. Arrancó un matojo de trigo. Un corte superficial se abrió en su palma. Apretó el puño. Antonio dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella, con un pañuelo vendó su mano y contuvo la sangre que fluía de la herida.

—Debo acudir a la Escuela, hoy es mi primer día en el curso de asistencia clínica—. Cloe se levantó del suelo.

—Deberías estar contenta.

—Lo estoy.

—No lo pareces.

Ella se alejó sin decir nada.

Las ovejas balaban agrupadas en la pequeña parcela. Cloe, al entrar, no saludó a nadie. Agarraban por las patas a uno de los carneros boca arriba. Los vellones se desprendían de la piel. Los dos chicos soltaron dos hojas de acero. El carnero cayó desvanecido sobre la mesa. Al instante, otro rostro, invisible a su cara, invadió cada una de sus facciones.

—Esta tarde fuiste muy amable conmigo.

—¿Por qué no iba a serlo?

Antonio tanteó las sábanas hasta palpar la barbilla de Cloe. Su cara estaba descompuesta, con el paso de las semanas había perdido

ternura, fuerza; él nunca hacía demasiadas preguntas, daba por hecho cada nueva extrañeza. No tenía otra alternativa, además, Miriam había irrumpido en su vida.

—¿Qué os han enseñado en el curso?

Ella torció el cuello y se incorporó en la cama.

—Déjalo, no quiero hablar de ello.

Se tocó nerviosamente las manos. Antonio vio restos de algo negro en el borde de las uñas.

—No todo el mundo supera el curso —dijo él sin pensar.

—Yo seré alguien de ese mundo.

El sueño de Cloe era ser «asistente». No hacía otra cosa que mirar al grupo que se dirigía al pabellón de enfermería por el camino de piedras volcánicas.

—Ser «asistente» sería una forma de homenajear a mi padre, ¿sabes?, era celador de hospital... —hablaba como si se convenciera a sí misma de algo—. Sé que será un trabajo duro, lo sé, donde pasaré muchas horas a solas con el paciente, tendré que acompañarle en el trance. Pero me veo capaz, tengo la paciencia suficiente… Me daría rabia no conseguir mi objetivo.

Antonio tomó su mandíbula entre las manos y la arrastró hacia la luz que proyectaba la bombilla led situada encima de la pequeña mesilla.

—Serás lo que quieras ser.

El velero: El diario

A tientas Cloe palpa la oscuridad. Echa en falta el diario, es sobre la hoja de papel cuando los sucesos le resultan reales. Una noche una pareja de cuervos posó sus garras en la pequeña ventana que daba a la parte del cobertizo donde dormía junto a Antonio. Todo a su alrededor se desvaneció y habitó en su mente. Se levantó de la cama muy despacio, cogió el cuaderno que guardaba debajo de la repisa de la ventana y, apoyada en el saliente de la abertura, con una sábana sobre los hombros, escribió sobre su nueva vida en la finca.

»La riqueza de la flora y fauna es tan abundante aquí... lejos queda el asfalto de la ciudad donde el instinto de supervivencia no tiene sentido. Se respira un aire diferente. Me ha desaparecido la dermatitis de las rodillas y los codos. No tengo que avergonzarme ya de las manchas. Sin duda, es una señal de que este es mi sitio».

»He visto un grupo de alces ocultos entre la densa vegetación. El arroyo que hay cerca de aquí es riquísimo en peces. Dormimos en una cobertizo con apenas ventanas. Vivimos con lo justo y no echamos en falta nada. Aún no me creo que sea tan feliz. Todo ha quedado atrás».

»Tengo la sensación de que el trigo que me rodea prenderá de un momento a otro. Mis uñas a veces sangran al agrupar la paja en grandes montones a los dos lados del molino de agua. Me he acostumbrado a las durezas en las palmas. El aire crea leves láminas grisáceas y asuradas en el cielo. Creo que mi mudez abruma a los gorriones mientras arrastro otro montón de paja, soy hierba cercenada arrastrada por el viento. La comida es frugal en la pausa del mediodía, suelo comer sola a la sombra de los árboles del merendero. No participo en los grupos de canto ni en la ceremonia de abundancia y prosperidad, o las actividades de tacto consciente. Supongo que los demás hablan de mí a mis espaldas. Todos menos Antonio. Me es difícil desinhibirme, volver a la niña interior que algún día fui. Tampoco me importa. Los murmullos alrededor del fuego se extinguirán rápidamente».

»Apenas me atreví a moverme sobre la cubierta. Pasé toda la travesía observando cómo Laurenti manejaba el timón, sintiendo el curso del río bajo mis pies. La humedad ascendía desde las profundidades. Al desembarcar algo eléctrico sucedió dentro de mí. Una sensación agria. Acampamos en la pequeña isla que hay en el centro de la laguna conocida como "Los roedores", en ella se sitúa una antigua escuela de vela cerrada al público. Por lo visto, es uno de los lugares preferidos de Laurenti. La explanada es el refugio predilecto de especies tanto

acuáticas como terrenales, pocas se dejan ver. Pude escuchar su sutil desvarío. Los sedimentos arrastrados por el viento crean corrales de vegetación. Algunos pinos emergen muertos.

Me descalcé y pisé el tramo de arena, mi voluntad se vio interrumpida por una fatiga pesada y fría. Desde allí podía distinguir la piscina exterior de la finca, en miniatura; las luces del fondo iluminaban la noche. La fachada de la residencia principal era un muro al cielo. Era extraño el contraste entre lo agreste y lo suntuoso. Al principio sentí que no debía estar allí, una presión en el pecho cortaba mi respiración, pero poco a poco esa sensación fue desapareciendo. Nunca había estado en uno de los retiros, las parejas suele ir juntas, no era mi caso, Antonio se había negado a acompañarme.

Mientras la helada debilitaba las llamas de la hoguera, busqué los extremos de mi chaqueta de lino pero un remolino hizo volar la prenda. Ningún miembro del grupo fue en su busca. Me encontraba al lado de Laurenti, que enseguida comenzó a hablar. Recuerdo a la perfección sus palabras: "Poco a poco, sin darnos cuenta, nos convertimos en esclavos de las sensaciones que proceden del exterior y nos alejamos de nuestro mundo interior. Nuestra mente es poderosa. Debemos adaptarnos". En sus labios habitaba la calma de un tallo sin flor a merced de que un viento inhóspito cercenara sus raíces; dentro de sus ojos, entre el azul y el violeta, las tinieblas encogían al ritmo de dos latidos. En aquel hombre de tez pálida, cejas rubias, mirada ausente, vestido de traje, vi una mente inabarcable. "Adentraos sin miedo, viajar a vuestro interior contemplando el dibujo que se vislumbra de vosotros mismos. Y ahora". Tomó mi mano y dijo: "Cerrad los ojos".

Me concentré en el calor del fuego. Escuché las pisadas de Laurenti recorriendo el círculo que habíamos formado alrededor de la hoguera. Cuando volvió a pasar a mi lado se detuvo. "No debéis dejaros llevar por la belleza que nos rodea, la belleza nada tiene que ver con nosotros. En la belleza hay dolor". Pude notar su aliento sobre mi nuca. Sentía la lengua pesada, como si contuviera toda la sangre de mi cuerpo. "En la belleza hay dolor", repetí mentalmente. Será una frase que me ayudará a acostumbrarme a mí misma, a la repugnancia hacia mi cuerpo y a las heridas que veré abiertas en el cuerpo de otros. De súbito, me sentí enfadada con Antonio. En el último momento me había dejado sola con la excusa de que debía llevar un encargo al pueblo. Cada vez son más las noches que se ausenta del cobertizo y regresa al amanecer.

La humedad se acrecentó en el aire. Las últimas llamas desfallecieron. A tientas alguien me entregó un vaso. Bebí. Los demás lo hacían».

»Nos desnudamos a medida que nos acercábamos a la piscina. Me

resultó extraño y a la vez apacible. La algarabía silenciosa… Era agradable aquel calor, aquel líquido penetrando de una u otra forma en mi cuerpo. Lo llamaron la «unción». Me abracé a alguien. El vaho bailaba entre suaves haces de luz. Reía y oía mi propia risa a lo lejos. Con Antonio todo es distinto, carnal, más errático. De alguna forma me siento agradecida a él, me ha traído a la finca en la que he encontrado un reducto de paz donde espero florecer. Hasta ahora lo creía perdido. "La piel devota"... Antonio es una «cosechador». En un momento dado, buceé lejos de la agitación. Me resistí a pensar que buscaba con desesperación el cuerpo de Laurenti».

La ciencia tiene sus propias leyes y nada tienen que ver con las leyes de la humanidad

ANNA RECALDE (Miembro de Consejo de Bioética)

Tras las fiestas en la residencia los «cosechadores» se zambullían en la piscina, Sebastián los veía desde la ventana de su despacho. Cogían la comida que había quedado abandonada en las mesas, amontonaban los globos y las serpentinas y los metían en sacos; sorbían los restos de alcohol de los vasos biodegradables y se reían mirando hacia las ventanas. Podía intuir el fuego y la violencia en sus miradas. *Una violencia imaginada.* Laurenti había insistido en que acudiera a la última gala celebrada en el Club.

—Eres miembro del Consejo.

—Estoy exhausto.

—Precisamente la gala servirá para conseguir fondos y podremos ampliar el cupo.

—¿Qué quieres decir?

—Llevas meses pidiéndome un ayudante en el equipo.

Tal vez sea demasiado tarde. Sebastián se había acostumbrado a no decir lo que pensaba. Incluso estando Marta en la residencia se había planteado dejar atrás todo aquello. Le era cada día más difícil enfrentar su trabajo, el hecho tenía que ver con uno de los pacientes en su segundo año en la clínica. Sus iniciales eran I.H. seguidas de tres almohadillas (###). El paciente había sido sometido al segundo trasplante de pulmón y su cuerpo volvía a rechazar el órgano. Apenas podía tenerse en pie, sin embargo, insistía en afirmar que se encontraba bien, que solo se sentía algo cansado. "Laurenti me ha hablado de la posibilidad de otro donante en medio año. Para mí sería una gran oportunidad, algo donde *agarrarme*". Tan pronto preguntaba sobre los factores de riesgo de una tercera operación como sobre detalles sin importancia. Sobre los otros «rechazados», sobre cómo cada uno guardaba en la finca algo de su pasado, sobre el último torneo de tenis, sobre lo bonito que se veía el jardín que rodeaba el Pabellón de los Ingresados de Larga Duración, sobre la ronda nocturna en la piscina, sobre la vista de la colina desde la sala de consultas. Su conversación era igual a la que mantenía con los pacientes de primer ingreso; en su debilitado estado era algo turbador. I. H. ### intuía que superar otro trasplante sería demasiado arriesgado y hacía explicar a Sebastián una y otra vez los ejercicios de relajación y la información de cómo iba a ser el proceso que atravesaría y su posterior recuperación en la clínica, con la esperanza de que al escucharlo de boca de Sebastián fuera capaz de visualizar cada etapa del proceso

con más facilidad cuando estuviera a solas en su habitación; de esa manera, se reafirmaba en la idea de ser apto para un nuevo trasplante. En otras sesiones, sin embargo, era una persona ausente, apenas hablaba con Sebastián, su mirada recorría las paredes del despacho. En su última visita Sebastián cayó en la cuenta de que hacía un mes que no veía a Marta por los pasillos de la clínica. Cuando volvió a encontrarse con ella llevaba puesto el pijama con las iniciales M. G., bordadas a mano en la manga derecha. Le resultó particularmente extraño que la primera inicial de su nueva identidad coincidiera con la primera letra de su nombre. A menudo, se aferraba a esa coincidencia para seguir creyendo que su presencia en la clínica no era del todo inútil, que algún día, en una noche insomne, con los fármacos, el dolor, y el cansancio, era posible que Marta borrara la barrera que había levantado entre ellos y separaba el olvido del presente. El simple hecho de verla con el pijama le perturbó. Descalza en la parcela de la piscina arrancaba varias peonías[26] de un macetero. Las grandes flores rojas y rosáceas resaltaban su palidez; desde la distancia, parecían acariciar aquella piel impregnada en olor a yodo. Apenas cruzó palabra con nadie. Una vez que hubo arrancado media docena de peonías, entró por la puerta principal de la residencia.

¿Qué somos sino un animal que permanece en la guarida

o un verano prolongado en los días durmientes?

MARTÍN MARTINEZ (Cosechador)

El atardecer refleja visos cobrizos en las nubes. Antonio se detiene y echa la vista atrás. La luz abrasadora del sol hace mella en sus retinas. Ordena que traigan otra cantimplora de agua. Bebe desperdiciando gran parte del líquido. Se refresca la nuca y las muñecas. No distingue la colina, antes visible desde cualquier punto de la isla. Siente la boca seca. Ordena levantar campamento. *Mañana será otro día, lo veré todo de otra forma.* Era el único cosechador que salía con asiduidad de la residencia, sin embargo, ahora cuando da los mismos pasos fuera de la finca siente vértigo. Incluso subido en la moto las distancias se alargan. Empieza a ser consciente de detalles que antes había pasado por alto, como el hecho de que nadie preguntara por los «encargos». Nunca se hablaba abiertamente de lo que hacía. Ni siquiera cuando se unió a él Víctor. Él tampoco hizo demasiadas preguntas a Cloe cuando pasó a ser «asistente». En la vida del cobertizo se daban por sentadas muchas cosas. En realidad nunca supo quién era Cloe.

Cuando Miriam recayó enferma se le asignó una de las habitaciones más grandes e inaccesibles del pabellón. Antonio se alegró de que Cloe fuera su «asistente». Las primeras semanas Cloe y Miriam bajaban al jardín botánico y seleccionaban las hierbas medicinales. Luego dejaron de bajar y Cloe no regresó a dormir al cobertizo. Nadie esperaba a Antonio a su regreso, y aunque este enseguida empezó otra relación con una de las recién llegadas —Mónica—, se sentía perdido. Si Cloe era para él un agua plácida donde sumergirse, Miriam era un punto en suspensión.

Un mes más tarde encontró a Cloe en la cantina: cargaba una bandeja con comida para dos personas. Uno de los postres era el bizcocho de avena y los dátiles que tanto gustaban a Miriam. Cloe se inclinó hacia Antonio sin mirarle, como si él no estuviera delante y pudiera intuir su presencia.

—He estado a punto de bajar al cobertizo muchas veces con la idea de verte —primero habló Cloe—. Estás en tu derecho de estar enfadado conmigo.

—¿Por qué habría de estarlo?... Te he extrañado las primeras semanas, pero ahora estoy con Mónica.

—Me alegro, es una buena chica.

—A la perra la cuesta más no verte tan a menudo, ya sabes cómo es contigo.

— Sí.

Se puso rígida y miró al suelo, no era una forma de cortar la conversación, sino más bien trataba de poner en orden las cosas en su cabeza. Antonio conocía de sobra aquel comportamiento. El efecto del «fermento» tardaba días en desaparecer.

—No hay razón alguna para que te preocupes por la perra. Se sabe cuidar sola.

Antonio calló de súbito. Evitaba preguntar directamente a Cloe por Miriam. Era algo tan fácil como hablar sobre el «rechazado» que le habían asignado; no sería tan raro después de todo, cada vez que un «asistente» comenzaba un nuevo «programa» hablaban sin tapujos de cuál era el pasado del nuevo «rechazado», de cómo era su forma de ser, de su inquietudes, de sus miedos, de la vida que imaginaba empezar una vez que le hubieran desprendido del órgano mellado. Bromeaban de las crisis que sufrían; era algo habitual, había acabado siendo algo cotidiano. En el cobertizo no se hablaba de otra cosa. ¿Por qué no hacer lo mismo con Miriam? Aunque era la esposa de Laurenti, los «rechazados» pasaban a tener otro nombre, era un nombre que no pertenecía a nadie. En el fondo, bien pensado, los que vivían en el cobertizo no eran tan diferentes a los «rechazados», en su interior habitaba algo «defectuoso» que les alejaba del mundo real. Fue durante esa etapa cuando se sintió más unido a Miriam y más alejado de Cloe. Se pasaba horas pensando si lo físico también apagaría el brillo en sus ojos, si se acordaría de él, si sabía de su enfermedad antes de entrar en la vida de Laurenti o era eso precisamente lo que le unía irremediablemente a él. Se preguntaba cómo sería su relación con Laurenti ahora que era una persona vulnerable, pues Laurenti detestaba ver el dolor en los demás, así se lo había hecho saber en multitud de ocasiones al grupo. Se negaba a recibir a cualquiera que quisiera expresarle alguna fragilidad, afirmando que el «fermento» era suficiente para calmar cualquier pesar por profundo que fuera.

—Sé que Tiza está en buenas manos.

Cloe seguía con su sonrisa ausente y eso le puso nervioso.

—¿Si tan especial te crees por qué has estado conmigo todo este tiempo?

Ella hizo como si no hubiera escuchado la pregunta y empezó a contar una anécdota sobre uno de los nuevos asistentes, alguien de quien Antonio ni siquiera había reparado en el cobertizo; durante todo el tiempo, le miraba a los ojos sin quitar esa sonrisa ridícula en su rostro. La anécdota era aburrida y la irritación en Antonio aumentaba por momentos. Dejó que hablara durante unos minutos

hasta que le interrumpió:

—Bueno, vale, vale, no necesito oír esa vida tan aburrida que lleváis en la clínica; no dejáis de oler a hospital, estar en silencio y coger la mano de gente asustada.

Cloe paró de hablar y miró la bandeja con los platos de comida por si faltaba algún cubierto. No se mostró en absoluto molesta y avanzó hacia la salida de la cantina. Después de aquella conversación nunca más se pararon a hablar cuando coincidieron.

A partir de ese día Antonio empezó a leer el diario de Cloe. La que había sido hasta hace una semana su compañera seguía guardando el insólito cuaderno en el hueco de la repisa de la ventana, bajo la tabla de madera. Desconocía cuándo y dónde Cloe escribía y cómo se las arreglaba para entrar en el cobertizo sin que nadie la viera. Tampoco le importaba demasiado. Lo que era seguro es que el contenido de aquel diario era lo suficientemente jugoso como para mantenerlo alejado de la clínica. En las páginas buscaba a Miriam, alguna referencia de él en las conversaciones entre las dos mujeres, o en los encuentros con Laurenti. Cloe nombraba a todos y cada uno de ellos de una manera etérea. En ocasiones daba la sensación de que sus pensamientos poseían brazos y piernas, que era ella quien permanecía postrada en la cama a la espera del siguiente informe clínico comiendo un trozo de pizza que no le estaba permitido o las almendras recubiertas de chocolate negro que tanto gustaban a Miriam. Las páginas desprendían un olor a yodo pausado. Al cabo de un mes en aquel diario rara vez se asomaba Cloe, se convirtió en los pensamientos de Miriam, en sus necesidades, en cómo iba transformándose en un «rechazado» y se iba diluyendo la mujer que él había conocido. Eran numerosas las anotaciones sobre la temperatura corporal (Martes, 7 de abril. M.G. ha despertado con 38 de fiebre, a media mañana subió un par de décimas, una hora más tarde, otra más; jueves, 8 de abril, en la madrugada, M.G. tiene treinta y ocho y tres décimas…) o el color de sus micciones (“anaranjada a causa de la sulfasalazina[27]”, “más azulada —durante la noche toma de 1,0 ml. de propofoil[28]-”). Odiaba que la sacaran sangre. Días antes de someterse a la operación las transcripciones de las confidencias entre las dos mujeres aumentaron. Por el diario supo del pasado de Miriam antes de convertirse en la Sra. “Dusha”. Así fue cómo pudo recrear en su mente la vida de ella post adolescente, cuando los distritos poco a poco se fueron abrieron, subida a un barco para avistar delfines. Miriam procedía de una familia obrera y vivió durante los años de confinamiento en un apartamento de cincuenta metros cuadrados

en el que al llegar las lluvias del otoño el hedor a alcantarilla era insoportable ("olía a pocilga"); era la hermana mayor de una familia de cinco y fue la única que fue lo suficientemente voluntariosa para estudiar una carrera ("excepto yo, todos eran muy burros. Era la esperanza de mi madre, y eso también fue duro"), en la universidad una mezcla explosiva de anfetaminas, marihuana y cocaína casi acaba con su vida. "Estuve tres años viendo a la muerte por todas partes, ¿te lo puedes creer? No supere aquel «viaje»… Ahora que lo pienso fue una especie de entrenamiento para lo que me esperaba en la vida". Antes de Laurenti había estado casada con otro hombre: "Tuve un marido cuando era como tú, casi una niña... me trataba bien, dejé de quererle y tuve que alejarme". Supo lo mucho que le molestaba que la vieran como alguien distante y lo agotador que era para ella mantener aquella imagen. Tenía que esperar varios días hasta que Cloe volvía a escribir. Vivía aquellos periodos de tiempo sumido en unos celos terribles. Unos celos que no hacían más que avivar su odio hacia Laurenti. Cloe y Miriam eran una misma ola que en su vaivén mostraba la capacidad de desaparecer y resurgir en forma de espuma correosa; la imagen de las dos mujeres permanecía en su mente. Laurenti causaba un efecto parecido a la visión de un pasajero de un avión al alejarse de la tierra: la residencia, el hospital, el bosque, la piscina, la colina, la península…, todo se iba empequeñeciendo hasta perderse en una inmensidad sin formas. Laurenti apareció en el diario en una de sus visitas, habló a Miriam de comprarle un vestido sin mangas una vez que superara la operación; en otra, de realizar ese viaje que le había prometido. ("Subiremos a la cúpula de Brunellesqui[29]". "Subiremos").

El diario contenía un poema especialmente turbador. Antonio no sabría decir a quién pertenecía, si a Cloe o a Laurenti. Este era un aficionado a la poesía y le encantaban los juegos de palabras, sin embargo, aquel poema contenía una pesadez alejada del hombre.

«Ojos jóvenes pero de espíritu anciano
laten en los párpados de la joven.
Viaja sobre un mar en calma
sobre un mar de muerte,
petróleo derramado de una boca profunda y pastosa
la propia morfina del ser…

Ojos ciegos pero pávidos,
testigos dentro de un invernadero,
que mimetizando el aire

vuelan a una chabola de barrio
abigarrada de niños adolescentes
–almas sin genitales-.

Una sola vez el filo de la navaja batió el aire
un solo golpe fue necesario
para paralizar las células
destinadas a rechazar los rasgos

Una bolsa de suero cuelga en la habitación del enfermo
¿A quién inyecta?
A la joven que pisa la cosecha de regreso al cobertizo
Al hombre que deambula entre telarañas etílicas
A un lugar de un solo cuarto y un solo baño».

La libertad como la conocíamos iba a desaparecer. Cedimos,
dejamos a un lado cualquier conato de rebelión
y nos sumergimos de lleno en la docilidad y el miedo.
¿Por qué sufrir?, ¿por qué perder a nuestros seres queridos?
EL CARTERO DEL PARTERRE

Tumbado boca arriba sobre la esterilla observa las gotas de condensación en el techo de la tienda de campaña. Caen sobre las balas y el bote de barbitúricos que ha depositado en la mesa plegable. Había aumentado la dosis de los somníferos desde que Cloe había dejado de dormir a su lado. El tiempo entre los dos había sido una tarjeta de racionamiento que se iba restringiendo a medida que Antonio aumentaba las visitas a la habitación de Miriam en el cambio de turno de los «asistentes». Miriam estaba esperando los resultados de las últimas pruebas y estaba especialmente nerviosa. Desde hacía semanas le hacía llegar notas en las que señalaba la hora exacta en la que debían encontrarse.

Se había puesto la bata y estaba sentada al borde la cama. Vio cierto entusiasmo en la forma que tuvo de erguirse ligeramente al verle.

—Te estaba esperando.

—Nunca falto a una cita.

—¿Esto es una cita?

—Solo si quieres.

—Te esperaba —ella bajó la voz, casi en un susurro— eso es todo.

Balanceaba las piernas sin que las puntas del pie llegaran a tocar el suelo. Parecía mucho más joven, había perdido mucho peso. Guardó silencio y luego miró directamente a Antonio. En su nerviosismo había algo que se le escapaba.

—No ha sido mi intención molestarte —dijo él.

—Ya lo sé. No estoy de humor.

—¿No duermes bien?

—Sí, sí que duermo. Todo el día… Pero ese no es el problema, me siento muy cansada de todas formas.

Antonio pensó que nunca le había preguntado por el pulmón dañado. Como si estuviese leyendo su pensamiento ella sonrió:

—Es lo que más me gusta de ti.

—¿El qué?

—Nunca me miras ni me tratas como una enferma… Aquí, todos lo hacen.

Antonio se aproximó y se sentó a su lado. Ella había inclinado la cabeza y un leve pliegue sobresalía debajo de su cuello. La luz de la lámpara ahuecaba sus ojeras, resaltando aquel vértigo en su mirada que

tanto le asustaba. La fragilidad y la belleza en la piel de Miriam era más resplandeciente desde su ingreso. Antonio aproximó la boca a sus labios. Esta vez Miriam no le rehuyó. Uno de los dos, no lo recuerda, apagó la lámpara de la mesilla. A oscuras el cuerpo de Miriam temblaba.

Se diluyó…

la flor en sangre.

Hacía dos semanas que Laurenti no visitaba el cobertizo ni organizaba ningún retiro. Muchos lo achacaban a que Miriam había caído enferma. Nadie dijo que era un «rechazado». Era una noticia que sobrevolaba las comidas y que nunca llegaba a concretarse. Se hablaba de Miriam como una antigua presencia. Las chicas se mostraban más irascibles, una impaciencia había comenzado a dominar sus ademanes, incluso sus sueños. Antonio las oía revolverse en la cama; muchas miraban ausentes hacia el techo de las literas. Los días eran sombríos, rara era la ocasión en la que se escuchaba el sitar o las risas que antes inundaban los rincones de la parcela. Un sinuoso desorden había surgido dentro de los armarios. Había peleas por los peines o por las mudas. El aroma a saliva y a cuerpos se había intensificado. Las cosas habían cambiado muy deprisa en poco tiempo, el día a día era igual pero una energía asfixiante lo embebía todo. Fue Mónica quien una tarde miró a Antonio insistentemente y le señaló el suelo. Debajo de su alpargata asomaba la hoja de una revista ajada y sucia: no pertenecía al *fanzine*[30] que solían publicar artesanalmente; en el pliego se veía a Laurenti sonriendo a unas personas en una sala de reuniones. Su rostro rebosaba esplendor, sus dientes blancos se veían más prominentes en la dimensión de la hoja. Pudo leer un fragmento:

"¿Qué hay detrás de la elegante residencia de los "Dusha? (…) La clínica dispone de lo último en tecnología, fruto de donaciones millonarias, entre ellos el último equipo portátil para trasplantes que se estrenará a comienzos de próximo verano, al tiempo que el centro se prepara para recibir el nuevo acelerador lineal de última generación".

—No tiene nada que ver con nosotros.

Mónica se quedó callada mirando la hoja de la revista.

—Si la clínica va bien a nosotros también nos va bien —él prosiguió.

—Las cañerías de los baños… en el cobertizo —Mónica arrastró el pie por el suelo arrugando la hoja de la revista— no funcionan.

—¿Se lo habéis hecho saber?

El rostro de Mónica palideció. Había una forma de llegar a Laurenti cuando no se encontraba en la finca. Había que escribir en un papel lo que deseabas expresar e introducirlo en una pequeña caja de madera del tamaño de un estuche; después, debías enterrar

la caja a los pies del tejo que había en la finca antes de que anocheciera. Antonio había escuchado numerosas anécdotas al respecto: cómo Laurenti, a su regreso, se acercaba a la persona que había escrito el papel y lo había introducido en la caja, de entre todos los que formaban el círculo, le decía algo al oído y esa persona caía desmayada; cómo al desenterrar la caja, una vez, en lugar de un papel encontraron una serpiente en su interior; cómo, una mañana, bajo la almohada del «cosechador» que había osado utilizar la caja, había una carta escrita de puño y letra de Laurenti en la que se le instaba a desentrañar un enigma si quería permanecer en la finca. Por el rostro de Mónica, Antonio dedujo que ya había usado «la caja de la psique». Pensó que habría sido mejor permanecer callado. La hoja de revista solo había sido una excusa para que él hablara de algo que ella era incapaz de verbalizar. Su rostro era el de una mujer agotada. Las bolsas azuladas debajo de los ojos, los labios secos y oscurecidos por los restos del «fermento», la sequedad de la piel. La ausencia de Laurenti había inoculado una sigilosa zozobra en el grupo de «cosechadores».

Solo han de contar las experiencias que hemos asimilado a partir de la certeza de los cuerpos

CARTEL DE LA CLÍNICA

Antonio es incapaz de conciliar el sueño. El sonido del curso del río acalla su respiración, le conduce de regreso a la finca. Dentro de la tienda de campaña recuerda que todo era estático, inamovible, incluso el agua de la piscina cuando se agitaba lo hacía de manera imperceptible. Sobre la plantación, en lo más profundo del valle, caía una especie de calima que aplanaba la agitación de las ramas de trigo; cuando llovía las gotas parecían aquietarse unos centímetros antes de tocar el suelo. Cada vez que acudía al taller encontraba un velo de polvo sobre las herramientas de trabajo, habían desaparecido las huellas del día anterior.

Los sentimientos que había despertado Miriam en él no los había despertado ninguna otra mujer. Ni siquiera Cloe con la rotundidad de su duda en relación a su cuerpo. Antonio se preguntaba si era debido a que Miriam había sido un «rechazado» todo ese tiempo. Ese tipo de pacientes permanecían en el pabellón de ladrillos rojizos, nunca se mezclaban con los que vivían en el cobertizo a no ser que fuera con un «asistente». Acudían a los retiros que se celebraban en la isla "Los Roedores", no iban a ningún otro sitio. Los «asistentes» podían hablar del pasado de los «rechazados» pero no verbalizar sobre el día a día en la clínica. *Por eso Cloe escribía el diario*. Todo lo relacionado con el padecimiento del cuerpo era obviado. Al no ser nombrado no existía. En la oscuridad de la tienda de campaña siente que Miriam aún le mira. *Nunca ha dejado de hacerlo.* La idea de que alguno de los cadáveres convertidos en momias oscurecidas sea ella le produce una mezcla de liberación y angustia. Cree que todo lo que sucedió ha sido un sueño. Ella fue alguien inmortal cuya belleza se convirtió en desesperación. Sus piernas y brazos multiplicados por dos le apresaron en un deleite desconcertante. Siempre fue consciente de que aquel desenfreno súbito e inesperado fue posible por la cercanía que Miriam mantenía con la muerte.

Después del acto, Miriam solía sentarse dejando al descubierto sus senos. Antonio los había palpado y besado; verlos iluminados por la luz azulada de la luna que entraba por la ventana le producía una desazón indescriptible. Miriam mostraba una inhibición de sí misma en la que él se precipitaba. Sin mirarle, en el último encuentro le pidió una calada del cigarro. *Dañarse*.

—¿Cómo te encuentras?

Exhaló el humo del canuto. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, y un mechón de pelo cubría la mayor parte de su cara.

—Me mortifica… —su frente estaba perlada de sudor—. Sin saber de él… nos mortifica a todos.

Antonio había evitado nombrar a Laurenti esa noche pero su partida se hacía más y más presente. Se dijo que Miriam no le había escuchado, así que volvió a hacerle la misma pregunta:

—¿Cómo te encuentras?

Sin mirarlo se cubrió los senos. La mano derecha quedó sobre su pecho. No contestó. Dejó deslizar su espalda a lo largo del cabecero de la cama hasta permanecer tumbada. Estiró las mantas que habían quedado más arrugadas y miró al techo. Antonio quería decir tantas cosas, pero se contuvo. El blanco de los ojos en Miriam era eléctrico. Él sabía que era debido a la pérdida de sangre en su organismo, lo había leído en el último apunte del diario de Cloe. Alejó aquella inquietud como otras veces.

—Solo he sido un señuelo —Antonio murmura para sí tomándose la mezcla de somníferos.

Su mente es presa de la penumbra. No tiene fuerzas, el vacío es fuego sanguíneo en su cuerpo. El recuerdo de Miriam descarna su piel. Escucha una fuerte respiración en su interior. Fuera de él. Se incorpora en la esterilla y retira una especie de bilis del cuello de la camisa. Siente una humedad resbaladiza en los dedos de los pies. Mira hacia abajo: una víbora de agua recorre el suelo de la tienda de campaña. Corre fuera sin ponerse el buzo.

—Salid de las tiendas. ¡Aprisa! —grita—. El río se desborda. ¡Viene hacia nosotros!

Elevan las ruedas delanteras de las motos del suelo. La niebla de la madrugada va desapareciendo a medida que toman el camino que lleva a la carretera; cuando echan la vista atrás el afluente fluye sin ningún signo de desbordamiento, el Thalos sigue su curso hacia el Mar Nordeste. Se alejan. Si el río aún no se ha desbordado no significa que no suceda más tarde. Todos recuerdan la plaga de serpientes que sufrieron el verano anterior. “El lagarto desaparecerá de estas tierras” anunció Laurenti en uno de los retiros. La especie autóctona de los Lagartos Gigantes pasó de cien reptiles por hectárea a menos de veinte. Sobrevivieron los más grandes que eran los más envejecidos y los que no dejaban descendencia. Dan por hecho que Antonio, el único que llevaba a cabo los «encargos» y que dos veces al mes organizaba el viaje de los «cosechadores» al puerto, ahora posee el don de adelantarse a la naturaleza. “La mente está desaprovechada”, fueron las palabras de Laurenti en una

de sus primeras charlas. Aparecía en el cobertizo sin avisar durante los cortos descansos que permitía el ritmo de trabajo en la plantación. Por eso, muchos comían cerca y no se adentraban demasiado en el bosque. Eran charlas informales en las que se sentaba en la mesa de la pequeña cocina. La solemnidad del traje chocaba con el techo rústico y los cartones provisionales que había colocados en el hueco de las ventanas. Distribuyó unos trípticos sobre la meditación y el arrepentimiento, habló del mensaje erróneo del cristianismo, de la muerte y de la resurrección, se centró en el hecho de la pérdida. “Nunca morimos, nuestra mente es un ente imperecedero”. Nadie se sintió incómodo ni extrañado, después de los largos años de confinamiento y la APER´321 buscaban una realidad a la que aferrase. Nuevas y viejas creencias se mezclaban con promesas científicas. En aquella charla Laurenti se mostró como uno más, sonreía y en esa sonrisa alimentaba el ánimo de los presentes. Pero sus palabras habían perdido fuerza para Antonio, o eso creyó en ese momento, estaba allí por Miriam y por la curiosidad que había despertado en él la imagen de los cosechadores recorriendo la isla cuando todos dormían. La profunda impresión que se había llevado de Laurenti el primer día había sido debido a aquel paisaje casi irreal que ofrecía el mirador; de alguna forma, había hecho que germinara en él una sensación de aprensión y al mismo tiempo de anhelo. Sin embargo, aquella noche cuando Antonio cerró los ojos sobre la cama, en el cobertizo, buscó la «Apertura» casi por instinto. La imagen de Laurenti sentado en la mesa de la cocina volvió a él como una corriente tropical: “Debemos detenernos en la mente y dar las lecturas que esta nos ofrece. Yo os doy permiso para abrir esa puerta”. Sostenía entre sus manos el vaso que contenía el «fermento».

Antonio empapa la comisura de los labios con la lengua, subido en la moto. Están secos. *Agrietados*. Se da cuenta de que desde hace días no bebe del «fermento».

El velero: La operación Dusha

Han avistado el pueblo de Binzo a unas veinte leguas de distancia. Sebastián ordena que leven el resto de latinas. *Eso ralentizará el velero.* Víctor, de pie a su lado, sin pestañear:

—Haces bien. Está anocheciendo…

Su rostro de un tiempo a esta parte ha ensanchado y su mirada es bovina, como si su cerebro fuera hierba y rumiara por dentro.

—Si quieres, puedes bajar a descansar, me quedaré de guardia.

A Sebastián le parece extraño tal ofrecimiento, pero se siente demasiado cansado para hacer preguntas.

Enciende la lámpara sobre el escritorio y recorre con el dedo índice el tramo que "El Albur" ha recorrido sobre el mapa, sin embargo, el roce del papel ya no provoca sensación alguna, ni las coordenadas lucidez. La tinta ya no es cálida. A todas horas siente remordimientos. Se palpa las sienes recostado en el asiento, revuelve los documentos dejando caer el peso muerto de las muñecas.

Desembarcan. Atraviesan el pequeño pueblo por un camino empedrado, entre una colina y un bosque, hasta llegar a la carretera de las afueras que da al barranco de La hoz. El paisaje cambia dependiendo de la luz y la bruma, la esencia de eucalipto se diluye. Por fin alcanzan la nave.

"¿Habrá línea telefónica?".

"Ya te he dicho que sí".

Víctor enciende el viejo televisor, la señal es mala pero suficiente como para sintonizar la cadena de la televisión local. Una reportera habla mientras en una ventana superior de la pantalla aparecen las imágenes de las tareas de extinción del incendio en los alrededores de la Residencia Dusha. «Desde hace una semana las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado luchan por tierra, mar y aire para sofocar más de un centenar de incendios activos en isla Haustela. Los hidroaviones han recargado sin cesar hasta el día de hoy agua de los distintos puntos de recogida. La alerta, afortunadamente, para la tranquilidad de los lugareños, pasa a ser tres. La colina y el valle de Los Centenos es una de las zonas más afectadas, aún no se sabe el número exacto de fallecidos en La Residencia "Dusha". Las autoridades han descubierto una treintena de cadáveres, entre los que se sospecha, se encuentran los cuerpos del matrimonio gerente de la clínica. La "Operación Dusha", así ha llamado la policía local a la investigación que se ha visto retrasada

debido a las fuertes rachas de viento que han dificultado las labores de extinción de los bomberos. Ha sido una semana sin duda trágica para el pueblo». La periodista calla esperando las indicaciones que recibe del pinganillo que cuelga de su oreja izquierda, continúa: «El alcalde de Los Centenos, Miguel Ángel Ortiz, da por hecho que el incendio originado en la Residencia "Dusha" ha sido intencionado, sus declaraciones han sido tajantes en este aspecto: "En el 99% de los casos, saben actuar, sin darse cuenta del grandísimo daño que originan a todo el ecosistema"». Seguidamente, la reportera da paso a las imágenes tomadas pocas horas después de que la finca amaneciera bajo las cenizas, en ellas realiza una rueda de preguntas a algunos voluntarios que amontonan los rastrojos que impiden el paso en la entrada de la residencia. "¿Cómo han llevado las labores de extinción hasta que han llegado los bomberos?", "¿Vio cómo se inició el incendio?". Entre el grupo de voluntarios está Antonio, este dirige su atención al objetivo de la cámara de televisión sin contestar. Lleva una sudadera gris sobre un buzo de motocross. Sus facciones son certeras e insalvables. Es lo que le hace más temible.

Sebastián nunca había sido ajeno a lo que despertaba la residencia en los lugareños de Los Centenos, había procurado no permanecer aislado del todo. Leía el periódico local *Bizarro* cuando por algún motivo bajaba a desayunar al puerto y encontraba un ejemplar en la barra de la tasca «Tolín». La "Residencia Dusha" era un enclave que había traído consigo, desde un principio, cierta polémica. El alcalde del pueblo había tenido que responder a innumerables recriminaciones en la Junta del Consistorio: "¿cómo era posible que existiera una propiedad privada de tal extensión en un entorno protegido?", "¿quién era realmente el matrimonio "Dusha?", "¿qué tipo de dolencias trataba el centro?". Ortiz se había mantenido firme en su decisión de no desvelar nada acerca de las actividades de la clínica. Declaró en una ocasión que la isla había sido afortunada en ese sentido, pues no se quedaba descolgada de los nuevos modelos económicos. Alguna vez Sebastián escuchó decir a uno de los estibadores del puerto que era por miedo («Teme que le "caiga un puro"»). Al no encontrar la respuesta que buscaban en el alcalde, los vecinos decidieron quejarse al editor del periódico local. El Señor Pascual se resistió a informar acerca de las actividades de la propiedad privada, pero las cartas al director fueron tan numerosas que se vio obligado a publicar varios reportajes sobre el estilo de vida de la gente que iba y venía por la carretera comarcal hasta la propiedad. "La finca es autosuficiente, cultiva el trigo que más tarde vende a una cooperativa; fabrican

indumentaria y calzado ecológico. Educan a sus hijos y atienden a enfermos y ancianos". Pero al contrario de lo que se afirmaba en el periódico, los niños y los ancianos no eran admitidos en la finca. Laurenti se movía más a gusto en la ambigüedad y no en la pureza. La ilusión latía en todo su esplendor durante la niñez mientras que el cuerpo se vaciaba de ella en la ancianidad. Debía existir un término medio para que el resplandor que desprendía Laurenti con su sola presencia aplacara cualquier destello. Era reacio a la debilidad. Aquella reflexión produce a Sebastián un escalofrío. La sección del periódico local titulada «Lo que dicen los vecinos» comenzó a publicar periódicamente artículos con breves entrevistas de quienes vivían cerca de la finca, la mayoría de ellas en torno a los «cosechadores». Una tal Naira Ruiz declaró que "son gente extraña, a saber quiénes son los padres de esos chicos"; el dueño de un criadero de caballos, situado al otro lado de la colina, Yeray González se preguntaba "¿qué harán todo el día allí metidos?, a alguno daba yo un guiso de los míos y se le acababa la tontería, todos están escuálidos y muy pálidos. ¡Nada que ver con la lozanía!"; el primo del alcalde fue el más implacable cuando afirmó que "todo el mundo dice que una vez que entras no puedes salir, mal asunto (…) Mejor que no haya niños". Con el transcurso de los años y a causa de la regulación de empleo de los trabajadores del puerto ese tipo de entrevistas fueron perdiendo interés y desapareciendo de la sección. Sebastián escasamente encontraba alguna referencia, si acaso sobre la llegada de algún nuevo forastero desde el aeropuerto comarcal, o los beneficios –en aumento- de la plantación de trigo. Laurenti había sido inteligente en ese aspecto, sabía que el tiempo jugaba a su favor. "El tiempo es el aliado perfecto del olvido", solía decir.

Sebastián recuerda la primera cena a la que acudió en la residencia, la sala del banquete estaba preparada para una treintena de comensales. Entró en la estancia y encontró sentados a Laurenti y cinco personas. Mauro y su esposa, Adriana; un tipo bastante simpático que había sido un cirujano muy importante en su país llamado Gaston y que ahora se dedicaba a la ingeniería agrícola; un antiguo abogado de una consultora farmacéutica del que Sebastián había sido incapaz de aprender el nombre; y, Julieta, una empresaria de cosmética natural experta en el *tantra* y el aprendizaje corporal que prometía amenizar el final de la velada con lo que ella llamaba el "cuerpo dentro del cuerpo". Cuando se disponía a colocar la servilleta sobre sus rodillas y entró Marta en la sala, Sebastián creyó que estaba viendo una alucinación. Vestía una

camisa de tirantes color azul oscuro con un discreto encaje en el escote en pico, unos pantalones de vestir de caída vaporosa y unas sandalias de tacón que permitían ver la fragilidad de sus pies. Marta destacaba por su buen gusto al vestir y esa noche estaba especialmente favorecida. Se sentó al otro lado de la mesa lo bastante lejos como para que no pudiera percibir su fragancia; aún así, Sebastián rememoró aquella *dulzura áspera.* Estaba tan aturdido que ni siquiera se preguntó por qué ella acudía a la cena. Marta no levantó los ojos de la mesa y, de forma casi autómata, se colocó la servilleta sobre las rodillas. "¡Ojos que te ven!". *Así que no es la primera vez*. Se arrepintió de haber dado una y mil excusas. Laurenti era un amante de la belleza y no era extraño que eligiese cada dos o tres meses una nueva «chica». La elegida era la sombra de Laurenti durante un tiempo. Si había algo de candor en ellas poco a poco desaparecía, sus rostros se convertían en una máscara cuyos ojos contenían una existencia desnaturalizada. Eran hechos que sucedían más allá de los pabellones y a Sebastián se le escapaban. Se dijo que Marta era muy capaz de haber resistido el suficiente tiempo para ser a ojos de los presentes alguien familiar, alguien a tener en cuenta. *Habrá sido para Laurenti un reto*. Procuró no mirarle cuando tuvo aquella reflexión; a veces, tenía la ridícula sensación de que leía el pensamiento. Laurenti mantenía con el abogado un acalorado debate sobre la "dignidad corporal" de las personas y parecía no haber reparado en Marta. El primero era de la creencia de que no existía ningún dilema ético en cuanto a la "dignidad corporal" pues la mente era un ente de conveniente peso como para anular cualquier discusión al respecto; el segundo, por el contrario, defendía la idea de que aún siendo realidad lo que Laurenti planteaba no era óbice para eludir la cuestión legislativa, sobre todo, en un momento de transición como el que estaban viviendo. A Sebastián todas esas cuestiones le parecían fútiles. Tenía a Marta frente a él y no podía hablar con ella.

—Gracias, Nicanor —dijo esta al camarero que acababa de servir la sopa de cardos.

Se encontraban en pleno mes del ayuno. Era uno de los motivos por los que Sebastián había acudido esa noche a la cena, convencido de que sería un encuentro más corto de lo habitual y una buena ocasión para cumplir el mandamiento de «mostrarse». Hubiera apagado todas las velas que había encendidas sobre la mesa, así como el fuego de la chimenea y en completa oscuridad se hubiera aproximado a Marta y le hubiera hablado al oído.

Cuando levantó la vista del plato Marta seguía sentada frente a

él, concentrada en sorber el caldo de la cuchara, sus ojos estaban levemente enrojecidos. En sus ademanes pudo percibir aquella languidez que aparecía en los residentes durante los últimos días del ayuno. Se odio a sí mismo por haberse mostrado tan frío ante la debilidad de los pacientes que había tratado. Ahora, tenía ante sí, en la figura de su esposa, representada la misma debilidad, el mismo vacío en los gestos.

—¿Qué tienes preparado para la celebración del «fermento»?, mi queridísimo Laurenti —preguntó de súbito Julieta. Ella también estaba pálida y tenía los labios secos—. Estoy tan ilusionada con lo que yo he preparado… estoy segura de que te entusiasmará tanto como a mí.

— Tu entusiasmo te aleja de la realidad la mayoría de las veces, mi querida Julieta.

Al escuchar la respuesta de Laurenti, Julieta detuvo la cuchara a escasos centímetros de su boca, después de varios segundos en los que sacudió levemente la cabeza, introdujo el cubierto entre los labios. Tragó. Su cuello se movió ligeramente como un acordeón. Marta sonrió, Sebastián se preguntó por qué, molesto.

—Ya que estás aquí, podrías hablarnos de la «hibernación inducida» —era la primera vez que Laurenti se dirigía a Marta.

Sebastián analizó cada una de las reacciones del cuerpo de su esposa con el corazón encogido. Sus senos se movían suavemente a través de la camisa de tirantes, un pequeño reguero de sudor asomaba en sus axilas. Se preguntó a qué se debía esa familiaridad y se sintió aún más alejado de Marta.

—¿Por eso me has obligado a venir?

—¿Qué se siente? —insistió Laurenti.

—Lo he contado una decena de veces —se acercó el trapo a las comisuras de los labios. Sus fosas nasales se afilaron.

—Quiero que lo cuentes una vez más, delante de mis invitados.

Marta se echó hacia atrás y enderezó la espalda en el asiento.

—Sientes una frialdad y un desapego por tu cuerpo. Es la mente la que habla y mira por ti.

Decía cada palabra con los párpados medio abiertos. Sebastián apenas la escuchaba, el hecho de haber descubierto aquella cercanía entre Laurenti y Marta era algo real que le mortificaba.

—¡Veis! —Laurenti saltó en el asiento. Su tez había enrojecido —. Aunque se diga que el paciente no muestra potencial de consciencia, la mente sigue habitando en él.

—Pero, yo… —interrumpió Gaston—, lo que quería decir es que, de acuerdo al pensamiento de Tristán Brhunker, la bioética

comprende un complejo campo de reflexiones filosóficas en torno a la Medicina y las Ciencias Biomédicas, un campo en el que las cuestiones morales y epistemológicas interactúan y se encuentran íntimamente ligadas a materias y preocupaciones prácticas en el cuidado de la salud humana.

Mauro se atrevió a decir:

—Tengo entendido que una persona con muerte cerebral no tiene ninguna posibilidad de recuperación porque el organismo no puede sobrevivir sin un sistema de apoyo artificial.

—Nunca perdí los reflejos pupilares —se apresuró a responder Marta.

—Nunca perdió los reflejos pupilares —repitió Laurenti, reflexivo. Luego su voz sonó neutra—: Los médicos llevaron a cabo las pruebas dos veces, una de las cuales, intervino un neurólogo, para minimizar el margen de error. Durante la «hibernación» se controlan todos parámetros.

Sebastián sin saber por qué preguntó:

— ¿Y no encontraste cierto descanso en la proximidad de la muerte?

Marta por primera vez le miró. Su sangre encerraba en sus párpados un sueño. Se levantó de la mesa y dejó la servilleta tirada en la silla. Laurenti continuó hablando sin prestar atención a Marta que abandonaba la sala. Siguieron divagando. Sebastián apenas los escuchaba. Aquella última pregunta ahora se le antoja repugnante.

Laurenti dio orden a Nicanor de servir el siguiente plato, trigo sarraceno y verduras del huerto; Sebastián recuerda perfectamente el sabor, era un sabor a tierra domesticada y a gusanos. Laurenti insistió en que lo saboreaban, pues el trigo procedía de la plantación de la finca. La conversación giró entonces en torno a la industria dedicada a la protección de cultivos mediante el uso de productos ecológicos y a la necesidad de asegurar que los cultivos estuvieran desintoxicados. El encuentro se prolongó hasta la madrugada, la mayor parte de la velada divagaron sobre el por qué del dolor y la enfermedad, el camino hacia la meditación y los nuevos pesticidas agrícolas. El menos participativo fue el abogado, Sebastián pensó que este estaba secretamente enamorado de Julieta y que había acudido a la cena con la única pretensión de ser esa noche el elegido por ella como pareja en su peculiar sesión. Tampoco le extrañaba, Julieta era una mujer espléndida que sabía atraer el cuerpo de un hombre o de una mujer hacia sí. Se despidió antes de que acabara la velada.

—Tengo trabajo todavía pendiente y mañana tengo que

madrugar.

—Es lo que más me gusta de ti, tu entrega absoluta al trabajo.

Por qué contemplar la escultura barroca.

Se retuerce en el albor de la inclinación,

se retuerce en el decir

LOS LABIOS DE OFELIA

Cloe escuchaba los nombres que no debía oír, adivinaba las palabras que escondían los silencios. Se miró las manos. La incertidumbre era ya una costumbre. Solo cuando bebía del «fermento» todas las dudas parecían desparecer, al igual que los cuartos pequeños, el olor de los libros y el alma fuera del cuerpo. Nada de afeites, nada de ornamentos en los cuidados y la asepsia, allí, no en otro lugar, se debían escrutar los *misterios*.

Acarició la llave que colgaba de su cuello.

El velero: La aparición inesperada

La reportera da paso a la siguiente noticia, trata sobre la última oleada de refugiados a bordo del barco “Tierras Blancas” frente a la costa de cabo Venial, se escucha su voz ,en primer plano: “La portavoz de la ONG ha rechazado la oferta de que sean trasladados a puerto Mirador alegando que se trata de una situación de emergencia humanitaria”. Víctor apaga el aparato. Sus pies amorfos contrastan con sus piernas fibrosas. Va vestido con un buzo de motocross color negro.

—Tenemos el tiempo justo para coger lo básico y regresar al velero.

Entre varios fumigadores encuentran las cuerdas de escalada, el portátil auxiliar y tres garrafas de agua. Después de sacarlos del contenedor, se acercan a la cámara frigorífica y reúnen varias latas de conserva.

—¿Sabías que Antonio estaba vivo?

El rostro de Víctor adopta un aire sombrío. Sus facciones, de acuerdo con la luz que proyecta el tubo fluorescente del techo ora son una máscara ora una carnalidad. En “El Albur” se mostraba más relajado, la proximidad con los otros «cosechadores» difuminaba la materialidad que le aterrorizaba.

—Era algo imposible de prever.

Se reparten las provisiones y cogen varios sacos de dormir. Al andar Víctor arrastra los pies dejando su rastro sobre el suelo polvoriento.

***

La humedad en la vereda es irrespirable. Sebastián encuentra un bulto entre la hojarasca. Es redondo, del tamaño de una calabaza. Al levantarlo del suelo un ejército de hormigas cae, y descubre la cabeza de un perro degollado. *Quién habrá cometido esta atrocidad*. Los ojos del animal sin vida conservan esa parte de nobleza que hace tiempo Sebastián no percibe en sí mismo. Se dice que quizá ha pasado demasiado tiempo aislado y que ya no diferencia lo que es nobleza de lo que es muerte. Al mirar hacia abajo, distingue las marcas de unas ruedas de moto. Dirige la atención a su espalda: Víctor ha desaparecido. Se pregunta si volverá a verle. Al menos conserva una garrafa de agua y el saco de las conservas.

Llega al velero. A bordo tiene la sensación de ser arrastrado por una masa indivisible. Los ojos del grupo de «cosechadores» le

escrutan desde un secuestro interior y atemorizado; el mismo que vio en su esposa. Una tarde la sorprendió en el umbral de la puerta de su despacho. Vestía color berenjena casi negro.

—¿Puedo hablar contigo?

Habían pasado años desde que vivían alejados el uno del otro, y él había perdido la percepción de aquella familiaridad: su cuerpo ligeramente inclinado hacia delante mientras llegaba la respuesta, la forma de fruncir la boca. *La placidez en la espera*. El aspecto de Marta había empeorado. Estaba mucho más delgada. La tonalidad de su piel desprendía un tono marmóreo. Era raro verla como en ese momento, sola, con un atisbo de cordialidad en el semblante. Sebastián no recuerda exactamente toda la conversación, la irrupción de su esposa le había causado una profunda impresión.

—Recuerdo el sitio perfectamente, quisiste ir sola, yo insistí en acompañarte.

—No te separabas de mí ni un momento, eso era lo que me crispaba de ti.

En sus ojos no existía ningún resentimiento, solo una opacidad. Temores que creía olvidados volvieron a Sebastián.

— Es curioso ¿Te acuerdas que estábamos en plena ola de calor y que tenía que llevar continuamente gafas de sol porque no soportaba la luz en aquella época? —ella se reclinó sobre la silla—. Cómo cambian las cosas. Aquí raro es el día que no brilla un sol deslumbrante.

A él le molestó el grado de satisfacción que habitaba en sus palabras. Ser un «rechazado» era una forma de afianzarse en la vida, de sentir que uno poseía el control de la misma.

—¿Fuimos en busca de Laurenti? —se atrevió a preguntar.

Ella asintió:

—Te resististe a aceptar que mi vida hacía tiempo se había alejado de ti.

Mientras hablaba miraba su reflejo en la madera barnizada de la mesa, buscando las palabras adecuadas. "¿Acaso la proximidad de los cuerpos debilita las intenciones? O lo de antes fue solo un espejismo".

—Si hubieras compartido tus verdaderas inquietudes conmigo, ¿todo hubiera sido distinto?

El rostro de ella no transmitía ningún sentimiento:

— Sabía que no me ibas a dejar marchar, que te escudarías en mi debilidad para hacerlo.

—¿Por qué no lo intentaste?

—Nada de lo que ahora diga responderá las preguntas que te has hecho todos estos años… Tampoco espero que puedas perdonarme.

—Marta… —pronunció su nombre, su boca se secaba—, ¿te has

parado a pensar alguna vez que no esperaba que desaparecieses de mi vida de esa manera?

—Estabas empeñado en cuidarme cuando eso era lo que menos necesitaba de ti.

—Es cierto, estaba empeñado, como tú dices. No me quedaba más que eso…. Y desde entonces no me he dedicado a otra cosa... en todos los pacientes que se han sentado en esta mesa te he cuidado a ti.

Él había pretendido que su tono fuera conciliador, sin embargo, su voz sonó más aguda de lo habitual. Se odió a sí mismo por haber mostrado esa debilidad. Marta se revolvió en el asiento, sus ojeras se ensombrecieron.

—Nunca te lo dije —se balanceó en la silla—, pero me sentí muy orgullosa de ti, hiciste mucho por la comarca y porque la explotación de "tierras raras" parara. Diste una lección a todos. Incluso a mí. Con trabajo y dedicación se consiguen cosas impensables.

Pero Sebastián no deseaba hablar de eso. En su momento hubiera agradecido unas palabras de reconocimiento, se hubiera aferrado a ellas con fervor con el único afán de retomar el camino de su relación, entonces él buscaba desesperadamente cualquier excusa para acercarse a ella y tomarla de la mano. Si le hubiera dado la oportunidad la hubiera dicho que aquel logro era una señal de que todo iba a salir bien. Pero ese logro ahora era tan lejano e inservible como su amor perdido.

—¿Sabes que me traje el estudio que Javier León y tú escribisteis?

Él la miró perplejo.

—Algunas noches me ha acompañado su lectura.

Marta seguía hablando mientras hacía círculos en el suelo con la punta del zapato como si buscara arrastrar una haz de trigo invisible.

—Me sentía en la obligación de decírtelo. Fui muy desagradable contigo. Sabía todo el esfuerzo que había supuesto para ti.

—No estabas en condiciones.

—Aún así, debí reconocerte el esfuerzo. Los «bienes» pasado un tiempo son lo único que permanece en nosotros. —Ella dejó de hacer círculos con la punta del zapato mirando al suelo, como si sintiera vergüenza de lo que acababa de decir, como si se hubiera delatado a sí misma y hubiera mostrado un rasgo que no deseaba de ella—: Todo lo que pasé… Temía cualquier proximidad, mi cuerpo era prisionero dentro de sí mismo.

Sebastián pensó que aquella sensación no era tan diferente a lo que él vivía, aquel sentimiento casi asfixiante que paralizaba su vida. Varias gotas de sudor comenzaron asomar en la frente de Marta. Frunció la boca en un gesto de pavor.

—Quizá te parezca cruel por mi parte si ahora te digo que no he

venido a hablar del pasado. Hace mucho tiempo decidí enterrarlo para poder seguir adelante.

Sebastián esperaba que Marta se levantara de la mesa y se marchara en cualquier momento. El sol entraba en todo su esplendor por la ventana acrecentando la silueta femenina. Llegó un momento en que solo percibía una sombra. Sus ojos, su boca, su nariz, su respiración estaban a un metro escaso de él, sin embargo, era incapaz de ver las facciones de su esposa.

—Me tranquiliza verte.

Marta se levantó levemente hacia delante posando las manos sobre el escritorio, entrelazaba los dedos de las manos agitadamente; durante unos segundos pareció completamente concentrada en eso. Hasta que finalmente dijo:

—Precisamente quería hablar de eso, no es tan fácil para mí, ¿sabes? la cosa es mucho más complicada en mi caso…

Después, se dejó caer en el respaldo. Sebastián estuvo a punto de decir algo, pero quería escuchar lo que tenía que decir e intuía que si interrumpía a Marta en ese momento la ventana que se había abierto entre ambos se cerraría.

—Este no va a ser mi último trasplante —por un momento se quedó ensimismada, sus pensamientos fluctuaban entre lo que quería decir y lo que era capaz de expresar.

En ese instante Sebastián creyó que podía entrar en ella, pero el rostro de Marta volvió a mimetizarse con aquella oscuridad que ocultaba sus facciones.

—De hecho, no soy tan diferente a los otros «rechazados», aunque algunos así lo crean.

¿A qué se refería Marta con que no era tan diferente a los otros «rechazados»? Sebastián olvidó aquella pregunta muy pronto, en realidad, lo único que quería era que aquella conversación no acabara. Desde que había entrado Marta en el despacho llevaba un tiempo pensando en lo mismo, no era ningún ingenuo: presentía que después de aquella conversación sus caminos se separarían para siempre.

—Mi vida está íntimamente ligada a esta clínica. No te imaginas de qué manera.

Marta se acarició el vientre, después, palpó con ambas manos los brazos de la silla y le miró fijamente. La luz del sol, permitió, esta vez, que Sebastián distinguiera sus pupilas. Fue entonces cuando Sebastián se dio cuenta de que Marta era terriblemente vulnerable. Se estremeció al pensar que aquella vulnerabilidad no le pertenecía.

—Trabajas demasiado —sonrió fatigada, y se levantó de la silla.

—¿Ya te marchas?... Si apenas hemos hablado.

—No tengo más qué decir.

Él se había levantado de la silla e iba a su encuentro.

—Desde luego ha sido un error venir aquí, ni siquiera sé por qué lo he hecho.

De la manga de su vestido cayó un pañuelo de papel, él se agachó a recogerlo. Cuando lo tuvo entre sus manos observó que estaba manchado de sangre, varias gotas de yodo, y una brizna de trigo. Se preguntó qué podía hacer para que Marta se decidiera a contarle lo que le había empujado a ir en su busca. Se levantó y fue a devolverle el pañuelo, pero Marta ya se había marchado del despacho.

El velero: Flor de lirio

Empapa la camisa en la orilla y se refresca la nuca, la temperatura en el ambiente supera los treinta y cinco grados. Las brasas de fuego humean extinguidas.

—Ha partido otro incendio de aquí —dice Sebastián de rodillas en el suelo— y se ha extendido cientos de hectáreas a la redonda — recoge un puñado de cenizas, lo acerca a la nariz. —Qué extraño... huele a algún tipo de flor—. Sí, a flor de lirio.

Vuelve a oler el montón de cenizas.

—Sí, eso es… lirios —ajeno a lo que sucede a su alrededor.

El grupo de «cosechadores» se ha vuelto a vestir con las prendas de lino, descalzos, miran a Sebastián. Desde que ha regresado del pueblo sin Víctor sus miradas hacia él se han vuelto más hoscas. No hicieron ninguna pregunta como si, en cierta forma, esperaran la desaparición. Le ha sido imposible convencerles de que se internen en el bosque y avancen hacia la carretera. Desde donde está de pie observa que en el casco del velero se acumulan los juncos arrancados en los tramos donde el río Thalos se estrecha. La cubierta presenta varias manchas de verdín, una nube de moscas ha chocado contra la popa creando una capa ennegrecida. En las barandillas asoman más toallas humedecidas. Un chico bajito, se acerca a él y le entrega la cazadora de Cloe, empapada. Varias raíces cuelgan engarzadas de los botones.

—¿Dónde la has encontrado?

El río ondea bajo, lo que permite divisar en toda su extensión el largo cordón de tierra. Sebastián descubre unas huellas entre el empedrado. Varios somorgujos yacen muertos sobre los guijarros. Señala con la linterna hacia la niebla que emerge del cauce del río. Inesperadamente, el agua ansía llenarlo todo. Los demás han optado por permanecer cerca del velero. A unos veinte metros de la orilla descubre una pequeña ribera desangelada. Una silueta llama su atención. Sebastián jamás imaginó que la tierra pudiera ser tan amarga. Camina hacia allí.

La vida ha abandonado las retinas de Cloe; en su lugar, descansa el ámbar de la noche. Sebastián palpa sus muñecas. *Es la segunda vez que se aleja del grupo, ¿ha ido al encuentro de Víctor?* No percibe pulso. *Los «cosechadores» habrán bajado al camarote a recostarse.* Los imagina entre los almohadones y cartones que han amilanado la poca luz que entra por la pequeña ventana, y el olor áspero a escayola que se ha impregnado en las paredes de la planta baja. *Su*

mutismo. Sus miradas voraces. Él, de alguna forma u otra, se siente responsable del destino del grupo. También de Cloe. La joven es la única que puede darle las respuestas que necesita en torno a la muerte de Marta. ¿O se engaña? No había «asistente» más eficaz que Cloe. Daba la impresión de haber nacido para aquel trabajo. Era los brazos y las piernas de los «rechazados». Sebastián veía cómo bajaban acompañados por Cloe al jardín y esta los conducía de regreso a los pabellones, uno por uno, por la rampa que se desviaba de las escaleras, retirando cualquier obstáculo del suelo por pequeño que fuera. Cloe los ayudaba a entrar y salir de las duchas de la piscina, acercaba a los «rechazados» que lo necesitaban el dispositivo de respiración; cuando alguno descansaba en la tumbona y tosía, ella colocaba una almohada en su torso; era Cloe la que extraía las medicinas de una cajita y se las administraba. Durante una merienda al aire libre, Sebastián pudo ver cómo sacaba el estuche y contabilizaba las pastillas. Los «asistentes» eran formados en enfermería, Cloe era una alumna aventajada, los cirujanos comentaban a menudo su destreza: "Cuando se sale la sonda es la única que cubre la herida con un apósito como es debido y llama a un cirujano de inmediato".

Arrastra a Cloe hacia una superficie menos húmeda. Sirviéndose de hojas secas, retira el lodo de la piel. Sitúa la columna vertebral y las piernas en línea recta. Nota el tacto helado. *Ajeno*. «El que teme espera el castigo[31]». Un destello nubla su visión. La naturaleza ennegrece. «Y la Bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que hacía señales en su presencia[32]». El cerebro excitado y al mismo tiempo amilanado. Coloca a Cloe boca abajo, gira su cabeza y levanta sus caderas. De esa forma sale el agua de los pulmones. Una vez que le da la vuelta, sujeta la frente y el mentón de la joven y echa su cabeza ligeramente hacia atrás. Comprueba si aún respira. Aprieta su nariz con la mano y abarca su boca con los labios. Sopla cinco veces preguntándose si ese aire infundirá retazos de vida, con la palma de la otra mano aprieta el torso femenino e imprime varias compresiones. Cloe se mueve ligeramente. Despacio entrelaza las manos de su mano derecha entre los mechones que cubren su rostro. Pestañea y le mira de soslayo. A diferencia de los demás ese día viste un *short* vaquero y una camisa de tirantes. Un surco amarillento asoma en su axila derecha, al permanecer tumbada las exudaciones de su cuerpo se han concentrado en ese lado. Su belleza es errática y al mismo tiempo sobrecogedora. De su pie derecho cuelga un zueco con suela de madera.

—Me da asco andar por la tierra húmeda de la orilla —dice con

lentitud al darse cuenta de que Sebastián se ha fijado en ese detalle. Coloca el zueco en el pie torpemente y se sienta de rodillas—. ¿No lo hueles?…

En la palidez de Cloe comienza asomar una rojez cárdena alrededor del cuello.

—Los fertilizantes… están por todos lados.

Se pone en pie, y se coloca el otro zueco tirado en el barro. Con moderación en los pasos retoma la vereda hacia la ribera que lleva al velero como si no hubiera sucedido nada.

El velero: La chica siniestra

Otro despertar a bordo, Sebastián inclina la cabeza hacia atrás, se palpa el cuello. Cuando echa mano del pantalón cae del bolsillo una carta del tarot, la recoge del suelo; le es familiar, solía verlas olvidadas a los pies de los árboles en el jardín que daba al hospital. Era una forma de «tomar posiciones», de «adelantarse» a la vida. Ahora encuentra las cartas del tarot tiradas en cualquier esquina del velero. En esta ocasión es la emperatriz con una corona de trigo y un ramillete de cereales en su regazo. En el bolsillo también encuentra un montón de semillas. Se pregunta quién ha dejado la carta de tarot y los granos. Tal vez fue Cloe cuando fue a disculparse.

—Te debo una—, ella musitó.

Él había extendido el pantalón sobre la cama antes de ir a dormir, llevaba una toalla atada a la cintura para no quedarse frío. Se dio la vuelta en la silla. Cloe percibió su recelo e insistió:

—A veces me siento demasiado aturdida, sabes, no sé cómo comportarme. No es mi intención ser desagradable.

Él se sentía demasiado irritado en esos momentos como para mantener una conversación con ella.

—Está bien, no me debes ninguna disculpa. Lo comprendo… lo comprendo todo.

Era una chica preciosa, había algo siniestro en ella que no dejaba a uno relajarse.

Cloe se detuvo, de espaldas, en la puerta.

—Es extraño, desde hacía días sentía que querías hablar conmigo.

Sebastián siguió tenso sobre la silla. El zumbido de la radio se intensificó.

—… Gracias —ella musitó antes de marcharse definitivamente—… por salvarme de mí misma.

Las últimas anotaciones de la bitácora eran apenas garabatos. Sebastián prendió el cartapacio entre las manos, templó el pulso y volvió la vista hacia Cloe que se alejaba por el pasillo y entraba en el cuarto de literas. Sus pies descalzos arrastraban un tallo de junco. Nunca se había sentido tan perdido en una distancia tan pequeña.

La vida del cobertizo era una vida totalmente ajena al día a día de los pabellones. «En la muerte el pasado es condenado al olvido», era uno de los lemas que colgaban en la paredes de la clínica; si allí reinaba el silencio, en el conjunto de edificios aledaños al cobertizo y a la plantación se respiraba un ambiente distendido, donde la

música de fondo del sitar y las risas juveniles amenizaban las tardes. Podía oír aquella musicalidad desde el despacho de la clínica. Había un sitio común donde coincidían los «rechazados» y los habitantes del cobertizo al que el personal médico no tenía acceso: cerca de la entrada principal, donde se distribuían las «visitas». Los que tuvieran cualquier conocimiento empírico de lo que era la muerte del cuerpo humano debían mantenerse alejados. *La docilidad comunitaria.* El mundo dentro de la finca era un mundo compartimentado, muy parecido al que había cumplido la población antes de que llegara aquella ansiada primavera bella e inmortal que había quedado en el recuerdo, en la que las puertas de los distritos quedaron abiertas. Una necesidad ciega y residual había permanecido dentro de cada uno ellos y había encontrado un renacimiento en aquella finca de paisaje lunar. En el hospital flotaba un aroma a incertidumbre que lo embriagaba todo y se iba aplacando en las proximidades de la plantación. *La mímesis.* ¿Cuáles eran los miedos de los que vivían en el cobertizo? Sebastián los desconocía entonces pero empieza a vislumbrar algunos de ellos en el grupo de «cosechadores»; como esa obsesión suya por huir de la oscuridad o su costumbre de respirar ocultando su rostro bajo toallas empapadas del agua del río hasta que el «elegido» comprueba que el aire es «puro» a primera hora del día. Su mundo ahuecado y lánguido repleto de pequeños rituales: hervir cualquier alimento vegetal antes de cocinarlo para retirar el rastro de pesticidas, pegar en las paredes hojas secas o cualquier artilugio descubierto entre los juncos de la orilla; pasar por agua insistentemente el contenido de las conservas; limpiar con un trapo de algodón la boca del caño del fregadero, rellenar los vasos de cristal de flores silvestres y conservar el tallo putrefacto con el paso de los días, restregar la ropa y las mudas una y otra vez con bicarbonato disuelto en agua, pasar «las horas del círculo» —desde las doce del mediodía hasta el atardecer- en contacto con la tierra.

Hablan entre ellos y cuando Sebastián pasa a su lado callan, a la distancia puede sentir sus miradas aceradas en la nuca.

En la madrugada Sebastián retira un vaso de plástico con el poso ennegrecido del fregadero. Desde el día que Víctor no regresó al velero el grupo ha quedado huérfano del estado de embriaguez e hiperactividad contenida. Sus movimientos hasta entonces sosegados, ahora adolecen de cierta aceleración. *Minúsculos organismos en el humor acuoso.* Una tirantez en sus maneras domina su día a día, son una rama de trigo que alguien ha arrancado y anudado para probar su resistencia. Sebastián se ve obligado a

ocuparse de todas las tareas de navegación; lo que más le agota, son las guardias durante la noche. *¿Estoy vivo?* Instintivamente se palpa los labios en busca de restos negruzcos. Por propia voluntad no tomaría el «fermento». Mira al cielo, se siente fatigado, como si en realidad hubiera perdido mucha sangre. Se vuelve a palpar los labios: *¿Por qué ahora hallo este dulzor en mí cuando lo que me rodea es tan amargo?*

Cloe está de pie al lado del él. No ha sido consciente cuando la joven ha subido a cubierta. Juraría haber estado pendiente de la escalera: durante la noche debe ser más precavido. Puede percibir el olor de los demás impregnado en la piel de Cloe. Sus ojos gelatinosos miran a la oscuridad. Una pequeña manta de algodón la protege de la helada.

—¿Por qué no estás abajo?

Ella se encoge de hombros y sonríe débil. Sin embargo, en aquel gesto Sebastián intuye una energía prodigiosa.

—¿No te cansas de nosotros? —le pregunta ella.

Él alza las cejas, sorprendido. Cloe, un cuerpo extraño entre aquellos que percibe como una sombra de carne. A esas alturas desconoce los nombres de cada uno de ellos. Excepto Cloe ninguno de los «cosechadores» se ha acercado a hablarle, si acaso para recordarle que debe reponer los bidones de agua potable. Su presencia en el velero distorsiona la normalidad ficticia.

—¿Cuándo acabará la travesía? —Cloe pregunta al ver que él no responde.

—Eso depende de vosotros, no parecéis muy por la labor de ayudar a que el viaje avance como es debido.

—Eso no es del todo cierto.

Cloe mira el crepúsculo: una bandada de pelícanos desaparece en la robustez de las nubes. Da unos pasos hacia la barandilla. Sebastián se pone alerta.

—Cuando acabe el curso del río, todo habrá acabado.

—¿Ves la vegetación que nos rodea? … Seremos personas diferentes.

—¿Eso dicen las cartas de tarot?

—No te burles… Ninguno somos adivinos, nunca lo hemos querido ser, solo nos protegemos, leemos las «Señales».

—¿Qué señales?

—Todos estos incendios, este olor que flota en el aire y que nos atosiga... Aún es pronto.

—Creía que eras más inteligente.

—¿Por qué?, ¿porque he trabajado en la clínica? —se mira las

manos—. Soy igual que el resto.

Sebastián da un paso hacia ella, Cloe se adelanta y sentada se desparranca dejando la barandilla que da a proa entre sus piernas. La manta que cubre sus hombros se ha desplazado y ha caído sobre su espalda. Sopla algo de brisa. Le mira desde abajo, en el blanco de sus ojos han comenzado a aparecer pequeños derrames.

—Después de lo que ha pasado—vuelve la atención al horizonte —, somos diferentes a ellos… siempre lo hemos sido.

Los últimos rescoldos de los incendios se difuminan en la lejanía.

— Debe ser muy triste que los demás te vean como una "mala hierba" —dice ella.

—¿Si es así?, ¿qué haces hablando conmigo?

—Porque ahora solo hay oscuridad y mañana no sé si realmente esta conversación habrá existido.

—Pero estamos en plena noche en la cubierta de este velero y hablamos.

—Entonces ¿por qué siento que no existo, que nada de lo que haga o diga tendrá sentido?

—Quizá porque sientes que no deberías estar aquí.

Cloe mira abiertamente a Sebastián. Sus ojos han cambiado de color.

—… Lo único que puedo ofrecerte es mi palabra de que quedarás a salvo.

—¿Y los demás?

—Depende de ellos. Lo importante es que sepas que puedes contar conmigo.

—Esta vida no está hecha para cumplir promesas —Cloe mira la superficie del río, varias libélulas juguetean sobre su reflejo en la superficie del agua—, a veces pienso que he sido la lumbre de un fuego devastador.

—¿Qué pasó en la segunda planta?, tú estabas de guardia esa noche.

—Creía que hacía lo correcto.

—¿Qué quieres decir?

—Basta, no he querido decir nada… olvídalo… no he venido a eso.

—O sí.

—Estoy muy cansada… todos lo estamos.

—Entonces, abandonaré el velero. Os abandonaré.

—No serás capaz…

—…. ¿Qué pasó en la segunda planta? Estabas de guardia, junto

a Beatriz eras la única que tenías acceso a las habitaciones aquella noche.

—Reunimos a todos en el pasillo. Había poca luz. La humedad era sofocante. Delante de mí había un joven de unos veinte años, con la mirada perdida. Temblaba subido a una silla.

—Después de sacar a todos al pasillo, ¿qué sucedió?

—El chico medía poco más de un metro setenta; dientes separados, nariz chata, pelo rapado al cero; descalzo, uñas de los pies y de las manos mugrientas. Muy delgado, vestía un camisón de lino hasta las tobillos que no había visto hasta entonces en ningún otro paciente. Boca agrietada, ojos en blanco.

—Sí, está bien, pero ahora no me interesa el chico, no te concentres tanto en él. Recuerda, a tu alrededor. ¿Había alguien más que te llamase la atención?

—Laurenti… recuerdo que entró por la puerta de la sala de espera y avanzó hacia donde estaba yo. Nada más verle sentí un profundo alivio. Subió a otra silla, al lado del muchacho.

—¿Qué dijo?

—No lo recuerdo con exactitud... El «fermento», aún tenía su amargor en la boca.

—Haz un esfuerzo, seguro que puedes recordar. ¿Qué dijo?

—Dijo "Que el fuego no os intimide" al tiempo que elevó la cabeza del chico subido a la silla.

—Y, después, ¿qué pasó después?

—Alguien arrojó maderas viejas a una pira ubicada en el centro del pasillo. Las llamas me deslumbraron de repente, estaba acostumbrándome a la oscuridad del pasillo. Entorné los ojos queriendo acortar las distancias.

—Descríbeme quién estaba alrededor del fuego.

—No veía bien, solo sé que momentos antes mi cuerpo tiritaba y que el calor de las llamas hizo que entrara en calor.

—¿Por qué tiritabas?

—No lo sé. No nos soltábamos las manos.

—¿Y qué más?

—Lo siguiente que recuerdo es que eché a correr y que Laurenti me gritó "¡Aguanta la respiración!" un paso antes de penetrar en la humareda… Me sentí afortunada…

—¿Por qué?

—Hacía tiempo que no hablábamos y pensaba que había hecho algo malo, que estaba enojado conmigo.

—¿Por qué habría de estarlo?, eras la «asistente» más eficiente.

—¿Te burlas de mí?

—No ha sido mi intención, quería que lo supieras.

—¿Eso pensaba él de mí?

—Hablaba maravillas… pero creo que ahora no es momento de hablar de eso, tal vez en otra noche en la que te decidas a subir a cubierta.

—No creo que haya más noches en las que me sienta con fuerzas.

—¿Por qué?

—Estoy cansada, ya te lo he dicho… —Su rostro se había torcido en una mueca desagradable. Aunque seguía siendo hermosa una especie de repugnancia asomaba en sus ojos—. Además, ¿por qué haces tantas preguntas? Quería charlar un poco contigo, he venido a pasar un rato agradable y te dedicas a interrogarme.

—Lo siento, no era mi intención, despiertas mi curiosidad.

—La curiosidad no quiere decir nada, es solo una sensación.

—En este caso no creo que sea así, además, debes comprender… Os encontré fuera y me seguisteis hasta el velero como la cosa más normal del mundo.

— Igual es que era esa tu «función».

—No te marches.

—Ya te he dicho que estoy cansada.

—¿Quién inició el fuego?

Cloe se coloca la manta sobre los hombros.

—Igual buscas respuestas donde no las hay… Estamos en una isla plagada de incendios. Cada cierto tiempo hay una oleada, sobre todo, cuando sopla el viento sur —cierra los ojos—. El aire es ácido.

—No, no es cierto. Hoy el aire que se respira es especialmente agradable. Hemos superado una plantación de lavandas.

—Mientes.

Sus pupilas flotan suspendidas en el horizonte.

—En muchos momentos agradezco la decrepitud que me rodea… *Las partículas*.

Sebastián está a punto de decir algo… el dulzor que atempera el terror se intensifica. Entonces recuerda que él mismo se mostró impasible ante el incendio.

—Espera.

—Sé lo siguiente que vas a preguntarme... No lo hagas.

—¿Por qué?

—Será mejor para ti.

—Pero yo… quiero hacerlo.

—En realidad no importa.

—No es que no importe, es que no cambia las cosas, sin embargo, en mi situación lo único que me queda es encontrar respuestas.

Cloe se aparta de Sebastián.

—Todo lo que supones es cierto.

El esqueleto sin vértebras. La mente sin cerebro.

Cloe incapaz de escuchar el sitar, la señal de que todo comenzaba. *Patricia habría sabido mejor que yo lo que hacer.* Imperaba un aire seco. Una pareja de un chico y una chica ascendían por el camino que conducía a la residencia, eran recién llegados, sus cuerpos estaban cubiertos de cenizas. Dejaban tras de sí la imagen del incendio que lo devoraba todo. La nitidez de los cuerpos se perdía. Laurenti y el sendero. Las llamas. En la sección norte del pabellón el viento sur entraba por las rendijas de las ventanas en contra de la humareda. La bocanada de calor y ceniza penetraba en las fosas nasales. Escuchó la voz diligente de Laurenti, su voz, pero no sus palabras, percibió cómo, incluso, durante unos minutos, agarró su mano. Después aquel tacto se perdió en el ardor. Se encontró andando en el pasillo que conducía a la sala de operaciones. Varios pacientes permanecían con los ojos cerrados en busca de un reducto de claridad en la negrura.

Las llamas ardiendo a pocos metros, en el tejado del pabellón, en el heno del establo, en los racimos de los viñedos, cerca del cobertizo.

Tan pronto como perdió la pista de Laurenti, avanzó hacia las escaleras de emergencia con los pacientes que habían quedado rezagados. Sentía el cuello agarrotado y andaba arrastrando los pies, respirando con dificultad, sus ojos color avellana reflejaban el amarillo de las llamas. De súbito creyó escuchar de nuevo los pasos de Laurenti, cómo bajaba cautelosamente por las escaleras y cerraba la puerta que daba al pasillo de la primera planta. Sus pupilas perdieron nitidez, su cuerpo ganó plomo. No era posible, sin embargo, el deseo de que él aún viviera y no hubiera quedado preso de las llamas hizo que Cloe fuera en su busca. Cuando llegó al descansillo de las escaleras los pasos dejaron de oírse; transcurrieron varios segundos cuando vio a Sebastián pasar por una pequeña ventana de la puerta. Fue un breve momento, el suficiente para darse cuenta de que iba detrás de Laurenti.

Poco importaba si la descubrían. Primero oyó la carrera precipitada y a continuación vio a Laurenti que atravesaba la puerta que daba a las escaleras del Ala Norte, al otro lado del corredor. Acto seguido, Sebastián pasó corriendo por la misma puerta. Ella permaneció quieta, a pocos metros. Guardó silencio con la esperanza de que el tiempo se detuviera, pero los minutos se sucedían. Después escuchó un golpe seco.

Se asomó a la barandilla metálica que comenzaba a tomar temperatura, las llamas se propagaban ya por la planta superior. La debilidad y la humareda no impidieron que descendiera varios peldaños. Divisó la silueta de Laurenti tendido en el hueco de la escalera. Se precipitó hacia él. Un reguero de sangre rodeaba su cabeza. La espalda rígida, los ojos en blanco petrificados por la muerte, la boca debilitada hacia la penumbra. Dudó si huir de las llamas o permanecer junto a él. Palpó su muñeca sabiendo que no encontraría pulso. Desde donde estaba podía ver el pórtico y las siluetas del grupo de «cosechadores» al otro lado de la verja.

La aversión guió sus pasos. Se acercó al portón y posó sus manos en una de las barras de acero preguntándose si Sebastián había huido por ahí. En ese momento se dijo que debía vengar la muerte de Laurenti. Aquella inmensa finca. Nadie osaba entrar allí. Quizá era por los ladridos de los perros que se oían a todas horas, la naturaleza se encrespaba en el límite del linde, como si el contacto con el aire más allá del margen fuera venenoso. De pronto, se vio bordeando el camino de trigo incendiado. En el fondo no se lo perdonó a sí misma: aquel instinto de supervivencia que dominó su cuerpo. La mente estaba dispuesta a ser ceniza, a desintegrarse en las llamas. Cargó un caldero de agua del pozo en un intento de contener el incendio que cedía por el oeste. La alarma de incendios había saltado en el pabellón de ingresados. Junto a Patricia, cubrió algunos cadáveres con mantas.

Parte IV: Tu rostro en mí

También yo sucumbí, bebí de ese jugo tan parecido a la sangre, bien pudo haber sido morapio33. Sabía que no era así. Pero aún así bebí. Era demasiada la curiosidad, era demasiado el instinto.

"FLORACIÓN"

Lo primero que vio fueron las sandalias entre la hierba seca, después la elegante mochila. Nunca había contemplado prendas tan bonitas, de tanta calidad: las hebillas plateadas y cintos de cuero curtido, el cierre de boquilla. Del macuto sobresalían varios carretes de fotografías. Eran objetos que resultaban familiares a Cloe. Su padre guardaba decenas de ellos en cajas de cartón, en la caravana; alguna vez siendo una niña había desentrañado una de las bobinas intentando dilucidar los negativos a contraluz de la lámpara. Eran objetos de culto, apenas se veían en los comercios; cobijaban un instante de una vida anterior. Cloe repitió aprisa una de las premisas que había leído en uno de los carteles que colgaban en las paredes del cobertizo: «Debes repudiar todo recuerdo malogrado».

Las amapolas en plena floración no evitaron que llegara hasta ella el perfume masculino, intenso, al mismo tiempo que diezmado por la frescura de la hierba.

Lo más sensato era desviarse del camino, podría ser que Laurenti buscara al igual que ella un rato de recogimiento en el mirador. Este ofrecía la visión del río en toda su extensión. *La interminable lágrima de agua.* Atravesaba el valle incidiendo con rotundidad en el tramo donde se situaba el pequeño molino. El agua transparente brotaba de los cantos rodados, varias nutrias luchaban contra otras por hacerse con el territorio acuoso. En una pequeña cascada se encontraba Laurenti. Cogía entre sus manos parte de la linfa y bautizaba su nunca, arrodillado; entonces, Cloe tuvo una extraña reflexión, no supo discernir si eran palabras que había escuchado en boca de él en alguna de los retiros, o si nacían de ella misma: "Estamos hechos de sangre y palpitación, de sueños que no lograremos recordar". Él pareció intuir aquellos pensamientos y se dio la vuelta. Ella se ocultó detrás de una concentración de gramíneas. Le latía el corazón tan deprisa que temió que explotara de un momento a otro. Las ramas cosquilleaban en su nariz. Sintió una sed repentina. *Hambrienta*. Después escuchó los pasos de Laurenti, cómo se acercaba y se detenía en cada una de las pertenencias que había esparcido sobre la hierba. Le imaginó recogiéndolas. Agachado. En aquella postura fantaseó una debilidad

cauta. Fueron segundos que se prolongaron en su mente como un sueño pesado. Cuando Laurenti pasó de largo, Cloe atisbó una leve sonrisa en el rostro de él. Se alejaba acariciando pensativo unos prismáticos. Ella se preguntó si la había visto y la había ignorado. En cualquier caso, era lo mejor que podía hacer. Ella en cuclillas, espiándole… Era sin duda una situación humillante. *No hay tinieblas donde poder perderse*.

Más tarde la joven despertó. Había caído rendida entre los plumeros que aprovechaban los terrenos removidos y desnudos de la colina. Los «cosechadores» habían hablado de erradicarlos por su condición de planta invasora. Cloe no por ello había dejado de admirar su belleza melancólica, pues de esta afloraba una imagen vicaria de su infancia en la que ella corría por un sendero acariciando con las puntas de sus dedos las ramas ácidas. Pero no debía recordar, debía «cumplir», preservar «la alianza de los cuerpos». Se desperezó, después de todo, la fuerte impresión que se había llevado al sorprender a Laurenti junto a la cascada se había mitigado en su interior, podía, otra vez, ensimismarse en el paisaje que le ofrecía el mirador, en la tranquilidad de saber que a su vuelta, esa noche, en el cobertizo, Antonio dormiría a su lado.

Otorga una entrega completa a cada gesto

y todo aquello en lo que crees tendrá sentido.

CARTEL RESIDENCIA DUSHA

Había limpiando el suelo del establo durante dos horas. Sería un descanso para ella entrar en el cuarto oscuro y perderse en las imágenes que había capturado con la vieja cámara réflex. El curso de fotografía era un pequeño estímulo que rompía la monotonía del día. Laurenti había facilitado los materiales necesarios y había impartido una clase de iniciación a los «cosechadores». Era un apasionado. "Cualquier tarea artesanal debe ser impulsada". Durante un rato Cloe descansaría de arrancar las ramas de trigo y revolver la tierra con la azada. El dolor en sus manos era cada vez punzante. Aunque cuidaba de embadurnar los dedos con el linimento a partir de aceite de almendras y vaselina, a veces, ni siquiera podía estirar los dedos. La joven veía con recelo cómo la mayoría de sus compañeros apenas dedicaban tiempo a la ocupación propuesta por Laurenti. ¿Qué sería de ellos si ni siquiera tenían la inquietud de abstraerse unas horas de la fatiga del cuerpo? Ese día, precisamente, Gemma, su pareja en el taller, había preferido permanecer en el porche del cobertizo ensayando el repertorio de canciones que presentaría en el próximo retiro. No se lo reprochó. El canto, en cierta manera, poseía algo de artesanía. *Las cuerdas vocales son las cuerdas de un violín cuya armonía necesita tomar cuerpo.*

El pasillo de la planta baja de la residencia daba a los antiguos baños comunitarios clausurados. Fuera de "los límites" estaba restringida la entrada de los «cosechadores». Cloe soñaba con acortar las distancias, con irrumpir el silencio que se intuía «más allá» y avasallaba los pasillos que desembocaban en los pabellones. Las enredaderas caían marchitas del techo del soportal, era una primera señal de que, a escasos metros, la asepsia predominaba.

La joven había oído hablar del aire limpio que se respiraba en las estancias al otro lado del corredor, de la enorme biblioteca y la impresionante sala de exposiciones, de los suelos y las paredes impolutos, de los trabajadores en vigilia, de la paz que se compartía en las zonas comunes y del jardín que cobijaba la colección de insectos.

Entró en el cuarto oscuro. Como sospechaba no encontró a nadie. Una decena de fotografías en blanco y negro colgaban del tendal que había encima de las cubetas de revelado, se preguntó a

quién pertenecían, los «cosechadores» guardaban con especial celo sus instantáneas; en la exposición del final del curso las que obtuvieran mayores calificaciones serían subastadas en la Gala Healthymoney. Cloe esperaba que ese año una de sus fotografías pudiera ser seleccionada, había mejorado mucho; le entusiasmaba la idea de ser ella la que consiguiera fondos en representación de los «cosechadores», sería una bonita forma de despedirse de una etapa de su vida en la finca y la señal de que daba el siguiente paso para convertirse en asistente.

A Cloe se le daba bien medir el tiempo de exposición de los negativos, cubrir las zonas más oscuras del papel de revelado con la mano, o pequeñas cartulinas. Al avanzar por el corredor se prometió a sí misma no mirar ninguna de las fotografías colgadas en el tendal de secado, sin embargo, al pasar delante de las cubetas no pudo evitar detenerse en una especialmente. *Sus claroscuros.* Representaba la explanada del valle que penetraba en el bosque, la misma que sus ojos habían contemplado la tarde que sorprendió a Laurenti en la orilla del río y sintió que podía acariciar el puntal del aire. *La tierra cálida... La prontitud*. ¿Por qué todo lo que tenía que ver con Laurenti provocaba tal impresión en ella? Nada más hacerse esa pregunta se apresuró a concluir que no era tan raro después de todo, los «cosechadores» sentían una profunda admiración por él y, en ese sentido, ella no iba a ser distinta a ellos; en cierta manera, era lógico, Laurenti les había ofrecido un hogar después del APER ´321, la oportunidad de cambiar de vida en aquellos tiempos en los que se habían malogrado tantos sueños. Trabajaban duro, sí, pero era la tierra la que lo exigía. Encendió la ampliadora y colocó el papel de revelado, de pronto escuchó una respiración en la oscuridad. ¿O era su propia respiración? Segundos antes hubiera jurado que no había nadie en el cuarto. En un impulsó miró hacia atrás; pulsó sin querer la luz de exposición, esta parpadeó perfilando una silueta al final del estrecho corredor. A Cloe le pareció distinguir el blanco de una bata de hospital. Aquella prenda divagaba en su mente cada noche, la perseguía en forma de fantasma. Cuando despertaba empapada en sudor se repetía que debía mantener la calma, que aquella aparición que se la presentaba y deseaba entrar en ella tenía que ver con su deseo casi enfermizo de ser asistente. Lo extraño era que aquella indumentaria se movía con decisión, era masculina. Ella siempre había tenido una fisonomía frágil. Ausente. Cuando se desvelaba y Antonio no estaba a su lado, cogía el diario que guardaba bajo la repisa de la ventana y escribía sus pensamientos, sus sensaciones, bajo las sábanas. Era

una forma de poner orden en la vigilia. Apenas repasaba lo que escribía. A veces eran meros apuntes, palabras sueltas, frases que recomponían o descomponían, según fueran leídas, las visiones que perturbaban su descanso. Entonces recordaba a su padre y su empeño en registrar cada pequeño suceso en un diario. Acumuló decenas de ellos. Era el único recuerdo del pasado que se permitía dentro de la finca, aquel afecto y admiración mutuos habían quedado cristalizados como la reliquia de un insecto en su corazón. El trabajo en el campo no le desagradaba en absoluto pero sabía que podía ofrecer mucho más, que de alguna manera su llegada a la residencia y el descubrimiento de la clínica era una oportunidad de retornar el camino a todo lo que había representado Dominique para ella. Sus manos recogieron a tientas los utensilios que había traído consigo al cuarto oscuro. Se dirigió hacia la salida. Fuera, sentada en una acera rota del viejo cobertizo, ordenó los papeles de revelado y los negativos. En la confusión había cogido al vuelo una de las fotos que había colgadas en el tendal del secado.

El pequeño mechón se rebelaba y salía del moño rompiendo las facciones a la mitad. La mano tendida sobre la hierba, la otra tapando parte de los labios. Los ojos cerrados. La hierba cercando la languidez abandonada de sí misma. La fotografía mostraba el rostro de Cloe. La joven sintió un sobrecogimiento al contemplarla entre sus manos. Alguien había tomado una parte de ella sin que fuera consciente de ello. Volvió a su mente la tarde que se sentó en las rocas del mirador y contempló los tonos rojizos de la colina, antes de caer rendida sobre las gramíneas. Las nubes iban deslizándose hasta desaparecer en el cielo asurado. Una mezcla de temor y dicha afloró en sus tripas. Guardó la fotografía entre el resto de papel de revelado con premura. Pensó entonces que no requería ningún esfuerzo sentirse perdida.

¡Agradecemos a nuestro mentor sus enseñanzas!

CARTEL PROPAGANDÍSTICO

Escondió la fotografía dentro del sobre donde guardaba el retrato de su madre y lo metió entre las hojas del diario; de esa forma borraría su torpeza. La imagen de ella tirando de la fotografía –o, lo que era lo mismo, de su rostro—, en el tendal de secado, despertaba un rubor en sus mejillas en los momentos más inoportunos. Le había sucedido esa misma tarde cuando al arrastrar el heno hacia la camioneta electrónica Gemma le había preguntado si se sentía bien, o cuando al acercarse a la mesa en el merendero a la hora del almuerzo, el «cosechador» más veterano, Jandro, le había ofrecido parte de su ración comentando que la veía más delgada. En los ojos de ambos vio el rostro de la fotografía, sus ojos cerrados ante el horizonte cambiante. Había rehusado escribir el incidente en el diario. Una cosa era relatar el día a día de la plantación y otra muy distinta delatarse a sí misma. Pensó que Laurenti había preguntado al grupo por la desaparición de la fotografía y sospechaban de ella. Los «cosechadores» estaban al tanto de lo que cada miembro hacía, eran conocedores de las horas que Cloe pasaba en el cuarto de revelado, en algún ocasión había aguantado sus bromas al respecto: "¿Te escondes ahí, pequeña mujercita?", "¿te gusta la oscuridad?", "Ven que te vea". Buscó entre los comensales a Antonio. *En mi situación sabría lo que hacer.* Con Antonio había aprendido a palpar, a discernir el dolor de la locura y la herida de la sangre. Desde que había entrado en su vida había sido así. Era lo que más le gustaba de él. Su habilidad para quitar gravedad a las cosas y soterrar los males, para mirar hacia delante; en su ojos las heridas no dejaban rastro, su existencia estaba ligada al presente, a las apetencias. Ella poco a poco había renunciado a ellas. Pero no se sentía molesta, ni mucho menos, tampoco insegura. Antonio era leal al vacío y ella estaba repleta de vacío. De una forma u otra nunca se podría alejar de ella. Hacía dos días que no regresaba al cobertizo. Era algo habitual desde que se ocupaba de los "encargos". Antonio a veces parecía realmente cansado, incluso irritado por tener que llevar a cabo aquellas misiones llenas de urgencia. Su cuerpo se ponía rígido cuando ella le acariciaba después de los días de separación, y aunque la calidez enseguida volvía a él, su mirada le había dejado de pertenecer. *Tan voraz era el deseo. Tan libre.* Lo que desconocía era que ella misma iba a sucumbir a esa libertad, en otro cuerpo, en otras ausencias. Comió las gachas con la desgana de alguien que come por

obligación. “Cloe siempre da más de lo que puede”, escuchó decir a Jandro. Este aprovechada cualquier ocasión para hacerse el encontradizo con ella y entablar una conversación. Su rostro, sus maneras no decían nada a Cloe. Esa jornada no le daría la posibilidad de inmiscuirse en sus asuntos, incluso estaba pensando en abandonar el curso de fotografía definitivamente; el trabajo en la plantación exigía mucha dedicación, además, con los exámenes finales del curso de asistencia clínica no daba a basto. Se marchó antes de que Jandro le preguntara si habían sido fructíferas las horas dentro del cuarto de revelado, si había conseguido alguna fotografía de la que se sintiera especialmente orgullosa.

Belleza, retengo tu apariencia en mis pupilas,

desde tu prisión fraguo el deseo

ROMAN MARTÍN ("Poesía a tramos")

Aquellas mujeres habían decorado templos y habían sido ofrendas. Cloe se aproximó a la escultura de una mujer sin el antebrazo que parecía atusarse el pelo.

—¿Cuál es su preferida? —le preguntó Laurenti, de forma inesperada.

Cloe no estaba acostumbrada a que incidieran en sus gustos. Laurenti había invitado a los «cosechadores» a visitar la sala de exposiciones. La estancia era enorme, de techos artesonados de madera de fresno. Una treintena de esculturas estaban dispuestas entre columnas de mármol de colores, sobre pedestales barrocos decorados con incrustaciones de alabastro y relieves antiguos de mármol. Ella, en un principio, había rehuido acudir pero, según le comunicó Gemma, Laurenti no aceptaba un no por respuesta. "Ya sabes cómo es. Le irrita que alguien desaproveche cualquier ofrecimiento".

Cloe señaló la escultura de la mujer que descansaba boca abajo sobre una especie de diván acolchado.

—Afrodita dormida, una reliquia helenística —Laurenti le explicó—. Si te das cuenta, da la espalda al público.

Cloe se acercó aún más a la escultura, se preguntó qué vivencias, sombras y claridad proyectaba la luz que entraba por el ventanal. El roce fortuito de sus nudillos con el mármol intensificó en sus manos los retazos de una vida ajena, cuyos pies tropezaban con las mismas losas blancas a lo largo de los días, cuyas manos eran dadas a acariciar los pétalos invisibles de jarrones y a correr las cortinas; una vida sorda a otros pasos, devota a asomarse a las ventanas veladas por cortinas de ante, tan harta como aficionada al olor de su respiración; portadora de un cuerpo prestado, avasallada por multiplicidad de temores, sin osadía en la que mirar su dolor ni ningún otro afecto; adicta a los cuidados, pero no por el beneficio en sí mismo sino por el efecto que causaban en su ánimo; una piel erizada, devota del beneficio y la salubridad, presencia ausente, cuya sonrisa escondía una cárcel placentera. Eran sensaciones que se resistían a tomar forma, flotaban alrededor de la joven.

—Su rostro está destruido —acertó a decir.

—Antes perteneció a otro coleccionista —la voz de Laurenti segura y plena inundó la sala—. Fue expoliada en la Gran Guerra… maltrecha ha llegado hasta mí.

—Entonces… el destino quiso que la conservara.

El rostro de Laurenti se endureció, como si una mano extraña hubiera escarbado dentro de sus entrañas. Pasó a explicar otra escultura al resto de «cosechadores» y no volvió a dirigirse a Cloe.

Cuando acabó la visita y dejaron la sala de exposiciones atrás, al atravesar la hilera de columnas del pórtico, los primeros acordes de un sitar apaciguaron todas las sensaciones que habían perturbado a Cloe; unos pasos más adelante, las ortigas friccionaron una penitencia en sus talones. Pero no se detuvo y se desvió del camino que daba al cobertizo, hacia el bosque de cedros, donde podría pensar con más claridad. La luz del sol creó un velo a su alrededor. Laurenti había estado especialmente amable esa tarde con el grupo, no como en las clases del Practicum o la Toma de Muestras, en las que parecía una persona hosca y meditabunda al que nadie osaba interrumpir. Se sintió ridícula por los miedos de los días pasados.

Esa misma noche, en el cobertizo tuvo la tentación de abrir el sobre que guardaba en el diario y contenía los dos retratos. *Ella y su madre.* Tal vez no eran tan distintas después de todo. Pensar que en un momento Laurenti había reparado en ella y que, de alguna forma, había recompuesto su rostro hasta embellecerlo, supuso un consuelo. Se sentía realmente sola. Algunas noches ni siquiera percibía a Antonio cuando abría la puerta del cobertizo y se metía silenciosamente entre las sábanas. Cuando despertaba, él ya había marchado a la plantación. Sospechaba que esa sería una de las noches. Su mente era pura divagación. Tenía miedo de sí misma, pensaba en aquel rostro suyo reducido a la oscuridad del sobre, en pocos meses quedaría impregnado en los restos de óxido que habían aflorado en la fotografía de su madre.

Inesperadamente en la madrugada las manos cálidas de Antonio rodearon su cintura. Sintió que circulaba la sangre por su cuerpo. Tiza se acurrucó entre las piernas de ambos, celosa de aquella intimidad inesperada.

—Sígame.

Las cejas de Beatriz, la enfermera jefe, creaban un perfecto arco sobre cada párpado alargando su mirada; esta, de un azul intenso, brillaba grisácea a la luz de la lámpara de mano. Cloe apenas pudo echar la vista atrás y mirar al cobertizo, mientras Beatriz se internaba en la oscuridad. Escuchó el relincho del caballo en el bebedero. La luz tomaba distancia frente a ella, el cielo resplandecía rojizo, prisionero de las nubes. Respiraba un aire seco o, ¿era esa repentina sed que irrumpía en ella desde que había bebido del «fermento»? No recordaba la última vez que sus labios habían probado el poso mancillado. En un acto reflejo se limpió los labios con la mano. Rió nerviosa. Todo era diferente.

—Por descontado, cederá el traje de lino a uno de sus compañeros —la escuchó decir—, no puede estar vestida así dentro de la clínica, y, además, el atuendo debe ser aprovechado.

En la entrada del pabellón le entregó una bata médica de mujer con botones de corchete, y pantalones blancos, además de un par de zuecos del mismo color.

Casi deja caer las prendas de sus manos. Se sentía demasiado aturdida. Todo había sido tan inesperado. Apenas un día antes estaba convencida de que no había superado el examen de ingreso y, de la noche a la mañana, le comunicaban que pasaba a ser asistente. Se sentía feliz y al mimo tiempo inquieta; se dijo que debía envolver esa inquietud en telarañas y apatarla, que todo lo ansiado sucedía.

Subieron por las escaleras de piedra caliza que había tantas veces imaginado. Los muros ensombrecían la caída de la noche. Del frontón del pabellón emergía un grupo escultórico de tres mujeres tumbadas con los ojos cerrados que bailaban entre zarzales, sus túnicas descansaban sobre los músculos en tensión, humedecidas. Una de ellas, con la cadera ligeramente inclinada, daba la espalda a la naturaleza. Los rostros de las otras dos, desfigurados en su mitad, se perdían en la rugosidad de un mármol que había sido tallado a conciencia pero que había sido destruido. Recordó entonces la escultura de la mujer sin rostro que había contemplado por primera vez en la sala de exposiciones, y carecía de extremidades. Una extraña tristeza empañó su alegría inicial, como si su repentina ganancia estuviera hecha de pérdidas. Alejó esos pensamiento y siguió los pasos de Beatriz a lo largo del pórtico. Las columnas

emparedaban las copas de los cedros, las piedras del suelo permitían acariciar la hierba. En una de las ventanas de la segunda planta del pabellón alguien apagó la luz de una lámpara.

Entraron por la puerta que daba a las cocinas. Olía a sudor y a humedad, a flores y a pan recién horneado. A Cloe le tranquilizaron aquellos aromas.

—Todo el mundo duerme, mañana se harán las respectivas presentaciones —Beatriz guardó silencio. La joven percibió un brillo en su mirada—. Hasta entonces, deberá permanecer en la habitación que le ha sido asignada.

Al subir el siguiente tramo de escaleras tropezó con un caldero repleto de guantes de látex desechables.

—No se detenga —le ordenó desde lo alto de la escalera de caracol.

Después de subir varios peldaños, prosiguieron por un largo pasillo. Cloe era incapaz de diferenciar las paredes o los muebles, solo veía el suelo atrapado en un entramado de losas blancas. Beatriz cuidaba en todo momento de mitigar la luz de la lámpara con la mano. La joven intuyó que no sería asidua a las dependencias que atravesaban.

—El desayuno se sirve en la cantina, a las cinco, en el primer turno antes del amanecer. Los asistentes no deben coincidir con otro departamento. Téngalo presente —Beatriz abrió la puerta de un cuarto—, aproveche para dormir un poco. Mañana será un día muy largo.

En poco tiempo Cloe se acostumbró a la penumbra. Se descalzó y acarició con los dedos la alfombra pensando aún que era hierba mullida. Dudó en encender la lámpara dispuesta en la mesilla de noche. La emoción no se lo permitió. Depositó el uniforme sobre el colchón cubierto con una sábana. Se desnudó y se echó sobre la cama. La ventana diminuta, cerrada por antas de madera, hacía caer en la más profunda oscuridad el espacio ya de por sí poco iluminado. La ausencia de luz la devolvió al pasado: ella esperando el regreso de Antonio hasta altas horas de la madrugada, echada sobre la cama de la litera, las gotas de agua cayendo en la palangana mientras él se limpiaba las manos y los brazos. Había guardado para él la ración de la cena y la pequeña jarra de vino, siempre la misma: gachas, algo de pan y una porción de queso. Alejo aquellos recuerdos, pertenecían a su antigua vida.

A la mañana siguiente Amelia, la encargada de las asistentes, le entregó una tarjeta magnética con el número de su taquilla y señaló la entrada del vestidor. Cloe no pudo evitar codiciar la llave que

colgaba de su cuello. Amelia había sido «considerada» recientemente, era de las pocas que había permanecido el tiempo suficiente en el puesto. La introduciría en sus nuevas tareas de «aproximación».

—Debes ser especialmente cuidadosa con tus nuevas pertenencias. Ahí encontrarás todo lo necesario para cumplir la rutina de higienización.

—De acuerdo.

—El Sr. y Sra. Ducha le desean una grata incorporación al Departamento de Cuidados.

—El agradecimiento es mío.

—Hemos tenido una baja, hacen faltan manos, tendrás que dar todo de ti para estar a la altura. Debes tener las bases del protocolo memorizadas para esta tarde… La información global está en el dossier que encontrarás también en la taquilla. ¿Alguna pregunta?

—No ninguna.

Cloe tomó el informe entre sus manos: “Plan de Intervención de Coordinación y Unidad de Trasplantes”. Un espasmo revivió dentro de ella igualando su tamaño de mujer. Sí, sin ninguna duda, a pesar de todos sus desvelos, estaba preparada para su nuevo trabajo.

— Que pases un buen día.

—Igualmente.

—¡Ah! Se me olvidaba. —Amelia volvió sobre sus pasos—. Debes llevar el pelo recogido y ningún tipo de joya durante los “Encuentros” con el paciente.

“Oh, qué terquedad vuelve mi mirada a tus gestos,

como si mirarte fuera a poseerte,

como si tu rostro perfilase un lienzo que de pronto retornara a la vida,

fuera virtud en un museo olvidado”

SOFÍA GÓMEZ LEVI (Revista Poesía A Tramos)

—Beatriz le dará buena cuenta de los cambios en el protocolo. Yo me ausentaré unos días, tendrá que atenerse al documento rigurosamente —fue la breve conversación que mantuvo esa tarde con Laurenti.

Cloe apenas podía ver su rostro, él permanecía de pie, de espaldas a ella, a la tenue luz del ventanal de la sala de exposiciones. Las cuatro cortinas forradas en piel velaban el exterior. Él se mostraba ese día distante con ella, como un perfecto desconocido o como una estatua. La joven posó el informe con el último estado de M.G sobre una de las vitrinas y se marchó.

Laurenti… Sentirse escrutada por una miraba a la que no estaba acostumbrada, que había intuido aquella tarde que le sorprendió a orillas del río, de alguna forma ya conocía cuál era el ritmo en las impresiones en él: impresiones que fluían entre raíces y aguas subterráneas. Beatriz guió a Cloe a través de pasillos y puertas. Habían trasladado a M.G al Pabellón de Enfermos de Larga Duración, por lo que precisaban de sus servicios. Estaba especialmente nerviosa. Era consciente de lo que implicaba. Hasta ese día, del grupo de las asistentes, solo Amelia tenía permitido entrar en esas estancias. Que la autorizaran significaba que gozaba de «plena confianza», que pronto sería «considerada» y tendría entre sus manos la llave que abría las habitaciones de aquel mundo ahuecado y deslumbrador al que tantas horas dedicaba Laurenti. Cuidadosamente ventiladas, cada una de las estancias acogía una cama en su interior, al lado de un respirador y la maquinaria que daba buena cuenta de las constantes vitales. Una silla, una pequeña lámpara. Cloe no distinguió nada más, cuando se detenía más tiempo del debido, Beatriz cerraba la puerta y hacía girar llave. Aún no había ningún paciente en ellas, sin embargo, era como si alguien acabara de salir del interior. La luz de la luna a través de la ventana perfilaba la misma sensación fría y turbadora. Cloe desistió de hacer cualquier pregunta, sabía con certeza que Beatriz no respondería. El cuerpo de la enfermera jefe, ligeramente encorvado, avanzaba en la penumbra como una juntura movediza entre adobes. Al mirar hacia atrás, el sistema de detección de movimiento apagó los fluorescentes del techo. Beatriz abrió una puerta bajo una arquería

de medio punto; esta vez le cedió el paso.

—Estos son los quirófanos.

Nada más entrar, un fuerte olor a desinfectante embriagó sus fosas nasales. Una joven, con los ojos abiertos de par en par, la miró, sosteniendo un caldero del que se desprendían varios hilos de sangre.

El cuerpo se abre y se retiran las vísceras.

Beatriz señaló a la limpiadora otro caldero, sobre la mesa de operaciones.

—Todo esto debe estar limpio cuando vuelva.

—Iba ahora mismo a ponerme con ello. Ya verá como en nada esto está limpio como la patena.

El tajo escudriña el daño.

La limpiadora desapareció tras la puerta. Cloe respiró. De pronto escuchó aullar a los perros salvajes.

—Tome, anda, límpiese —Beatriz le entregó un trapo higienizado.

Había apoyado la mano sin querer en la mesa de operaciones.

—Eres un alma dubitativa, siempre lo has sido. —Laurenti se reclinó sobre el diván.

—¿Por qué ella? —preguntó Miriam, sin poder disimular la tensión en su rostro.

—Pudo ser cualquier otra —Laurenti guardó el pañuelo en el bolsillo interior de su chaqueta, había impregnado en la tela el sudor de su nuca.

—Es hermética, reacia a entablar cualquier conversación.

—¿Es lo que te preocupa? —sonrío condescendiente.

—Esta mañana, en la habitación, ni si quiera levantó el rostro cuando me dirigí a ella.

Tu rostro en mí. Murmuró Miriam para sus adentros. Aquella frase hipnótica y fútil. El suyo hacía tiempo había sido desposado.

—¿Acaso soy una enferma más?

—No, no lo eres. —La besó en la frente mientras sonreía—. Solo digo que no seas tan dura con ella, es demasiado joven, no ha vivido lo suficiente… Además, no la he traído aquí por ser especialmente afable; sino por otros motivos.

Laurenti se giró con las manos a la espalda. Miriam posó la mirada sobre los lirios difusos del jarrón, el sol se desvanecía en su rostro ensombreciendo aún más sus facciones. Desde el primer día, entre los claroscuros de la habitación la mirada de Cloe le dio miedo. Su individualidad era de una determinación casi salvaje y, aunque precisamente, esa cualidad era la que había hecho que fuera ella y no otra la elegida como su asistente, era un riesgo. En cierto modo, se arrepentía de ello. *Su inocencia no debilitará mi pasado.* Ella misma había sido quien la había elegido entre el resto de candidatas o, como en otras ocasiones, ¿había sido Laurenti quien la había guiado subrepticiamente a tomar esa decisión? Se resistía a admitir que fuera así, que había accedido más rápido de lo habitual a disponer de asistente porque, precisamente, aquella joven era la compañera de Antonio. Sintió una extraña rabia dentro de ella y esa rabia aligeró sus facciones.

Para la persona ordinaria, el alma es sagrada, el cuerpo no.

G. LAFO (Filósofo de la Corporación)

La extensión agrietada en el estrato bajo, sobre restos de caños, juncos y carrizos muertos. Sebastián pisó un ramo de gramíneas. Las ráfagas de viento sur habían arrastrado los rastrojos hacia las llamas. *Debo continuar*. Le asaltó el vómito. Hizo un esfuerzo por olvidar. *O el miedo me paralizará*. Estuvo a punto de desfallecer cuando alcanzó el pequeño pabellón de la enfermería. Empujó la puerta. Los cajones y armarios medio abiertos indicaban la marcha precipitada. Pisó trozos de cristal; a su derecha, el armario de medicinas tenía las vitrinas resquebrajadas. Introdujo la mano con sumo cuidado y abrió el pestillo. Palpó una veintena de botes rellenos de pulmones en formol. Alcanzó la caja metálica. La abrió: estaba repleta de papeles. Un tarro había caído sobre ellos y los había oscurecido. Entre los documentos, encontró el dossier de las autopsias. Encendió la linterna que llevaba consigo. La luz tembló en mímesis con sus manos. Abrió el dossier por las últimas páginas. Antes de posar su atención sobre las lista de defunciones miró a través de la estrecha ventana, intuía que, una vez que empezara a leer, todo lo que le rodeaba iba a escapar de su percepción para siempre.

El velero: Ad Referéndum

El rostro de Sebastián se desdibuja en la corriente del río. Siente un dolor fortísimo en las sienes. Se dice que no debe preocuparse que, seguramente, es debido a que no se ha hidratado lo suficiente. A bordo del velero ha dejado barreños y botellas de agua vacías para acumular las gotas de lluvia; además, ha podido comprar por un módico precio un bidón de gasolina a un lugareño que navegaba sobre una pequeña barca. Tienen suficiente carburante como para llegar a la desembocadura del río. Los hidroaviones han dejado de elebarse desde la bahía. ¿Qué sucederá después? Es una pregunta que se repite. Decide bajar a la cabina. No soporta sentirse observado. *Soy una escultura a la que tan pronto admiran como sacan defectos*. Los «cosechadores» sonríen huecos mientras juguetean en la boca con las flores que arrancan en sus incursiones por la orilla. Nunca toman demasiada distancia del velero. Él mismo es un punto de gravedad cuando los ve acercarse entre el verdín. Ya no son siete sino cuatro en el grupo de «cosechadores»: un chico y tres chicas. Luego está Cloe. El día después de que Víctor desapareciera, al regresar del «contacto con la tierra» contabilizó que faltaban tres de ellos. Se dijo que no era de su incumbencia y que, de todas formas, era mejor no hacer preguntas; tampoco preguntó nada cuando al ir a dormir comprobó que el reloj de oro y los gemelos habían desaparecido de sus pertenencias. Supuso que habían huido con el botín al encuentro de Víctor o de Antonio. El viento sur soplaba con ganas en ese tramo del río. Una rabia afloró en él y se diluyó en su sangre. Aquel mutismo fue el paso definitivo hacia una lealtad tácita entre él y el grupo de «cosechadores». Dio por sentado los sucesos al igual que uno observa el devenir en la naturaleza. En cierta forma, fue algo relajante.

Cubre el tragaluz del techo con una manta. El cielo ha dejado de entrañar para él esferas. La cercanía del mar y, por ende, el final de ese viaje, ha abierto un abismo en su conciencia. Esa tarde Cloe conversa con él en la cabina, le pregunta por su vida antes de llegar a la residencia.

—Era geólogo. La mayor parte del tiempo estaba viajando o en la Universidad.

Sentada frente a él, Cloe aprieta su mano en el dobladillo del *short* de tela vaquera. La tensión en el costado derecho la embellece.

—Luego, cuando mi esposa enfermó todo fue distinto. Tuve que dejar mi trabajo en la Universidad para cuidarla... Comencé otros

estudios y me gradué en Psicología Clínica… —su voz suena neutra, sin ápice de emoción. No habla para la joven. Ni si quiera para él mismo—. Creí que eso ayudaría pero estaba equivocado. ¡Vaya si lo estaba!

Frunce el ceño.

—En fin… también tuve que dejar a Jimmy en acogida. Jimmy era el nombre de mi perro. Era un mil razas precioso, mezcla de terrier y perro de aguas color negro. Solía salir a pasear con él en un parque donde había un conservatorio…

Percibe cierta agitación en Cloe cuando habla del perro.

—¿Por qué tuviste que dejar al perro en acogida?

—Tenía un parásito que podía ser fatal para mi esposa.

—¿Qué parásito?

—Desde que era pequeño el perro convivía con la leishmania[34], no había desarrollado la enfermedad pero podía —aunque su deseo es complacer a Cloe, de súbito, se siente molesto con ella—, ¿por qué quieres saber de mi pasado? Tenía entendido que solo los «rechazados» eran de vuestro interés.

—Es una forma de volver a la normalidad.

—Supongo que tienes tus propios recuerdos.

El cuello de Cloe enrojece en la base. Su mano agarra el dobladillo vaquero en un puño y el seno derecho se endereza con la misma intensidad que si contuviera una descarga de electricidad. *Ha descubierto algo y es tarde.* Cloe se retira al camarote de literas.

El verdín empieza a asomar en la ventana de la cabina, Sebastián lamenta que las manchas de moho que limpia por la noche a la mañana siguiente reaparezcan. Oye a los demás, sus murmullos, sus risas. Sus pasos en cubierta suenan como las patas de un enorme insecto. *Langostas gigantes.* Lo más extraño es que, a pesar de que evocan esa imagen el sonido no le resulta del todo desagradable, incluso siente que le hace compañía. *Otra vez este dulzor…* Se palpa los labios, después, acaricia el mapa que ha ido confeccionando a lo largo de la travesía. El curso del río Thalos. Por un momento cree ver raíces brotar del suelo del camarote, entre los tablones de la madera. Cloe... Acaricia la pulsión. Sus dedos atraviesan suntuosidades gélidas.

—No es propio de mí —murmura para sí.

Al cerrar los ojos se ve envuelto por la niebla. *Las raíces suspendidas en el aire se hacen manto, se hacen lodo. Cloe y él ruedan por la hierba, entre gramíneas. Con las manos, con los pies. Prenden sujeción. La tierra desprende bulbos en la hondura. Cloe se desliza por*

la piel. Frenesí. Él, títere del brío femenino. Las miradas lo son todo en el baile acompasado que peina el dulzor del manglar. Entremezclan alientos. Se desconocen. Las aguas lo invaden todo.

—No es propio de mí —repite. Se aprieta el pecho. Coge una botella de agua. Está vacía. Se desploma en la silla.

Deben ser las cuatro o cinco de la mañana, los primeros rayos del sol asoman por la ventana de la cabina. Cloe está sentada frente a él en una banqueta.

—Ya queda menos.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? El mar… ¿no lo hueles?

Lo dice de una forma escalofriante, se inclina sobre él y le acerca un vaso de agua. Se dice que aquella imagen fría y alejada de Cloe, distinta a la de la tarde anterior, es solo una impresión. El olor a salitre se mezcla en el aire. Muchas noches revisa el velero con una linterna, procurando mantener una mano pegada a la pared. Descubre cosas que a la luz del día no ve mientras el grupo de «cosechadores» duerme: las pequeñas matas de trigo enrolladas con cuerdas y colocadas en la parte superior de las jambas de ventanas y puertas, las etiquetas de productos acumuladas en una esquina de la cocina, agujereadas en el centro; las botellas partidas por la mitad repletas del agua del río con lagartos y todo tipo de bichos muertos.

***

El calor es especialmente sofocante por lo que desisten de detenerse en la orilla. Extienden las toallas a lo largo de la popa. El chico es el primero en zambullirse en el agua. Después le sigue una de las chicas. Alrededor de ellos emerge un cerco amarronado. Las otras dos chicas enseguida los acompañan. Sus camisas de lino flotan como bolsas llenas de aire en la superficie. A Sebastián le viene a la cabeza la imagen de larvas marinas, está seguro de que, cualquier roce de un ente extraño provocaría una sacudida en aquellos cuerpos. Debe admitir que esa mañana los «cosechadores» están especialmente de buen humor. No paran de reír. Incluso se hacen aguadillas. Endereza suavemente el timón.

—¿Por qué no te bañas con nosotros? —dice uno de ellos.

Sebastián no sabe discernir si es la voz de un chico o una chica. En el suelo de popa encuentra la toalla de Cloe vacía. Un temor le aturde. No la ha visto zambullirse. Cuando mira a su derecha la encuentra sentada en el borde de la cubierta con las puntas de los pies sumergidas en el agua: ella contempla la escena mientras come

unas galletas de un bote metálico. Nadie reprocha el atracón. *En el puerto pasaremos desapercibidos, Cloe y yo nos las arreglaremos para coger provisiones.* Sebastián se sorprende de aquella reflexión.

—¡Sí, eso, por qué no te bañas! ¡estás chorreando de sudor!

Unas gotas del agua salpican sus pies. Se quita las chanclas; desde donde está, distingue unas ronchas rojizas en el cuello de Cloe. Quizás son a causa del sudor o quizás a ese ambiente entre aséptico y mohoso que emana el grupo. Piensa que si no estuviera tan delgada sería una mujer realmente atractiva.

—¿Por qué no te animas? —dice Cloe.

—¿Quién se ocupará del timón?

—Yo me ocuparé.

Duda un momento. Apenas sopla viento y ha desconectado el motor para ahorrar gasolina desde hace dos horas.

—Te vendrá bien —ella termina de masticar y se pone en pie. Se acerca al timón y con un leve movimiento de caderas le obliga a que le ceda el sitio—. No te preocupes, mantendré el rumbo.

También le han salido ronchas en los dedos de las manos. *Se pasa el día limpiando la ropa y su cuerpo con bicarbonato.* Sebastián se siente en la obligación de corresponder a esa especie de remanso de paz que ha surgido en el grupo.

El agua está especialmente fría. Cuando sumerge su pecho cree que va a dejar de respirar, pero sucede todo lo contrario, el oxígeno entra en sus pulmones de forma estremecedora. De pronto se siente terriblemente culpable. Aquel oxígeno inflamando su tórax le recuerda a su esposa.

Una de las chicas le coge de la mano y le atrae hacia el grupo. El agua donde nadan los «cosechadores» es más densa, en parte debido a que proliferan las plantas acuáticas, en parte a la acumulación de las ropas empapadas. Sebastián se hunde después de sentir un fuerte tirón en el tobillo. El tiempo que pasa sumergido aumenta la sensación de estar vivo. La asfixia... Cuando emerge el grupo ha desaparecido. La corriente del río le ha alejado de ellos. *Allí están. Dos. Desdibujados*. Se han desprendido de las ropas. El reflejo de su piel en el río es hiriente. *Como lo es la piel de Cloe y lo fue en su día la de Marta.* El frescor del agua hace que esa visión sea soportable. Aquella languidez se le antoja de pronto hermosa, una languidez ajena a la muerte. Sebastián se dice que han visto cosas inhumanas y es por eso que desprenden aquella sensación. Nota una rozadura en el muslo. *Será una raíz de lirio de agua, en esta zona de la ribera crecen en abundancia*. Agita las piernas avanzando hacia el velero. No ha sido consciente de la distancia que ha tomado hasta ese

momento. Un ardor nace de la rozadura del muslo, se intensifica y se extiende hacia la pantorrilla. Una de las chicas nada junto a él sonriendo. Sus facciones son muy parecidas a las de las demás, incluso a las facciones de Cloe. Se pregunta si habrá sido aquella chica la que ha abierto esa incisión en su piel. En sus manos no ve nada, eso no quiere decir que antes no sostuviera una navaja o un pequeño estilete con algún tipo de mejunje impregnado en el filo. Más de una vez los ha visto divertirse con «el juego del cuchillo» en cubierta: uno de ellos extendía la mano sobre la madera, separaba los dedos, y con la otra mano cogía el cuchillo; picaba con la punta entre el hueco de las articulaciones. *Dónde está Cloe*. Ella le ayudaría o por lo menos tiraría de él hacia el velero. Cada vez respira más fatigado. La chica se abalanza sobre él. La última imagen antes de hundirse son los senos de ella. Carnosos. *Vívidos*. Más vívidos que su mirada. Las aureolas tatuadas en color negro. En el fondo del río, la corriente mueve raíces de lirios marinos de manera sinuosa, los rayos del sol atraviesan, titilantes, el agua entre los retales de plantas.

Cuando logra deshacerse del peso de la chica se da cuenta de que no quiere estar nadando allí con ellos. Fantasea con emerger y encontrarse en el mar que desemboca en el puerto, lejos del velero. Quiere nadar más aprisa, pero siente la pierna cada vez más adormecida. Así permanece varios segundos hasta que unas manos le cogen por la cintura. La sombra del velero se agranda sobre él. Se imagina junto a Cloe desembarcando en el puerto, comprando algo de ropa deportiva en una de las tiendas para turistas. Un par de viseras y una gafas.

—¿Me ves?

Para ella, un sombrero de paja.

Juntos tomarían el siguiente ferry.

—¿Sebastián?

No les importaría dormir a la intemperie en una de las tumbonas del ferry. Durante el viaje hablarían de lo que iban a hacer al llegar a La Península. O no. O todo lo dejarían para después.

—¿Me ves?

A Cloe le costaría acostumbrarse al aire de la ciudad durante los primeros días. Nada más poner pie en tierra se acercaría a una perrera y elegiría la cachorra más blanca. *La perra exigiría mucha dedicación.*

El chico del grupo ha subido de un salto al velero y ayuda a Cloe a arrastrar a Sebastián sobre cubierta. Cuando bajan por la escalerilla del tambucho Sebastián puede ver que a lo largo de su

pierna derecha se extiende una hilera de ampollas. Unas son más grandes que otras. Teme que se propaguen por encima de la cintura y que el escozor sea insorportable.

Han colocado una toalla humedecida sobre su pierna. Aunque le desagrada el contacto con el trapo húmedo no dice nada, de alguna forma la presencia del chico en la cabina le intimida. Quizá es mejor así, se dice, es mejor que no vea lo que tiene en la pierna, o la angustia será mayor y se sentirá más confuso. *A veces es mejor dejar pasar el tiempo.* Cierra los ojos. Es raro, vuelve a él el mismo olor a yodo y a sangre que se respiraba por todas partes en la clínica.

Apenas entraba la luz del atardecer a través de la ventana, aún así, desde donde estaba sentado, Sebastián distinguía nítidamente las ramificaciones venosas sobre la mesa de la autopsia. «La muerte de quien en vida fuera M. G. se produjo por un colapso derivado DE UN INFECCIÓN PÉLVICA AGUDA Y UNA CARDIOPATÍA AGUDA AD REFERÉNDUM DE PERICIAS SOLICITADAS». No sabía si por la impresión o por la rotundidad de la anatomía, las imágenes todavía bailaban en su mente. Se frotó los ojos y se aproximó a la camilla, durante las últimas veinticuatro horas había vivido inmerso en aquel cuerpo desprovisto de vida. Retazos de lo acaecido asomaban en su mente. «La belleza convertida en algo inhumano…». Cubrió el cadáver de Marta con la sábana: «Ya es hora de que la amortajen».

La puerta chirrió detrás de él. Los ojos de Cloe iluminaron la penumbra.

—No deberías estar aquí —él le reprendió.

—No… podía dormir.

Sebastián se apresuró a apagar la lámpara que iluminaba la mesa de la autopsia.

—Beatriz tomará medidas.

—Sí —sonríe levemente —no me está permitido estar aquí si no es bajo supervisión.

Sebastián rozó sin querer las sábanas que cubrían el cuerpo de su esposa. «Su tacto… perturbador». Tomó el gabán del perchero y cubrió a Cloe. Tiritaba.

—Estás muy cansada —la tomó de la mano—. Estos días han sido intensos para todos… Te acompañaré a tu habitación.

—No me trates así —se zafó de él— Todos lo hacen… … … Sueños de los que no me atrevo a hablar resquebrajan mi alma cada noche.

—No debes temer nada, los sueños no nos pertenecen.

Abre los ojos. Puede que haya sido un sueño. Sin embargo todas las imágenes son nítidas y le hacen suponer que esa noche ha

existido. ¿Es menos real esa fantasía que el recuerdo de él hablando con el forense Dimitrich en la sala de la autopsia, o la imagen de Marta tendida sobre la mesa, vaciada de cuerpo y alma? Se incorpora sobre la cama y se encuentra a Cloe, de pie, frente a él: dice algo pero ese algo no va dirigido a Sebastián sino a alguien que está en el umbral de la puerta. Sebastián lo sabe porque Cloe ha inclinado el cuello ligeramente y porque habla de aquella forma alicaída y suspendida en el aire que tanto le molesta. Es incapaz de entender la conversación. El mutismo nace de dentro y se desparrama por sus oídos. Sus manos tiemblan. Lo siguiente que percibe es un fuerte latigazo en el glúteo. Un líquido se extiende por toda la pierna, sube por las ingles e invade su tórax.

El amor nos hace despiadados... Ser consciente de lo que soy. Sebastián atisba la luna a través de la pequeña ventana, su desnudez es una perfección estremecedora. Es curioso, no le importaría morir en ese momento. Permanece quieto por miedo a intentar moverse y no poder hacerlo. La toalla que envuelve su pierna emana un aroma a sumisión. De una forma u otra su destino es el mismo que el del grupo de «cosechadores». Cierra de nuevo los ojos. Los ha escuchado bajar al camarote más temprano de lo habitual. Cuando Cloe ha pasado por la puerta de la cabina, Sebastián ha visto cómo enderezaba la espalda al pasar de largo en un gesto de duda. Los ruidos más imperceptibles son los que dominan ahora sus sentidos y aniquilan cualquier otra percepción. Como el sonido de su propia respiración o el temblor en sus manos aún latente.

Sebastián se incorpora sobre la cama. El dolor en la pierna ha disminuido. También la fiebre. Encuentra la toalla tirada en el suelo. Supone que es debido a alguna de las convulsiones que ha sufrido. Cuando vuelve la atención a la pierna descubre que las ampollas han desaparecido, en su lugar, hay una cicatriz del tamaño de un puño, de color cárdeno. Al palpar la cicatriz no siente nada, tampoco encuentra ninguna rugosidad. *La herida nace de dentro.* El olor a humedad y a sudor en la cabina es denso, un olor que comprime el tacto. Escucha unos ruidos en la madera procedentes de la cubierta. *Son las ratas de agua que saltan dentro del velero.* La imagen del curso del río a través de la cristalera es de una belleza silenciosa, las luces del albor crean un velo de terciopelo. *Lo mejor será subir a cubierta.* Al dejar caer las piernas sentado en la cama sus pies tropiezan con un vaso con restos de un jugo negruzco, algunas cartas del tarot y un pájaro muerto cuyas alas yacen extendidas. Se palpa los labios. *La inconcreción de su mirada*.

El olor a humedad se intensifica a medida que se aproxima al pasillo. De súbito, siente una extraña compasión por los «cosechadores». Da el primer paso fuera de la cabina. Los claroscuros del amanecer. *Rojizos*. Todo es un sueño y el aroma enmohecido actúa como un punto de gravitación. Las paredes gotean agua. Cuando va a tomar la escalerilla que da al tambucho algo llama su atención en el pasillo. Han dejado la puerta entreabierta del cuarto de literas. Algo inusual en *Ellos*, cuando suben siempre se cercioran de cerrar. Unos pasos rápidos en cubierta hacen pensar que todo lo que ve y escucha no tiene sentido. Empuja la puerta del cuarto de literas. Algo la obstruye. Deja caer todo su peso y la puerta finalmente cede.

Sebastián mira al suelo. Los tobillos del chico están envueltos en varias capas de ropa, y su torso está oculto bajo una toalla. Sus ojos en blanco parecen mirar a la luz cuadrangular del techo. Muestra la boca agrietada y amoratada por el efecto de algún tipo de veneno, y la espalda arqueada fruto del rigor mortis. Su cuerpo en diagonal impide el paso al cuarto. Sebastián pasa por encima de él con cuidado. Retrasa el momento de inclinarse y comprobar si aún tiene pulso. En la suciedad húmeda escudriña las paredes repletas de hojas de periódicos, recortes de revistas y hojas secas. Han arrancado la marquetería. Varias cajas de cartón bailan en el suelo sobre un charco de agua. Aún no se atreve a examinar las literas. Aguza el oído en busca de alguna respiración. Solo escucha el curso del río. Entra agua por un boquete en una esquina del camarote. A un metro encuentra la caja de herramientas abierta y el martillo sacaclavos. No percibe los cuchicheos de las chicas. Siente una extraña excitación.

Sebastián mira hacia el ojo de buey que abre el cuarto de literas al exterior. La anatomía externa y descarnada de la piel se pierde en el punto de fuga. *¿Qué quieren de mí?* Por fin dirige la atención hacia la litera. La penumbra resalta la blancura del antebrazo de una mujer. Sobresale de un montón de toallas. Una serie de manchas rojizas recorren la palidez inverosímil. *La clínica era un lugar de silencio.* Sebastián se arrodilla. Recorre con la mirada la blancura de aquel brazo. Aparta una a una las toallas temiendo la quietud que emanan. En un impulso se huele la axila, después, se palpa el torso, temeroso de desprender la misma podredumbre. *¿De cuánto tiempo dispongo?* El velero se asemeja de pronto a un ataúd. El amasijo de piernas y muslos se apelmazan en el moho. Introduce las manos en busca de los rostros de las chicas. Es difícil diferenciar las unas de las otras. Con los ojos cerrados parecen idénticas. El

rictus ennegrecido, la tez gris plagada de ronchas, el semblante plano, el rastro del veneno que ha visto en los labios del chico, uniforman las peculiaridades que han estado latentes cuando respiraban, le miraban de soslayo o sonreían después de que él pasara a su lado. Sebastián coloca los cuerpos desnudos, uno a uno, en el suelo. Se dice que no debe sentir miedo.

Ni pudor,

ni asco.

La chica de los pechos vívidos es la primera en desligarse de la masa. Cae en su enormidad sobre el suelo repleto de juncos y briznas de trigo, empapados en el agua del río. La casualidad ha hecho que aquel lecho mitigue la imagen turbadora de la muerte. Las otras dos chicas se deslizan a la vez fuera del colchón de la litera, son livianas y aún no hay señales de rigidez en ellas, al girar sus cuerpos descubre que son gemelas, hasta entonces no se ha percatado. La curvatura de sus labios cuando la vida dejó de ser hálito es vulgar. *La vulgaridad también es inconsciencia.* Están agarradas de las manos. Arrastra el cadáver del chico junto a los de las tres chicas. En su interior no puede dejar de sentir cierto alivio. Ninguno de ellos es Cloe.

Sebastián interrumpió en la sala de reuniones, casi no conocía a los miembros de la Unidad de Evaluación de Calidad. “Mi esposa ha muerto”, aquella sencilla frase quedó suspendida en el aire como una mota de polvo a partir de las alas de minúsculos insectos. Las miradas sobre el dosier que contenía el listado de defunciones y que él había arrojado sobre la mesa fueron más que reprobatorias. Laurenti se dirigió a él, sombrío: “Es mejor que hablemos fuera”. A pesar de su aturdimiento Sebastián pudo andar hacia la salida. Laurenti le tomaba por los hombros. No deseaba ver aquella reacción tranquilizadora en él sino algún gesto que delatara una decepción. *Cierta furia.* Le ofreció una manzanilla del dispensador de bebidas y le condujo a la planta inferior de la clínica. Sebastián le siguió por las mismas escaleras que recorrió la noche del incendio. Con la misma laxitud, con la misma virulencia sosegada.

“Desde luego, esta reunión es algo atípica, Dimitrich ha tenido la gentileza de hacernos el favor”. Laurenti extendió el brazo en un gesto de cortesía en el umbral de la sala de autopsias. “Por todo lo que has hecho por la clínica y porque te tengo aprecio…”. Sebastián había visto las iniciales M.G. en la lista de defunciones del hospital. “Como comprenderás tras la entrevista con el forense recogerás tus cosas y te marcharás de aquí”, después de decir aquello Laurenti les dejó solos.

El forense Dimitrich era un hombre menudo, cuyo rostro se escondía tras unas gafas de alta graduación. Le dio la mano. En aquel gesto Sebastián sintió que iba el peso de toda la tierra necesaria para cubrir una tumba. La fragilidad de los pies de Marta sobresalía de la mesa de autopsias, unos metros por detrás de Dimitrich. Aquella fragilidad era si cabe más contundente que la respiración de su difunta esposa cuando seguía con vida.

—Sufrió un colapso fruto de una infección pélvica.

—¿Y no cree que es extraño que de dicha dolencia no se haya registrado ninguna sintomatología en ninguno de los informes clínicos previos?

—Son tantos los frentes abiertos en este tipo de pacientes que es más normal de lo que uno pueda suponer.

—¿No ve ningún tipo de negligencia?

— Con todos los respetos era un cuerpo muy castigado.

Era cierto. La herida de la sonda pleural no había cicatrizado y la sangre asomaba negruzca a lo largo de la herida. Aunque

conservado el cuerpo en una sola pieza, el forense había abierto el cerebro y las cavidades corporales en busca de una respuesta a su muerte, en la anatomía había evidentes signos de ese desgaste. Según Sebastián pudo leer en el informe, los tejidos del pulmón y los riñones sufrían una deformación como consecuencia de algún proceso infeccioso; la mayor parte de las vísceras habían sido expuestas en mayor y menor medida, lo que había producido entre ellas una conexión de degeneración. Marta era joven, hermosa, su rostro era de una belleza fascinante. En la blancura de su cuerpo resultaba llamativa una mancha amarillenta de nicotina en los dedos índice y corazón. Desde que diagnosticaron a Marta de (EPOC[35]) había dejado de fumar aquellos cigarrillos de vainilla que tanto le gustaban; Sebastián recordó que sus preferidos eran los de la marca *Handelsgold*. "Es un vicio que me hace atractiva", decía. "Mientras los hombres miran cómo acerco el cigarrillo a los labios no miran otra cosa". Supuso que era una adicción que su esposa había recuperado en la clínica, había visto cómo sucedía lo mismo en otros pacientes. *Vivir como si su organismo no sufriera ninguna afección*. Tenía el vientre bastante inflamado debido a los gases que comenzaban a formarse en su interior, su delgadez era aterradora; tumbada, parecía algo irreal. Fue superior a sus fuerzas detener su atención en el rostro, por miedo a no reconocerla y quedarse con la imagen de una mujer desconocida. "… Según el informe, cuando la «asistente» acudió a su habitación para llevar el desayuno la encontró inconsciente y sin pulso… … Nada se pudo hacer".

La venganza es la materialización del odio. Por eso debemos de ser lo más etéreos, lo más proclives a evitar la corporeidad.

NUEVA CORRIENTE

La noche del incendio, cuando llegó a la planta de abajo Laurenti respiraba en un hilo de sangre. Sebastián ocultó el cuerpo en un resquicio sombrío de las escaleras. La lánguida energía en el cadáver, el rastro de bienestar en un repecho de invisibilidad, eran preámbulo del horror que después vendría.

Olía a fuego consentido. Asomado a la verja, vio huir a los «cosechadores» de las llamas. Estaba demasiado oscuro para ver dónde se dirigían. Aún así estaba decidido a seguirlos.

El velero: En cubierta

—Has tardado —dice Cloe mientras escarba con el dedo índice el interior de un paquete plateado. *¿De dónde lo habrá sacado?* En el fondo es una pregunta estúpida. Cloe alza el paquete e inclina el cuello hacia atrás. Varios trozos de galleta caen dentro de su boca. La curvatura del cuello se prolonga hacia el torso con una sensualidad devastadora. Las ronchas en sus brazos son más intensas y comienzan a extenderse hacia el cuello.

—He sido muy golosa toda la vida —le mira.

Sebastián percibe cierta sonrojo en sus pómulos. Puede que Cloe se haya alegrado de verle, o puede que quiera quitar la tensión que se corta con un cuchillo y flota en el ambiente.

—Vengo del cuarto de literas —se atreve a decir él.

—¿Te has decido a entrar?... … Nunca pensé que lo harías.

—Habíais dejado la puerta entreabierta.

Cloe le mira y sonríe levemente, su rostro parece cansado pero conserva cierta determinación.

—¿No me vas a preguntar que he visto allí dentro? —continúa Sebastián.

—¿Por qué habría de hacerlo? Me lo contarás de todas formas…

Él hace mucho tiempo que ha aprendido a asumir los hechos antes de desentrañar las realidades.

—Están todos muertos.

—Lo sé.

Cloe se acaricia la melena humedecida por el rocío.

—Te comportas como si te fuera indiferente.

—¿Acaso cambiaría algo las cosas de no ser así?

Se coloca una manta sobre los hombros. Una acritud nace en sus ojos.

—Siempre ha dado igual lo que yo sintiese.

Anda varios pasos hacia él, descalza, ha dejado los zuecos en el suelo de madera. Arrastra con el pie uno y coloca los dedos dentro.

—¿Cuándo esperabas decírmelo?

—Cuando despertaras.

—¿Y cuándo se suponía que iba a despertar?

—Dependía de ti… de tu cuerpo.

—De mi cuerpo…

—Sí, de tu cuerpo y de cómo reaccionara. Un cuerpo reacciona distinto a otro.

—Cuando he subido —prosigue Sebastián— he tenido la

sensación de que me esperabas.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Pudiera ser que hubiera tomado lo mismo que los demás.

—Has subido y estás aquí.

—¿Y tú?, ¿has bebido lo mismo?

—Como te he dicho cada cuerpo reacciona de diferente forma, lo he visto decenas de veces en el hospital. En el velero no iba a ser distinto.

Cloe se ha colocado el otro zueco, es aún más esbelta. Cuando se acerca sus andares son tan quebradizos como un junco sacudido por el viento.

—¿Y la mente?, ¿qué es de la mente? —Sebastián pregunta.

—Aquí estás —contesta ella y pasa a su lado sin mirar, estrujando el paquete de galletas que ha terminado. Sebastián la toma del brazo.

—Tenemos que hablar.

Cloe se detiene, le mira y vuelve a sonreír de la misma manera alicaída.

—Estoy demasiado cansada.

Sí, verdaderamente su rostro se ve fatigado. Las ojeras han tomado un color rojizo bajo sus ojos, casi como una herida.

—En el cuarto de literas… —él prosigue—… hay abierto un boquete, “El Albur”, en poco tiempo se hundirá.

—Entonces, debemos apresurarnos.

El velero: El Mar Nordeste

Se han puesto la ropa de abrigo. Arrían las velas. Sebastián recorre la eslora de un lado a otro. Al llegar a popa pide a Cloe que introduzca la barquilla con el fin de confirmar la velocidad del navío. Tiene tantas preguntas que hacer a la joven y la necesidad es tan intensa. Se engaña diciéndose que cuando atraquen a puerto todo será distinto y aquel desasosiego que se ha instalado en su interior desaparecerá, que tendrán todo el tiempo del mundo para hablar. Al agacharse Cloe muestra su nuca, pequeñas escamas han comenzado a deprenderse de las ronchas, el desequilibrio en la dermis aumenta su belleza.

—Navegamos a cinco nudos —le mira acuclillada en la borda, con la barquilla entre las manos.

Ella es especialmente diligente. Dispone la mochila con lo necesario, y arrastra la lancha neumática auxiliar desde la cubierta a la plataforma de popa. *El amor perdido en su interior*, se dice Sebastián al observarla. Eso que para él era algo impensable ha sucedido, y comprende enseguida que es algo de lo que no puede escapar. La joven lanza el ancla del velero por el costado derecho con el fin de que quede suspendido en el agua, después, empuja la lancha al mar. Comprueba la firmeza de la amarra[36].

—Hecho —dice templando el tono de su voz.

Una sonrisa la posee, es carnal y al mismo tiempo evanescente. Su rostro se ve extremadamente congestionado, su dentadura es la de una niña.

Sebastián es el primero en descender por la escalerilla de cuerda a la motora, le sigue Cloe. Él se sitúa de proa y ella de popa. Sus cuerpos hacen de contrapeso. La oscuridad avanza en la pleamar. Antes de sentarse Cloe extiende el brazo para que Sebastián se apoye en ella. Una mueca inteligente contrasta con el desgarro de su mirada. Sebastián es incapaz de dejar de mirarla. Luego él sentirá aquel impulso como un error pero aún es pronto para saber que es así. Es una faceta suya olvidada. *Desligar la carne.* En el fondo el simple hecho le perturba. Pero no lo quiere reconocer. Al sentir a Cloe cerca retorna al pasado de luz hiriente.

Pone la palanca de cambios en punto muerto y gira la llave de “Encendido”. La lancha se aleja del velero a velocidad media. El salitre empapa sus rostros como briznas de un metal ingrávido. Solo cuando han tomado la suficiente distancia, Sebastián mira hacia atrás, no así Cloe que mantiene la atención hacia la línea costera.

Las velas de “El Albur” son los únicos elementos de flotación en la superficie.

A través del catalejo Sebastián examina el tráfico marino. El mar contiene su habitual fuerza a lo largo del margen portuario. Un buque permanece a la espera de la autorización de entrada a la bahía, a diez millas de cabo Venial; no ve ninguna otra embarcación ni a la Guarda Litoral. El océano aparece interrumpido por olas de gran tamaño a lo lejos.

—¿Estás segura?

Ella asiente:

—Es un juego de niños.

Sebastián cede el timón de la lancha a Cloe. Algo le dice que debe ser así. Aún no ha empezado el flujo de mercancías y personas. Quedan tres horas para la madrugada.

—¿De dónde te viene esta afición por la navegación? —ella le pregunta. Las olas salpican su tez pálida creando brillos insospechados.

—En Haustela es difícil no tener esa afición —él contesta—. Todos los que estamos en la isla de una forma u otra nos vemos obligados a ello.

—Laurenti era un apasionado —el rostro de ella parece encoger —, a veces, le acompañaba. —Se muerde el labio superior como si se hubiera arrepentido de lo que ha dicho, entonces, cambia de tema—: … Te tiene que gustar, navegar implica riesgo.

—Sí, navegar te enfrenta a riesgos… pero qué cosa no.

—A mí me gusta el riesgo —Cloe mira hacia el horizonte mientras se pone en pie sin dejar de agarrar el timón—, la noche está preciosa, ¿no crees? —continúa hablando pero él ya no la escucha, es incapaz de romper esa corriente de libertad que se ha abierto en ella.

Cloe cambia el rumbo de la motora dirección a alta mar. Esa noche la luna se encuentra sobre el horizonte y parece mucho más grande que cuando brilla sobre el cenit. Los rasgos de Cloe iluminados por el astro, en la simplicidad del ojo vago y la sonrisa encogida, envuelven a Sebastián.

—Tenemos unas horas hasta que amanezca.

La lancha alcanza los cuarenta nudos a favor de la marea y el viento. Sebastián atrae la cintura de Cloe hacia sí, ha vivido todos estos años lejos del horizonte y no está dispuesto a desprenderse tan pronto de él. La piel no es piel sino una frontera poderosa.

Vertiendo el jugo en tu boca, abriré tu mirar hacia el cielo cual nube blanca

L. DUSHA

Todo quedó a oscuras. Cloe elevó el rostro anhelando la calidez del vaho que salía de la boca de él. La voz penetraba en sus sienes como la humedad empapa la maleza.

» “Tu rostro en mí”. Dijo él y sentí la invasión de las semillas en mi boca, las orejas y en mi lengua. Mi vientre estaba tibio después de haber bebido de su mano el contenido del vaso. “Tu rostro en mí”, repetí. Las briznas de trigo bautizaron mi piel. Laurenti me acarició el cabello. Había sido por fin «considerada». Reí por dentro. La llave colgaba de mi pecho. Podré entrar donde él me pida. Me enseñará a mirar y a descubrir los malestares. Desde la noche del retiro no soy la misma. Un cuerpo ausente. Repetí con Él: “El cuerpo representa complacencia y al mismo tiempo es lugar del menoscabo/La mente representa la existencia vital, en lugar de los sueños”. Apenas podía hablar pero me esforcé. Sentí el aliento de Él sobre mi cuello. Ácido. ¿O era su lengua? Se situó detrás de mí mientras me decía: “Todo lo que hagas con el cuerpo en el cuerpo queda prisionero”. El suelo del despacho emanaba un olor a tallo cercenado, a tajo. Mis pechos rozaron arriba y abajo aquel ardor. A veces me dolía lo que Él me hacía, pero me dije que era culpa mía y que después del dolor vendría la recompensa.

Después de orar nos arrodillamos en el suelo. Los ojos de Él parecían de mármol. Me dijo: “Eres mi zhena[37]”, extrajo una pequeña navaja con la empuñadura de madera, en ella había grabada la silueta de un reloj. Era extraño verle empuñando ese tipo de arma blanca, también, era extraño que estuviéramos a solas, y entonces pensé que aquel momento era único en mi vida. Recuerdo que cerré los ojos y tiré del brazo en un gesto de aprensión; pero Él no se detuvo. El amanecer agrietaba el cielo a través de la ventana. La alfombra empapó las gotas de sangre. Sería una mancha que yo limpiaría. “Debes de ser fuerte”, me dijo mientras presionaba la herida para contener la hemorragia en el dedo anular. “La naturaleza del hombre es salvaje”. El olor de su saliva se impregnó en mi lengua. Me comunicó que sería la encargada de acompañar a los «rechazados» en su primera semana de sanación. Confiaba en que sería exhaustiva.

¿Por qué no hice preguntas?».

»Cuando abrí la puerta de la habitación la paciente asignada estaba muy debilitada. Lo primero que hizo fue musitar: “¿Dónde estoy?”. Beatriz, la enfermera jefe, le dijo que podía estar tranquila, que todo había pasado, retiró el sudor de su frente con un paño. Ella aún temblaba. Pude mirarla entonces. Pero ella me giró la cara, como si se

avergonzara de su sufrimiento. Pensé que no debía de ser así, que cuando tuviera ocasión se lo haría saber. Los restos de la hemorragia brotaban a la altura de su estómago y ovarios. Beatriz cubrió las piernas de la muchacha con una manta y dijo: "Dé gracias de que haya sido así". Me miró con ojos tozudos mientras siguió hablando: "La hará bien contar con una amiga aquí dentro". Se refería a mí. Después de eso, me aproximé a la cama y me senté en la silla, a su lado».

»Sentí la agitación ligera y espantadiza dentro del cesto. Pronto anochecería. Había conseguido una buena cantidad de lagartijas. La helada depositaba un rastro blanquecino al ras del suelo. Al levantar la vista, divisé la espigada silueta de Laurenti. Era inusual que anduviera en esa parte de la finca y, además, corriendo. Me hizo mucha gracia verle así.

Me dijo que se marchaba esa misma mañana. Como un resorte los dos miramos al pabellón. Cada ojo capturó una imagen, cada nariz olió una esencia, cada oreja escuchó un pálpito. El olor a tierra fresca, recién revuelta. Nunca lo olvidaré. La bruma acarició mi piel regenerada. Me aseguró que seguiría siendo la ayudante de Beatriz en su ausencia. Estoy algo confusa. No me esperaba eso. En realidad aún no he terminado mi formación… no quiero suponer ningún problema. Ha sido él mismo el que ha propuesto que sea así.. Es cierto que conozco los últimos cambios del «protocolo»… No dejar que el cuerpo se contamine y si fuera inevitable, proteger la mente. "La mente dentro de la mente/ el cuerpo en la negrura". En menos de una semana Laurenti estará de regreso».

»Una repentina laxitud irrumpe en mi voluntad a medida que me acerco al pabellón, aún me cuesta acostumbrarme al dolor en otros. Una de mis funciones es retirar los apósitos y evaluar las curas. Soy buena aplicando cataplasmas y consiguiendo sangre para las transfusiones. Aplico el bálsamo de miel, lavanda y zanahoria sobre las heridas. Nunca pierdo de vista las puertas de las habitaciones, como si fuera a descubrir a alguien siguiendo mis pasos».

»Laurenti se sorprenderá de mi progreso. Está mañana he trabajado en el jardín botánico, he recogido del suelo un puñado de barro, otro de musgo y un ramillete de hojas de eucalipto y tomillo. Amalgamé la mezcla concienzudamente con las manos y la introduje en uno de los tarros.

Nada está perdido. Nuestras almas rezan, nuestros cuerpos proveen.

CARTEL DE LA RESIDENCIA DUSHAN

»Antonio vestía una sudadera con capucha negra y una pantalones vaqueros desgastados. Sobresalían sus pómulos salientes y su larga nariz aquilina. En un sólo movimiento me sujetó por las muñecas. Después, sin mediar palabra, me empujó para que me levantara. "Vendrás conmigo". Asentí sin saber verdaderamente por qué cedía. Se arrodilló ante mí, cogió un puñado de lodo del suelo y extendió un velo verdoso sobre mi rostro».

»A medida que nos adentrábamos en el bosque las libélulas aparecían, la humedad y la frialdad se acrecentaba. El suelo. Fangoso. Quebradizo. Las piernas en zig-zag. Atravesamos la arboleda más allá de los límites de la finca. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no había marcha atrás. Las flores eran la nada. Antonio me daba instrucciones: "No te detengas"».

»Bajo las palmas de mis manos detecté un débil reguero de agua. Empapé la punta de los dedos, me los llevé a la nariz, luego, a la boca. Antonio y yo nos deslizábamos en paralelo al cauce del río. Frente a una estrecha hendidura del suelo recogió con las manos un poco de agua. Inclinó la cabeza hacia el suelo, después, bebió la gotas que rezumaban entre sus dedos. Estaba sediento después de haber bebido del «fermento». Le ayudé a retirar un montón de helechos. Entramos a un invernadero, alguien, desde fuera, volvió a colocar las ramas que ocultaban la entrada del lugar. Me pregunté quién. Estaba muy oscuro, mis ojos se acostumbraron, poco a poco, a la penumbra. Olor agrio y denso. Pisé musgo y ramas secas. Varias bombillas colgaban del techo, la mayoría estaban fundidas. Hacía frío, sentía los huesos entumecidos. Una hoguera brillaba al final de la nave. Percibí sudores enquistados, pubis densos».

»Había muebles viejos y estructuras metálicas diseminadas por el suelo. Unos ojos inflamados, desacostumbrados a la luz, surgieron de la oscuridad; pertenecían a una hilera de personas, menudas, vestidas humildemente. Los más pequeños fueron los primeros en acercarse. Desprendían olor a óxido. Procuraban evitar la luz. Ángeles negros, casi réplicas. Una mujer, con los ojos muy abiertos, en camisón, me acarició la parte inferior de las muñecas con la punta de los dedos, tenía la uñas rotas. Su melena era grisácea y leonina. Dos hombres siguieron a la mujer, se acercaron y me frotaron los brazos y las piernas, oliendo mi pelo, excitados al estar cerca de lo que un día temieron olvidar. Me

arrastraron hasta un lecho de madejas de lana. Me obligaron a tumbarme. La fricción llegaba a ser dolorosa pero no me atreví a protestar. Miré a mi alrededor en busca de Antonio. Este vino hacia mí y me apartó del grupo. Su proximidad eran una fuerza que repelía al resto, como si existiera una distancia de seguridad invisible entre él y los otros».

***

La parra de jade[38] exhibía su cortina de flores color turquesa en la esquina del invernadero, en semisombra. Un murciélago bebía boca abajo el néctar que le ofrecía una de las flores. No era la primera vez que Cloe veía al animal libar la flor, el jardín de la residencia Dusha poseía la misma especie de enredadera; el color turquesa de los brotes actuaba como reclamo a la luz del ocaso al mamífero alado. Aquel elemento familiar la tranquilizó y tuvo las fuerzas suficientes para seguir hablando.

—¡Vamos!, no seas tú hoy el hermético. He venido contigo hasta aquí.

Antonio volvía a darle la espalda. Cloe no estaba dispuesta a terminar así la conversación.

—¿Acudías a este invernadero en lugar de ir al puerto?

—En eso no te mentí…Iba al puerto… —Revolvió dentro de la mochila, sacó un cigarrillo y un mechero.

Cloe veía la silueta de Antonio a contraluz. Cuando encendió el cigarrillo sintió un escalofrío. Exhaló largamente el humo.

—¿Desde cuándo fumas tabaco solo?

—Es curioso… hoy es el primer día — él mintió.

Se sentó en una de las sillas metálicas que había desperdigadas por el invernadero. Hubo un momento en que Cloe solo veía la boca iridiscente del cigarrillo.

—Iba al puerto a recoger a las personas que acabas de ver.

Miró hacia la puerta. Era una puerta de roble, vieja, que desentonaba con el lugar. Antonio de súbito rio. Cloe jamás le había escuchado reír de aquella manera.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Reírte así. No pareces tú... Has cambiado... Incluso Laurenti está preocupado por ti, dice que ya no eres el mismo.

—¿Laurenti? —alzó las cejas—¿Eso dice de mí? —Volvió a dar una calada al cigarro—… Él sabe más que nadie lo que me sucede.

Cloe se tapó con la sudadera. De pronto, no quería seguir con aquella conversación. Antonio señaló una mesa metálica. Era igual

a las mesas que tantas veces Cloe había limpiado en la sala de operaciones.

—Tú misma sabes cómo es Laurenti.... Nadie puede escapar de él… … Me entrenó aquí mismo —golpeó la mesa metálica, el golpe quedó suspendido en el aire—. ¿No te ha contado que fue militar? En el ejército aprendió todo lo que me ha enseñado… Al principio me hizo gracia, ¿sabes? Parecía que jugáramos a los médicos. Él era el cirujano… … Primero hicimos una simulación en un muñeco de plástico, dentro había partes del cuerpo humano.

Cloe había visto colgado de las paredes del despacho de Laurenti varios diplomas en escritura cirílica, en más de una ocasión, se había preguntado de qué eran, pero nunca se había atrevido a compartir su curiosidad con su mentor.

—Después de aquellas simulaciones empecé a hacerlo, tal y como me enseñó, colocando la palma izquierda sobre la zona cercana al órgano, mientras que con la derecha sujetaba el escalpelo y hacía un corte. La primera vez, puse la mano izquierda a la altura del riñón y comencé a cortar...

—No sigas.

—Me asusté. Nunca había sostenido algo con tanta vida. Corté las venas y cuando agarré el riñón, éste palpitaba.

Cloe escrutó la penumbra. La helada matutina penetraba por la rendija de la puerta. Siguió con la mirada el débil haz de luz que recorría la pared.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

—El primero que se prestó a ello fue un pobre diablo. Vivía en Las Colonias, en una vivienda ocupada por personas sin techo. Se había escapado del centro de refugiados.

El calor mecía el insomnio. Los cuerpos juntos, *cosquilleantes*, sin pudor, buscaban otros donde guardar la duermevela.

—A veces se echan atrás, ¿sabes?

Ella visualizó el sendero que habían atravesado andando; los kilómetros de vegetación, los riscos que parecían proteger el abismo, las caricias en piedra, las visiones de relieves inmortales. El miedo la hizo barajar la posibilidad de huida.

—No se acaba nunca.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —volvió a preguntar Cloe.

—Voy en su busca al campo de refugiados, después los traigo aquí y realizo con Víctor las «extracciones». Ponemos la anestesia justa para no pasarnos. Les curamos las heridas y detenemos las hemorragias; algunos mueren, y es entonces cuando procedemos a vaciarlos.

—Nada va a cambiar, ¿me oyes?

Antonio no escuchaba a Cloe.

—Cualquier contenedor del puerto que vaya a ser remolcado en los buques de carga es un buen destino ¿Quién va a preguntar por ellos? Ni se enteran, los que sobreviven están demasiado aturdidos. En la clínica, me espera Beatriz… Algunos son miembros de una misma familia.

Se acercó a Cloe y la tomó por los hombros. Ella sintió punzadas ardientes en su rostro.

Esas órdenes me habían acompañado durante el día como un ser vívido,

una vez llevadas a cabo murieron

y con ellas todas las fuerzas que había en mí

ELIA ESPINOZA (Cosechadora)

»Cuando quise darme cuenta, me vi envuelta en el pequeño corredor humano. Temía mirar, reconocer a aquel que por semanas había esperado».

»En la clínica compartiría con Laurenti el trabajo que habíarealizado todas esas semanas. Los resultados eran más que positivos. Sin embargo, mi alegría no era completa. Laurenti no dejaba de repetir: "Pronto la noche lo cubrirá todo". Miré a Antonio, que estaba sentado a mi lado, para sorpresa de todos.

Habían cocinado ropa vieja y un suculento potaje de berros para la ocasión. Agradecimos al sol y a la cosecha los manjares. Con los platos rebosantes uno a uno nos fuimos sentando en el suelo hasta formar el círculo. Tuve que agachar la cabeza para que Laurenti no viera la inquietud que habitaba en mis ojos.

Antonio quería saber del viaje y así se lo hizo saber a Laurenti en voz alta. Le apreté la mano. Laurenti alzó el vaso y se levantó. El vino aderezado con esencia de dalias se desbordaba. Nos dijo que éramos afortunados, pues la finca era un lugar de paz y afecto, y que su esposa no podía estar ese día tan importante con nosotros, pero que se sentía esperanzado por las noticias que había recibido, ya que estaba muy recuperada. Antes de ir a verla, había preferido reunirse con nosotros. Nos explicó que por motivos ajenos a su voluntad se había visto obligado a ausentarse de la finca más tiempo del que había previsto. "El sacrificio será recompensado", murmuró un «cosechador» con la cabeza inclinada hacia el suelo. Los demás le secundamos. "El sacrificio será recompensado". Si había estado lejos de nosotros había sido por un «bien mayor». Laurenti nos prometió que esa ausencia tan prolongada no se repetiría. "Son ellos la oscuridad, somos nosotros los que vamos hacia la luz". Nadie podrá entrar a molestarnos. Brindamos entre hipos. El «fermento» pasó de labio en labio. "Nuestra tierra de luz". "Nuestra cosecha". Laurenti permaneció en silencio durante unos segundos, después, anunció que celebraríamos al alba un acto en memoria de los «amortajados». La finca más pronto de lo que creemos será una tierra digna de nuestros muertos. Alguien gritó: "¡Llega la rueda del baile!".

Los cuerpos destilaban la rojez de la sangre. Alguien me atrajo de la mano hacia la hoguera. Me era difícil diferenciar los rostros a contraluz

de las llamas; un tacto nudoso volvió a anudarme a la tierra. Los ojos a la luz de la hoguera violáceos. Fue entonces… cuando las sombras mitigaron la intensidad del fuego».

»Ansiaba compartir mis dudas, sin embargo, la única frase que venía a mi cabeza era "Son ellos la oscuridad, somos nosotros los que vamos hacia la luz". La negrura se apoderaba de mi entendimiento. Él me preguntó por su esposa. Me dolió aquella pregunta. Contra todo pronóstico M.G. había superado el trasplante. El anochecer extendía su penumbra, los dos éramos una misma sombra alrededor de la hoguera. Me tomó del brazo y me condujo hacia el borde de la piscina. Me dijo que era mejor para mí dejar el trabajo de la clínica. Yo no daba crédito. Él mismo me había enseñado el «protocolo». Le hablé sin atreverme a mirarle y le dije la verdad, que me había sentido muy sola y que estaba a punto de rendirme, pero que esperaba seguir adelante con su ayuda. Las llamas crepitaban en sus pupilas aunque estaba de espaldas a la hoguera. Laurenti tomó mi rostro entre sus manos. Su aliento olía a ácido y a caléndula. Me dijo que mis facciones habían perdido parte de su ligereza, que veía arrugas en las sienes que delataban la angustia, que había sido demasiada carga para mí. Yo le aseguré que todo lo que había hecho lo había hecho por él. "Es mejor para todos que dejes la clínica", esas fueron sus palabras. Palidecí. De pronto, había olvidado todas las preguntas que quería hacerle sobre lo que había visto en el invernadero. ¿Cómo decirle que sin su acecho me sentía perdida? Que me había acostumbrado a aquella asepsia que encontraba en cada esquina de la clínica y a los pies de las camas de los pacientes. Que me daba pavor el campo abierto y no soportaba la vida en la plantación. Aquel olor a sudor y a naturaleza, a tierra seca y a piel lacerada. Si no estaba él en el centro de mis pensamientos yo percibía la realidad fuera de mi cuerpo y esa sensación me aterraba, me hacía sentir culpable. Laurenti me ofreció su hombro. Me aferré a ese último gesto. Me convencí de que lo pensaría mejor, que aunque era cierto que yo latía desfallecida por las horas de trabajo, pronto me recuperaría y sería la misma. Después de la conversación él me acercó una copa a los labios. Era una copa particularmente bonita, de vidrio negro. Los murmullos no dejaron paso al habla. Vino sorbido a medio camino, lengua pastosa al amanecer. Miscelánea de graznidos».

»La desnudez acogió mi soledad. Durante semanas había hecho costumbre de la ausencia. Al igual que una planta de raíces subterráneas en lo más hondo había retorcido la intensidad del dolor. Yo no era quien ponía al día a Laurenti del estado de M.G. Sentí añoranza. Temía volver a convertirme en aquella niña temerosa de su cuerpo. Aunque no quisiera, más pronto que tarde, mi dermis reaccionaría a la del luz sol».

En la hora del almuerzo Antonio entró en el cobertizo y buscó el diario de Cloe debajo de la repisa. Al palpar dentro del hueco no lo encontró, en su lugar, se topó con otro cuaderno de tapas negras. Era el típico cuaderno que solían utilizar las enfermeras. Desprendía una energía muy particular. Pasó las páginas de atrás para adelante. Leyó hojas y párrafos sueltos. Iba en busca de Miriam.

"Nunca sentí tanto miedo como aquella noche del solsticio, cuando la sábana se tiñó de sangre, plástica, visceralmente. Una especie de expiación fisiológica inexplicable. Sin embargo, comenzó a palpitar en toda su extensión de forma acelerada, rítmica… Entonces recordé las palabras de Laurenti: "La mente representa la existencia vital, en lugar de los sueños. (…) ¡La finca!... ¡Rodeada de cipreses calvos, sede del tupelo del agua, refugio de cocodrilos, guarida del ser con óculos de mármol!…". A pesar de que Cloe había renunciado, como todos, al cuerpo, las detalladas descripciones de los encuentros sexuales con otros hombres y mujeres del cobertizo, delataban que era más que nunca prisionera del mismo. Acaso era estúpido pensar que en ella había algo distinto. Aquellos pasajes desprendían una obscenidad tenebrosa. *"Por fin pueden tocarme sin que sienta asco", "El tacto entierra lo que en realidad me duele y hay en mí".* A Laurenti le gustaban los juegos de palabras y dominaba el castellano de una forma fuera de lo común, pero nunca había logrado ocultar al hablar el sonido levemente gutural y afilado propio de su país de origen. "¿Qué te sugiere la palabra víscera?" "Cavidad", contestaba Antonio. "¿Y la palabra río?". "Fluir". Laurenti solía invitarle al velero los fines de semana. Antonio sabía que empleaba la embarcación para llevar a los pacientes en proceso de «iniciación» a la isla de "Los Roedores", así como a los «cosechadores» durante los retiros. En "El Albur" solo estaban Laurenti y él. Rara vez les acompañó Sebastián; era aficionado a la vela como Laurenti y este precisaba de su ayuda en las largas travesías; un tipo callado y cabizbajo que en algún momento de su vida había sido enérgico. Incluso alguien apuesto. Mantenían largas conversaciones en cubierta hablando sobre lo divino y lo humano. El cuerpo como celda del alma y la conmiseración de uno mismo. "Debemos asumir nuestro destino, cuando eso sucede, nos damos cuenta de que jamás morimos". Aquella frase vino de repente a su mente. Recordó cómo Laurenti se había reclinado hacia delante al decirla, en la misma postura en que él leía el cuaderno de Cloe. Dejó de invitarle al

velero de un día para otro. Por mucho que Antonio se esforzara en recordar, había olvidado la última excursión náutica con Laurenti, su mente en una especie de automatismo había borrado ese recuerdo. Leyó un verso: *"Hunde tus dedos en la piel de marfil, tus huesos desmenuzados podrán ser, entonces, la vela encendida entre el esternón y la médula"*, después una anotación sobre la vida en la clínica y, otra en la que Cloe incidía sobre su preocupación en relación a cómo iban a reaccionar los demás cuando supieran que había sido «considerada». *"No puedo rechazar el puesto en la clínica, por mucho que me preocupe la reacción de Antonio. Sé que nunca me ha querido del todo. De todas formas, quién lo ha hecho alguna vez. Desde que soy una niña todo el mundo ha visto algo raro en mí. El pequeño paso hacia la muerte es lo que me separa de la extrañeza. Creo que ese fue el motivo principal por el que Laurenti me eligió"*. Había registrado los diferentes estados de ánimo de los pacientes: *"G. A. pestañea pero no habla demasiado, hoy me ha pedido que lea alguno de los libros que tienen permitidos subir de la biblioteca", "P.H. se ha pasado la noche hablando en sueños, eso me da esperanzas de que siga adelante", "a M. G. creo que le disgusta que sea su «asistente», aunque Beatriz me ha asegurado que fue ella misma la que me eligió. Es una paciente especial, debo ser más diligente con ella que con ningún otro". "A partir de ahora me han dado orden de que solo me debo dedicar a M. G., algo del todo sorprendente, pues los demás «asistentes» están agobiados de trabajo. Pronto llegará el final del verano... Ciertamente creo que no es la mejor decisión". "Noto a M. G. a la defensiva conmigo. Nos cansaremos la una de la otra enseguida". "Laurenti es muy puntilloso con todas las anotaciones que tomo respecto a M. G. . Quiere saber su evolución al detalle. He de reconocer que me molesta, al mismo tiempo me digo que es una oportunidad para mostrarle mi eficiencia"*.

En los renglones finales Antonio leyó una breve referencia sobre la disminución de plasma utilizado en la paciente (M. G.) y el hecho de que se la había internado en el pabellón de los aislados directamente después de salir de Cuidados Intensivos. Revisó las anotaciones una y otra vez. Una rutina invariable a horas exactas en función del sol, en las mismas condiciones. El penetrante olor del formol. La luna menguante proyectando sobre M. G. su resplandor de acero.

"(…) Esta mañana ha subido Laurenti a la planta media hora después de lo acostumbrado, para mi sorpresa, me ha comunicado que he sido reubicada; ya cuando me había hecho a la idea, cuando creía que estaba todo perdido vuelvo a ser para él alguien útil". "Todo es

quietud”, escribió de manera reiterada.*“El silencio acompaña cada uno de nuestros actos, es el reconocimiento de nuestro misterio”.*

Antonio se recostó en la litera. Revisando las anotaciones del cuaderno descubrió varios pasajes de los días previos al incendio.

“Secretamente, me acerqué al vallado y respiré el olor a fertilizantes. De qué sirve morir dentro de un cuerpo del que una ha renegado. Echo de menos el trato con los pacientes. Su desesperación me encubría. La vida en el cobertizo no es para mí. En la plantación los rayos del sol parecen languidecer y paralizarse. Laurenti… no he conocido nunca un hombre con tanta perseverancia; es difícil de superar en cualidades. Despierta una indescriptible atracción en mí, en la que por fin me reconozco.

“Hice todo lo posible. Me lo prometí. Me lo prometí a mí misma.”

“… Tomó distancia de mí…

El cuaderno acababa ahí. Cloe había secado entre las páginas una flor de lirio. Junto a esa flor encontró un sobre con dos fotografías. Al intentar separarlas se rasgaron, una mancha de óxido había tomado espacio entre ellas.

Parte V: La «cosecha»

La enfermedad es una prueba de vida; a partir de ella

todo puede vibrar o paralizarse.

VÍCTOR RODRÍGUEZ (Interno)

—Sabes que hubiera retrasado mi regreso de no ser por ti.

Miriam al mirar a su marido pensó que era sincero, que era muy injusta con él, al mismo tiempo, sin embargo, se dijo que sus ojos le delataban. Recorrían su cuerpo con un poso de amargura, y esa amargura era lo que la irritaba tanto. Apreciaba su sinceridad pero sabía que era pasajera.

—Siempre has sido muy fuerte, más que ningún otro paciente que yo haya conocido.

—Puede que tengas razón, pero esta vez es diferente a las otras ocasiones.

—¿Ha sucedido algo en mi ausencia que deba saber?

—No, estoy tranquila.

—… Entiendo que te hayas sentido más desprotegida, no he estado junto a ti durante todo el proceso, pero ha sido algo inevitable.

—A veces creo que ha sido tu manera de ponerme a prueba.

—¿Por qué lo dices? —sonrió mientras se sosegaba el tenue brillo en sus pupilas—. ¿Acaso me has fallado?

—No más que otras veces.

Se aproximó a ella, hasta ese momento, parecía absorto mientras la escuchaba. Tomó su rostro entre las manos. Aquel gesto a Miriam le fue desagradable. Era un gesto demasiado común.

—Vas a tener que sobreponerte cuanto antes.

La besó en los labios, después, la voz subterránea que solo Laurenti era capaz de emitir resurgió:

—Nunca quieres salir de aquí, y eso va a tener que cambiar.

—Ahora se trata de eso… tienes una facilidad increíble para dar la vuelta a las cosas. Aquí… en la finca... tengo mi propio ritmo. En alguien como yo, que es tan esclava de cada síntoma es algo primordial —miró el reflejo de su marido en el cristal de la contraventana. Sus mejillas carecían de la tersura de la vida.

—... ¿Cuándo llegan los próximos pacientes…? —preguntó.

—Debo esperar una llamada. Luego decidiré.

Aunque las facciones de Laurenti parecían relajadas su mirada transmitía que mantenía una lucha consigo mismo, pues quedaba

menos de un mes para que terminara la canícula[39].

—Cuando te casaste conmigo sabías quién era —le advirtió.

Algo hizo que Miriam apartara la mirada. Era cierto. Lo sabía todo de él. Era su cómplice. Pero, ¿esta vez?, ¿estaba dispuesta acompañarle?

Él prosiguió:

—…A veces, no somos conscientes de la magnitud de las cosas… Cómo crees que se mantiene este esplendor inmenso, inabarcable, del que no te cansas de enorgullecerte, como de todo lo demás que nos pertenece?... Todo a tu alrededor debe ser inalterable.

En los ojos de Miriam asomó la renuncia. *En esta vida no se puede tener todo.*

—No se puede tener todo —dijo al fin ella en voz alta.

Existían frases que el alma tenía prohibido repetir y que no desaparecían de su mente. Y esa era una de ellas. *No se puede tener todo.* La flor había anidado en el vientre hecha de pétalos de acero. Cómo perdurar en lo inanimado sino como un elemento hostil.

Laurenti la agarró de las muñecas mientras la miraba. Miriam cayó al suelo cuando no pudo aguantar el dolor. Entre ellos flotaba un aire insano que se iba tensando y destensando, imperceptiblemente. Miriam se asustó.

—Entonces, ¿te has cansado de nosotros? —preguntó, sentada en el suelo—Suele sucederte.

La presión de su esposo había dejado una franja más pálida en sus muñecas. Él encendió la pipa, de espaldas a ella:

—¿Que tonterías dices?

Miriam evitó levantarse del suelo, temía que si estaba a su misma altura perdería el valor para hablarle.

—Te conozco… —dijo frotándose las muñecas—. ¿Cuánto nos queda?

Laurenti avanzó hacia la puerta. En el umbral se detuvo. Un olor inarticulado quedó flotando a su paso. Dejó la puerta abierta. Cuando escuchó las pisadas de Laurenti al bajar las escaleras, Miriam se puso en pie.

Ella no podía salir de la finca, salvo cuando tenía que ir a buscar a Laurenti al aeropuerto o cuando necesitaba que le acompañara en una de las «recolectas» por la isla. Solían elegir a nuevos miembros al final de cada cosecha, uno, a lo sumo, dos. Era un juego que les divertía. “De entre todos, aquel en quien incida más el sol”. Esa era la premisa. Cuando vio salir a Antonio del bar de apuestas en “Los Centenos” el atardecer parecía languidecer en su silueta. Miriam dejó a Laurenti elegir. Con un poco de suerte no repararía en aquel

joven de mirada sombría y profunda. No sucedió así. Laurenti se entusiasmó con él. "Tal vez todo tenga sentido, después de todo", razonó Miriam cuando los fue a buscar al pie de la colina. Nada más ver a Antonio supo que algo cambiaría en su vida, una especie de rencor adormecido se retorció en sus entrañas. Aquel rechazo le hizo sentir otra vez viva.

Algunos chicos no respondían al «fermento» como se esperaba de ellos. Dos en lo que llevaban de año. De la noche a la mañana se negaban a comer, permanecían en la cama con la mirada perdida. Cuando Laurenti detectaba dentro de ellos aquellas almas «interrumpidas», los daba de lado enseguida. El capataz de la plantación era el encargado de guiarlos hacia lo profundo del bosque. Si tenían suerte alguien los encontraría desorientados. Los medios se habían hecho eco a lo largo de los años de algunas de las apariciones en la carretera. Nada que no se considerara normal. "Los Centenos" era el destino de muchos jóvenes que celebraban su despedida antes de casarse o de turistas extranjeros en busca de una semana de borrachera. La llamada "Ruta de la Euforia" era una forma de ocio nocturno donde cientos de muchachos disfrutaban de la música en el área portuaria y más allá de las naves industriales, en la carretera de El Solar que conducía a El Monolito, en salas como El Niágara, Vanila o Noctámbulos. Pero la última aparición había llamado la atención de una periodista que acababa de llegar a la zona. Firmaba los artículos del periódico local como G. Ruiz Roca. Había escrito ampliamente sobre la aparición de la joven de 27 años Elena, que murió a los tres meses de dar a luz. Ruiz Roca planteó la posibilidad de que la joven procediera de la finca. "*Nunca se ha sabido con certeza cuál es la verdadera actividad de la clínica. Sí sabemos que entre sus pacientes están un hijo y dos nietos de un ex rector de la Universidad Católica, además de profesionales, casi todos con alto nivel económico y cultural".*

***

"Esta vez no permitiré que nos destruyan". Laurenti arrugó el periódico que tenía entre sus manos frente al ventanal. Se había instalado en la finca con el firme propósito de que todo fuera distinto tras aquella primavera hostil que supuso tantas decepciones, tantas falsas promesas. "*Aunque oficialmente aparece como líder del grupo Laurenti Dusha, su esposa es una mujer que afirma que Dios habla a través de ella. Miriam Dusha sería la verdadera líder del grupo".* Miriam era conocedora de que el viaje de Laurenti era consecuencia, en gran parte, a filtraciones de prensa como aquella.

Su esposo había trabajado mucho para conseguir prestigio internacional entre sus colegas médicos. Una cosa era que apareciesen publicaciones puntuales y ciertamente intrascendentales en el periódico local, sobre el hospital y el misterio que rodeaba a la finca; y otra muy distinta era aquel sesudo reportaje periodístico que relacionada la muerte de la joven de 27 años con la actividad de la clínica y doctrinas religiosas. Las televisiones del país y, más concretamente, el programa más visto de la mañana, *Un café con María Rondela*, se había hecho eco del meritado reportaje y había invitado a la autora del mismo a realizar una extensa entrevista. Miriam se preguntaba hasta qué punto afectaría todo aquello a su vida. Conocía bien a su esposo. Últimamente, le sorprendía sentado en la butaca de la habitación con la mirada perdida, sin revisar los papeles de la clínica; ya no mantenían las largas conversaciones de antaño hasta altas horas. La vigilia se había apoderado de él. *"Los pertenecientes a la secta viven del fruto de la tierra, no inscriben los nacimientos o defunciones de sus hijos, tampoco solicitan ayuda médica en caso de que que se den urgencias en sus instalaciones. Es en la clínica donde realizan sus prácticas muy lejos de la deontología médica"*.

Miriam se palpó el vientre.

—Necesito salir de aquí, ¿sabes?

Había convencido al discípulo más aventajado de bioética de su marido para que le prestara su coche.

—Te entiendo.

Aquel joven había sido bello en su niñez pero algo había sucedido, algo que él nunca recordaría, y que hacía que en su boca habitara una acritud que afeaba todos sus gestos. Habían aparcado en la curva que daba al mirador. Miriam se colocó la falda. El chico respiraba sofocado. Ella conocía de sobra aquel sonrojo. El orgullo de haber socavado otro cuerpo, haber creído que el alma de la mujer gritaba de placer contra sus caderas.

—Será nuestro pequeño secreto.

Él no la miraba mientras colocaba las manos en el volante después de subirse la cremallera del pantalón.

—¿Me dejas? —ella preguntó.

—¿Eh?, sí, sí.

El chico abrió la puerta del todoterreno y salió.

—Será mejor que lo dejemos aquí —ella cerró de un portazo. Podía ver el miedo en los ojos del muchacho—. Créeme que será lo mejor.

—Pensé que me llevarías contigo.

Ella le miró divertida. *Una mente en la penumbra.*

—¿Cómo quieres que regrese a la finca? —él insistió, cada vez más confuso.

Miriam arrancó el todoterreno y cogió la carretera que llevaba al centro del pueblo.

Oculta en las sombras de los soportales se acercó a la farmacia. Compró dos tests de embarazo de diferentes marcas. Pudo percibir cómo el farmacéutico aguantaba las ganas de preguntar algo por la forma que tuvo de apretar los labios. Era consciente de que despertaba mucha curiosidad en el pueblo. Se sintió después de mucho tiempo poderosa. Salió de la farmacia y compró un paraguas de color negro en una de las tiendas de productos turísticos que había en los soportales de la plaza mayor del pueblo. Lo abrió.

“Algo hicimos mal, era un estudiante prometedor”, Laurenti reflexionó en voz alta. Miriam cerró la puerta del baño. Agachada sobre la taza y desnuda de cintura para abajo. Si Laurenti hubiera abierto la puerta para continuar la conversación hubiera

descubierto el test de embarazo sobre el lavabo. Eso le enfadaría. Casi deseaba que sucediera. Que se desbaratara aquel telón de suficiencia. Era curioso cómo la impasibilidad había nacido dentro de ella, primero como pulsión, después, como algo adictivo.

El primer predictor había dado positivo, había dejado el segundo empapado con su orina al borde del lavabo. No se atrevía a mirar. Una dicha oscura y desesperada le hacía temblar por dentro. *Puede que todo acabe hoy.* En su cuerpo había existido hasta ese momento más muerte que vida. ¿Cómo decir a Laurenti que quería tener el bebé? ¿Cómo decirle que se lo debía? ¿Que no importaba que no fuera de él? ¿Qué por una vez tendría que romper una de sus reglas? Sí, deseaba que Laurenti abriese la puerta, que fuesen sus ojos los que descubrieran lo que invadía su interior. Ese retazo de vida culebreando en su vientre, de forma diminuta, llenándola de un gozo doloroso. Recordó, entonces, a Antonio. Su embarazo tenía que ver muy poco con la desesperación que la había unido al «cosechador». La pasión de Antonio hacia ella era proporcional a su miedo. Dos seres insaciables en caminos opuestos. El sexo los había alejado de la muerte.

—Pasas demasiado tiempo sola —continuó Laurenti hablando desde el otro lado de la puerta—. Ahora que estás más recuperada y ya que te han dado el alta podrías organizar algo... Te vendría bien. En realidad nos vendría bien a todos.

—Ya pensaré en algo —Miriam se subió las braguitas y tomó el predictor entre sus manos. Las dos líneas rosáceas eran dos líneas de vida. Metió el test en el bolsillo de la bata y abrió la puerta.

Su convencimiento de que podría hacer que Laurenti cambiara de opinión respecto al bebé se esfumó nada más cruzarse con su mirada.

—Estás espléndida —la tomó de las manos.

A Miriam aquella admiración le resultaba odiosa. Era una mujer hermosa. Era consciente de ello. Su belleza camuflaba el suplicio. *Es lo que más le gusta de mí.* Las horas de miedo y aturdimiento, de indolencia quedaban relegadas bajo su apariencia. Laurenti era un experto en ejercer sufrimiento imponiendo un velo de luz. El bebé deformaría aquello que él tanto admiraba.

—Y, ahora, ¿qué te ocurre?

—Nada, ha sido un día muy largo hasta que has llegado. Eso es todo.

Se sentó al borde de la cama y se quitó la bata. Laurenti se tumbó en la parte derecha. Era un ser plagado de cavilaciones. *Un faro que daña y acaricia con su luz.* Miriam lo necesitaba y lo temía a

parte iguales. Él con sus propias manos se había internado en sus vísceras, había depositado aquel pulmón dentro de ella que la había devuelto a la vida y que otros se habían negado a darle. Él era el único que sabía cuántas veces las cicatrices habían sido abiertas mientras otros respiraban temerosos de que su corazón dejara de latir. Con sus propias manos...

Se había pasado los últimos dos años sintiéndose muy sola, atemorizada, frágil, leyendo la prensa internacional, las publicaciones de su marido, incluso de Sebastián, o cualquiera de los libros que escogía al azar de la inmensa biblioteca, con la esperanza de encontrar un estudio que la condujera a alguna certeza; su día a día era una prisión hecha a medida para ella, alguien que todo lo contemplaba a la distancia y perdía la noción del tiempo entre papeles y la espera de la llegada del ocaso del día, sentada en el escritorio que daba al ventanal de la plantación. Su vientre destilaba una energía primitiva. *Yo puedo esperar, seguir en este encierro que me ha devuelto a la vida, pero el bebé que viene en camino no*. Cerró los ojos, la respiración de su esposo era sosegada. Miriam temía relajarse y pensar, pues volvían a ella los encuentros que había mantenido con Antonio durante esos dos años. Aquella búsqueda a ciegas en un cuerpo más vivo.

El viento emite un zumbido sordo. Se oyen truenos a lo lejos. Pero ese día tampoco llueve. Ella apura el sudor del escote con un pañuelo antes de llegar al roble cortado, no desea que él se dé cuenta de que le cuesta andar.

—¿Estás ahí?—pregunta—. No deberías hacerme esperar. Sabes que no puedo llegar tarde a la recepción. Tenemos el tiempo justo.

—Di que no te encuentras bien, no sería nada raro viniendo de ti.

Siente su calor cerca, en su espalda. Ella no le ha oído llegar.

—Eso ha sido cruel por tu parte.

—No creo que busques en mí ninguna bondad —la coge de la mano y la conduce a un montículo de heno.

La confianza entre ellos ha virado hacia la perdición demasiado pronto.

Es cierto. Ella no busca en él ninguna bondad.

Él ha ordenado que reúnan la paja en lo alto de la colina.

—¿No será demasiado arriesgado?

—Tu marido no está—. Al decir eso rompe el hechizo entre ellos. Él se siente demasiado enfadado como para pensar antes de hablar. Hace dos semanas que no se ven.

Ella se coloca la chaqueta de cachemira sobre los hombros, su palidez es espectral. Él desea acariciar aquella palidez. Ella también lo

desea. Todo suele ser cauto entre ellos hasta que lo «carnal» se impone.

—¿Quieres saber cómo era hace años este lugar, o no? —pregunta él.

—Ya te dije que sí, que me interesa el pasado más que el presente.

Ella cierra los ojos y se concentra en la frescura de la tierra. Su cuerpo arde.

—Todo esto antes eran vegas[40], se cultivaba como ahora cultivamos cebada blanca y romana, trigo; una vez que eran sembrados, se nombraban a los guardas mediante una subasta. Mi padre fue uno de los últimos guardas.

Es extraño que él hable así de su padre, le ha despreciado desde que recuerda, nunca pensó que saldría en alguna conversación y menos en ese tono de orgullo delante de una mujer.

—Así que has estado antes que nadie de nosotros aquí.

—Cuando vine la primera vez apenas reparé en ello, pero sí, estuve aquí antes que ninguno de vosotros.

—Eras un pequeño rey anónimo, entonces.

Ella sonríe levemente con los ojos cerrados, ha recostado su cabeza sobre el montón de paja. Con su mano derecha busca a tientas la de él. Él la aleja de ella. De pronto, quiere verla sufrir.

—Para mi padre las normas eran lo más importante. Cuidaba de la vega desde la siembra hasta que el cereal era recogido y llevado a la era, también tenía la obligación de proteger el cultivo del ganado.

Ella sigue con los ojos cerrados. La historia del rey anónimo… Sí, a veces él se siente un pequeño rey, sobre todo, cuando cumple los «encargos» que le han impuesto.

El guarda-padre llevo al hijo a la comisaría cuando se enteró de que había ayudado a unos gitanos a robar una de las reses que había ahuyentado en la vereda. "¡Minucia de dinero!". La siembra ese año había sido desastrosa.

A ella solo le interesa hablar de épocas lejanas y placenteras, de esa tierra y el bienestar de su hermoso cuerpo. Porque, en definitiva, no es distinta a los demás. Posee una sed de vida y de libertad desgarradora. Él la coge de la muñeca y la trae hacia sí.

***

SOCIEDAD, Ínsula, 12 de septiembre 2034

La solidaridad brilla en el segundo aniversario de la Gala Healthmoney

La puja por la escultura La fragancia volvió a alcanzar el récord de recaudación de 2033

La Gala Healthmoney batió este domingo su récord de recaudación coincidiendo con la celebración del tercer aniversario de vida.

El pasado 11 de septiembre quedará marcado para el recuerdo como una noche

mágica en la que se volvieron a hacer realidad multitud de sueños, mimados bajo una nueva estrella de la Constelación de Leo en los últimos días del verano.

Los anfitriones de la Gala benéfica, Laurenti y Miriam Dusha, fueron capaces de reunir a 437 invitados, entre los que se encontraron 97 celebridades del ámbito científico, cultural, social y empresarial tanto de la isla como fuera de ella, que tampoco quisieron perderse el encuentro para apoyar con su presencia y contribución a un mundo más concienciado con la preservación de la naturaleza y los avances de la ciencia, y recaudar fondos para la fundación Dusha, promotora de esta Gala.

La pasarela de personalidades pareció no tener fin, como la Princesa Margot y su novio, el actor de la serie Las nubes del cabo, presentador de la primera Gala Healthmoney, José Güemes y su mujer, la modelo, María Adán; la modelo y empresaria Valeria Blas, los cantantes Carlos Ruiz de Infantes, David Lorenzo y Diego Ajo; Andrés Rey, entre otros, no quisieron perderse la noche de aniversario de la cita solidaria más importante del año. De manera más especial que nunca, la Gala dejó emocionantes y enternecedores momentos entre los que no pudieron faltar su tradicional subasta de escultura y fotografía, las entregadísimas actuaciones y el reconocimiento a las personalidades premiadas este 2033 por su férreo compromiso científico y social.

***

Han quedado en esa cafetería de carretera. Por lo menos hay ventanas y puertas, unas losas que ensuciar con los zapatos. Estaba harta de arañarse con la maleza. De que su corazón se agitara bajo la sombra de árboles ocultos y raros de los que desconoce el nombre. Ella es otra sombra. Otra rareza.

Apenas hay gente en la cafetería. La nueva autovía ha desviado a los transportistas que frecuentaban el local. Ella se alegra. Le agotan las personas sean del tipo que sean. Al pasar en moto ha visto el pequeño hostal con las ventanas cubiertas de restos de la calima. Se ha resistido a pensar que aquel sería "el lugar de unas horas". Después ha pensado que aquellas horas, abruptas y corpóreas, la alejarán por un momento de todo.

Ese día se ha vestido como él le ha dicho. "Te reconocerán, debes ser más cauta. Recogerte el pelo". Lleva puesto los vaqueros, la camisa interior blanca de algodón y las chanclas. Cuando han entrado en la cafetería la camarera les ha mirado hostil, como si los dos interrumpieran su intimidad con la soledad. Ellos laten vivos. Bullen por dentro.

Un hálito de abandono recorre las mesas del local. Miriam rememora el temblor que los convirtió en uno solo. Da uno pasos por delante de él. Se dice que el deseo es demasiado parecido al ansia. Siente cómo sus latidos se aceleran cuando va a levantar la vista hacia él. Debe actuar como si esos latidos no existieran. Aunque esté rota por dentro, aunque sus gestos a veces la delaten, debe comportarse igual que un maniquí rebosante de vida. Quiere hablar un poco con él, que él la

lleve de regreso a ese interés por la tierra que en un momento de su vida significó algo.

—¿Has venido otras veces aquí?—, le pregunta mientras se palpa el pecho, antes de sentarse en la butaca de cuero ajado.

—Alguna que otra vez —no dice más.

Ella quisiera saber si trae a su compañera a esa cafetería de carretera también. Tampoco le importaría compartir esa escena. Las dos mujeres tienen en común más cosas de lo que creen.

De hecho nada le importa ya mucho, solo obedece a ese extraño instinto de supervivencia que permanece encaramado en su sombra y de vez en cuando reaparece.

Saca el cigarrillo de la pitillera de oro. Es el único objeto de lujo que se ha permitido llevar consigo. Él sacude la arena que se ha acumulado en su hombro, suavemente.

—Está por todas partes

Excepto en el ventilador. Cuelga del techo aireando el calor sofocante. Que también es su calor.

—Pareces pensativo.

—Es que lo estoy.

—Me asustas cuando me miras así.

—Así, ¿cómo?

—Como si me reprocharas algo.

Él toma el cigarrillo que ha encendido ella. Da una calada. No le gusta el sabor del tabaco pero de esa forma ella fumará menos.

—Estás hecha un saco de huesos.

Cuando está en sus brazos y grita de placer ella le pertenece. De repente piensa que es un necio al preocuparse. No busca eso en él.

—No estropees la tarde —ella le arrebata el cigarro y da una calada. Desea abstraerse de él, de sí misma—. He escuchado por la radio que se teme que llegue hasta aquí la plaga de langostas.

—Podría ser. Por ser tantas no se pueden extinguir.

—Pero aquí, ¿cuándo llegará?

—No se sabe… Sería algo exótico, ¿no crees? Ver esos insectos corretear de un lado a otro por la finca. Toda una novedad para vosotros.

Ella sabe lo que significa ese «vosotros». La distancia que la salva de él.

—¿Por qué te pones presuntuoso ahora?, ¿de verdad no te preocupa? Eso dañaría la cosecha que tanto esfuerzo os ha costado sacar adelante.

—No más que otras cosas.

Ella está a punto de preguntar qué cosas. Tiene la sensación de que

cada vez existen más secretos entre ellos. En cualquier caso, ella le coge la mano sobre la mesa.

***

Ella se ha ceñido la sábana al cuerpo y se ha dado la vuelta. El aliento de él en la nuca. La brutalidad florece. No sabría decir a quién pertenece esta vez. A veces cree que es lo único que hay real en ella.

—Nunca sé qué esperar de ti —dice él. Mira al techo, da un sorbo de la cerveza elaborada en la finca.

—Sigue contándome recuerdos de tu infancia.

—Debo hacer memoria.

—Pues haz un esfuerzo, anda —arquea la espalda. Él no ve su rostro—. No he de regresar hasta las cinco.

—¿No crees que me merezco descansar?

Ella se sonroja. Nunca sabe cómo acertar. La mayor parte del tiempo que está con él se muestra fría y él se lo reprocha.

En realidad él odia recordar su niñez. La sequía, la ruina. Las tierras agrietadas por la escasez de lluvia, las dos vacas en mal estado del padre, el aborto de una de ellas. Eran pocas manos para el remedio, muchas oraciones en la pequeña iglesia. La isla era una tierra rocosa, pobre, en la que nadie quería entrometerse. Poco a poco su paisaje lunar y las moléculas que había en el suelo la convirtieron en algo exótico. Como las langostas ahora. Como él mismo a los ojos de ella.

***

SUCESOS, Bizarro, 12 de enero 2035

La Guardia Litoral ha difundido un vídeo grabado el pasado de 1 de enero en el que se muestra la persecución en aguas internacionales de un sumergible cargado de droga. En las imágenes se ve cómo uno de los agentes salta sobre un batiscafo41 y golpea la escotilla hasta que uno de los tripulantes la abre. Según la agencia NIUtium, a bordo había casi 18 toneladas de cocaína y 423 kilos de marihuana.

***

Avanza hacia la cosechadora con la esperanza de que nadie la vea. Se ha vestido con el uniforme de lino beis. ¿Cuándo andará sintiéndose ella misma? No debe lamentase, las cosas son como son porque ella ha decidido que así sean.

Debería haberse atado el cabello en un moño de mala manera, debería haber dejado las sandalias aparcadas en el porche. Los cosechadores andan descalzos, no tienen miedo a pisar la tierra. En otro lugar, lejos de aquella isla, no hace tantos años ella tampoco temía ensuciarse.

Él ha accedido a verla a su vuelta. Ella cree que algo de su aspecto le

delatará. Tal vez una gota perlada de sudor, una mirada hacia el espacio oscuro y endeble.

Noches mudas. Noches de las que jamás hablan y que los unen irremediablemente.

La cosechadora está aparcada al final de la curva, bajo las ramas de un falso pimentero en plena floración. La rojez de sus frutos es parecida a la rojez de la sangre. Ella conoce bien esa rojez. Del bosque salen el ulular del búho, los ladridos de los perros salvajes. Él no baja de la cabina al verla. Ella sabe que es solo una forma de actuar, como cuando no se despide. Su indiferencia se desmorona al aproximarse. ¿O esa noche permanecerá? Quizá sea mejor que suceda de una vez por todas.

Sube los peldaños de la escalera de acero, intenta abrir la puerta, pero su mano cede a la resistencia del mango de metal. Ese simple suceso delata la fragilidad de su cuerpo. Ella aún desea florecer. Detesta ser la parte estéril.

Él abre la puerta desde el interior de la cabina. Su mirada es sombría.

—¿Tenías ganas de verme?

Habla sin mitigar su naturaleza. Esa que ella conoce íntimamente.

—¿Por qué me lo preguntas?

Ella quiere que él muestre alguna debilidad. Pero no tiene tiempo de insistir, él la empuja hacia el interior de la cabina. La besa en los labios. Los muerde. Tiene el cuerpo empapado. La ropa. Las manos resbalan en agua de mar y arena. Todo él sabe a sal. Ha traído la marea consigo. Ella agradece ese reducto de naturaleza pero al mismo tiempo necesita respirar. Se aparta de él. Los ojos de él brillan como una bombilla encendida dentro de un vaso de leche. El corazón late demasiado deprisa. Nota sus mejillas irritadas. Él lleva barba de varios días. Parece un Lázaro dinámico y musculoso al que acaban de retirar el sudario que le cubría en la tumba. Ella desea que él sea el evangelizador de su cuerpo.

***

SUCESOS, Bizarro, 13 de enero 2035

Se había convertido en un "mito" para los policías de la lucha contra el tráfico de órganos. Y este domingo se hizo realidad. Una operación internacional, de Policía Nacional, Guardia Litoral y Vigilancia Aduanera, terminó con la detección en la costa nororiental del primer corredor de tráfico de órganos clandestino interrumpido. Se sospecha que dicho corredor se abastece del Campo de Refugiados de cabo Venial.Un negocio cada día más rentable que opera en las sombras, en cifras de nombres anónimos y números escritos en fosas que jamás nadie reclamará.

***

Antonio huele a napalm, su aroma se mezcla con el olor de una

hoguera lejana. Cuando Miriam se gira para dar la espalda la neblina de olores la aturde. De pronto piensa que en ese mes el azafrán florecerá y que pronto elaborarán las primeras paellas en las galas que celebran al aire libre. Son algo genuino. Ancestral en una época en el que la desaparición de los «bienes» avanza deprisa. Sería agradable saborear los granos de arroz empapados en el caldo de pescado procedente del puerto. Ingerir los últimos retazos de frescura del mar. Ella misma reveló la receta al cocinero. La aprendió de su madre también cocinera. Ahora es ella la que regresa al pasado. No lo desea, para ella solo es soportable escuchar el pasado de otros.

El interior de sus intestinos agradecería alimentarse de los productos marinos, de su energía. ¿Por qué después de saciar su hambre en el cuerpo de él suenan sus tripas? ¿Por qué su mente anhela los "bienes" a partir de la musculación de otro? Su corazón late cercano a la muerte y se derrama en un espíritu agujereado. Cuando toma distancia del cuerpo de su amante todo se vuelve mental. El cuerpo es un rezo.

La cama destartalada de roble es el único mueble en la habitación del viejo cobertizo. Tuvieron que ampliar el recinto. Aquellos jóvenes correteando por el jardín, riendo furtivamente. Pronto fueron más. Su esposo se enorgullecía de haberlos atraído hacia la finca. Eran su particular compartimento salvaje. Lo que siempre quiso y no pudo ser. Manos sucias, mirada perdida. Cuerpos bellos y extenuados. Ella sabía que él en el fondo los despreciaba. ¿Pero acaso el desprecio no es un despojo de la envidia? Y la envidia roza al amor a cada paso. Entonces cree que de alguna forma se ha inmiscuido en los planes de su esposo; pero enseguida vuelve a su ser y concluye que es él el que ha enturbiado el corazón y la mirada Antonio y no ha sido ella. Siente cómo sus piernas se entumecen. Por la mañana el dolor de espalda ni siquiera le permite caminar. Pero no desea pensar en sus dolencias. Sea lo que sea lo que ahora falle dentro de ella se encuentra en ese lugar estrecho y sombrío, la oscuridad de Antonio hoy ha atravesado su piel. Ella se inclina y coge la petaca metálica grabada con su nombre, llena del brandy que tanto le gusta.

—¿Es para mí? Creeré que quieres camelarme

—Puede ser… O puede ser que solo quiera debilitarte.

—¿Hablas tú de debilidad?

Él hoy está más nervioso. Algo le inquieta. ¿Pero qué? Ella nunca lo sabrá. Su tiempo y cuerpo son limitados. Se encoge levemente y se palpa el estómago. Dónde había apetito ahora hay dolor. Los medicamentos contraindican cualquier placer, se adueñan del afán de cualquiera realidad. Pronto la ingresaran. "¿Y si se lo digo?". Terminarían aquel juego furtivo.

***

La luna brilla como una uña mordida a través del tragaluz del techo semiderruido, el suelo es de tierra y emana un olor dulzón a raíces y orines de gato. Él se ha puesto la camisa de tirantes y se ha reincorporado en la cama. Su musculatura semeja el tronco de un árbol.

En realidad lo que ella desearía es no regresar a la residencia. Ahora que su esposo está de viaje las horas se suceden lentas y contenidas. Devastadoras. Ella no hace más que mirar por la ventana, recibir a las enfermeras en su cuarto; estas toman muestras de su sangre, de su orina, la auscultan, palpan sus extremidades entumecidas. Después murmuran. Ella asomada a la ventana de la alcoba otea el ir y venir de la vida en la plantación. Deslumbradora, amarilla, egoísta y joven, de una fuerza bella y demoniaca.

La soledad es mala compañera en la enfermedad, la convierte en un ser malvado. Él nota su malestar.

—¿Te encuentras bien?

—Oh —contesta ella—, no es nada. Estamos en el ayuno, ¿recuerdas? —intenta que su voz no suene afligida.

***

G. Ruiz Roca. SUCESOS, Bizarro, 23 de agosto de 2035

Hallan a una joven desorientada en la colina de El Sapo

La encontraron semiinconsciente una pareja de peregrinos

Una joven de veintidós años fue encontrada seminconsciente esta madrugada en la carretera A-8 que lleva a la cumbre de El Sapo, punto de encuentro de la congregación religiosa de Los Orfistas, además de otras sectas. La pareja de peregrinos que la encontró al ver que la joven mostraba síntomas de deshidratación llamó inmediatamente al 112.

En el hospital se comprobó que llevaba varios días sin ingerir ningún tipo de comida o líquido. El estado de la joven es reservado, está embarazada de cuatro meses. M.H y P.L acudieron inmediatamente al hospital, pues habían denunciado la desaparición de su hija hace un año. Pudieron identificar a la joven como E. H. Aunque era una joven rebelde no concibieron que no regresara a casa el fin de semana del mes de marzo junto a sus amigas, después de las fiestas de La Cebada y El Ajo, pues, como aseguraron, nunca dejaría a sus perros sin cuidado.

M.H. y P. L han declarado a este periódico que acogerán al nieto que viene en camino como una bendición, y esperan que su hija se recupere pronto. "Queremos recordar estos meses como un mal sueño", han concluido.

***

Se ven en la alcoba de ella. Hace semanas que es así. Erguida y perfumada al borde de la cama espera. Unas gotitas de "Tesoro del río", el perfume vintage que su esposo compra para ella, adereza el sabor de su cuello. Se ha puesto la mejor combinación de raso de color verde

palo. Desea que su apariencia socave la enfermedad. Ser útil por más tiempo en el deseo. La reacción de él será la prueba.

El dedo gordo de su pie toca el suelo. La marquetería está fría. Aún es media noche. La luna se oculta tras la arboleda. Las limpiadoras han retirado del suelo la alfombra Avanti esa mañana porque es un foco de gérmenes. Poco a poco irán retirando los demás muebles, casi al mismo tiempo que ella pierda las fuerzas. La historia se repite. Convertirán aquella habitación en un compartimento blanco.

Cree escuchar los pasos de él acercarse por el pasillo. Se dice que es otro sueño. Se pregunta si él seguirá viendo a aquella chica después de todo, si su nueva compañera-cosechadora, aplacará el reflejo de Cloe, la joven ha deslumbrado incluso a su esposo. Después piensa que casi es una liberación que haya sucedido de esa forma. Su belleza ya no responde a las expectativas del salvador, sus terminaciones nerviosas vibran anestesiadas entre los brazos excesivamente seguros de Laurenti. De pronto siente remordimientos. Si no hubiera sido Cloe hubiera sido otra, se dice. "Las princesas con los años si no reinan son desterradas". Y ella es una princesa con demasiadas cicatrices en el cuerpo. A veces cree que el miedo es el enigma de la vida. Antonio yace tumbado en la cama junto a ella. Despierta un sentimiento de venganza hacia los demás y, tal vez, hacia ella misma.

Le hará hablar largamente tendido sobre la cama sobre cosas que ya conoce. Por un día quiere sentir que tiene el control.

—¿Qué habéis hecho hoy en la plantación?

—Lo de siempre, levantarnos al amanecer, tomar un desayuno a base de gachas y manzanas, lavarnos en los bebederos.

Él da detalles, a ella le tranquiliza.

—A medio día nos reunimos en el merendero, la comida fue más abundante de lo habitual; un tazón de legumbres con espinacas, higos endulzados y pan de centeno. Después regresamos a la plantación y trabajamos la tierra hasta el anochecer, cuando sentimos nuestros cuerpos rotos.

—«Cuerpos rotos», bonita expresión, eso quiere decir que antes han sido de una sola pieza.

—O simplemente que el dolor «se monitoriza» en nosotros.

—Vaya, vaya, al hablar ya pareces uno de «ellos».

Ella ve una aversión en los ojos de él, reconduce la conversación. Hoy no desea discutir:

—Entonces, los «cosechadores» tenéis más en común con «nosotros» de lo que queréis reconocer.

—Puede ser.

La alcoba esa noche parece más regia por la caoba embellecida de

las paredes oscurecidas. Ella ha dado la vuelta a los marcos de las fotografías.

—La fatiga es un espejismo igual que el dolor, igual que la muerte… —él se reprocha haber hablado así— … De todas formas… no he venido a hablar de dolencias.

—¿A qué has venido, entonces?

—Te lo mostraré en un minuto.

Él se quita la camisa. Ella siente que se hace pequeña, que es el agua de una lluvia que entumece el tronco de ese árbol joven. La besa. Ella percibe un trozo de higo en los dientes de él. Se alegra de que algo de lo que le ha contado sea verdad. Su mano descansa sobre el pecho de ella. La mira. Ella le pregunta:

—¿Alguna vez me has traicionado? Y sabes a lo que me refiero. No se trata de nosotros.

—Cuando el sol rayó el horizonte quien quiso acudió a la comunión en grupo.

—Contesta a mi pregunta.

—Yo no acudí. Yo me reservé.

La besa sobre el esternón. Ella tapa la boca de él con la mano. Muerde su debilidad. Ella se ruboriza. No quiere escuchar más sobre el día en la plantación. Arquea la espalda. Deja hablar al cuerpo.

***

Periódico Bizarro, 12 de febrero de 2036

Dusha instalará el próximo año un quirófano de última generación para cirugías pulmonares

Se trata de un equipo de rayos de tecnología de alta resolución, conocido como mixto, que permite tratar de llevar a cabo trasplantes de forma más precisa.

La demanda de trasplantes es creciente, como demuestran las listas de espera que acumulan este tipo de procesos, de ahí que los hospitales apuesten por incorporar quirófanos específicos para este tipo de intervenciones, a los que se les ha bautizado como XSecure. Por primera vez, la Clínica Dusha contará con uno, destinado principalmente a resolver la disfunción crónica de los injertoso, lo que es lo mismo, a realizar operaciones que permiten «técnicas de preveservación del injerto» de manera más segura.

El gran beneficiado es el paciente que se somete al trasplante, pues puede ser sometido a esta intervención tan compleja de forma mucho menos traumática y más segura. «Se trata de una sala de rayos de alto rendimiento con las condiciones de esterilidad de un quirófano y se denomina XSecure porque combina la cirugía abierta con un procedimiento radiológico intervencionista mediante sofisticadas técnicas de imagen», explica David Calle, jefe de servicio de Cirugía Pulmonar de la Residencia Dusha, quien ha sido el promotor de este proyecto que ahora está cerca de llegar al hospital isleño.

La futura adquisición en el ambicioso plan de renovación de la alta tecnología de la sanidad podría ser una realidad para principios de 2038, con una inversión que superará los tres millones de euros. Dusha se sumará así al resto de hospitales privados que ya se han dotado de este tipo de salas de operaciones de última

generación, claves para desarrollar operaciones pulmonares «en condiciones óptimas».

Este factor supondrá un incremento en los índices del llamado "turismo sanitario", cada vez más numeroso en la isla, con el beneficio económico que eso conllevará para los pequeños comerciantes que en los últimos años han visto limitados sus ingresos a causa de las restricciones en la explotación de los recursos naturales.

Mi cuerpo en movimiento, mi fuerza motriz;

deseo temor de aire.

G. L . SERNA (Del "Cuaderno de poetas")

El perro estaba atado a la verja. Jadeaba después del esfuerzo. Un Terrier imponente cuyos ojos amilanaban la consciencia. En algún momento el niño se había desembarazado de las manos de su madre, y se había acercado al can. Los hombres del pueblo arrastraron al perro hasta el borde del acantilado, atado a una cuerda. El tiro de la escopeta retumbó en el paisaje sombrío y rocoso como un eco muerto. Cloe no pudo contener las lágrimas. Otros niños y mujeres lloraban a su lado pero ella se sentía alejada de ellos. Veía el muro insoslayable que era límite y al mismo tiempo cerrazón. Aquella parte inhumana que cada día intentaba sosegar y habitaba en su interior. Enmudecida por el griterío. Había muerto el niño pero ella lloraba por el perro. Su interior era impersonal y metódico, un abismo repleto a partir de distintas conciencias. Sus gustos tenebrosos y animales. Fraguados en pequeñas predilecciones: nadar bajo el agua hasta que sus pulmones estaban al borde del ahogo, pasear y sentir cómo las rozaduras en las suelas se iban abriendo; adentrarse en la Sala de Exposiciones y que la voz de Laurenti guiara sus pasos entre las sombras; leer las novelas que la distanciaban de lo que una vez había sido; ser odiada y que el odio formara parte de la inconsciencia para que solo la culpa fuera locuaz frente al verdugo; enrollar las briznas de trigo inservibles de camino a la cantina, esterilizar las vendas, saborear el dulce de leche sin que ese fuera su plato; andar por los pasillos del pabellón en sintonía con el silencio, recordar cómo el miembro viril de Laurenti se endurecía; acariciar el musgo sobre musgo del fondo de la piscina, retirar la sangre seca de las cicatrices, desenterrar las raíces de las plantas muertas, dispensar las medicinas en manos temblorosas, devotas; revolver el espesor del guiso en el fondo del plato y percibir poco a poco cómo el pescado se desmenuzaba, acercar el alimento a la boca agrietada del enfermo; aceitar el cuero de los bolsos y los zapatos en un intento de dar lustre a su piel, alisar las sábanas sobre el cuerpo debilitado… cerciorarse de que había sido presa del horror; dar de comer a Tiza, que su saliva, cálida y animal empapara su mano, palpar su torso y ver que existía alguien más que ella vivo, notar como su cuerpo se iba atemperando al tacto de la perra. Olvidar lo olvidado.

Cuando te domina el miedo, deja de existir el margen de error.

BORJA MAGAL (Conversaciones en el Receptáculo)

La cama estaba cubierta por unas sábanas floreadas que no eran de la clínica, en la mesilla había una lámpara oxidada. Las pareces estaban pintadas de un verde frío. Miriam percibió una pestilencia, una oscuridad, una ausencia en el alma. Le repugnaba su propio olor. La llave de la puerta giró. No reconoció a Beatriz, pues esta se había quitado el uniforme de enfermera. Un jersey de cuello alto negro y unos pantalones vaqueros resaltaban su musculatura. Se preguntó por qué Beatriz llevaba prendas tan gruesas. Hacía mucho frío, ¿o había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que estuvo consciente? Vio cómo inyectaba algo en un porta sueros. Enseguida su pensamiento fue aire. Fue lodo. Veía a través de otros ojos. *Placenta*. Cloe entró en la habitación después de Beatriz. "¿Dónde estoy?". "Chissst…no te conviene hablar, debes descansar". Cubrió el torso con las sábanas floreadas. La laceración de las piernas, la desnudez. Le irritaba la presencia de Cloe en el cuarto, pensar que su esposo entraría de un momento a otro. Su voz de ultratumba. "Pronto te recuperarás". Se palpó el vientre. Miriam no podía soportar que Laurenti la viera así, no en esos momentos. Detectó la vacuidad indeterminada. El sentimiento de maternidad había sido un sentimiento prestado.

¿A dónde va?, ¿por qué me deja sola? No tenía fuerzas para levantarse. Las náuseas ascendían por su vientre y sus senos. La garganta sabía a una sangre que no era suya. Alguien le retiró el sudor del cuello con un trapo, tal vez Cloe, tal vez Beatriz, las dos mujeres eran dos sombras chinescas que se intercalaban sobre la pared fría.

Despertó. No sabía cuánto tiempo llevaba dormida. Se levantó de la cama y orinó en un bacín. La oscuridad acariciaba su piel… una voz, gélida, ondeante, sonaba en las terminaciones nerviosas de su cabeza: "Acabará «la cosecha»". Bajo la tenue luz de la lámpara recordaba los lúgubres reflejos de la piscina. Laurenti estaba, de pie, a su lado.

"Debiste decírmelo", le entregó un papel con la última analítica. "Tenía un retraso pero no estaba segura". Como tantas otras veces, antes de decir nada, él supo lo que pensaba. "En tu estado es inviable". "Aún hay tiempo, podemos sopesar las posibilidades". Laurenti la dejó sola. De qué servía hablar con él, nunca comprendería el cambio que había surgido en ella; desde que sabía que estaba embarazada aquel miedo paralizante había desaparecido, Miriam no concebía la vida

dentro de aquella finca, todo lo que Laurenti significaba, con un niño correteando por la plantación o andando por los pasillos de la clínica. Aquella imagen le resultaba insoportable. Fue entonces cuando pensó en recurrir a Sebastián. Era la única persona que podía ayudarla.

La garganta ardía, una exudación fría empapaba sus senos. Se acurrucó tiritando. Otra vez la voz: «La cosecha». Una nueva náusea. Ascendía por la nariz hasta el centro de la frente para, segundos después, descender por la boca del estómago. Pierdo las fuerzas. Beatriz entró sosteniendo la bandeja con el brebaje humeante, sin mediar una palabra, se acercó y se sentó al borde de cama.

—Sal de la penumbra para que yo pueda verte.

Un cuerpo entumecido… *El suyo.*

—¿No me vas a decir qué recuerdas? ¿Por qué te encontramos en el bosque?

—No me encuentro muy bien.

—Dame la mano entonces.

—Hace demasiado frío, tráeme una manta, te lo suplico.

—¿Por qué no quieres confiar en mí? ¿Querías escapar?... Donde existe la mentira no entra la luz del sol.

—Estoy muy cansada, aquí dentro… No sé por qué tengo interés para nadie. Ya no.

El lóbulo aproximado a la cerradura no era el lóbulo. Ningún suspiro, solo la frialdad del metal. Beatriz cerró la puerta. Los labios de Miriam se contrajeron. Abrió los ojos y se incorporó sobre la cama. Su piel segregaba sudor amargo.

Beatriz tanteó las sábanas hasta palpar la barbilla de Miriam, esta torció el gesto. La enfermera Jefe tomó la mandíbula entre las manos y la arrastró hacia la luz que proyectaba la lámpara situada encima de la pequeña mesilla. Lo último que recordaba Miriam era haber hablado con Antonio en el bosque. No era consciente de cómo había llegado hasta allí. Quizá Antonio la había llevado en moto. A veces, lo hacía.

"¿Por qué me evitas?". "Laurenti… ha vuelto". "Eso no ha impedido que me buscaras otras veces". "Esta vez es distinto. Las cosas se han complicado". El camisón se adaptaba a las curvas femeninas, perfilando su desnudez. Antonio soñaba con modelarla a su antojo, durante horas su mano recorriendo la dermis, le molestaba escuchar su propia respiración, era impropio de él sentirse tan agitado; tampoco entendía por qué Laurenti le ha pedido que vigilara a Miriam. "Quiere mortificarme… Le divierte verme así". Codiciaba ser el manto sudoroso, desnudar la feminidad, oler el pubis como la abeja va en busca del polen

en flor. Se frotó el glande procurando no rozar los muslos y los genitales. En un espasmo, se encogió, la repentina laxitud del miembro viril le avergonzó. Se mordió la mano. Ansiaba introducir en Miriam la simiente, llevarla al paroxismo, al dolor más extremado. Miriam se giró y entornó los ojos. Una frialdad se deslizó por sus glúteos y sus muslos. La brutalidad se perdía en el pavor de sus manos.

Cualquier desvanecido permanecerá. Sea de la forma que sea.

CARTEL RESIDENCIA DUSHA

Antonio entre nubes grises y violáceas. Escucha el sonido de sus pasos. Suyos… de extraños. *Vacío de carne…* Un escuálido sapo surge de un charco. No mide más de diez centímetros. Piel mojada. Ojos escurridizos. Corazón frío. Su sombra se agranda sobre el charco a medida que los primeros rayos del sol atraviesan las ramas del bosque. Sueña con penetrar al oeste del sendero. Ha escuchado a Paulo durante todo el día ir de un lado a otro dando órdenes: "¡Aten bien esa cuerda!" "¡Dispongan los bidones de gasolina y los sacos!". El sol aún no supera el horizonte y él está demasiado confuso como para volver a conciliar el sueño. Dos mujeres le miran en silencio dentro de la tienda de campaña. Su sonrisa es tímida, casi dolorosa. Solícitas se sientan en unas sillas de mimbre. Casi a la vez cruzan las piernas. Desde donde está sentado Antonio percibe sus pubis perfumados. Los dos cuerpos contra el suyo contendrán la desnudez. Se quita el cinturón y los pantalones. Se aproxima ellas. Ahora es su olor impúdico el que flota en la estancia. Sostiene las barbillas de ambas mujeres. Una es más mayor que la otra. Le enternece la duda en los ojos de la mujer madura.

Fuera de la tienda de campaña no encuentra a nadie, la mayoría de los «desvanecidos» están reunidos en la pequeña cantina provisional, inmersos en la partida de cartas que acostumbran a organizar al final del día. Decide unirse a ella. Una docena de hombres sentados alrededor de una mesa circular pasan de mano en mano una misma jarra. Antonio se sienta en una silla y, sin esperar a que terminen la partida, toma un grupo de cartas. Los que aguardan el comienzo de la siguiente mano protestan por lo bajo —en el grupo, el prestigio no se mide por el número de asaltos, sino por las partidas de cartas ganadas—.

—¿Qué se apuesta? —pregunta Antonio.

Paulo señala un montón de billetes y la jarra con el «fermento», de pronto, tuerce la boca como si una parte de él fuera atraída por una fuerza extraña:

—Hace días que no descansamos ni comemos como es debido por perseguir al velero y a tu novia.

Antonio no soporta escuchar ninguna alusión sobre Cloe en boca de otros, sin embargo, mantiene un tono neutro.

—Podemos divertirnos… —sugiere.

Paulo contrae los pómulos, intrigado:

—¿Qué es lo que propones?

—Un juego justo con recompensa.

Los demás sopesan las fichas que quedan en la mesa.

—No, no me refiero a eso —sonríe de oreja a oreja—. Terminemos la partida y diré la recompensa.

Los jugadores apuran los últimos tragos del «fermento». Sus respiraciones colman la tensión del momento. Uno a uno muestran los naipes.

—Paulo —Antonio es el último en descubrir las cartas—, esta vez no has hecho honor a tu fama. Yo soy el justo ganador. —Aparta las fichas de la mesa y le apunta con una navaja—. Acércate.

El instinto empuja a Paulo a no obedecer pero las aceradas miradas de los otros actúan como una especie de resorte.

Cae ensangrentado al suelo, no por eso Antonio deja de presionar. Le satisface la tensión en los rostros de los que le rodean. *Hacen bien en temerme.*

***

Sobre el humus del árbol Antonio parte el leño con la navaja, dentro de él corretea un nido de termitas. El ruido de las larvas y las babosas conforma un particular murmullo, irrumpido, de vez en cuando, por el sonido del mar. Las flores salvajes extienden sus pétalos en el bochorno. A los pies de un helecho, descubre el rastro de unas pisadas. La espesa vegetación juega con el sol creando un baile de haces propios del más allá. Una serpiente acecha el cuerpo desplomado de Víctor a unos metros, a los pies de unas flores de mayo. Antonio acorrala a la víbora sujetando la navaja entre los dientes. Cuando tiene oportunidad la lanza. El tiro es certero y atraviesa la cola del animal. Se abalanza sobre la serpiente, agarrando la parte inferior de su cabeza. La frialdad del acero es el último contacto que tiene el animal con la vida.

—¿Recuerdas tu nombre? —pregunta mientras coloca la víbora encima de las brasas.

—Víctor—contesta sin mirarle.

Muestra síntomas de deshidratación, las úlceras asoman en su boca. Antonio le ofrece agua de la cantimplora.

—¿Y los demás?

—En el velero …

Antonio se pregunta si la niebla ha sido real o imaginada, si en realidad Víctor estaba inconsciente.

—Continúa, no te detengas.

—Nos alejamos del foco del incendio hasta llegar al malecón —guarda silencio—… Sebastián se ofreció a dirigir el velero. Nadie de

nosotros sabía manejar “El Albur”. Cuando nos quisimos dar cuenta habíamos embarcado.

Antonio está a punto de decir algo pero, al final, deja que Víctor hable.

—Creí que habías muerto en el incendio… —prosigue Víctor—. Todos lo creímos.

Los sentidos seleccionan de manera natural los paraísos. Estos irrumpen en nosotros con su apariencia, en forma de colores y olores, en forma de hombres y mujeres. Su delicadeza es atroz.

L. DOMINGUEZ (Cuaderno de Poetas)

Antonio reconoce el velero a varios kilómetros de la playa. Se hunde en mar abierta. Tensa la musculatura de los brazos sobre los manillares de la moto. Un segundo motorista le adelanta y le intercepta cuando está a punto de saltarse el stop y bajar por el terraplén que atraviesa el seto. “Detente”, es la voz de Víctor. La lluvia anega los orificios del casco. “Por el bien de todos”. Sonríe de lado. Antonio mira abstraído al horizonte. Las ansias devoran las flaquezas, las dolencias. Su lengua, un campo de amapolas, se inflama cual oruga gigante. Atrapado en melosidades de arena, hace resonar la moto sin que arranque.

El velero: La playa

—¿Me oye?

Cloe abre los ojos muy despacio, alguien le acerca un vaso a los labios. Sorbe sin ganas. Un tirón en la espalda, una rigidez en el cuello.

—¿Me oye?..., ¿cuál es su nombre?

Ella mira al sanitario sin decir nada. *Tacto agujereado por briznas de trigo.* Su aliento macera el aire.

—¿Había con usted alguien más en la lancha?

Bebe otra vez del vaso. En un acto reflejo se arrodilla sobre la arena de la playa. Alguien ha puesto una manta isotérmica sobre sus hombros.

—Es muy importante que nos diga si había alguien más con usted.

Niega con la cabeza. Después, restriega su brazo contra los labios. Se pregunta qué le han dado, su sabor es dulce y seco.

Parte VI: Oculto resplandor

Año 2039

En la ciudad andábamos sin mirarnos, presintiéndonos, con el deseo oculto de destruir cada barrera que nos había salvado.

DIARIO DE UN URBANITA

Golpean la puerta aunque el timbre está en perfectas condiciones. No es la primera vez.

—¿Cloe?

Más golpes, más veces el nombre desterrado. Los pasos se alejan. Cloe avanza por el pasillo flanqueado por fotografías de isla Haustela, en blanco y negro. Está especialmente orgullosa de la decoración de su nuevo piso. Hace poco que se ha mudado. Con su primer sueldo ha comprado el mobiliario.

Anochece. Ella está en su cuarto en perfecto orden. La cama, la mesa, la lámpara son blancas. Era Sebastián quien solía repetir en el velero "Debéis poner orden en vuestras cosas, os hará sentir mejor". Recorría la cubierta esquivándolos como si los temiera y ella lo detestaba. Luego aquel sentimiento se llenó de una ternura malsana. Aquel hombre de pie frente al timón concentrado en el horizonte hacía que todo adquiriera un tenue resplandor, tan endeble como la ola que se hunde bajo la ola que la precede. La insistencia de él fue terrible, la enfrentóa un espejo en el que no deseaba mirarse. Cada vez que se aproximaba a ella se aproximaba el odio, se aproximaba el desastre, ¿de dónde nacían aquellos sentimientos tan turbadores?, sus cuerpos, sus almas, eran indistinguibles; («ahogados en el naufragio», recordó leer en el periódico local. «Entre ellos el psicólogo de la clínica»), y como todo lo demás que sucedió en aquellos días, las imágenes de la travesía reposaban en el vacío de su mente hasta que reaparecían en noches como esa, donde todo se desvanece. Que fútil era todo. Frente al espejo situado en la pared del tocador no se atreve a palpar su cara. *El cansancio hará que logré conciliar el sueño.* Ha llamado al hospital y ha avisado que ese día no acudirá a trabajar en su puesto como celadora. Vestida en camisón ha cerrado todas las ventanas. Da igual que sea pleno verano y el calor sea insoportable. Una vez que comprueba que la doble puerta está echada desde fuera, regresa al interior por la escalera de incendios. Sin saborear mastica la última porción de queso que encuentra en la despensa. No enciende ninguna luz.

—¿Cloe?

Al anochecer: los mismos pasos, la misma voz, los mismos nudillos llamando a la puerta.

—¿Cloe?

Opta por taparse los oídos con un trozo de algodón. Ahora ella se llama Andrea. Remoja el maíz que suele comprar en el puesto del mercado en el agua, y amasa varias tortitas con harina refinada y algo de manteca, a la luz de una vela. Le relaja cocinar. *El agotamiento te alejará de las alucinaciones… Siempre sucede así.*

—¿Cloe?

Tiran piedrecitas contra la ventana de su habitación.

—Ábreme.

El viento sur sacude las contraventanas. Cloe se resiste a encender las luces, sus ojos no soportarán la claridad. Además, la plaga de incendios esos días hace que la isla sea una tierra incandescente. El psiquiatra le ha recomendado abandonar Haustela pero ella en el último momento ha decidido permanecer en la isla.

Abre los ojos. Un hombre está sentado frente a la cama, podría ser Antonio, o podría ser el psiquiatra que le ha dicho que anote cada detalle de las alucinaciones. “La mente tiende a sufrir cortocircuitos”. Cloe se incorpora sobre la cama dispuesta a profundizar en el rostro que se oculta en la penumbra.

—¿Cómo me has encontrado?

—Seguí el rastro de las cenizas… Dicen que el infierno es tentador.

—¿Allí estoy yo?

—Sí.

—¿Vas en mi busca?

—Eso me temo.

Las luces de una ambulancia resplandecen a través de la ventana. Cloe se pregunta quién necesitará ayuda en la urbanización; ahora mismo podría salir, aunque fuera en camisón, y subir o bajar las escaleras del bloque. Sin embargo, la silueta del hombre la retiene.

***

El sanitario pisa los empeines para contener las convulsiones. Detecta el pulso. Débil. Cuando percibe que las sacudidas disminuyen, afloja los músculos y se retira de encima de la joven. Una criatura alimentada del sufrimiento a edad temprana. Esa es. Un rostro vacío, una masa sin músculos ni facciones.

Cubren el cuerpo de la chica con una manta.

—Una pena —dice el sanitario— Era demasiado bonita.

El compañero cierra el caño de la bañera. Han acudido al apartamento alarmados por el vecino de la planta inferior que, al ver que del techo de su habitación goteaba agua, ha llamado a Emergencias. “La muchacha que vive aquí desde hace semanas no sale a trabajar. Y ya hemos tenido otro susto con ella. Esta tarde la he oído arrastrar muebles de un lado a otro como la última vez. Y la verdad, da rabia, porque con mi mujer y conmigo ha sido un encanto”. Al vaciar la bañera, varias flores del lirio quedan apelmazadas en el fondo.

La boca, dulzura del pétalo languidecido por el viento, la respiración acompasada, los pulmones vibrando al mismo tiempo que el murmullo, el sol desde la penumbra del alma. Ella alimentándose del oculto resplandor; recordando los días en los que cualquier haz de luz la atormentaba. Ahora da igual que sea de noche o de día, haga frío o calor, sienta dolor o placer, todo lo asimila. Una sola piel envuelta en la humedad del río...

FIN

---

1 instrumento musical de cuerda pulsada, originario de la India, semejante al laúd, pero con el mástil más largo.
2 extracto del cuento La flor de ruinas, de Fernán Caballero, 1862
3 De Fernán Caballero
4 de José María Pereda.
5 en la mitología griega, la personificación de la memoria.
6
Med. Dispositivo externo y resistente para la inmovilización de partes del cuerpo, que se utiliza en el tratamiento de fracturas y en ortopedia.
7 escotilla protegida que da acceso a las habitaciones de la tripulación.
8 buzos.
9 sustancia inflamable, a base de gasolina en estado de gel.
10 letra de la canción titulada Breathe, de Télépopmusik (2001).
11 “perra” en idioma francés.
12 metal y otros que se usan en móviles y baterías de coches eléctricos
13 zapato muy plano con escote redondeado.
14 Movimiento que lucha por detener los sondeos en busca de tierras raras en lugares habitacionales, aprobadas mediante concesiones para una posterior explotación por parte de las autoridades.
15 Universidad a Distancia con fundamento en la Inteligencia Artificial.
16 corriente de la filosofía mental que se centra en el abismo intuitivo entre la vida mental interior y la realidad física del cuerpo humano.
17 Organización Nacional de Rechazados del Trasplante.
18 pueblo costero más grande y de mayor poder adquisitivo situado al norte de isla Haustela.
19 Proverbios 6:27-35
20 Mateo 10:28
21
en un hospital, compartimento que se reserva a los enfermos ingresados en urgencias o que necesitan estar aislados

22 arbusto trepador sudamericano con hojas ovales o elípticas, de
diversos colores y flores pequeñas.
23 Apocalipsis 12:9
24 tercera canción del álbum de 1959 de Miles Davis, Kind of Blue
25 acción de separar la paja del grano.
26
planta de la familia de las ranunculáceas, de grandes flores rojas o rosáceas, propia de lugares húme
laderas montañosas, y que se cultiva como ornamental
27 antiinflamatorio que contiene azufre.
28 agente anestésico intravenoso de corta duración.
29 arquitecto, escultor y orfebre renacentista italiano.
30 m. revista de escasa tirada.
31 versículo de la Biblia. 1 Juan 4:18
32 versículo de la Biblia. Apocalipsis 19:20
33 vino oscuro, tinto.
34 parásito protozoo transmitida por la picadura de un flebótomo infectado.
35 tipo de insuficiencia respiratoria crónica y degenerativa.
36 cabo con el que se asegura una embarcación.
37 “esposa” en el idioma ruso.
38 especie de enredadera tropical, cuyo hábitat originario es la jungla filipina.
39 periodo del año en que es más fuerte el calor.
40 terreno llano, bajo y fértil.
41 especie de embarcación sumergible preparada para resistir grandes presiones y
destinada a explorar las profundidades del mar.